

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

JULIO-AGOSTO DE 1931.—NÚMERO 130.

La unidad de la Iglesia y el Ecumenismo moderno

Es un axioma confirmado por la historia que el libre examen, en que el Protestantismo se apoya, engendra la división. Esta parece haber llegado al último extremo posible en los días que corremos, y su misma grandeza ha excitado en las almas el deseo de poner remedio a tanto mal. De aquí han nacido muchos conatos de unión de iglesias, e innumerables asambleas celebradas con el fin de restablecer la unidad en la Iglesia de Cristo en mal hora dividida. Todos cuantos se interesan por el problema religioso y eclesiástico miran con curiosidad esta tendencia unitaria; la Santa Sede ha creído necesario hablar varias veces de este asunto y dar algunas disposiciones sobre la conducta que los católicos debían seguir. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que dediquemos un estudio a este asunto de tan candente actualidad, sobre todo fuera de la Iglesia Católica. Y como fundamento para juzgar de este movimiento unitario y sobre todo para entender las razones de la conducta de abstención seguida por la Iglesia Católica, empezaremos por hablar de la unidad de la Iglesia de Cristo.

I

La unidad de la Iglesia.

La unidad es una propiedad trascendental de todos los seres; de donde se sigue que si la Iglesia es uno de esos seres, ha de gozar también de su unidad, que la constituya indivisa en sí misma, y la separe y distinga de las otras cosas. Pero esto no basta para el problema que aquí nos proponemos estudiar. Es preciso determinar qué clase de unidad es esa que a la Iglesia compete, la cual ha de estar en armonía con el ser de la misma Iglesia. De ésta todas las *confesiones* cristianas profesan que tuvo su

origen en Jesucristo, aunque, si quisiéramos determinar el modo de ese origen, ya no resultarían tan unánimes los pareceres. Pero, en fin, en términos generales todos confiesan que la Iglesia fué fundada por Jesucristo; aún más, que la Iglesia tiene un origen divino, sin que nos sea tampoco permitido afinar más el sentido de esta última expresión. Cómo fué fundada la Iglesia por Jesucristo, de qué modo es su origen divino, nos lo enseñarán las sagradas Escrituras, que todas reciben por divinamente inspiradas y que constituyen los documentos auténticos de la divina revelación. Ni en la definición de estos conceptos de *inspiración y revelación* podemos tampoco apurar mucho sin venir a graves discordancias. Tomémoslas, pues, en su más obvio y genérico sentido.

A la Biblia bien podemos añadir el testimonio de la Tradición primitiva de la Iglesia. Es verdad que los Protestantes sola la Escritura reciben como norma de su fe y de su conducta: pero esto no quita que debamos aceptar también la Tradición, sino con la misma autoridad divina de la Escritura, como el testimonio de la vida y del pensamiento de la Iglesia misma, como expresión del sentido que ella daba a la Escritura. Y no cabe duda que tal sentido tiene gran valor, cuando se trata de las edades primitivas, que conservaban aún vivo el recuerdo de Jesucristo y de los Apóstoles. Si cada confesión da hoy grande autoridad a sus primeros fundadores y a los inmediatos discípulos de éstos, cuando no se prueba, que de aquéllos hayan discordado, mucho más lo hemos de conceder a aquellos antiguos Padres de la Iglesia, que tanto celo mostraron en conservar el tesoro de la revelación y de la disciplina cristiana recibido de los Apóstoles. Cuando se trata de una escuela filosófica, nadie rechaza la tradición de la misma, máxime, si se trata, no de asentar los principios de la escuela, sino de aclararlos. Ningún prejuicio razonable puede darse, que autorice normas científicas contrarias, cuando se trata de la Iglesia y de la Tradición eclesiástica.

* * *

La Biblia comienza con el Antiguo Testamento. En él quiso Dios preparar y esbozar el plan de la Iglesia cristiana, cuya futura ejecución anuncian los Profetas para la edad mesiánica. Israel fué el pueblo de Dios. El primer fundamento de este pueblo, en cuanto pueblo de Dios, es la alianza establecida con Abraham y cuya señal es la circuncisión. Por ésta el individuo quedaba incorporado a la alianza de Abraham y al pueblo de Dios, y se hacía participante de los derechos de esa alianza, así como quedaba sometido a las obligaciones que ella implicaba. El incircunciso era por lo mismo excluido de esa alianza y de sus derechos (Gen. XVII, 1-14). Según esto, el pueblo de Abraham es *uno*, porque uno es Dios, una es también la alianza, y uno es el signo externo de esa alianza, la circuncisión.

Esta alianza fué renovada de una manera más solemne en el pacto del Sinaí. El principio fundamental de este pacto era el mismo, el reconocimiento de Jahvé como Dios único de Israel. Sobre este fundamento se levanta todo el edificio de la Ley mosaica, edificio a la vez religioso, civil y social. El pueblo queda obligado mediante su alianza con el Señor, que los acaba de sacar de Egipto, para tomarlos como su pueblo propio. La alianza se complica porque la vida de un pueblo es más compleja que la de una sola familia, aunque sea tan numerosa como la de Abraham. A los principios de *unidad* anteriores, se añaden el santuario, en que Dios tiene su morada en medio del pueblo y recibe sus homenajes; el altar, en que se ofrecen los sacrificios, que perennemente recuerdan el pacto entre Dios y el pueblo; el sacerdocio encargado del servicio de Dios, y la Ley que todo esto regula.

Tal vez todos estos puntos no pudieron ser actuados desde el principio con entera perfección; pero a ellos tendía la Ley desde el comienzo, y al fin vinieron a prevalecer, cuando el pueblo se mostró fiel a su Dios, excluidos los dioses extranjeros.

La unidad política no estaba necesariamente incluida en esta constitución religiosa del pueblo, aunque no cabe duda que mientras existió pudo ayudar eficazmente a la unidad religiosa. En cambio la división del reino de Salomón trajo consigo la división del santuario, del altar, del sacerdocio y como secuela necesaria la corrupción del culto y la adoración de los ídolos. Todo esto fué causa de la ruina del reino de Samaria, que fué llevado cautivo y quedó luego en gran parte diluido en el mar de los pueblos paganos, de los cuales no le separaba el pensamiento religioso. Muy de otra suerte ocurrió con Judá, cuya cautividad le sirvió para acrisolar su fe y hacerlo más fiel a su Dios.

Con todo esto los Profetas, al anunciar la restauración de la edad mesiánica, predicen la reunión de las doce tribus bajo el cetro del Hijo de David. Era esta reunión más que la restitución del antiguo estado ideal, el signo expresivo de la unidad religiosa y de la reintegración de todos los israelitas a la primitiva alianza de Jahvé. Oigamos a Isaías:

«Y acontecerá en aquel día, que la raíz de Jesé,
levantada como estandarte para los pueblos,
será buscada por las naciones,
y vendrá a ser gloriosa su morada.
En aquel día, Jahvé extenderá por segunda vez su mano
para rescatar las reliquias de su pueblo,
a lo que quedare (de los desterrados) de Asiria y de Egipto,
de Patros, de Etiopía, de Elam, de Sennaar,
de Hamat y de las Islas del Mar.
Y levantará un estandarte hacia las naciones,
y reunirá los desterrados de Israel,

y recogerá los dispersos de Judá,
de los cuatro ángulos de la tierra.
Desaparecerá la envidia de Efraim
y cesarán las enemistades de Judá.
Efraim no se celará más de Judá
y Judá no será más enemigo de Efraim». (XI, 10-13).

Jeremías, después de pintarnos la prevaricación de los dos hermanos, Israel y Judá, pone en boca del Señor esta tierna llamada:

«Volved, hijos rebeldes, dice Jahvé,
porque yo soy vuestro Dueño.
Y yo os tomaré, uno de una ciudad
y dos de un clan,
para conduciros a Sión.
Y os daré pastores según mi corazón,
que os guíen con inteligencia y sabiduría.
Vendrán en aquellos días,
la casa de Judá y la casa de Israel;
juntos vendrán de la tierra del Setentrion
a la tierra que yo he dado a sus padres». (III, 14 s., 18).

Y al fin de sus vaticinios, anunciando la ruina y el castigo de Babilonia, cuyas crueldades había visto en Jerusalén, nos describe Jeremías la salud de su pueblo en estos términos:

«En aquellos días y en aquel tiempo,
volverán los hijos de Israel
y con ellos los hijos de Judá.
Seguirán su camino llorando,
y buscarán a Jahvé, su Dios.
Suspirarán por Sión y vueltos a ella, dirán:
Venid y adhirámonos a Jahvé
con un pacto eterno, que jamás sea olvidado». (L, 4-5).

No otro es el lenguaje que tenía en Babilonia Ezequiel, para levantar el espíritu abatido de los cautivos: «Y me fué dirigida la palabra de Jahvé, que me dijo: Tú, hijo del hombre, toma un bastón y escribe en él: «De Judá y de los hijos de Israel, que le están unidos». Toma después otro bastón y escribe sobre él: «De José». Y este será el bastón de Efraim y de toda la casa de Israel, que le sigue. Júntalos luego uno con otro y haz que formen un solo bastón en tu mano. Y cuando los hijos de tu pueblo te dijeren: ¿No nos explicarás lo que con esto quieres decir?, diles: Así habla el Señor Jahvé: Yo tomaré el bastón de José, que está en las manos de Efraim, y las tribus de Efraim, que le están unidas y las juntaré con el

bastón de Judá, y *haré de ellos un solo bastón, y serán uno solo*. Y teniendo los bastones, sobre que tú hubieres escrito, en tu mano y ante sus ojos, les dirás: Así habla el Señor Jahvé: Yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde se han ido, y los reuniré de todas las partes y los juntaré en su tierra Y haré de ellos una sola nación en su tierra, sobre las montañas de Israel; un solo rey reinará sobre todos ellos; no serán ya más dos naciones, ni dos reinos separados... Yo los purificaré de sus pecados y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, y tendrán todos un mismo pastor, y seguirán mis mandamientos y observarán mis preceptos y los pondrán en práctica... Yo haré con ellos una alianza de paz, una alianza eterna, y erigiré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi morada será siempre en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y conocerán todas las naciones que yo soy Jahvé, que santifico a Israel, cuando mi santuario fuere en medio de ellos para siempre» (XXXVII, 15-28).

A la unidad nacional se añade la unidad política bajo el cetro del Mesías, la unidad del pacto eterno y la unidad del Santuario, en que Dios manifestará su gloria en medio de su pueblo y a la faz de todas las naciones. Podrían multiplicarse los textos proféticos, en que se ponen de relieve estos conceptos. Como en los demás vaticinios, la forma literaria está tomada del medio histórico, que al profeta rodea, pero su fondo divino trasciende la época histórica de los Profetas. Y el fondo de esa idea es que Israel, purificado de sus pecados, vuelto sinceramente hacia Jahvé, se adherirá a El de todo su corazón, sumiso a su Ley, a su espíritu y al representante de Dios, el Mesías, Hijo de David. Este será mediador de otra alianza que no se romperá como la pasada (Is. XLII, 1-9), y por él la gloria del Señor brillará en medio de su pueblo, siendo motivo de admiración para las naciones, que se sentirán atraídas hacia Sión (Is. II, 2-4; Zac. VIII, 20-23; XIV, 16). Cuando el ángel Gabriel comunica a la Virgen la llegada de los tiempos mesiánicos y el cumplimiento de las promesas divinas en el Hijo que ella concebirá, le dice así: «Será grande (el Hijo que parirás), será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin» (Lc. I, 32). El trono de David y la casa de Jacob significan las doce tribus de Israel unidas bajo el cetro del Mesías.

* * *

Llegada la plenitud de los tiempos, nos descubre Dios los secretos admirables de su sabiduría en la realización de sus promesas. Aquella corteza histórica, en que iban envueltos los vaticinios mesiánicos, pasa al último lugar, para ocupar el primero, por no decir el único, las promesas espirituales. El Precursor, que aparece en las riberas del Jordán cual heraldo que anuncia la llegada del Señor, empieza predicando la peniten-

cia como preparación del Reino de Dios. Jesús, que se presenta ante el pueblo como el Hijo del hombre vaticinado por Daniel (VII, 13 s.), predica también la penitencia, la conversión a Dios. No quiere oír el nombre de rey, y cuando la muchedumbre, entusiasmada por sus prodigios, trata de aclamarle rey, rehuye el compromiso ocultándose. Es que su reino no era de este mundo como los Judíos imaginaban (Jn. XVIII, 36).

Pero al fin, Jesús es Rey, y Rey de los Judíos, y el reino que viene a establecer en la tierra es el *Reino de Dios*, o el *Reino de los cielos*. Su labor de predicador y taumaturgo se ordena a preparar el establecimiento de este reino en el mundo. El mismo se compara al sembrador, que esparce en el campo la semilla. Así, El siembra la palabra de Dios, la doctrina que trae del cielo, para que, recibida en los corazones de los hombres, eche en ellos hondas raíces y dé luego copioso fruto de justicia y santidad. Para colaboradores de su obra escoge los doce Apóstoles, a los cuales instruye y adoctrina en los secretos del Reino de los cielos y encomienda luego continuar su obra. Importa conocer estas instrucciones de Jesús a los Doce para darse cuenta de los planes que sobre el futuro de esta obra tenía.

El primer texto que este punto toca, es el llamado la confesión de Cesárea. Jesús pregunta a sus fieles discípulos qué dicen los hombres de El, para luego preguntarles por su opinión propia. «Vosotros, ¿quién pensáis que yo soy?» Pedro toma la palabra en nombre de todos y contesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Jesús entonces le responde: Dichoso eres, Simón Bariona, porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro (Cefas) y que sobre esta piedra (Cefas) edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán contra ella: y te daré las llaves del Reino de los cielos, y lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo. Y encargó mucho a sus discípulos que no dijese a nadie que El era el Cristo» (Mt. XVI, 13-20). Jesús había predicado el Reino de Dios, pero en parábolas, que a la muchedumbre sólo mostraban la verdad entre nubes; en particular explicaba luego a los Doce esas parábolas. Semejante método, el único posible, atendida la mentalidad del pueblo, produjo los resultados que vemos sobre el concepto que tenían de Jesús. Muy otro era el fruto que los Apóstoles habían sacado. Ellos habían aprendido que el Maestro, a quien seguían, era el Cristo, el Hijo de Dios. Tal misterio, que transcendía la capacidad de los discípulos, no lo podían éstos obtener ni por las luces de su razón, ni por las doctrinas de la sinagoga inspiradas en el nacionalismo judío. Precisamente estas doctrinas fueron las que habían logrado el triste éxito de hacer casi estéril la obra de Jesús en el pueblo. Es el Padre celestial quien se lo reveló a los Doce. El Padre los alumbró para que por las obras y palabras de Jesús viniesen en conocimiento de que era el Me-

sías, el Hijo de Dios vivo. Era el punto fundamental del Evangelio, el mismo que los Apóstoles propondrán a Israel desde el día de Pentecostés.

Sentado este principio, fácilmente se sigue de ahí la necesidad de aceptar como bajado del cielo cuanto El nos enseña. Y aunque esta fuera la fe de los Doce, no sin especial providencia, Simón, que siempre figura a la cabeza de los íntimos de Jesús, se adelanta a hablar en nombre de todos y responde poniendo en sus palabras aquella vigorosa espontaneidad que le era característica. La respuesta de Jesús es como la réplica a la confesión de su discípulo, a quien establece por fundamento de la sociedad que trata de fundar, a la cual llama Iglesia. Esta metáfora del edificio queda luego explicada por la otra de las llaves del Reino de los cielos y por el poder de atar y desatar, que le otorga, con la promesa de que sus fallos serán ratificados en el cielo. Es claro que Jesús confiere a Pedro un poder soberano en su Iglesia, que es el Reino de los cielos. Ni es menos claro que este poder no es personal de solo Pedro, puesto que en ese caso la Iglesia sobre él edificada, acabaría con él. Jesucristo funda aquí una institución perpetua como la Iglesia, y cuyo primer gerente es Simón Pedro. Con esto no quedan anulados los once Apóstoles restantes; pero quedan sometidos a la suprema autoridad de Pedro, que es su cabeza y por debajo de Cristo el principio de su *unidad*.

A la luz de este pasaje será fácil entender el sentido que tiene la súplica del Señor a favor de Pedro y el encargo que le hace de confirmar a sus hermanos zarandeados como él por Satanás (Lc. XXII, 31), y la encomienda de apacentar sus ovejas y corderos (Jn. XXI, 15 ss.; cf. X, 16).

Este esfuerzo por lograr la *unidad* entre los suyos, encomendándolos al gobierno de *uno*, nos dará la clave para entender, cuanto cabe, el misterio de aquella otra súplica que Jesús dirige al Padre en la última cena, cuando dice: «Padre santo, guarda en mi nombre a estos que tú me diste, para que sean *uno*, como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre... Yo les comuniqué tu palabra, y el mundo los aborrece porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo... Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío al mundo. Y yo me santifico a mí mismo, para que ellos sean santificados en la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino por los que hayan de creer en mí por el ministerio de su palabra, para que todos sean *uno*, como tú, Padre, en mí, y yo en tí, para que ellos sean *uno* en nosotros; a fin de que crea el mundo que tú me enviaste. Y la gloria que tú me diste, yo se la dí a ellos, para que sean *uno* como nosotros somos *uno*. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la *unidad* y conozca el mundo que tú me enviaste, y los amaste a ellos como me amaste a mí. Padre, cuantos me diste, quiero que donde yo estoy, estén ellos conmigo, para que vean mi gloria, que tú me diste; porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te conoce, pero yo te conozco; y éstos conocen que tú

me enviaste, y yo les dí a conocer tu nombre, y aún se lo notificaré más, para que la caridad con que tú me amas, esté en ellos, y yo esté también en ellos» (Jn. XVII, 11 25).

Admirable plegaria esta de Jesús, a la cual da más realce la circunstancia de haberla pronunciado la noche de su pasión y como postrera despedida de los discípulos, que le habían permanecido fieles. Jesús pide para los Apóstoles y para los que habían de creer en El la *unidad*. Pero ¿qué unidad? La misma que existe entre Jesús y el Padre. El Padre que ama al Hijo, ama también por respeto del Hijo a aquellos que le dió como fieles discípulos, y quiere que cuantos creyeron en El como enviado del Padre, y a quienes reveló los secretos del Padre, permanezcan a El unidos, como El permanece unido con el Padre. Y así la caridad que une en el cielo al Padre y al Hijo, esa misma se derrama en la tierra por los corazones de los discípulos para hacerlos participantes de la misma unión. Y esta unión tiene por principio la fe de que Jesús es el Hijo de Dios, el Enviado del Padre, y se consuma con la caridad. Y efecto de esta unión y testimonio de ella ante el mundo será la comunicación que el Hijo hará de su gloria a sus discípulos. Esa gloria es el poder de hacer obras divinas, milagros, con los cuales los discípulos darán testimonio ante el mundo de que Jesús está con ellos, igual que Jesús había antes testificado que el Padre estaba con El (Jn. XIV, 10 ss.)

En los textos precedentes de los Sinópticos y de S. Juan, Jesucristo había querido dar a su Iglesia una *unidad jurídica*; aquí eleva su pensamiento a la *unidad mística*, que debe ser el complemento de la primera; o mejor, su raíz vital. Que sean ante todo unos en la fe, en la esperanza, en la caridad, que lo sean en sus aspiraciones hacia Dios, en su deseo de la justicia, de difundir el reino de los cielos y hacer a todos los hombres participantes de sus tesoros. La *unidad jurídica*, que implica ejercicio de autoridad en unos y práctica de sumisión en otros, brotará del corazón espontanea, fuerte, eficaz. Y este será el testimonio perenne que los fieles darán al mundo de que Jesús está con ellos. El egoísmo humano, que se manifiesta en el apego al propio juicio aun contra los derechos de la verdad conocida, apego que engendra las sectas, las escuelas, las confesiones; el apego al propio interés que engendra los partidos y las banderías; el apego exagerado a la patria, que es a veces causa de los cismas; todo, en fin, cuanto de humano hay en los hijos de la Iglesia, debe ceder su lugar a esa fuerza del Espíritu, que nos une a todos en Cristo por la fe y la caridad. Y esta victoria del Espíritu contra la carne, de lo divino sobre lo humano, victoria que nunca en las sociedades humanas se logra, si no es de un modo muy imperfecto y pasajero, será el testimonio que den los fieles al mundo de que Dios está con ellos.

Después de esta oración, Jesús se entregó a la muerte por el rescate de muchos, y esta fué la santificación de que en su plegaria hablaba. Con esta muerte los discípulos habían de ser santificados. Después de su resurrección prosiguió la obra comenzada de formar a sus Apóstoles e instruirlos en los misterios del Reino de Dios. Esta labor era entonces más fácil por cuanto los Apóstoles veían ya realizado el misterio, antes para ellos ininteligible de que Cristo debía de morir y resucitar para entrar por este camino en su gloria (Lc. XXIV, 26). Como conclusión de su obra personal educadora Jesús confiere a sus discípulos un poder singular que S. Juan ya había indicado en la oración. S. Mateo es quien nos lo refiere más extensamente: «Jesús se acercó a ellos y les dijo: Me fué dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, y adoctrinad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a practicar todo cuanto os he mandado; y he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. XXVIII, 18-20). No puede ser más claro el texto. Jesucristo, en virtud de la suprema potestad que del Padre tiene recibida, constituye a los Apóstoles sus delegados para que lleven su salud a todas las naciones. Al mismo tiempo les señala las condiciones de la salud, que son la fe, el bautismo y práctica de cuanto El les tenía enseñado. Como todas las palabras divinas, estas tienen una virtualidad que no ser pueda alcanza desde luego; el tiempo irá poco a poco declarando. El mismo Espíritu Santo, cuya perpetua existencia Jesús había prometido a los Apóstoles, será quien vaya explicando el pleno contenido de estas postreras palabras del Salvador.

El día mismo de Pentecostés, recibido el Espíritu Santo, comienzan los Apóstoles a ser los testigos de Jesús en Jerusalén. La suma de su predicación está en aquellas palabras de Pedro: «Haced penitencia, bautizaos en el nombre de Jesús para remisión de vuestros pecados y recibiréis el Espíritu Santo» (Act. II, 38). Han llegado los deseados tiempos del Mesías. En su vida y en su resurrección, Jesús de Nazaret ha dado pruebas fehacientes de ser el verdadero Mesías investido por Dios de soberano poder para perdonar los pecados y otorgar el don del Espíritu Santo a cuantos crean en El. Y el número de los creyentes se fué multiplicando cada día, en virtud de la palabra y de los prodigios que obraban los Apóstoles. Entre éstos es Pedro el que aparece por encima de todos, como si el historiador sagrado quisiera mostrarnos el cumplimiento de la palabra de Jesús, que le constituía fundamento de la Iglesia.

Así mismo la vida de la nueva sociedad se desenvuelve en torno de los Doce: «Y perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en la mutua comunicación, en la fracción del pan y en las oraciones» (Act. II, 42). Creciendo el número de los discípulos y complicándose la administración temporal de la comunidad, que había adoptado una forma de vida común, los Doce convocan a la muchedumbre de los discípulos, ante los cuales

declaran, «no ser justo que ellos abandonen la predicación de la palabra de Dios, para dedicarse al servicio de las mesas». Y a fin de obviar los inconvenientes que se lamentaban, instituyeron los siete diáconos (VI, 1 ss.) Cuando llegó la hora de extender el ministerio fuera de los ámbitos de la Judea y del pueblo de Israel, no se hace esto sin el ministerio de los Apóstoles y de Pedro. El diácono Felipe es el primero que anuncia en Samaria el nombre de Jesús; lo cual, oído por los Apóstoles, enviaron allá a Pedro y Juan, que ratificaron la obra de Felipe por la imposición de las manos y la colación del Espíritu Santo. (Act. VIII, 14 ss.)

La admisión de los gentiles en la persona de Cornelio y su familia, fué también obra de Pedro, a quien el Señor dijo: «Lo que yo he purificado no debes tú llamarlo impuro» (X, 15). Que algunos de los fieles venidos del judaismo y demasiado aferrados a sus prejuicios nacionales, trataran de pedir al Apóstol cuenta de su comunicación con los gentiles, sólo prueba hasta qué punto llegaba la fuerza del nacionalismo entre los judíos y cuánta debió de ser la virtud de la gracia en aquellos hombres que, dando de mano a sus privilegios nacionales, se entregaron al ministerio de los gentiles (XI, 1-18). Al suscitarse luego el grave problema de la obligatoriedad de las observancias legales para los fieles venidos de la gentilidad, espontáneamente nace la idea de llevar el asunto a Jerusalén, donde tenía su asiento el cuerpo de los Apóstoles. Y, después de debatido en la asamblea de éstos y de los ancianos (admitidos sin duda a tomar parte en el gobierno por imitación de las antiguas costumbres mosaicas y de los actuales judíos) es Pedro quien se levanta y propone la solución fundamental, que es de todos aceptada: «Todos nosotros como ellos, creemos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo». Lo cual era declarar nula la eficacia de la Ley en orden a la santificación (Act. XV, 7 ss.)

San Pablo confirma esta doctrina en el capítulo XV de su primera epístola a los Corintios: «Os hago saber, hermanos, el evangelio que os prediqué, que habéis recibido, en que habéis perseverado y por el cual sois salvos, si vosotros lo retenéis tal como yo os lo anuncié, a menos que hayáis creído en vano. Yo os he enseñado en primer lugar lo que yo había recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Cefas, luego a los Doce, después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales viven la mayor parte y algunos ya son muertos. Después se apareció a Santiago y luego a todos los Apóstoles; finalmente, como a un abortivo, se me apareció a mí. Pues yo soy el menor de los Apóstoles, indigno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fué en mí estéril, antes yo trabajé más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí. Pero tanto yo como ellos así predicamos, y así habéis creído» (XV, 1-11).

Todo este largo razonamiento del Apóstol a esto se ordena a mostrarles la firmeza de la predicación apostólica sobre Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros. La adhesión firme a esta enseñanza predicada, unánimemente por los Apóstoles todos es la condición indispensable de la salud. Sin esta adhesión no es posible la salud, como tampoco lo sería, si la predicación no fuera verdadera.

Todos estos hechos estudiados a la luz de los documentos evangélicos, vienen a ser una declaración y una confirmación de los mismos. La autoridad suprema de la Iglesia, el centro de su unidad, son los Doce, y entre estos el jefe aparece siempre Pedro. La Iglesia es pues *una* por su fe en Cristo, que todos los fieles aceptan según la predicación apostólica, por el bautismo de Jesús administrado en remisión de los pecados, por la coacción del Espíritu Santo, contenido regularmente por la imposición de las manos de los Apóstoles, por la fracción del pan en común y por el régimen de los Doce bajo la presidencia de Pedro. La actividad misionera de S. Pablo entre los gentiles, aunque relajó un tanto estos lazos de unidad en lo material, pero fue para mostrar mejor la fuerza espiritual de los mismos, como lo veremos en lo que sigue.

S. Pablo es el gran teólogo de la doctrina de la Iglesia, como lo es de la gracia. De la forma jurídica de la Iglesia son pocas las cosas que nos dice; pero de su forma espiritual y mística son muchas y grandes las que nos enseña. Ciertas metáforas que emplea para caracterizar la Iglesia, por ser demasiado materiales, nos dicen poco, a lo menos para el propósito que aquí tratamos. La Iglesia es el campo cultivado por Dios (I Cor. III, 9). Esta imagen, inspirada en el salmo LXXX y en Isaías V, les muestra ser Dios el dueño de la Iglesia y el que la cultiva con la esperanza del fruto. Otra imagen es la del edificio (Ef. II, 20 ss.; I Cor. III, 9), empleada ya por el Salvador al confiar a Pedro su privilegiada autoridad. El sentido viene a ser el mismo que el de la viña o el campo. La Iglesia es también una familia, cuyo padre y señor es Dios (Heb. III, 6). Con esto declara el Apóstol las especiales relaciones de afecto que deben reinar entre sus miembros. Todas estas imágenes suponen cierta unidad, que no podemos precisar por tratarse de cosas demasiado materiales y remotas de las realidades divinas que estudiamos. La imagen del Templo la emplea S. Pablo para ponderar la santidad que a la Iglesia y a los miembros de ella impone el ser casa y morada de Dios (I Cor. III, 16 ss.; II Cor. VI, 16).

Más expresiva, por más personal, es la imagen de esposa. Está tomada del Antiguo Testamento, donde Israel es representado como la esposa de Jahvé. Algunas parábolas del Evangelio se hallan también inspiradas en la misma concepción, la cual aparece más clara en el Apocalipsis (XXI, 9 ss.) S. Pablo se sirve de la misma para expresar la unión estrecha, que

existe entre Cristo y la Iglesia. Son muy de considerar sus palabras. Recomendando el amor conyugal de los esposos, cita el texto del Génesis: «Por eso dejará el varón a su padre y a su madre y se juntará con su mujer, y serán los dos una carne». A lo cual añade el Apóstol: «Este misterio es grande, pero yo digo que referido a Cristo y a la Iglesia» (Ef. V, 31 ss.). La unión carnal de los cónyuges no es ningún misterio de Dios; pero sí lo es, y muy grande, la unión espiritual de Cristo con la Iglesia y con las almas que constituyen la Iglesia. Antes había declarado el Apóstol cómo Cristo se había procurado esta esposa y la había amado hasta entregarse por ella a la muerte, a fin de santificarla, limpiándola en el lavatorio del agua y la palabra de vida, para mostrarla a sus propios ojos hermosa, sin tacha ni arruga, sino santa e inmaculada (Ef. V, 25 ss.). Con esta imagen significa el Apóstol la obra redentora de Cristo, con la cual adquirió para sí las almas que forman la Iglesia; y así mismo declara los deberes que a ésta impone el inestimable beneficio de la redención. Estos deberes se resumen en el amor y la fidelidad al Esposo divino, que tanto la amó.

Tales afectos de la esposa hacia Jesucristo, más que la unidad personal de ésta, expresan la unión estrecha de la Iglesia y de sus miembros con Cristo. La fe, el amor, la vida de Cristo deben ser la liga que una con estrecho vínculo estos dos Esposos; realizando así el gran misterio de que sean, no *una* carne, sino *un espíritu* Cristo y la Iglesia, porque el que se junta a Dios se hace un espíritu con El. (I Cor. VI, 17). Pero es claro que si la Iglesia es una con Cristo, es una también en sí misma por virtud de la vida de Cristo difundido a todos los fieles.

Pero la imagen preferida del Apóstol es la del cuerpo y la cabeza. Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, «puso todas las cosas bajo sus pies (de Cristo) y a El mismo constituyó cabeza sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo, complemento de Aquel que es completado en todos y en todas maneras». (Ef. I, 23). Como el cuerpo es el complemento de la cabeza, así lo es la Iglesia respecto de Cristo. De la cabeza dimana la vida de todo el cuerpo; así en la Iglesia es Cristo el principio de toda su vida, actividad y perfección.

De este argumento se vale en su epístola a los Colosenses para disuadirlos de entregarse al culto de los ángeles, «abandonando la Cabeza, de la cual el cuerpo entero, bien nutrido y trabado, gracias a las junturas y ligamentos, recibe el crecimiento de Dios». (Col. II, 19). Este misterio del complemento de Cristo, que es la Iglesia, podrá en algún modo entenderse considerando que en Cristo está la plenitud de la gracia, de donde todos recibimos. (Jn. I, 16), o hablando el lenguaje de la Escuela, que en Cristo existe una gracia llamada *capital*, que es el poder de santificar a la humanidad entera. Ese poder se actúa, y por consiguiente se manifiesta, cuando difundiéndose por los miembros de la Iglesia, los santifica, los

enriquece con su virtud y con la variedad infinita de sus gracias. Así la Iglesia es rica con la riqueza de Cristo; es santa con la santidad de Cristo, que por ella se sacrificó; lucha y vence los poderes del mundo con la fortaleza de Cristo, que primero venció al mundo. Y de la misma suerte, Cristo revela en la Iglesia su santidad y su fortaleza, y en la Iglesia lucha y vence. Y toda la vida y toda la energía de los miembros de la Iglesia provienen de la cabeza, que se la comunica por la diversidad de los sistemas nervioso, muscular, etc. Este oficio de comunicación cumplen en la Iglesia los diversos oficios que hay en ella. Por esto Jesús, como Señor de la Iglesia, «hizo a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, en orden a la perfección de los santos, a la obra del ministerio, a la organización del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a la perfección de la virilidad, a la medida del complemento de Cristo». (Ef. IV, 11-13).

Toda la organización de la Iglesia y sus diversos ministerios, a esto se ordenan, a la actuación de esa gracia capital de Cristo, hasta que toda la Iglesia y cada uno de sus miembros, que son sus fieles, alcancen aquella estatura, o digamos, aquel desarrollo de su virtud necesario para realizar la actuación de la gracia de Cristo en la medida que Dios tiene predestinada. Cuando esta medida se alcance será llegado el fin, y los ministerios de la Iglesia no tendrán razón de existir. Entre tanto son necesarios todos, y cada uno debe ejercer sus funciones bajo el impulso del Espíritu Santo. Es la idea que el Apóstol desarrolla en el capítulo XII de su primera epístola a los Corintios, cuando tratando de las diversas gracias, oficios y ministerios que hay en la Iglesia, procedentes todos del mismo Espíritu, dice: «Como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros de un cuerpo, con ser muchos, forman un solo cuerpo, así es también Cristo. Porque todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para constituir un solo cuerpo, lo mismo los Judíos que los Gentiles, igual los siervos que los libres; y todos somos abrevados de un mismo Espíritu... Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros dotados de particulares oficios. E instituyó Dios en la Iglesia primero los apóstoles, luego los profetas, en tercer lugar los doctores, después los dotados de la gracia de milagros, luego de curaciones, de asistencia, de gobierno, de lenguas. ¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos doctores?, ¿tienen todos la virtud de milagros?, ¿tienen todos la gracia de curaciones?, ¿hablan todos en lenguas?, ¿tienen todos el don de interpretación?» (I Cor. XII, 12-31). No, sin duda; cada uno tiene la gracia especial que Dios le otorgó por Cristo.

Esta comparación del Apóstol nos muestra los diversos miembros de la Iglesia, dotados todos de diferentes virtudes y oficios en el organismo vivo de la Iglesia; pero que reciben todos la energía del único principio,

que es el Espíritu de Cristo. Precisamente el Apóstol emplea esta comparación para poner de relieve el orden que debe existir en la Iglesia, la subordinación y la unidad.

De la misma comparación se sirve en la epístola a los Romanos para persuadir la modestia: «Pues yo, en virtud de la gracia que me ha sido dada, digo de vosotros, que no tenga nadie persamientos más altos de lo que conviene; sino que sienta con modestia, según la medida de la fe que Dios le ha concedido. En efecto, como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y ninguno de estos miembros tiene la misma función, así nosotros, que somos muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo y cada uno ejerce su oficio en bien de los demás. Pues todos tenemos dones diferentes conforme a la gracia que nos ha sido dada, sea de profecía, que se ejerce en proporción de la fe, sea de ministerio en su propio oficio, sea de doctrina para enseñar, de exhortación para exhortar, de dar con simplicidad, de presidir con diligencia, de ejercer la misericordia con alegría» (Rom. XII, 3-8). Pero todas estas gracias tienen *un mismo* principio y se ordenan a la perfección de *un mismo* cuerpo, que es la Iglesia.

Cuánta sea esta unidad a los ojos del Apóstol, nos lo declaran todavía más aquellas palabras: «Como todos los miembros forman un cuerpo; así es Cristo». En donde «Cristo» no es la persona física del Salvador, sino esta persona extendida y completada en la Iglesia. O sea, es Cristo, Cabeza unida a su cuerpo. Y confirman este pensamiento las palabras que siguen: «Todos nosotros, Judíos o Gentiles, siervos o libres hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo». Esta idea de la unidad de todos los bautizados en el cuerpo, o mejor en la persona de Cristo, resalta aún más en aquellas palabras, que el Apóstol dirige a los Gálatas: «Las promesas de Abraham fueron hechas a la descendencia del Patriarca, la cual es Cristo mismo. Pero nosotros, unidos e incorporados a Cristo, somos todos hijos de Dios. Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis vestido de Cristo, no habiendo ya diferencia de Judíos o Griegos, siervos o libres, varones o hembras, porque todos vosotros sois en Cristo *uno*, *εἷς*, una persona. Si, pues, sois de Cristo, sois la descendencia de Abraham, a quien la promesa fué hecha» (Gal. III, 18-29). De manera que a los ojos del Apóstol es tanta la unión de la Iglesia con Cristo, su cabeza, que se puede decir que forman *una sola persona*. Con esto nadie se admirará de aquellas palabras, que el mismo S. Pablo escribe a los Gálatas: «Yo por la ley de la fe estoy muerto a la Ley mosaica, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy clavado en la cruz: ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí; aunque yo vivo ahora en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gal. II, 19 s.)

He aquí la raíz de la unidad eclesial, la vida de Cristo, que por la fe y la justicia a todos los fieles alcanza y a todos hace una cosa con

Cristo, objeto de la fe y principio de la justicia. No otro es el pensamiento contenido en aquella alegoría de S. Juan: «Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el agricultor. Todo sarmiento, que en mí no lleve fruto, lo cortará, y todo el que dé fruto lo limpiará, para que dé fruto más abundante... Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo, si no permaneciere en la vid; así vosotros no lo daréis, si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y en quien yo permanezco, ese dará mucho fruto; pues sin mí nada podéis hacer». (Jn. XV, 1-5).

Símbolo de esta unidad de la Iglesia, que constituye la verdadera familia del Padre celestial, es la comunión en la cual todos bebemos del mismo cáliz, que es la sangre de Cristo y partimos el mismo pan, que es el cuerpo del mismo Cristo. Y por la virtud de este misterio somos un pan que se forma de muchos granos y un cáliz que procede de muchas uvas, esto es, somos un cuerpo todos los que participamos de este sacramento. (I Cor. X, 16 s. *Didaque*, 9).

De aquí se colegirá con cuánta razón condena S. Pablo las divisiones y banderías en la Iglesia. Reprendiendo tales cismas en la iglesia de Corinto, el Apóstol se levanta, y levanta también a sus espirituales hijos, a la razón última de la unidad eclesiástica, que es Cristo. Veamos su razonamiento, aunque para ello tengamos que prescindir de las ampliaciones e incidentes que expone S. Pablo en la serie de su largo discurso. «Os exhorto, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que tengáis todos el mismo sentir y que no haya entre vosotros divisiones. Porque he sabido, hermanos míos, que hay discordias entre vosotros. Quiero decir, que hay entre vosotros quienes dicen: yo soy de Pablo; yo de Apolo; yo de Cefas; yo de Cristo. Pero qué, ¿Cristo está dividido? ¿Pablo fué crucificado por vosotros? o habéis sido bautizados en el nombre de Pablo» (I Cor. I, 10-13).

Expuesto el estado de los ánimos en Corinto, el Apóstol se levanta al principio de la unidad cristiana, que es el mismo Cristo, muerto en la cruz por nosotros, y que por el bautismo nos incorpora a su muerte y hace participantes de su vida divina manifestada en la resurrección (Rom. I, 4s.; VI, 1-11). Y este es el gran principio de la sabiduría cristiana simbolizado en la cruz de Cristo, objeto de la predicación del Apóstol, escándalo para los Judíos, y locura para los Griegos; pero virtud y sabiduría de Dios para los llamados a la fe, sean Judíos, sean Griegos (I, 23 s.) Semejante sabiduría, escondida desde la eternidad en el seno de Dios y revelada al presente para gloria nuestra (II, 6 s.), no la habían alcanzado aun los Corintios. Prueba de esto eran las envidias y divisiones que había entre ellos. «Cuando uno dice: Yo soy de Pablo; otro: Yo de Apolo, ¿no es claro que habláis como hombres? ¿Qué es Apolo? ¿qué es Pablo? Nosotros somos ministros del Evangelio, por quienes habéis creído, y cada

uno según el don del Señor. Yo planté, Apolo regó; pero Dios es quien da el crecimiento. De manera que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son una sola cosa; cada uno recibirá su propia recompensa, según su trabajo. Nosotros somos colaboradores de Dios; vosotros el campo de Dios, el edificio de Dios... Nadie, pues, se gloríe en los hombres. Todo es vuestro, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sean las cosas presentes, sean las futuras: todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (III, 3-22). Cuando la mente se eleva a tan altos principios, las razones humanas, que por serlo tienen que ser pequeñas, desaparecen de la vista. Dios, Cristo, la fe, el bautismo: he aquí los principios de la unidad eclesiástica (Ef. IV, 5 s.), contra los cuales nada representan la mentalidad racial, el orgullo nacional, las modas intelectuales, los prejuicios humanos.

* * *

Esta idea de la unidad de la Iglesia se revela vivamente impresa en la historia eclesiástica, que viene a ser su mejor comentario. Los escritores eclesiásticos hablan inspirados en los Apóstoles, y las iglesias obran en consonancia con las palabras de sus doctores, de los cuales la mayor parte son pastores de la grey cristiana. Citemos por vía de ejemplo algunos testimonios.

Es cosa digna de notar el vivo sentimiento que el mártir S. Ignacio tenía de las iglesias, de la unión de éstas con Cristo, de la unión con el obispo: así mismo de los vínculos de caridad que deben unir todas las iglesias que forman la Iglesia de Dios.

Escribiendo a los Efesios se felicita de la amistad contraída con su obispo, amistad no humana, sino espiritual; y a ellos los juzga tanto más felices «cuanto le están unidos como la Iglesia a Jesucristo, y como Jesucristo al Padre, para que en todas las cosas estén concordes en la unidad» (V, 1). A los Filadelfios los exhorta a huir las divisiones y las malas doctrinas de los lobos; a abstenerse de la hierba nociva, que Cristo no cultivaba, porque no ha sido plantada por el Padre. «Los que son de Dios y de Jesucristo, esos están con el obispo, y los que, arrepentidos vuelven a la unidad de la Iglesia, esos serán de Dios, para que vivan según Jesucristo. *No os equivoquéis*, hermanos míos, el que sigue a un cismático *no tendrá parte en la herencia del reino divino*; si alguno camina según una doctrina extraña, no comunica en la pasión (de Cristo). Procurad, pues, tener una eucaristía, pues una es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno es el cáliz para mostrar la unidad de su sangre, y uno el altar, como también uno el obispo con el presbiterio y los diáconos, para que cuanto hagáis sea hecho según Dios» (II-IV). Escribiendo a los Esmirneos pondera la firmeza de su caridad y de su fe, con la cual creen «en nuestro

Señor, oriundo del linaje de David según la carne, Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios, nacido realmente de la Virgen, bautizado por Juan para que *en El se cumpliese toda justicia*, realmente crucificado con clavos, bajo Pontio Pilato y Herodes tetrarca, por nosotros en la carne (de cuya pasión nosotros somos el fruto), para que por su resurrección levante el estandarte por los siglos, a favor de sus santos y fieles, así entre los Judíos como entre los Gentiles, *en el cuerpo único de su Iglesia*» (I). Más adelante recomienda la unidad de la vida de la Iglesia, contra los particularismos de las sectas heréticas, con cuanto encarecimiento puede. Todos, dice, obedezcan al obispo, como Jesucristo al Padre, y al presbiterio como a los Apóstoles, y reverencien a los diáconos como un precepto de Dios. Separado del obispo nadie haga cosa alguna de las que tocan a la Iglesia. Legítima eucaristía es aquella que es celebrada por el obispo o por aquel a quien él lo encomendase. Donde compareciese el obispo, allí esté la muchedumbre, de la manera que donde está Cristo allí está la Iglesia católica. No es lícito sin el obispo bautizar, ni celebrar el ágape; antes lo que él aprobare esto se tenga por grato a Dios, firme y válido» (VIII).

San Ireneo pondera, contra las varias doctrinas de los gnósticos, la unidad de la doctrina, que la Iglesia predica por todo el universo, la fe recibida de los Apóstoles y de sus discípulos en un Dios, Padre omnipotente, creador de todas las cosas, y en un Jesucristo, Hijo de Dios, encarnado por nuestra salud, y en el Espíritu Santo, que predicó por los profetas los propósitos de Dios y la venida de su Hijo al mundo... Esta predicación y esta fe, que la Iglesia recibió, la difunde por el mundo entero y con cuidado la guarda, como quien habita una casa; e igualmente cree en ellas con un alma y un corazón, y en consonancia las predica y enseña, como si tuviera una sola boca. Pues, aunque en el mundo haya muchas lenguas, pero es uno y único el poder de la tradición. Y ni las iglesias fundadas en Germania creen y enseñan de otro modo, ni las que están entre los Iberos o los Celtas, ni las que hay en Oriente, en Egipto, en Libia, o en el medio del mundo; antes, como el sol, criatura de Dios, es uno y único en el universo, así la lumbre de la verdad brilla en todas partes e ilumina a todos los hombres, que desean venir al conocimiento de la verdad. Y ninguno de los presidentes de las iglesias por ser doctos y eloquentes se atrevería a añadir nada a lo que enseñó el Maestro, ni los que son de menores alcances quitarán nada a la tradición (Contra haer. I, 10, 1.º s.) El espiritual que está iluminado por esta verdadera tradición de la fe, podrá juzgar a los que fomentan divisiones y que, estando vacíos de caridad, buscan más bien su provecho que la unidad de la Iglesia, y que por pequeñas y ligeras causas rasgan y dividen el grande y glorioso cuerpo de Cristo, y cuanto en ellos es, le dan muerte. Hablan de paz, pero en verdad hacen la guerra. El espiritual juzgará a todos los que es-

tán fuera de la verdad, esto es, a los que están fuera de la Iglesia» (Ib. IV, 33, 7).

Con la misma fuerza establece Tertuliano la regla de fe, que es la prescripción de la Iglesia, y rechaza a los herejes que por no aceptarla andan siempre investigando qué es lo que deben creer, los cuales, como no sean aún cristianos a sus ojos, mucho menos lo pueden ser a los nuestros». (De praescript. XIII ss.) Esta regla testificada por las iglesias apostólicas y por las demás que de éstas las recibieron, procede de los mismos Apóstoles, por éstos de Cristo y por Cristo del Padre. Todo lo que sea contrario a esta regla se debe rechazar por falso. Ella constituye el principio fundamental de la unidad eclesiástica: «Sic omnes primae et apostolicae, dum una omnes probant unitatem, dum est illis communicatio pacis et appellatio fraternitatis et cantesseratio hospitalitatis; quae iura non alia ratio regit, quam *ejusdem sacramenti una traditio* (XX).

De un modo análogo arguye Clemente Alejandrino. La Iglesia, fundada por Cristo y difundida por los Apóstoles, es anterior a las sectas, que han nacido de ella por corrupción. De donde se infiere «*unam esse veram Ecclesiam, eam quae vere est antiqua, in cujus catalogum referuntur ii qui sunt iusti ex proposito*». Es la unidad una propiedad que tanto realza la perfección de los seres cuanto más imitan el principio de todos, que es uno. «*In unius ergo naturae sortem cooptatur Ecclesia, quae est una, quam conantur haereses discindere. Et essentia ergo, et opinione, et principio, et excellentia solam esse dicimus, antiquam et catholicam Ecclesiam, in unitatem unius fidei, quae est ex propriis testamentis, vel potius ex testamento, quod est unum diversis temporibus, in quibus Dei voluntate per unum Dominum congregat eos qui sunt ordinati, quos praedestinavit Deus, cum eos justos futuros cognovisset ante mundi constitutionem*». La Iglesia se distingue por su unidad, mientras que las sectas son muchas. Estas reciben el nombre de sus autores, o de la región en que nacen, o de su doctrina; pero la doctrina de los Apóstoles fué *una*, y *una* es también la tradición (Strom. VII, 17).

S. Cipriano nos ha dejado un libro cuyo título es *De unitate Ecclesiae*. La verdad de ésta no necesita largos argumentos. Es el Señor mismo quien constituye a Pedro fundamento de su Iglesia y le entrega las llaves del reino de los cielos (Mt. XVI, 18 s.), y después de la resurrección le encomienda el cuidado de sus ovejas (Jn. XXI, 15). «*Super illum unum aedificat Ecclesiam suam, et illi pascendas mandat oves suas*». Y aunque después de la resurrección confiera igual poder a todos los Apóstoles (Jn. XX, 21-23), «*tamen, ut unitatem manifestaret, unam cathedram constituit, unitatis ejusdem originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit*». Los demás eran lo que era Pedro y gozaban de igual poder y dignidad. «*sed exordium ab unitate proficiscitur, et primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia et cathedra una monstretur*». Todos ellos son pastores

pero uno es el rebaño, que debe ser apacentado por todos los Apóstoles con unánime consentimiento, para mostrar que la Iglesia de Cristo es una. «Hanc Ecclesiae unitatem qui non tenet, tenere se fidem credit? Qui Ecclesiae renititur et resistit, qui cathedram Petri, super quam fundata est Ecclesia, deserit, in Ecclesia se esse confidit?» Contra tales pretensiones está la palabra del Apóstol, que dice: «Unum corpus, et unus spiritus, una spes vocationis nostrae, unus Dominus, una fides, unum baptisma, unus Deus» (Ef. IV, 4-6). A los obispos toca defender esta unidad de la Iglesia «ut episcopatum quoque unum atque indivisum probemus... Episcopatus unus est, cujus a singulis in solidum pars tenetur». Y como el ramo desgajado del árbol, o el arroyo interceptado con la fuente, se secan, así el que se separa de la unidad de la Iglesia. «Unum tamen caput est et origo una, et una mater fecunditatis successibus copiosa. Illius lacte nascimur, illius lacte nutrimur, spiritu ejus animamur» (c. III-VI). Y en tanto grado es esto verdad que de ella enseña el santo lo que S. Pablo dice de la unidad, que ni la profecía, ni el echar los demonios, ni hacer otros milagros aprovecha para entrar en el reino de los cielos, si el que tal hace no camina por la recta senda de la unidad eclesiástica, como hacen los cismáticos. «Quam vero unitatem servat, quam dilectionem custodit aut cogitat, qui, discordiae furore vesanus, Ecclesiam scindit, fidem destruit, pacem turbat, charitatem dissipat, sacramentum profanat?» Tales son los cismáticos. A los cuales se agregan los que «alienas doctrinas appetunt et magisteria humanae institutionis inducunt, quos increpat Dominus et objurgat in evangelio suo dicens: *Rejicitis mandata Dei, ut traditionem vestram statuatis*» Crimen es este de los herejes peor que el de los lapsos. (cc. XV-XIX).

S. Optato milevitano, en su obra *De schismate donatistarum*, después de mostrar que la Iglesia católica no es la de los cismáticos, reducidos a un pequeño rincón de Africa, sino la que está derramada por el mundo entero, nos muestra en qué manera esta misma Iglesia católica tiene en Pedro y en su Sede Romana, el centro de su unidad: «Igitur negare non potes scire te in urbe Roma Petro primo cathedram episcopalem esse collatam, in qua sederit omnium Apostolorum caput Petrus, unde et Cephas appellatus est; in qua una cathedra et unitas ab omnibus servaretur, ne ceteri Apostoli singulas sibi quisque defenderent, ut jam schismaticus et peccator esset, qui contra singularem cathedram alteram colloicaret» (II, 2).

Tal es el lenguaje común de los santos inspirado en la doctrina del Señor y de los Apóstoles: La Iglesia de Cristo es una: una la fe que a Cristo nos une, unos los sacramentos que nos santifican, y una la caridad, que sirve de vínculo a las diversas iglesias y que se manifiesta en la comunión eclesiástica. De la cual son excluidos los herejes que corrompen la fe y los cismáticos, que vician la disciplina y la caridad de la Iglesia.

Hemos visto que la Iglesia debe ser *una*. Pero esta *unidad* puede ser varia y puede aún juntarse con la multiplicidad según la razón formal que se considere. Tratemos de precisar y concretar más estos conceptos.

Ante todo la Iglesia debe ser una en la *fe*, es decir, en la *doctrina*, a la cual los fieles deben prestar su asentimiento al ser agregados a la Iglesia por el bautismo. Es este un punto fundamental, máxime en nuestros días, en que se trata de establecer un Cristianismo sin dogmas y cierta unidad práctica de las iglesias, prescindiendo de la unidad dogmática. Jesucristo, al encomendar a sus Apóstoles la predicación del Evangelio, les manda *enseñar* lo que El les había encomendado (Mt. XXVIII, 19) y San Marcos añade que quien no *creyere* se condenará (XVI, 16). En esto consiste el testimonio que los Apóstoles debían dar de Jesús, según la recomendación que el Maestro les hace el día de la ascensión (Mt. I, 8), en Jerusalén, en Samaria y hasta el fin de la tierra. Y ellos lo cumplen mostrando que Jesús era el Mesías prometido por Dios y esperado por los Judíos, en quien era preciso creer como Salvador que quita los pecados y como Maestro que enseña los caminos de la vida. Desde el principio los Apóstoles poseen un programa de lo que Jesús hizo y enseñó; este programa, apellidado catequesis, era la suma de cuanto los fieles debían saber y creer como verdad divina (Act. II, 22 ss.; X, 34 ss.; XIII, 17 ss.). San Pablo hace diversas veces referencia a esa catequesis, o por otro nombre, tradición. Sirvan de prueba la narración de la última cena e institución de la Eucaristía (I Cor. XI, 23 ss.), y el preámbulo que él mismo asienta como fundamento de su enseñanza sobre la resurrección, donde narradas las múltiples apariciones con que Jesucristo hubo de convencer a sus discípulos de la realidad de su resurrección, concluye: «Tanto yo como ellos (los otros Apóstoles) esto predicamos y esto es lo que habéis creído» (I Cor. XV, 11). La fe es ante todo el asentimiento a la doctrina evangélica que los Apóstoles predicán. De aquí brotan los sentimientos de confianza y de piedad hacia Dios, que por Cristo nos salva (Rom. X, 9 ss.). Como fundamental exhorta S. Pablo a Timoteo a guardar el tesoro de la doctrina que había recibido y estar alerta contra sus corruptores (II Tim. III, 14 ss.). Y llega hasta pronunciar anatema contra quien quiera que predicase cosa contraria a lo que él había enseñado (Gal. VI, 16). Y San Juan, no menos enamorado de la *verdad* que S. Pablo, y comprendiendo como él ser cosa esencial a la vida cristiana, con no menos instancia exhorta a conservarla (I Jn. II, 21 ss.) y a huir de las falsas doctrinas (I Jn. IV, 1 ss.) y no dar hospitalidad ni saludar a quienes las predicán (II Jn. 9-11). Bien conocido es el episodio de S. Juan, conservado por Eusebio, que huyó del baño al advertir la presencia de Corinto en él (Hist. Eccl. III, 28, 6). La misma conducta observó su discípulo S. Policarpo con Marción (IV, 14, 6).

Tal ha sido la tradición constante de la Iglesia: al bautismo precede

el catecumenado con la tradición del símbolo, que es la suma de la doctrina cristiana, que S. Justino nos refiere ya en la segunda mitad del siglo II. (1 Apol. 65 ss.) No menor que el cuidado de enseñar a sus hijos la verdadera doctrina, es el que tiene la Iglesia de condenar la doctrina falsa y alejar de los fieles los maestros de ella. La historia de las herejías, que ocupa una porción muy grande en la historia de la Iglesia, muestra bien claro hasta qué punto considera la Iglesia deber suyo conservar el depósito de la doctrina revelada. Y se comprende bien la importancia que la Iglesia concede a este principalísimo fundamento de la unidad eclesiástica, desde que se admite que la fe es la raíz de la justicia y de la vida cristiana. Quitada la fe, cae la justicia y toda unión de los miembros de la Iglesia entre sí y con Cristo es sólo exterior, humana a lo más.

El objeto de esta fe ha de ser todo cuanto Dios tiene revelado y nos enseña por el ministerio de la Iglesia. Lo primero es fácil de comprender, si se considera que el objeto de la fe es la verdad revelada por Dios. Todo cuanto haya sido revelado tiene derecho al asentimiento de nuestra fe: expreso y formal de aquellas cosas que conocemos estar reveladas, e implícito de las que no conocemos en concreto. Esta fe implícita es un obsequio de nuestra inteligencia a Dios, no menos que la disposición de nuestra voluntad de poner en ejecución lo que nos mandare, aun antes de tener noticia de ello. El ministerio de la Iglesia, que los Protestantes rechazan, no admitiendo sino la Biblia, resulta claro, si se tiene en cuenta que Jesucristo no encomendó al Libro la predicación y la difusión del Evangelio, sino a los Apóstoles y a sus sucesores, a la Iglesia, de quien únicamente pudieron aprender los hombres el mensaje divino de la salvación. Tertuliano opuso ya a los libros que alegaban los gnósticos, la prescripción de la Iglesia, la cual nos dice cuáles son los libros auténticos y como los hemos de leer. El mismo razonamiento hace Orígenes para probar la divinidad de la Escritura, englobándola en el Cristianismo y demostrando la credibilidad de éste (De princ. I. praef.) Así mismo S. Agustín asegura que no creería en el Evangelio si a ello no le moviese la autoridad de la Iglesia católica.

Los mismos obispos anglicanos de la Conferencia de Lambeth en su carta encíclica, asientan esta misma doctrina cuando escriben: «De una parte el propósito de toda verdadera asociación (fellowship) humana es dar testimonio de ciertos grandes principios, principios de verdad, de bondad, de amor, que expresan y realizan el reino de Dios: entre estas asociaciones la Iglesia está llamada a dar testimonio de la suprema revelación de Dios, de su naturaleza, de su voluntad, de su reino, que ha sido comunicado al mundo por nuestro Señor Jesucristo. De otra parte el testimonio, si ha de ser eficaz entre los hombres, debe ser dado por un cuerpo, por una asociación. Lo mismo ocurre en cada rama de la actividad humana. Muy bien podríamos definir la Iglesia diciendo que es una aso-

ciación de testimonio (*fellowship of witness*). Este es el encargo de nuestro Señor Jesucristo en sus postreras encomiendas: «Vosotros daréis testimonio de mí... hasta los últimos confines de la tierra» (*Lambeth Conference 1930*, p. 17 s.)

La doctrina revelada, que por la fe debemos aceptar, implica, además de las verdades sobre Dios y sobre Jesucristo, otras sobre la constitución de la Iglesia como sociedad divina, sobre la iniciación de la vida cristiana y su desarrollo, sobre las normas de la vida moral. La obra de Jesucristo no se limitó a revelarnos la paternidad de Dios y la vida futura, que a los hombres promete. El fundó su Iglesia sobre el colegio de sus Apóstoles, haciendo de Pedro el jefe de los mismos y el vínculo de su unidad y así mismo de la organización y unidad de la Iglesia; estableció con esto una jerarquía, instituyó ritos sagrados, como medios de comunicar su gracia y la vida que El trajo al mundo, y finalmente confirmó y perfeccionó la Ley moral antigua y además dió ciertas normas prácticas, ordenadas a fomentar la perfección moral de los fieles. Todas estas instituciones de Jesucristo, como expresiones de su voluntad divina, tienen para nosotros una autoridad soberana; no nos toca discutir las, menos aún desecharlas. La Iglesia puede, según el progreso de los tiempos, adoptar nuevas formas de actuar los principios de su constitución y las normas de vida cristiana, o revestir de nuevas solemnidades los ritos sagrados instituidos por Cristo. Toda esta obra de la Iglesia, por antigua y veneranda que sea, como humana, puede cambiar y aún desaparecer; pero lo que procede del divino Fundador de la Iglesia debe permanecer inmutable. El primado de Pedro conservado en la Sede Romana, según el testimonio unánime de la antigüedad, la autoridad de los obispos como sucesores del Colegio apostólico, la de los presbíteros y diáconos como grados inferiores de la jerarquía, son elementos esenciales de la constitución divina de la Iglesia, y no pueden faltar. Pero pueden variar la manera de actuar sus poderes en la vida de la Iglesia. La historia de la disciplina eclesiástica es una prueba fehaciente de este hecho. Así mismo no pueden faltar el bautismo como sacramento de la iniciación cristiana, la confirmación, la penitencia y el poder de perdonar los pecados, la eucaristía como sacramento de vida, etc.; pero a estos y a los demás sacramentos se les puede rodear de ceremonias, oraciones, etc., con el fin de dar una impresión más eficaz de su sagrado carácter y disponer los fieles a recibirlos con más fruto.

Igual se diga de las normas de perfección evangélica dadas por Jesucristo, las cuales, salvo su substancia, pueden recibir diversas formas de actuación, según las condiciones de la vida humana en cada época histórica. Es claro que la unidad substancial de la Iglesia no puede prescindir de ninguno de los elementos establecidos por Jesucristo, sean éstos dogmas revelados, sean instituciones de orden práctico. Obrar de otro modo

sería renunciar a Cristo y a la salud que nos trajo, y que nos comunica por los medios que El mismo determinó y nadie puede mudar. En los otros elementos de origen humano puede haber diversas categorías. Tales pueden ser, que por su íntima conexión con los principios divinos o por las circunstancias históricas que los rodean revistan una importancia excepcional, que los haga prácticamente imprescindibles. Sería por ejemplo un absurdo contentarse con un reconocimiento especulativo de la unidad de la Iglesia, del primado de S. Pedro y de la Iglesia Romana, y pedir luego que ese primado se ejerciese hoy en la misma forma en que se ejercía durante los primeros siglos. No en vano han pasado los siglos, ni son inútiles los progresos de la civilización, aquéllos sobre todo que contribuyen a facilitar las relaciones entre los pueblos. Ni se puede borrar de una plumada la obra de las edades pasadas.

Otras muchas cosas en cambio, de origen humano, sobre todo si están consagradas con la unción del tiempo y la devoción de los pueblos, como son las liturgias antiguas, pueden ser respetadas sin ningún obstáculo para la unidad de la Iglesia. León XIII, en su encíclica *Orientalium*, del 30 de noviembre de 1894, ponderando la reverencia de la Iglesia Romana por la Oriental, escribe: «Nec ultimum illud fuit vigilantiae, officium, ut proprios cujusque orientalis gentis consuetudines sacrorumque rationes, quas pro potestate et sapientia sua legitimos edixisset, integras in eis perpetuo custodiret ac tueretur, cujus rei documento multa sunt quae Decessores nostri Pontifices, cum primis Pius IX fel. rec., vel in suis ipsius actis, vel per sacrum Concilium christiano nomini propagando prudentissimae consuerunt». Efectivamente, el criterio de los Pontífices Romanos en sus relaciones con las iglesias orientales ha sido siempre de gran respeto y suma condescendencia, no sólo para no poner obstáculos a la unión, teniendo en cuenta lo aferrados que esos pueblos suelen estar a su liturgia y disciplina, como expresión de su carácter y elemento de su formación espiritual, cuanto por el valor representativo que tiene en la vida de la Iglesia y en el conjunto de la tradición católica. Otra cosa podría decirse de aquellas formas de liturgia o de disciplina de origen más moderno, y que son propiedad de una secta. Es claro que ésta no podría invocar derechos al mismo respeto. En suma, los Padres recuerdan con frecuencia el texto del salmo XLIV: *Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*. La unidad substancial con la variedad de los accidentes son los elementos de la belleza de la Iglesia.

FR. ALBERTO COLUNGA.

Salamanca.

El Maestro Domingo (Francisco) de Soto

en la Universidad de Alcalá

(CONCLUSIÓN)

VIDA COLEGIAL Y AGITACIONES INTERNAS EN SAN ILDEFONSO.—Quedan ya indicadas la fecha y circunstancias en que entró Soto en este Colegio. Ahora nos interesa estudiar la marcha que durante los años de su residencia en él llevó aquel instituto, para fijar con precisión el ritmo de su vida y articular sus actividades con las de la colectividad de que formaba parte.

La anomalía de los sucesos que vamos a referir, como fondo de escena que en cierto modo se sobrepone a todo detalle individual, exige también que distraigamos al lector con la descripción minuciosa del cuadro y de su progresiva evolución, sin cuyo previo conocimiento es inútil querer penetrar en el ánimo del aplicado colegial, seguir su marcha, pulsar sus determinaciones y medir el alcance de la transformación silenciosa que se verificaba en su persona.

Aun sin esa exigencia, tratándose de una proyección rigurosamente inédita, con títulos suficientes para ser incorporada a la historia coetánea de nuestras Academias, encontramos justificado este largo paréntesis, que por redundancia ayudará a conocer el carácter de nuestro colegial, ya bien definido.

En el desarrollo de los hechos se destaca la figura de Soto quizá menos de lo que corresponde a su verdadera actuación, porque como amante de la paz y del silencio, ajeno a toda pretensión ambiciosa y entregado de lleno a sus estudios, sólo se deja ver cuando el interés común o el deber de conciencia le obligan a salir de su retraimiento para apoyar a la autoridad y secundar el cumplimiento de la ley.

El ambiente de luchas y rencillas que allí reinaba cuando él ingresó en el Colegio, le hizo comprender que lo más acertado para no comprometer su porvenir y lograr el fruto que esperaba obtener de su estancia

en aquel centro, era mantenerse alejado de toda contienda partidista. Lo propio puede decirse de su *alter ego*, el maestro Saavedra, tan parecido a él en carácter y aspiraciones.

La agitación a que nos referimos venía de atrás, y parecía vinculada a aquella juventud inquieta desde que desapareció de escena la autoridad moderadora de su egregio fundador. Había propuesto éste un mes antes de morir († noviembre de 1517) que el rector de la Universidad y Colegio Mayor que entonces era, continuase otro año en el cargo para acabar de dar estabilidad a las cosas. Los colegiales, en un principio, por temor y respeto, se avinieron a ello; pero muerto Cisneros, no tardaron en manifestar su descontento, obligando al patrocinado del Cardenal, que era el doctor Miguel Carrasco, a presentar la dimisión (1).

Para sucederle fué elegido durante el curso de 1518-19 el bachiller Juan de Berzosa, y en el de 1519-20, el maestro Jerónimo Ruiz. Este durante su rectorado había tenido presos a los maestros Antonio de la Fuente, Matatigui y Bibel, los cuales, enemistados con él, arrastraron a su bando a una buena parte de la facultad de teología. En el Colegio había además otros descontentos; y juntos todos tramaron la destitución del rector su rival. Para ello alegaron que no habiendo hecho el maestro Ruiz los ejercicios a que estaba obligado para graduarse, había perdido la prebenda de colegial y por consiguiente tampoco podía seguir siendo rector; y pasando adelante, nombraron en su lugar al doctor Berzosa. No contentos con eso, buscaron luego el apoyo de los que en la facultad de teología andaban mal avenidos con Ruiz; y por común acuerdo enviaron al doctor Diego de la Puente a la Corte para pedir al cardenal de Tortosa (el Regente Adriano) un visitador y reformador de la Universidad y Colegio Mayor.

Estaba todavía pendiente la resolución del cardenal Adriano, cuando avenidas ambas partes, con fecha de 15 de agosto de 1520, sometieron sus diferencias al arbitraje del duque del Infantado, uno de los patronos del Colegio y Universidad, otorgándole poder pleno, «especialmente para que su señoría pueda determinar e determine lo que su señoría fuere servido como juez árbitro arbitrador e amigable componedor acerca de las diferencias que los doctores de la facultad de teología e colegiales tienen con el reverendo maestro Jerónimo Ruiz, rector del dicho colegio, e los dichos doctores con el dicho rector e colegiales sobre el estatuto que los dichos rector e colegiales hicieron acerca del visitador que había de ser del dicho colegio; e la otra diferencia sobre la declaración que hizo la dicha facultad de los dichos doctores en teología, en que declararon al di-

(1) De este detalle particular nos hemos ocupado más extensamente en el trabajo *Cisneros fundador de la Universidad de Alcalá*, publicado en LA CIENCIA TOMISTA, t. XVI (1917), pp. 358-360.

cho maestro Jerónimo Ruis por no colegial del dicho Colegio. E para lo susodicho dijeron que daban e dieron e otorgaban e otorgaron a su señoría tal e tan cumplido poder como ellos mismos lo tienen», comprometiéndose todos a estar a lo que el duque resolviese (1).

No consta la solución dada por el duque, ni si llegó a fallar el pleito. Lo probable es que al tener noticia de que estaba aún pendiente de sentencia el recurso al cardenal sobre aquellas mismas diferencias, se abstuviera de terciar en el asunto.

Tampoco el Regente se dió prisa en la dilucidación del conflicto, dejando transcurrir los meses hasta que expirase el tiempo legal del rectorado y se eligiese otro nuevo, lo cual debía tener lugar el 18 de octubre. Llegado ese momento, la mayoría de los colegiales, entre los que sin duda estaba también Soto, se decidieron por don Juan de Hontañón, persona neutral y que contaba con grandes simpatías en aquel centro. Pero no tardarán en agitarse de nuevo los ánimos y hacer de su rectorado el más revuelto de cuantos registra la historia de la Universidad en esta primera fase de su existencia.

En efecto, a 15 de noviembre de aquel año (1520) firmaba el cardenal Adriano una real cédula dirigida al padre Miguel Ramírez, en la cual se le encomendaba que realizase la solicitada visita. En dicha cédula se afirma que «por parte del rector, deán e doctores de la facultad de teología de la Universidad de Alcalá de Henares y de otros supósitos de ella», se le había hecho relación de que en aquella Academia, a partir del fallecimiento de su fundador, «por algunas perturbaciones que después han subcedido y por la negligencia de las personas a quien el gobierno de ella pertenescía», se había intróducido cierta relajación en los estudios y observancia de las constituciones, «y aun dis que en las buenas costumbres y honestidad de que los varones letrados deben ser adornados», con escándalo de los vecinos de Alcalá. Cuyo remedio, por exceder la facultad de los jueces ordinarios, sólo podían procurarlo eficazmente los patronos y protectores de la Universidad, entre los que se contaba en primer lugar el Monarca. El cual, por la gratitud que debía al fundador, e interesándose por el bien de aquella academia, «y acatando la suficiencia y habilidad que vos, el dicho maestro fray Miguel Ramires, y que tenéis experiencia de colegios e universidades, ansí destos nuestros reinos como de fuera de ellos, y que como hombre de buena y recta conciencia miraréis lo que fuere servicio de Dios y nuestro, y bien y pro de la dicha Universidad y Colegios, y de los supósitos dellos, acordamos de vos cometer, y por la presente vos encomendamos y cometemos esta dicha cabesa, hasiéndoo como vos hasemos juez reformador de la dicha Universi

(1) Archivo H. N., libro 2 f., fol. 374.

dad y Colegios in capite et in membris, dando todo nuestro poder cumplido como nos lo habemos y tenemos, así por los indultos apostólicos, como por la disposición de dicho cardenal que nos instituyó por patronos y protectores de la dicha Universidad y Colegios, como por otra cualquier vía y manera; para que podáis por vuestra persona visitar y reformar la dicha Universidad y Colegios della, de todo lo que en ella y en ellos se hobiere fecho desde la muerte del dicho cardenal, así en lo que toca a la hacienda y bienes para ver cómo se ha distribuido, como las personas que tienen y han tenido los oficios de la dicha Universidad y Colegios..., y podáis compeler [a los catedráticos] a que hagan sus cursos y reciban sus grados los tiempos que son obligados, como en todos los que tienen prebendas y son colegiales, privandoles de ellas y expulsándolos si fuere preciso (1).

A 3 de diciembre siguiente, reunida la Universidad y Colegio Mayor, tuvo lugar la publicación de dicha real cédula. Respondiendo a ella, dijo el rector «que la obedecía con la reverencia y acatamiento que debía; e que para el consentimiento della, pedía que le fuese dado traslado della con término de tres días, para haber sobre ello información de lo que debía haser de derecho» (idem ib. fol. 238). Se sumaron a su voto el canciller Pedro de Lerma, los doctores Pedro Ciruelo, Diego Valladares, Martín de Ciria, Hernán Páez, Tarragona, maestro Soto y otros.

En un segundo grupo, que optó por que la real orden fuese acatada sin más término ni réplica, figuraban los doctores Balbás y Carrasco, y por supuesto, Matatigui y Bibel, con algunos más de los que habían procurado el envío del visitador.

Frente a éstos surgió el sector de los inculpados o sea el exrector Jerónimo Ruíz, Blas de Lizona, Pedro de Lagasca y otros. El maestro Rodrigo de Cueto, tomando la palabra en nombre de todos ellos, pidió que, antes de dar cumplimiento a la orden real, se le facilitase traslado de la misma, así como de las facultades que para ello decía tener el Monarca y de la solicitud que se le hizo para enviar visitador; y que si antes de llenar ese requisito se procedía adelante, apelaba «para ante nuestro muy santo Padre o para ante quien viere que le cumple».

El visitador se avino a dar traslado de su comisión, que era lo pedido por la mayoría.

A 11 de diciembre, volviendo a reunirse el Colegio y Universidad, hizo el padre Ramírez una larga plática, manifestando que al dejar transcurrir siete días sin darle contestación, suponía que estaban conformes con lo ordenado por el Regente. Pero que a mayor abundamiento, quería satisfacer a los reparos puestos en la junta anterior, que se reducian

(1) Archivo H. N., libro 1223 f., fol. 247.

principalmente a cuatro. Primero, que la Universidad era exenta de la jurisdicción real, y estaba sujeta inmediatamente al papa, y no constaba que su Majestad tenga comisión apostólica para constituir jueces sobre ella. Segundo, que dado que la tuviese y la hubiese encomendado en este caso al cardenal Adriano, no convenía al presente que se hiciese la visita por estar la Universidad y Colegio muy en paz, habiendo sido falsa la relación que para procurarla se hizo al Consejo. Tercero, que una de las cosas en que venía a entender el visitador tocaba al doctor la Fuente, que era grande amigo suyo, y se podría sospechar de su imparcialidad en cuanto a este particular. Cuarto, que su Majestad agraviaba al Colegio mandando que de sus rentas se pagase al visitador, debiendo pagarlo quien había solicitado su venida.

A ello respondió el enviado regio, que era notorio que su Majestad como patrono tenía esta facultad; que no era obstáculo que la Universidad y Colegio estuviesen en paz, para que se hiciese la visita, ni importaba saber quién la había solicitado, pues aun sin solicitarla, podía el rey mandar que se hiciese, y que la comisión que él traía era independiente de la solicitud remitida al Consejo; que aunque en efecto era amigo del doctor la Fuente, ello «no impediría la ejecución de la justicia»; y que en cuanto al pago del salario, siendo la visita en beneficio del Colegio y Universidad, a éstos correspondía sufragarlo. *Ibid.*, fol. 243 y sigs.

Deliberando sobre ello, propuso el rector, que el enviado del cardenal «haya por bien, *por vía de gracia*, de sobreseer y suspender el proceso deste negocio, así en no pedir respuesta al requerimiento que tiene hecho, fasta tanto que por parte del Colegio o parte quejosa puedan ir al ilustrísimo Cardenal e su alto Consejo por espacio de veinte o treinta días; y que cumplido el término o venida respuesta, se conformarán con lo que fuese voluntad del reverendísimo Cardenal, no siendo contra las constituciones e privilegios (*sic*) deste Colegio e Universidad».

A este voto razonable y equitativo se sumaron la mayor parte de los presentes, quedando sólo fuera los de las dos tendencias extremas: Litana, y seguramente el rector, si bien no aparece su nombre, por la negativa rotunda; Matadigui y Carrasco con alguno más, por que el mandato real se obedeciese sin más reparo. Al fin se convino entre la mayor parte y el visitador en enviar un comisario al Cardenal en nombre del Colegio y Universidad, para que le hiciese presente los reparos puestos a la visita, y diera satisfacción a sus reclamaciones. El plazo acordado con el visitador para cumplir con este requisito expiraba el 6 de enero de 1521.

Más que los incidentes de la visita nos interesa conocer las complicaciones surgidas en el seno del Colegio entre el bando de extremistas refractarios a la visita y el grupo medio que estaba con el rector, al que figuraba ascrito el maestro Soto.

A 11 de enero, el bachiller Bernardino de Carvajal, en su nombre y en el de Lagasca, Morillas y de algunos más, presentó un requerimiento al rector, pidiendo que de ningún modo admitiese al visitador, por haberse procurado su venida con informes falsos, y por estar la Universidad y Colegio sujetos inmediatamente al papa. Advierta bien el lector esa actitud de rebeldía al enviado del Monarca, pues no tardaremos en verlos cambiar de frente, llegando a invocar su lealtad al Emperador como razón de la persecución que contra ellos se desencadenó luego.

La visita debió comenzar a mediados de aquel mes de enero de 1521, con la anuencia del rector y de sus parciales, más la del grupo de la extrema derecha, que eran los que la habían pedido. Los del bando opuesto, temiendo que tuviese para ellos consecuencias funestas, el 24 del mismo mes escribieron sigilosamente a Roma, solicitando un breve de exención de la jurisdicción del rector y del visitador. El breve se pedía, según avisaba el corresponsal del Colegio en la Ciudad Eterna, «para esas sus revueltas e muy a furia [con urgencia]». A últimos de febrero partió de allí el rescripto; pero al día siguiente enviaba al rector Alonso Gómez del Portillo, procurador del Colegio en la Curia pontificia, una carta de la que transcribimos el siguiente capítulo:

«Ahí envío a v. m. la copia de un rescripto que envía no sé quién a Jerónimo Ruiz y a otros señores, que por él verá quién son. Aguardaron a le expedir dos días antes que el correo se partiese, y así no hobo tiempo de expedir un breve para se le revocar. V. m. mande que el conservador proceda contra esos jueces que ellos llevan, y no se inhiban, que su rescripto no vale quexcos (*sic*) contra nuestra conservaduría. Por eso proceda contra ellos, si algo quisieren haser, hasta descomulgarlos y poner entredicho, que luego en partiendo el correo, expediré yo un breve en que especialmente se le derogue, para nuestro conservador, y le enviaré un breve; digo, que se le derogaré más de quince días antes que allá llegue su rescripto. Al señor maestro Artiaga y al señor doctor Miranda avisé dél, y les ha parescido como a mi. Creo ellos escriben a v. m. Y si no esta es una grand bellaquería y suciedad, que vuestras mercedes bien de[ben] castigar, y que parece como el diablo, que siendo colegiales, procuren derogaciones de constituciones y jueces contra su superior y colegiales y colegio. A v. m. no sé como le parescerá; pero acá muy bellacamente» (ib., fol. 195).

Los que habían solicitado el breve, comprendiendo el pésimo efecto que su conocimiento causaría en los contrarios y aun en los neutrales, lo mantuvieron secreto, esperando ocasión para presentarlo, sea en su defensa para esquivar las sanciones que impusiese el visitador, o para proceder ellos mismos, si era preciso, contra el rector y sus secuaces. Así transcurrió el mes de marzo de 1521, durante el cual en Toledo se iba acentuando la agitación entre comuneros e imperiales, con notable ven-

taja de los primeros. La discordia no tardó en extenderse a Alcalá, que por depender del arzobispo de Toledo, solía estar influida más directamente por las tendencias de la metrópoli. La juventud escolar, entonces como hoy dispuesta a la rebeldía, acogió con entusiasmo a los mensajeros del movimiento revolucionario. Por otra parte, el recuerdo de los violentos despojos que el rey don Carlos había hecho a título de patrono de la hacienda que Cisneros dejó al Colegio, le había enajenado las simpatías de esta entidad y de cuanto dependía de ella. Alcalá ardía, pues, como Toledo y Valladolid, en celo por la causa de la libertad. No es fácil precisar, mediante los informes contradictorios que acerca de esta situación se han conservado, la proporción en que se sumaron al movimiento cada uno de los grupos académicos. Desde luego se advierte que el elemento escolar en su mayoría le era afecto, y lo proclamaba públicamente en forma a veces tumultuosa. Con más corrección, aunque no con menos entusiasmo, lo secundaba la facultad de teología. En el Colegio Mayor tenía también sus adeptos, si bien por estar bajo una disciplina más severa, no podían hacer ostentación de sus ideas políticas. No consta que el rector don Juan de Hontañón se destacase entre ellos, a pesar de que luego, un poco tardíamente, se lo achacaron los contrarios, para justificar la actitud de rebeldía que mantuvieron frente al propio rector. Tampoco hay indicio de que Soto se adelantase a levantar bandera por ninguno de los bandos, puesto que siempre figura al margen de estas contiendas, sean nacionales o domésticas. Su carácter ecuaníme y respetuoso, le hacía refractario a toda sedición; y como en las pasadas diferencias acerca de la admisión del visitador estuvo siempre al lado de Hontañón, que representaba el término medio o neutral entre dos tendencias diametralmente opuestas, así ahora se inclinó hacia él, rindiendo homenaje de sumisión a la autoridad, entonces más necesitada de apoyo, para defenderse de la conjura que contra él se tramaba dentro del Colegio.

En cuanto a los que habían recurrido a Roma para eximirse de la jurisdicción del rector y de la del visitador, adoptaron un proceder paradójico, en que hasta el presente nadie ha reparado, siendo ello la clave para juzgar de todo lo que después sucedió en la vida del Colegio. Entraban en ese grupo algunos andaluces, los allegados al rector pasado, Jerónimo Ruiz, y algunos más, como Lagasca, de carácter indisciplinado y refractario a cualquier imposición, sirviendo de aglutinante entre ellos la rivalidad de todos hacia el rector Hontañón. Sus exigencias acerca de los poderes del visitador pudieran pasar por rasgos de celo en defensa de la autonomía del Colegio, si acto seguido no les viéramos trabajando en secreto para evadir las leyes por que se regía aquel instituto y que ellos tenían juradas. Quizá su precipitación les había llevado más allá de lo que pensaban; pero aunque quisieran retroceder, era ya tarde. La acti-

tud de rebeldía que habían adoptado, podría, al menor incidente, tener un desenlace trágico.

Aunque Hontañón no diese muestras de simpatizar con los revoltosos de fuera, cierta discreta tolerancia con su proceder, las amistades que mantenía, la opinión que de él se iba formando y los rumores que corrían acerca de su inteligencia con Acuña, obispo de Zamora, que andaba por Toledo y acababa de ser nombrado por la junta de Valladolid administrador de aquella archidiócesis, hacían suponer que, llegada la ocasión, se sumaría al movimiento comunero antes que a los imperiales.

En esas circunstancias, se ofrecía al grupo de colegiales rebeldes una coyuntura propicia para zanjar las pasadas diferencias, poniéndose a todo evento del lado de Hontañón. Mas conociendo la gravedad del paso que acababan de dar, acentuado tal vez con la división más honda que su noticia había producido en el Colegio, y no entrando en sus planes volver sobre su acuerdo, prefirieron un cambio de frente, sumándose a los imperiales, para derrocar por medios violentos al bando contrario. El apoyo lo buscaron en Guadalajara, que se mantenía fiel al Monarca bajo el mando del duque del Infantado. Comenzaron, pues, luego las negociaciones, precipitándolas al tener noticia, en la segunda semana de abril, de que Acuña venía sobre Alcalá. Las cosas no pudieron hacerse con tanto sigilo que no lo advirtieran los contrarios; y descubierta la trama, el rector, después de tratarlo «con algunas personas, así colegiales como otros de quien sintió que sería bien aconsejado», mandó prender a una docena de colegiales, entre ellos a Lagasca, Cueto, Carvajal y Lizona, que capitaneaban al grupo andaluz, a algunos capellanes y a varios miembros de la Universidad. El hecho tuvo lugar a 12 de abril (1).

Los días inmediatos fueron de gran agitación en la villa. El obispo Acuña entró en ella sin encontrar resistencia, yendo a saludarle una comisión en nombre del Colegio. Los adictos al movimiento comunero recorrieron las calles en forma tumultuosa, dando vivas y mueras, dispuestos a acabar con cuantos habían exteriorizado su oposición a los acuerdos de las Juntas. Los colegiales encarcelados temieron por sus vidas; pero el rector, aparentando contemporizar con el movimiento, impidió que la turba irrumpiera en el Colegio y atropellase a sus moradores. Con esa

(1) El rector debió tomar precauciones el día que corrió por Alcalá el rumor de que venían fuerzas de Guadalajara, tal vez las solicitadas por los colegiales reclusos, para imponer en la villa la autoridad del Monarca. Aun en ese caso, Hontañón se limitaba a defender el Colegio. Así parece deducirse de una partida de descargo hecha al rector y consiliarios, año 1520-21. «Se les resciben en cuenta 27 reales y medio que dió por gastados en la gente que vino a la guarda del Colegio el día que desian que venia el duque con gente y otros de Madrid a saquear esta villa; los 18 reales en pan y los nueve reales y medio en pescado». Ibid., libro 746.

diplomacia logró sortear la situación, que de otro modo hubiera ocasionado la ruina de aquel instituto.

En cuanto a los colegiales presos, encargó Hontañón a Rodrigo Gamonal, fiscal del Colegio y Universidad, que les pusiese acusación y tratase de averiguar quiénes de entre ellos habían tomado parte en el recurso a Roma, y si por semejante proceder habían incurrido en las penas señaladas por las constituciones. El fiscal examinó cartas, compulsó leyes y hasta se hizo con algunas testificaciones, sin incoar propiamente proceso. Los detenidos, en vista del mal suceso de su combinación, en grupos o cada uno de por sí, remitieron al rector sendos memoriales: unos, reprobando el hecho de la petición del breve, del que confiesan que no tenían noticia hasta que se lo presentaron en Alcalá; otros, tratando de limitar el alcance del mismo en la intención de quienes lo solicitaron, y los demás manteniendo su actitud de resistencia, por estimar que en el recurso a Roma nada había que pugnase con las constituciones y obediencia al rector que tenían jurada. En esas diligencias se invirtieron dos semanas, al cabo de las cuales, el 26 de abril, reunidos los colegiales en capilla, dieron poder al licenciado Pedro de Ciria y al maestro Luis Ramírez «para que se informen si el Claustro pueden ser jueces para conocer del caso sobre que están presos ciertos colegiales sobre el traer de un breve que trajeran de Roma, dis que contra las constituciones del Colegio; y sabido, puedan haber información sobre el caso que están presos de la culpa, si alguna tienen; y después de habida, para que hagan relación al dicho Claustro de todo ello» (Libro 3 f, fol. 22).

En el interrogatorio que para eso propuso el fiscal, probablemente aconsejado por el rector, figuran, aparte de las cláusulas relativas a la obtención del breve, estas tres preguntas acerca de los manejos en que se les suponía complicados:

«Si saben o oyeron decir algunas amenazas que hacían al señor rector en su ausencia y a los otros colegiales.—Si saben de algunos ayuntamientos y monipodios que se hacían o querían hacer, y para qué efecto o propósito.—Si saben o han oído decir que después que están presos algunos colegiales, han dado poder para presentar el breve y proseguir la causa, no obstante cualquier juramento por ellos fecho» (Libro 1.223 f, fol. 224).

Los comisarios Ciria y Ramírez opinaron que el Claustro tenía atribuciones para ordenar la incoación de la causa, y éste les encargó de nuevo que procediesen adelante en sus informaciones, hasta poner en claro el asunto. Esas informaciones arrojan abundante luz para reconstruir la trama de los hechos pasados, e implican ciertas verdades fundamentales que conviene dejar bien asentadas.

Cristóbal de la Cueva, estudiante, natural de Córdoba, testificó que seis días antes que prendiesen a los colegiales, oyó decir a Lizona, «que

si no pensase de satisfacerse o vengarse del rector, que él se ahorcara; pero porque pensaba que presto se vengaría, lo sufría todas aquestas cosas. Y en lo demás, lo que sé es que el maestro Cueto me envió a llamar para que nos juntásemos en casa de Francisco de Zúñiga todos los que más pudiésemos, por que decían que los querían echar; y me fué a llamar Villalobos, y me dijo qué armas había de enviar don Pedro Mendoza desde Guadalajara hasta nuestra Señora del Val, y que después de allí, ellos [los colegas de Cueto] se las traerían a la villa. Y que oyó decir al maestro Cueto, que porque le quitasen los grillos, que haría cuantos juramentos quisiesen; mas después, que él se satisfaría de todo. Y que le oyó desir antes desto, que descreía de Dios si no había de dar al rector de puñaladas; y que un día antes que prendiesen a los colegiales, oyó desir a Arano, capellán, que Sancho de Vera les daba cient hombres y cient coseletes para lo que quisiesen haser». El genio exaltado de Cueto y sobre todo de Lizona, que en esa declaración se refleja, aparece también de relieve en las de otros testigos.

El mencionado estudiante cordobés declaró en dos ocasiones, así como también Francisco Marcó, una a petición del fiscal a raíz de la prisión, y otra ahora al formalizarse el proceso. Del atestado de Marcó tomamos las cláusulas siguientes: Dijo que «el maestro Cueto mandó llamar a ciertos sevillanos para que concertasen un escuadrón de gente, que cuando ellos llamasen, estoviesen todos apercebidos; y que decía Zúñiga... que habían de entrar un día en el Colegio y echar al rector por las ventanas; y que el maestro Lizona desía, que un día había de dar de puñaladas al señor rector por las cosas que hasía contra él, y tomar una pica, y irse por ahí adelante. Y que para esto, don Carlos, el deán de Toledo, les daría sus armas, para que cuando algo se ofresciese, saliesen de su casa armados; y que su intinción dellos no era sino para contra el rector».

Otro testigo, Gil Pérez, afirmó que antes de la prisión de los colegiales, el maestro Lizona, estando en su cámara con otros colegiales y estudiantes, «sacó una daga y hizo una cruz en la pared, jurando que tres o cuatro colegiales se la habían de pagar. Y me acuerdo después de presos, que le oí al dicho maestro Lizona, estando preso, que hasta que el dicho breve era traído, no lo supo; empero que después, como vido que era cosa que cumplía, lo calló».

El maestro Mores, refiriéndose al mismo episodio, atestiguó «que un día vido al maestro Lizona sacarse un repelón de la barba, y con mucha pasión, con saliva las pegó en la pared, y que sacó una daga y les dió con ella diciendo, que descreía de Dios, si él no se había de vengar de algunos colegiales».

En el desfile de testigos, encontramos también a Pedro de Fonseca, discípulo de Soto, a su amigo el maestro Pedro Hernández de Saavedra y al bachiller Juan Santiago, quien asegura haber oído decir a un disci-

pulo de Lizona, «que ya habían traído un breve de Roma para destruir a todos los de la parte que dicen que es opósita a la de su maestro; que juraba a Dios, que no había de quedar hombre de ellos».

Se tomó además declaración a los reclusos, atestiguando Carvajal que fué él quien solicitó el breve, de que dió parte a Lagasca. «Preguntado qué sabe acerca de la gente y escuadrón que desían que se hasía: dijo que lo que sabe es que oyó decir, que ciertos estudiantes habían avisado al maestro Cueto, que se hasía una capitanía de gente para secutar [ejecutar] la sentencia que desían que venía a dar el reformador; y que esto oyó desir, según piensa, al maestro Cueto; y que para resistencia desto desían que se juntaba otra gente».

Lagasca por su parte declaró que el breve era «para eximir esta Universidad del fraile reformador o de cualquier otro que enviase el cardinal de Tortosa». Con ese atestado coincide el de Morillas, quien afirma haber oído decir a Carvajal, «que este breve era para eximirse del fraile, porque tenfan miedo que después de hechas las informaciones, los había de echar de casa».

No todos los testigos están acordes en limitar a eso el alcance del breve; y aunque puede suponerse que tal sería el intento principal, es claro que si fuese preciso, lo utilizarían para eximirse de la jurisdicción del rector, sobre todo si lograban apoderarse por la fuerza del Colegio, como lo tenían tramado.

Hemos extractado imparcialmente los informes que aportan los testigos acerca de los motivos de la rivalidad entre los dos bandos, y las razones que impulsaron al rector a poner en prisión a sus contrarios. De esa información se desprende—y conviene ponerlo bien de relieve—que no fué el celo por la autonomía del Colegio ni menos la lealtad debida al Emperador, sino el interés personal y el temor de las penas que veían en perspectiva lo que movió a estos revoltosos a atentar contra la autoridad académica.

Frente a ese proceder, resalta más la prudencia y rectitud de Hontañón, quien para nada intervino en el origen de estas contiendas, hasta que, como primera figura en asuntos que tocaban al Colegio y Universidad, tuvo que terciar en el conflicto. Así lo reconocen hasta los mismos acusados en la información abierta por ellos en su propia defensa (Libro 1.223 f., fol. 256 y siguientes).

En cuanto al pleito entre comuneros e imperiales, es muy de notar que aquéllos habían triunfado y dominaban en Alcalá antes de la venida de Acuña, y por tanto que la prisión de los colegiales rebeldes y todo lo que a ella se siguió era efecto, más que de las simpatías del rector con el prelado zamorano, de la situación creada por los mismos colegiales al recurrir a las armas contra Hontañón. Este en su fuero interno podría te-

ner las preferencias que quisiera; pero mientras no las exteriorizase con hechos atentatorios a la libertad del Colegio, nada justificaba la rebelión contra él. Alegar como causa el temor de que se sumase a los agitadores de fuera y de que procediera duramente con los que dentro del Colegio no compartían sus ideas, como insinúa algún testigo, es reconocer implícitamente que no había dado motivo más serio para que se le negase la obediencia. Todo lo que después se le achacó ante el Consejo acerca de su inteligencia secreta con los comuneros, es recurso interesado que no puede merecernos fe. Simpatizara o no con el movimiento de las Comunidades, el rector, ante la incertidumbre del resultado de la rebelión de fuera, buscó motivos para imponerse a los contrarios de dentro en sus desafueros anticonstitucionales. Más que el pleito nacional, afectaba a todos los colegiales el doméstico, y con el mismo interés con que los culpables procuraron embrollarlo para evadir la responsabilidad, trató él de deslindarlo, procediendo en ello con entera rectitud. Sustanciándose el pleito ante el juez ordinario del Colegio, y por consiguiente sin miras efectistas para con la curia real, sus atestados son para nosotros testimonio imparcial, que induce a creer que en esto no se pretendió escamotear lo que pudiera servir de mérito o demérito para unos o para otros en relación con la lucha de comuneros e imperiales. Las declaraciones que se hicieron después en pleno claustro y los recursos enviados al Consejo, cuando se trataba de saldar estas quiebras, nos llevan al mismo resultado, según veremos más adelante.

Danvila, el historiador clásico de las *Comunidades*, desconociendo la trama interna de este pleito—pues todo cuanto acerca de él llevamos anotado es rigurosamente inédito y tal vez inexplorado—, ha expuesto los hechos en forma sustancialmente distinta (1). Para ello se sirve del infor-

(1) M. DANVILA: *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, en «Memorial histórico español», t. 37, Madrid, 1898, pp. 670-78. Más a ciegas aún procede V. de la Fuente en su *Historia de las Universidades*, t. 2. Madrid, 1885, p. 84. La Fuente se apoya en Alvar Gómez, quien tampoco parece haber tenido noticia exacta y completa de los hechos, puesto que, prescindiendo totalmente de los episodios referidos, que constan por documentos del archivo universitario, introduce otros que, en la forma por él expuesta, no han dejado huella alguna. Habla sí de la división que reinaba por este tiempo en el Colegio, y luego refiere un choque sangriento en que los andaluces atentaron contra la vida del rector. «Ergo vecordes et insani juvenes—escribe—studiorum suorum obliti, cum nocte qua in privato senatu per rectorem habito, res contra beticorum sententiam gesta esset, idque principes eorum male haberent, de rectore ceterisque transmontanis confodiendis consilio inito, una impetum facere decernunt». Obra citada, fol. 230. Y venidos a las manos, acertó a pasar por allí el corregidor con su ronda, quien penetrando a viva fuerza en el Colegio, logró salvar al rector, que andaba ya maltrecho entre las espadas de sus contrarios.—El silencio que por una y otra parte se guardó sobre este episodio en la liquidación del pleito ante el Con-

me abierto contra el rector Hontañón a petición de los colegiales expulsos, Cueto y Lizona, que se conserva en Simancas (Consejo Real, leg. 542), al que da fe ciega. Pero ese informe es manifiestamente interesado, se hizo bajo la presión de quienes fraternizaban con los mismos demandantes, omite hechos capitales porque perjudicaban a éstos y contiene además manifiestas exageraciones y aun falsedades, como veremos luego. Según él, Hontañón y sus secuaces mantenían de antiguo relaciones con Acuña, y cuando éste se presentó en Alcalá, lo recibieron con todos los honores y le facilitaron las armas del Colegio, fomentando los alborotos en forma que por las calles se daban vivas a Acuña como arzobispo de Toledo, y al rector como obispo de Jaén. El mismo visitador fray Miguel Ramírez es acusado aquí de exaltado comunero, y al maestro Ciruelo se le achaca el haber predicado contra la persona del Emperador. La prisión de los colegiales y cuantas vejaciones en ella sufrieron, es atribuida a su resistencia a las comunidades, sin mencionarse para nada su recurso a Roma.

A base de tales informaciones, hace Danvila la clasificación de los colegiales entre comuneros e imperiales, colocando a Soto entre los primeros por su adhesión al rector.

Que a la entrada de Acuña en Alcalá Hontañón *aparentó* simpatizar con su causa, no lo negamos, si bien es falso que cometiese las atrocidades de que sus contrarios le inculpan. Para juzgar de su conducta en este lance, no conviene olvidar lo delicado de su situación y la responsabilidad en que incurría, si equivocaba la táctica a seguir. A poco que se significase su resistencia hacia los comuneros, que eran dueños de la villa antes y después de la venida del obispo de Zamora, hubiera puesto en peligro su vida y la del Colegio. El único camino aconsejado por la prudencia era pues el de una benévola neutralidad, a fin de librar de la ruina al instituto que le estaba confiado. Así lo hizo constar luego ante el Consejo el enviado del Colegio, asegurando que en él «no hobo Comunidad, ni se tenía otra intención, sino solamente a la conservación de la dicha casa, e de no expirimentar las fuerzas e tiranías de la Comunidad».

Nada más prueban en sustancia las testificaciones de esta nueva información que utiliza Danvila, extractándola con manifiesto descuido y sin reparar en que se hizo bajo la presión de los rivales del rector, y con tan descarada infracción de las normas del derecho, que fué preciso que los gobernadores que la habían autorizado revocasen el poder que para ello otorgaron a don Francisco de Mendoza. Ya antes había surgido contra él la protesta de la mayoría del Colegio, sumándose a ella el mismo So-

sejo, nos lleva a atribuirlo a la inventiva de la exuberante imaginación de Alvar Gómez.

to, quien aun en el caso que «el señor don Francisco [de Mendoza] tenga la tal comisión, lo que a él auténticamente no le consta... dice que por las cabsas contenidas en la respuesta del señor rector, que suplica de la tal comisión y apela del dicho mandamiento del señor don Francisco para ante sus majestades e sus gobernadores mejor informados» (1). Danvila, sin reparar en eso, da por bueno todo lo actuado por Mendoza en favor de los colegiales expulsos, haciendo jugar al rector y a Soto un papel que dista mucho de la verdad. Por esa información no consta, que Soto asintiera a que fuese una comisión de colegiales a recibir a Acuña, ni menos que formase parte de la misma, como lo afirma el referido historiador. Unicamente acompañó a la mayoría de los colegiales que con el rector al frente fueron luego a saludar al obispo en su pasada. En cambio los del otro bando, según esa información, se excusaron con repetir la frase con que ya antes habían encubierto sus verdaderos intentos, diciendo que *sus armas eran oraciones*, sin que ello fuera obstáculo para que en secreto tratasen de apoderarse del rector y de los colegiales que le eran adictos...

Pero dejemos esta controversia para ver la suerte que cupo a los mismos reclusos.

El 29 de abril, o sea seis días después de la derrota de Villalar, que llevó de muerte al movimiento comunero, en vista de las declaraciones de los testigos y de los mismos procesados, se acordó privar a Carvajal de la colegiatura por haber infringido las constituciones y el juramento, recurriendo a Roma en demanda de exención de la jurisdicción del rector. A Blas de Lizona, que a media noche huyó del Colegio por un agujero abierto en el muro de su cámara, se le aplicó la misma pena de expulsión, así como también a Cueto por ser partícipe principal en todas estas ilegalidades. A los demás reclusos se les declaró libres de culpa; y no consta que protestasen del trato que se les dió durante la prisión, según lo hicieron Lizona y Cueto al presentarse al Consejo como víctimas del furor comunero de Hontañón (2).

(1) Archivo de Simancas. Consejo Real, leg. 542.

(2) En la *Historia del Colegio viejo de San Bartolomé*, de Salamanca, el marqués de Alventos, al tratar de Lagasca (tomo 1.º Madrid, 1766, p. 322), se hace eco de los infundios propalados por los colegiales rebeldes acerca de su lealtad al Monarca en tiempo de las Comunidades. Ese informe lo recogió sin duda el historiador en el Colegio de San Bartolomé y procedía en definitiva del mismo Lagasca, por lo cual se hace tan sospechoso como los utilizados por Danvila. Lagasca, que en Alcalá había seguido la carrera de teología, pasó a Salamanca a estudiar leyes y derecho canónico, ingresando en San Bartolomé por octubre de 1531. En San Ildefonso, aun después de pasada la borrasca, no armonizaba bien con los que habían figurado en el bando del rector. En Salamanca mantuvo frecuentes relaciones con Soto, y le confió negocios que hacen suponer que entre ambos nunca hubo hondas diferencias.

Durante el mes de mayo, serenado el ambiente externo y sustanciado el pleito interno, se trató de volver a la normalidad. Para lograrlo con los de fuera, se comenzó por entrar en relaciones con el duque del Infantado, uno de los patronos, con quien en el año anterior habían mantenido largas conversaciones sobre litigios con el cabildo de la Colegial complutense y sobre otros asuntos. En casos de violencia, dependía de él en gran parte la suerte de la Universidad y del Colegio, pues por la proximidad de Guadalajara, nadie se podía adelantar en el envío de fuerzas.

Poco sabemos en concreto de las negociaciones que al presente se llevaron a cabo. Sólo consta que durante este mes menudeaban las embajadas del Colegio al duque, correspondiendo a Soto, como persona de reconocido prestigio y bien visto por la mayoría de los colegiales, ser portador de esta misión de paz. Tres viajes suyos se registran en los libros de cuentas hechos a Guadalajara durante este mes: uno de él solo, en los primeros días; otro con el rector, hacia el 24, y el tercero, también solo, al final del mes (1).

Todavía debió visitar una vez más aquella población en el mes siguiente (2). Nada se consigna acerca del objeto de tales viajes, pero dada la situación de las cosas, es fácil presumir que se trataba de reparar los quebrantos pasados, zanjando al propio tiempo el pleito de competencias de jurisdicción y fijando las normas para las relaciones entre el vicario del arzobispo y el Colegio. Algo de eso aparece en el acta del claustro colegial celebrado a 25 de mayo y en la del de la Universidad del 26, en que se da poder al doctor Bernardino Alonso, canónigo de la Colegial de San Justo, para que fuese a querrellarse ante sus Majestades de ciertos agravios que se hacen contra los privilegios y exenciones y bulas apostólicas e jurisdicción deste Colegio e Universidad, e para suplicar sobre la fundación de las prebendas de San Justo, de que su Majestad es patrono, y para suplicar sobre las biblias y libros que quedaron del Cardenal [Cisneros], que es en gloria, que su Majestad es obligado a dar a este Colegio» (Libro 3 f, fols., 25-26).

(1) «A ocho días del mes de mayo [de 1521] pagué al maestro Soto, colegial desta casa, quince reales para ir a Guadalajara por cosas que cumplieran a la casa». Arch. H. N. Lib. 814 f, fol.

«A 26 días de mayo [1521] pagué a Sánchez, capellán mayor del Colegio, diez ducados para el gasto del señor rector y del maestro Soto, que fueron a Guadalajara sobre cosas del Colegio». Ib., fol. 12 v.

«A 27 días de mayo [1521] pagué al maestro Soto un ducado para ir a Guadalajara a hablar a el duque sobre cosas que cumplieran a la casa» Ib.

(2) «En 18 de junio [1521] pagué a Juan de Córdoba ocho reales que se le debían de alquile de una mula que llevó el maestro Soto a Guadalajara por negocios de la casa» Ib., fol. 13 v.

Una pequeña fracción de los que habían estado presos, contradijeron este acuerdo, manifestando después ante notario, que lo hacían porque el comisionado era su enemigo; además porque no era costumbre enviar para estos negocios a quien no fuese colegial, y sobre todo «porque se temían que de ir allá, vendría mucho daño a este Colegio e Universidad, por la indinación que tomarían con él por haber sido muy revoltoso y comunero, lo cual creemos que, según es público, constará a los señores gobernadores y a los señores del Consejo». La alusión se refería principalmente a los escolares externos.

Lentamente la paz se iba restableciendo en el Colegio. No era el rector el que menos la procuraba. Durante el mes de agosto de aquel mismo año tuvo lugar en él un acto altamente ejemplar, que conviene registrar aquí. Reunidos los colegiales el día 10 en capilla, se trató que, «por cuanto entre todos ellos unos con otros y otros con otros el tiempo pasado ha habido e hay algunos enojos y pasiones e desmesuras que los unos a los otros se han hecho e dicho, así en público como en secreto, e porque de lo tal Dios nuestro Señor es deservido, y estando con estas pasiones no se podrán haser buenas obras los unos a los otros ni los otros a los otros, antes se procurarán dañar en lo que podiesen» (libro 3 f, fol. 38 r), acordaron nombrar juez árbitro para acabar con estas discordias al maestro Pedro Ciruelo, canónigo de San Justo, catedrático de Santo Tomás y visitador ordinario de la Universidad, comprometiéndose todos los presentes a atenerse a su sentencia.

El árbitro, para no renovar las heridas aún mal restañadas, comprendió que no convenía «seguir el rigor del derecho, sino la vía de amigable composición» en la sustanciación de esta causa. A 28 de aquel mismo mes de agosto dió su sentencia en estos términos:

«Primeramente dijo que mandaba e mandó e daba e dió por su sentencia, que dentro de tres días primeros siguientes se junten los dichos reverendos señores rector e colegiales e capellanes a capilla, para que allí se les pronuncie e notifique esta sentencia. E así mesmo dijo que mandaba e mandó que luego después de serles notificada, antes que salgan de la dicha congregación, los unos a los otros y los otros a los otros se demanden perdón e se perdonen de todas las pasiones y enojos e injurias, así de palabras como de obras que entre ellos hayan pasado e habido, segund el tenor y forma del compromiso, haciendo juramento todos y cada uno de ellos de verdadera pas e amistad en esta forma: Yo, fulano, pido perdón y perdono a cualquiera de los señores colegiales e capellanes de este Colegio de cualquiera injuria que entre él y mí haya pasado, así en público como en secreto, presentes o absentes en las cosas que habla el dicho compromiso; y juro a Dios y a Santa María y a las palabras de los santos Evangelios y a la señal de la cruz semejante que esta † en que corporalmente pongo mi mano derecha, que sobre los dichos enojos e injurias yo ni otro por mí en juisio ni fuera de juisio, en público ni en secreto, no procuraré de haber venganza del dicho colegial o capellán so pena de perjuo e de incurrir y caer en las penas contenidas en el compromiso. Y digo so cargo del dicho juramento, que esta es mi voluntad cierta y verdade

ya, y que contra ello yo no vendré en tiempo alguno ni por alguna manera, estando en el Colegio o fuera dél, en todos los días de mi vida. Ita Deus me adjuvet. etc.»

Además les impuso Ciruelo la privación de la ración del refectorio por tres días para que «no quedasen sin alguna pena aunque sea poca y fácil» (libro 3 f., fol. 40).

El día 30 tuvo lugar el acto de reconciliación, asistiendo veintitantos individuos, entre ellos Soto y algunos de los que habían estado presos. Pero el maestro Lagasca y el bachiller Pedro de Murcia no quisieron someterse a esta forma de composición, y por tanto suponemos que se les aplicaría la pena prevista en la sentencia para los discolos y ausentes que no acudiesen al acto. «Ellos [los que la acataban] que son la mayor parte de la capilla—dice una cláusula—les den alguna pena como a personas revoltosas y enemigos de la paz y sosiego del Colegio y Universidad».

Entre tanto los colegiales expulsos, habiendo apelado de la sentencia ante el Regente Adriano, constituían todavía otro motivo de inquietud para aquella corporación. Aunque Lagasca y sus consocios, dados por libres en la sustanciación de la causa, no quisieron hacerse solidarios de la protesta, no podían dejar de simpatizar con todo lo que contribuyera a humillar al rector y desaprobar su actuación. Pero puestas las cosas en plan de pacificación, comprendieron aún ellos que era preciso renunciar algo de sus pretendidos derechos para no perderlo todo. A 22 de julio del mismo año de 1521 se había reunido el Colegio para tratar de ello, y habiendo expuesto el rector cómo estaba pendiente este recurso, «y sobre ello se han seguido muchos escándalos y gastos, así a los dichos maestros [Carvajal, Cueto y Lizona]... como al dicho Colegio; e agora los dichos maestros... dis que quieren renunciar cualquier derecho o acción que tengan e les competa e pertenesca o les puede pertenescer a la tornada e entrada en el dicho Colegio por colegiales»; que convenía que el Colegio hiciera la misma renuncia. Mas en la duda de si podía o no hacerla sin infringir las constituciones y bulas y sin incurrir en sus penas, nombraban por juez árbitro sobre ello al cardenal de Tortosa.

A 30 de agosto siguiente, en nueva reunión, manifestó el rector cómo, en vista de la resolución favorable a la renuncia dada por el Cardenal, convenía encomendarle a su vez que él mismo actuase de árbitro en el pleito con los expulsos. El Regente lo decidió, por lo que afectaba a Carvajal y a Cueto, para primeros de octubre, dando la siguiente sentencia, cuyo cumplimiento había de coincidir con el principio del nuevo rectorado, para evitar de ese modo un motivo de humillación al rector cesante.

Ordena: Primero: que el próximo día 19 de octubre sean recibidos ambos colegiales en el Colegio «prout ante expulsionem in eo fuerunt; perstituros inibi dumtaxat per quindecim dies, computandos a dicta die ingressus ac receptionis eorum in ipsum Collegium; quibus quindecim diebus

transactis et expletis, ipsi Cueto et Carvajal, pacifice et sine mora, habitationem dicti Collegii totaliter et omnino derelinquant, habitaturi in oppido Complutensi, ubi eis placuerit»; Segundo: que se les dé cada año que debían estar en el Colegio a contar desde esa fecha, 18 ducados de oro, a no ser que antes abandonen la Universidad o hicieren algo por lo que deberían perder la colegiatura. Si se ausentaban temporalmente en condiciones que no perderían la colegiatura estando en el Colegio, se les rebajará la cuota pro rata del tiempo de su ausencia (libro 3 f).

Cueto pidió luego que, mediante un descuento, se le adelantase lo que le correspondía por todos los años restantes de su colegiatura. Se accedió a ello, con tal que entre tanto siguiese residiendo en Alcalá. Más adelante se hizo religioso. Carvajal entró en la Orden de Santiago y llegó a ser abad de Osma.

Por lo que se refería a Lizona, sea a petición del mismo, o porque había en su causa circunstancias especiales, la concordia, aunque se inició al propio tiempo que la de sus compañeros, siguió distinta marcha. Desde luego se prescindió del proceso entablado por él ante el Consejo contra el rector, y cuyos atestados se conservan en Simancas (Consejo Real, leg. 542). Las ilegalidades cometidas en su tramitación, no podían servir de base a una sentencia justa, aunque en nuestros días la haya tomado el historiador Danvila como fundamento para tejer su narración. Con ese documento delante, mas lo que contra él se alegó de parte de Hontañón, se extendió la sentencia, firmada por el Regente y por los del Consejo a 17 de noviembre de 1521. Como síntesis autorizada y reflejo auténtico de la realidad, merece que la extractemos aquí, para que el lector juzgue y sentencie a su vez, primero, entre el rector secundado por Soto y los colegiales rebeldes, y segundo, entre la exposición que de este episodio ha trazado Danvila y cuantos le han creído bajo su palabra, y lo que dejamos expuesto en las páginas anteriores.

Según las cláusulas narrativas, se había alegado de parte de Lizona, «que estando en ese Colegio al tiempo que don Antonio de Acuña obispo de Zamora con voz e apellido de las Comunidades iba a entrar en esa dicha villa de Alcalá, diz que él como nuestro leal vasallo e servidor, con algunos amigos suyos de la dicha Universidad, trabajó que no entrase en la dicha villa; que para ello fizo algunos requerimientos, y que como el dicho obispo entró y lo supo, dió mandamiento para le prender a él y a otros colegiales de su nota; y que como vos el dicho rector y otros colegiales estábades en voz y apellido de Comunidad, pusiste en obra de le prender con favor de la dicha Comunidad, e que le prendiste e sacastes sus bienes, e que le tuvistes preso en cepo y cadenas más de treinta días; e que después de venida la batalla de Villalar, se habían quejado a los dichos nuestros gobernadores estando en la cibdad de Segovia, e que le fué dada una cédula de mi el Rey para que el gobernador del arzobispado de

Toledo, habida información, le restituyese la posesión de su prebenda dese dicho Colegio e de la dicha cátedra».

En nombre del Colegio había pedido su apoderado, Miguel Sánchez de Villanueva, que no se accediese a la demanda de Lizona, porque su «relación no era verdadera, e la negaba e negó como en ella se contenía, porque el dicho maestro Lizona no había sido despojado de la prebenda ni preso ni detenido por ser nuestro servidor, como él lo decía, ni tal había pasado en verdad; porque si había sido preso, había sido por sus deméritos e delitos e para castigarle conforme a las constituciones del dicho Colegio, e porque él y otros diez o doce colegiales, por no ser castigados de sus ecesos por vos el dicho rector, a quien todos son sujetos, con falsa relación e total destrucción dese dicho Colegio habían ganado un breve de Roma en que [se] eximían de la jurisdicción de vos el dicho rector, e porque algunos dellos tentaron de impetrar los beneficios dese dicho Colegio, por su intención de destruir la casa no siendo corregidos ni castigados, y haciéndose señores perpetuos de la renta della...» Lo cual sabido por el Claustro, le hicieron prender a él y sus consocios; «lo cual se había hecho al tiempo que el dicho obispo de Zamora pasó por esa dicha villa, e que no se había fecho por su mandado ni inducimiento ni con favor de la Comunidad; e que no era de creer que por ser nuestros servidores los prendiesen, porque no hobo Comunidad en el dicho Colegio ni se tenía otra intención sino solamente a la conservación de la dicha casa e de no expirimentar las fuerzas e tiranías de la Comunidad; e que si fuera del dicho Colegio algunos dichos estudiantes hacían o decían algo en voz de Comunidad, que la violencia de los de la Comunidad no daba lugar al castigo dellos; y que remediado el inconveniente que se seguía por el dicho breve, fueron sueltos de la dicha prisión el dicho maestro e sus consortes e puestos en la libertad que antes tenían». Y que estando así libre, huyó del Colegio una noche, por un agujero abierto en el muro de su cámara, por lo que conforme a las constituciones fué privado de la colegiatura. «E que el dicho maestro Lizona e otros sus consortes habían dicho palabras feas y escandalosas en nuestro deservicio, yendo reformador para el dicho Colegio por mandado del reverendísimo cardenal de Tortosa, Gobernador destos reinos, e que le tomaron las provisiones al dicho reformador e que le maltrataron de palabra y aún de obra, porque no se viesen sus excesos e delitos que ellos y otros habían fecho en total destrucción e perdimiento de la dicha casa e Universidad, la cual información estaba presentada ante nuestro gobernador, e que hacía presentación della. E que la información fecha por el dicho don Francisco de Mendoza, se había fecho sin vos llamar ni ser oído sobre ello, siendo el dicho don Francisco persona sospechosa, e que había procurado de vos maltratar por todas las vías e maneras que había podido, e que por tal sospechoso le habían revocado el poder los dichos nuestros gobernadores, e

que así había venido la dicha pesquisa ante ellos, e no por remisión, como en contrario se decía; e que los testigos habían sido atemorizados e persuadidos e forzados e presos para que dijesen lo que las partes contrarias querían, e que muchos dellos eran nuestros enemigos capitales, e que algunos de los testigos que se habían tomado e jurado porque decían la verdad contra la opinión de los que los presentaron, no venían en la dicha pesquisa, según que esto y otras cosas más largamente en la dicha petición se contiene. Por las cuales razones nos suplicó en vuestro nombre que, declarando al dicho maestro Lizona por no parte e su demanda no proceder ni haber lugar, mandásemos dar por libre e quieto a ese Colegio de lo por el dicho maestro Lizona pedido».

El Consejo, vistos esos antecedentes, y alegando que «nos habemos mandado que todo lo fecho en tiempo de Comunidades contra las personas que estaban a nuestro servicio sea ninguno e de ningún valor», acuerda que se restituya a Lizona la colegiatura y la cátedra, y se le abonen las cantidades devengadas durante el tiempo que estuvo fuera del Colegio.

A la mayoría de éste no pareció justa semejante sentencia por incluirse en ella extremos en pugna con las constituciones que en él se juraba mantener. Transige con la readmisión de Lizona, a pesar de haber sido acordada conforme al tenor de las constituciones; «pero porque la ejecución de aquello se hizo acaso en tiempo de turbaciones destos reinos, por donde parezca tener algún color de cosa hecha por vía de Comunidad, aunque a la verdad no lo fué, antes se podría probar evidentemente lo contrario, e porque podría ser que con las turbaciones de los tiempos, no se guardasen en la expulsión del dicho maestro Blas de Lizona todos los ápices del derecho, que por satisfacer a la voluntad de los dichos señores presidente e oidores del Consejo de sus Majestades, e por evitar más turbaciones en el Colegio de las pasadas, por quitarnos de enojos y de importunaciones, por quitar al Colegio de gastos que en la prosecución desta causa se podían hacer, [dijeron] que ellos eran contentos de le restituir a la prebenda del dicho Colegio» (capilla de 2 de dic. de 1521). Igualmente estaban dispuestos a abonarle los atrasos si se decretaba que conforme a justicia se le debían. Mas en cuanto al salario de la cátedra y a su regreso a la misma, habiéndola él abandonado libremente, dejando transcurrir siete meses sin acudir al llamamiento que se le hizo, viéndose obligado el Colegio a sacarla a oposición para que hubiera quien la regentase, dijeron que no podían acceder por ser manifiestamente contra las constituciones, y por tanto que suplicaban de ello. Soto figura adhiriéndose a esta mayoría. Los castigados por Hontañón optaron porque se acatase en todo la sentencia del Consejo en beneficio de la paz y concordia entre los colegiales, «pues según derecho, por la dicha cabsa de bien de de pas, muchas cosas se toleran contra derecho», y era razonable

que para excusar nuevos gastos se diera esto por zanjado definitivamente.

Hontañón no asistió a esta capilla; pero como se ve no faltó quien saliera por él y en defensa de su actuación como rector.

Así terminó el enojosísimo pleito suscitado año y medio antes en el rectorado de don Jerónimo Ruiz, agriado con la visita del padre Miguel Ramírez y llevado a la exacerbación en los meses aciagos de las revueltas de las Comunidades.

En momentos de tanta exaltación, Soto representó el papel de agente moderador, pues aunque figura casi siempre puesto de parte del rector, ya queda asentado cómo la conducta de éste, sean cuales fuesen sus simpatías en la contienda de comuneros e imperiales, resultó beneficiosa para el Colegio en circunstancias harto difíciles; y en el pleito interior del mismo, se atuvo a las normas legales porque se gobernaba aquel centro. No era el joven segoviano temperamento inquieto, ni se avenía con su amor al estudio y su inclinación al recogimiento la intervención en negocios políticos. Mal podría por tanto ni simpatizar ni menos sumarse a las manipulaciones insidiosas que acompañan a todo sectarismo. Alma sencilla, dócil para el bien, respetuosa con todos, gozaba de superior prestigio para que los demás se confiasen a él, si buscaban sinceramente el triunfo de la razón y de la justicia.

Durante ese curso de 1520-21 preparó el material básico para su libro de *Súmulas*—el primero que dió a luz—, al mismo tiempo que las explicaba a sus discípulos; y ese es poderoso testimonio de su completo alejamiento de toda lucha personalista, que crea compromisos, proporciona inquietudes, hostilidades y sinsabores incompatibles con el trabajo serio del maestro.

VIAJES. —Los únicos negocios, aparte de la enseñanza, en que figura Soto durante su vida de colegial, es en viajes hechos por encargo de la capilla de aquel instituto. Se le encomendó uno por abril de 1520 para hacer la información de la genealogía y linaje del maestro Lope Gómez, natural de Saldaña (Palencia), propuesto para colegial. Ya quedan mencionados los otros cuatro que hizo a Guadalajara en mayo y junio de 1521 para arreglar con el duque del Infantado diferentes litigios acerca de la jurisdicción eclesiástica que en el año anterior había venido tratando su amigo el maestro Pedro Hernández de Saavedra. Ahora, en noviembre del mismo año de 1521, se registra en las cuentas otro viaje de nuestro colegial, motivado probablemente por el mismo asunto (1). Y por último en

(1) «En diez días de noviembre [de 1521] pagué [a] Inigo de Alcaraz tres reales que pagó por alquiler de una mula, de tres días que fué el maestro Soto a Guadalajara por negocios de la casa, y un ducado que dió a Heredia estando en Guadalajara; y cinco

mayo de 1523 fué comisionado una vez más para que fuera a aquella población, por asuntos que no se precisan (1).

Más discutido fué otro tema que durante el año de 1522 preocupó al Colegio e hizo que nuestro maestro emprendiese diversas excursiones. Nos referimos a los conatos de traslado de la Universidad, primero a Salamanca, luego a Madrid, a Guadalajara y aún parece que a Palencia. En otra ocasión hemos tratado de este asunto (2) por lo cual al presente nos limitaremos a consignar lo que se relaciona con las gestiones de Soto.

La idea del traslado surgió por las desavenencias continuas con los vecinos de Alcalá, a que añadían como pretexto los partidarios de la emigración, lo insano de aquella villa. Y como ya antes de la inauguración de la Universidad hubo negociaciones entre Cisneros y el Claustro Salmantino para que la fundación se hiciese en la Ciudad del Tormes, ahora renació la idea, si bien no llegó a realizarse, pues aunque «a do más gana tuvo de trasladarse fué a Salamanca», como escribe Diego de Agramonte, testigo presencial, se «desconcertaron con la Universidad [de Salamanca] sobre que el rector desta Universidad [de Alcalá] quería ser juez y superior de colegiales». Y con razón no accedió Salamanca, pues de lo contrario, se hubiera complicado más la ya harto embrollada cuestión de jurisdicciones.

Faltan los libros de claustros de estos años en la Universidad salmantina, en donde podría esperarse encontrar algunos pormenores acerca de las negociaciones que para ello mediaron. Por los de cuentas de la Universidad de Alcalá sabemos que fué Soto quien en compañía del maestro Antonio de la Fuente andaba en enero de 1522 por Salamanca, y luego él solo otra vez por marzo, gestionando sin duda lo referente al traslado (3).

reales que gastó el maestro Soto, ques por todo 19 reales». Archivo H. N., libro 814 f, fol. 36 v.

(1) «Dí a vj de dicho mes [mayo de 1523] al maestro Francisco de Soto nueve reales para el gasto que hizo en la ida a Guadalajara, fecha a vij de dicho mes, refrendada del señor rector y de sus consiliarios». Id. ib. lib. 515 f, fol. 80 v.

(2) Cfr. *Cisneros fundador de la Universidad de Alcalá*, en LA CIENCIA TOMISTA, t. XVI (1917), pp. 354-56.

(3) «Al maestro Soto [pagué] una cédula de deciocho ducados para su gasto y del maestro Antonio de la Fuente en ir a la Universidad de Salamanca, por mandado del Claustro, fecha a x de enero deste año [1522], firmada de rector y consiliarios». Lib. 815 f, fol 8 v.

«A Pedro de Alcalá, una cédula de veintinueve reales, que son novecientos y ochenta y seis maravedís, de alquiler de la mula que llevó al maestro Soto a Salamanca por negocios de la casa, fecha a xv de hebrero deste año, firmada del señor rector» lb., fol. 15 v.

«Al maestro Soto, una cédula de dos ducados para cumplimiento de pago al gasto

En las negociaciones con Madrid, que tuvieron lugar por febrero del mismo año, intervino también nuestro colegial. En el acta de la sesión del ayuntamiento madrileño de 7 de aquel mes, se habla de «dos colegiales de Alcalá» que habían venido a negociar lo del traslado de la Universidad. Al día siguiente compareció ante el ayuntamiento «el maestro Soto, regente de la Universidad de Alcalá y presentó una carta de la dicha Universidad y dijo de palabra ciertas cosas sobre el pasamiento del Colegio a esta villa» (1). El compañero de Soto fué probablemente el doctor Juan de Berzosa (2), aunque también podría ser el maestro Ciruelo, que según el referido Diego de Agramante, intervino en estas negociaciones. El Ayuntamiento madrileño envió delegados a Alcalá para tratar con el Colegio (3); pero sus buenos deseos como los de la Academia salmantina se estrellaron contra las excesivas exigencias de los complutenses.

Lo del traslado a Guadalajara no partió del Colegio ni en él encontró eco, a pesar de las facilidades que daba esta población, «por haber allí tantos señores», que mermarían la jurisdicción académica. Igualmente se desarreglaron las negociaciones con los embajadores del Ayuntamiento palentino (4).

* * *

Aunque nunca volvió Soto a residir en Alcalá, conservó durante su vida afecto de hijo a la *incllyta suoque jure et merito toto jam orbe cele-*

que hicieron él y el maestro de la Fuente en la ida de Salamanca, fecha a dos de marzo, firmada del señor rector». Ib., fol. 16 v.

«Al maestro Soto, doce ducados para el gasto que hizo en la ida de Salamanca, fecha a xij de marzo, firmada de señor rector». Ib., fol. 22 v.

«Al maestro Soto, veinte y nueve reales para pagar unos alquileres de un macho que llevó cuando fué a Salamanca, fecha a dos de marzo de 1522, firmada de señor rector». Ib., fol. 26 v.

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid. *Libro de acuerdos desde el 21 de junio de 1521 al 12 de junio de 1526*, fol. 47 v.

(2) «Al doctor Berzosa y al maestro Soto, una cédula de cuatro ducados para el gasto de su ida a Madrid por mandado del Claustro fecha a xxi de hebrero deste año [1522], firmada del señor rector». Lib. 815 f, fol. 16 v.

(3) «A Navarrete, familiar, una cédula de un ducado para dar de comer a los que vinieron de Madrid a negociar la pasada de la Universidad, fecha a x de hebrero deste año [1522]». «Otra de dos ducados al mismo familiar, para dar de comer a los dichos señores de Madrid, fecha a 11 de hebrero deste año». Ib., fol. 15 v.

(4) «A Navarrete, familiar, una cédula de un ducado para dar de comer a los mensajeros de Palencia, fecha a xxvij de hebrero deste año [1522]».

«A Felipe, familiar, una cédula de nueve reales para pagar la posada y lo que gastaron los embajadores de Palencia. fecha a 3 de marzo deste presente año». Ibid.

brata, quae me a puero instituit Complutensi Academia (1). Todavía después de muchos años, vinculado ya con lazos de íntima compenetración a la Escuela Salmantina, se complacía en recordar a las de París y de Alcalá, que fueron para él *velut matres*, y cuyas determinaciones—escribe—*summa religione semper suscipiam* (2).

Sobre las rivalidades y episodios desagradables de la vida de colegial flotaba en su memoria la imagen de los maestros queridos, de los discípulos llenos de entusiasmo, de los alumnos aprovechados, de la efervescencia científica y renovación pujante de los estudios clásicos que caracterizaron los primeros años de la Academia Complutense.

Más de una vez había de lamentar el tiempo perdido en la inquisición de la verdad a través de logomaquias estériles; pero la experiencia personal de la inanidad de aquel formulismo decadente le serviría para apreciar mejor la vitalidad del tomismo, bajo cuya bandera comenzaba a militar y en cuyo campo obtendría memorables victorias.

FR. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.

(1) Dedicatoria de la *Dialéctica* al cardenal Álvarez de Toledo.

(2) Prólogo a la segunda edición de las *Súmulas*.

* * *

NOTA.—A falta de ocasión más oportuna, que quizá tarde en presentarse, añadiremos aquí dos palabras para responder a la destemplada y agresiva réplica que el padre Vélez nos dedica en *Religión y Cultura*, junio de 1931, pp. 392-408, con lo cual queremos dar por terminada esta contienda, ya que no procede continuarla en los términos a que la ha llevado nuestro adversario. Entre protestas de amor a la verdad y de que no quiere infringir el precepto de la caridad, se ha ido alejando de la cuestión, descendiendo luego a un terreno en que no podemos acompañarle. Sin duda se ha olvidado de que la verdad no necesita de tales recursos para imponerse. En busca de ella andamos todos, y si ha de ser por medio de la discusión, es elemental que con ánimo sereno comencemos por hacernos cargo de los argumentos del contrario, exponiéndolos con entera fidelidad, y respondiendo a ellos concretamente, sin tergiversaciones, sin cambiar de medio, porque eso en buena lógica es pura sofistería. Ni basta tampoco, tratándose de puntualizar hechos particulares, dar razones generales y vagas, quia quod nimis probat nihil probat. Estos vicios que informan casi todo cuanto dice el padre Vélez sobre nuestro caso, hacen que su argumentación deje intactas las razones en contrario, y que su manera de escribir la historia se asemeje a la de tantos eruditos tiempo ha desacreditados, los cuales, si buscan el arrimo del

texto documental, es para autorizar conclusiones concebidas de antemano. La verdad histórica objetiva es fruto del análisis ejercido sobre los documentos, sin perder en ningún momento el contacto con ellos. Así es como se logra convertirlos en instrumentos de precisión que sirven, no para todo, como él dice, sino para conducirnos al conocimiento de los hechos en sí, y para fijar su encadenamiento en la realidad. Pero eso de la historia documentada quiere a veces entenderlo el buen padre a su manera, es decir, al modo de aquel genealogista que, a base de ciertas apariencias, cayó en la tentación de creer que él descendía de los tres reyes magos. Y sobre ello escribió, muy convencido, un voluminoso mamotreto, el cual, pasado a la jurisdicción del censor, que conocía de antemano la peregrina tesis, éste lo despachó sin abrirlo con el siguiente dictamen: «Que su familia viene de los tres reyes magos, me parece mucho. Todavía si fuese de uno»...—FR. V. B. DE H.

Catálogo de los Manuscritos de escritores dominicos en la Universidad de Oxford

Aunque no pocos de los manuscritos de escritores dominicos que se conservan en las ricas bibliotecas oxonienses son ya más o menos conocidos, quedan, sin embargo, bastantes de los cuales no se tiene más que una vaga y ligera información, generalmente de segunda mano, aun tratándose de manuscritos cuyos autores han merecido modernamente serios y concienzudos estudios. Esto que, dada la importancia de Oxford, quizás parezca paradójico, es no obstante la pura realidad. De los escritores que han tratado esta materia, excepto algunos afortunados investigadores modernos, ninguno de ellos ha estado en Oxford. Por otra parte, las fuentes generalmente consultadas, tales como el «Catalogi Librorum Manuscriptorum Angliae et Hiberniae in unum collecti» (Oxonium 1697, 2 vols. en fol.) de Edward Bernard, y el «Catalogus Codicum Manuscriptorum qui in Collegiis Aulisque Oxoniensis hodie adservantur» (Oxon. 1852, 2 vols. en 4.º) de Enrique Coxe, son obras que además de dar una descripción externa de los manuscritos, bastante pobre, son incompletas y necesitan ya no pocas correcciones, especialmente en lo referente a manuscritos medievales. Para obtener, por consiguiente, un conocimiento más adecuado de las joyas literarias dominicanas de Oxford se necesitan nuevos trabajos. De desear sería, que éstos no se limitaran a una hosca catalogación de manuscritos.

La mayoría de las obras de escritores de la talla de Roberto Bacón, Ricardo Fishacre, R. Kilwardby, Klapwel, de Sutton, Macclesfield, Trivet, etc., por no citar más que dominicos ingleses, están inéditas y algunas completamente olvidadas, ignorándose a veces hasta el lugar en donde al presente se hallan. ¡Qué lástima no exista en Inglaterra una «Société Thomiste» que emprendiera la publicación de tales obras! Un trabajo de este género es necesario si se quiere conocer perfectamente el renacimiento filosófico-teológico que tuvo lugar en el Occidente durante los siglos XII, XIII y buena parte del XIV. La Orden Dominicana

que tanto contribuyó a ese renacimiento, tuvo en Inglaterra excelentes representantes. Fishacre, por ejemplo, fué uno de los primeros dominicos que más profundamente escribieron sobre las «Sentencias». Y lo mismo creo pudiéramos decir de su inseparable compañero Roberto Bacon, «vir undequaque doctissimus» como le llama Leland, si hubiéramos a las manos sus obras. Es verdad que, considerada en su conjunto la obra realizada por los dominicos en Oxford, no fué tan grande como la realizada por los mismos en París. Y por esto nada tiene tampoco de extraño que, no haciendo aún mucho tiempo que se comenzó a estudiar la Edad Media, imparcialmente y sin prejuicios de humanistas o de otros escritores acostumbrados a estudiarla leyendo todo lo que no era necesario y dejándose lo principal, los investigadores medievales se hayan ocupado preferentemente de París centro del saber, el más importante en aquella época. Oxford no llegó a nivelarse con París, hasta mediados del siglo xiv, esto es, cuando la Escolástica comenzaba a decaer.

En cualquiera de las teorías hasta ahora expuestas para explicar científicamente el desarrollo filosófico-teológico medieval, cabe a la Universidad de París mucha más parte que a la de Oxford; aunque debemos confesar que el desconocimiento que tenemos de las obras de los maestros de Oxford, nos hace que demos más importancia científica a los de París de la que quizás se merezca.

Además, esta clase de estudios contribuirá en gran manera a averiguar la autenticidad de no pocas obras que andan por el mundo científico con el título de anónimas o con el de apócrifas. Sabido es que la literatura manuscrita medieval, inmensa como es, es en gran parte anónima, y su estudio por ende tiene que resultar muy complejo, sobre todo habiendo escasez de trabajos. Afortunadamente no se ha descuidado este campo de investigación; pero podemos decir que lo que queda por hacer sobrepasa a lo ya hecho. Por lo que se refiere a Oxford, ni siquiera existe aún un catálogo completo de sus manuscritos; y de los catálogos que existen de colecciones particulares (1) hay que decir lo mis-

(1) He aquí algunos de los catálogos que están relacionados con nuestro trabajo: a) A Summary Catalogue of Western Manuscripts in the Bodleian Library at Oxford, which have not hitherto been catalogued in the Quarto Series .. par Falconer Madan, M. A. y H. H. E. Craster, M. A. y D. Litt. (Oxford 1922, 6 vols. en 8.º de 654, 651, 312, 723, 933, 478 páginas respectivamente). Este es el único catálogo que da una descripción externa completa de los manuscritos. b) Catalogui Codicum Manuscriptorum Bibliothecae Bodleianae. Pars prima, recensionem Codicum Graecorum continens (Oxford 1853, 1 vol. en 4.º 861 págs.), por Enrique Coxe. Pars secunda. Codices Latinos et Miscellaneos et Laudianos complectens, por el mismo (Oxf. 1858-85, 1 vol. en 4.º, 534 págs.) Pars tertia. Codices Graecos et Latinos Canonicianos, por el mismo (Oxf. 1854, 1 v. en 4.º, 918 págs.) c) Codices viri admodum Reverendi Thomae Tanneri S. T. P.

mo que queda dicho arriba acerca del de Bernard y del de Coxe. Mientras que se lleva a cabo semejante empresa—esperamos que sea pronto—creemos será útil dar a conocer de una manera más completa los manuscritos oxonienses de escritores dominicos, haciendo de ellos un catálogo.

En la descripción de los manuscritos habrá bastante desproporción. De aquellos que se hallan en lenguas antiguas, tales como el armenio, el hebreo y el griego, daremos nada más que una ligera reseña, limitándonos, por lo que toca a los pocos manuscritos que hay en las lenguas hebrea y armenia, a repetir lo que hemos hallado en los catálogos de las mismas. En la catalogación de los ms. griegos, nos extenderemos algo más, aunque nuestro fin principal es la catalogación de los ms. *latinos* nada más.

En la transcripción de los ms. hemos procurado conservar el texto del mismo modo que está en el original, aunque sin abreviaturas y con puntuación, para mayor comodidad de los lectores.

Como frecuentemente las ms. que intentamos catalogar se hallan juntos con otros, se hará la descripción externa de todo el manuscrito; y en cuanto a la parte interna, naturalmente, nos limitaremos a las de los dominicos solamente, a no ser en casos especiales.

El orden que seguiremos será el que tienen actualmente en las bibliotecas—Bodleiana y de los Colegios—prescindiendo del orden histórico o doctrinal. Tampoco mencionaremos el nombre de colecciones particulares, a no ser para indicar el origen o dueño de los manuscritos. Es inútil advertir aquí lo muy agradecidos que quedamos tanto al Director como a los asistentes de la Bodleiana, que amablemente han hecho por nosotros lo que les hemos pedido, que no ha sido poco.

episcopi Asaphensis, compilados por Altredo Hackman. A. M. (Oxf. 1860, 1 vol. en 4.º, 1176 págs.) d) Codices Richardi Rawlinsonensis, coleccionados por William D. Macray. A. M. (Oxf. 1862, 5 vols. en 4.º de 738, 992, 687, 525, 245 págs.) e) Codices Keneln Digby, por el mismo Macray (Oxf. 1883, 1 vol. en 4.º, 286 págs.) f) Descriptive analytical and critical catalogue of the Manuscripts bequeathed unto the University of Oxford by Elias Ashmole... also of some additional m.s.s. contributed by Kingsley, Shuyd, Burlase and others, compilado por William Henry Black (Oxf. 1845, 1 vol. en 4.º, 1592 págs.) g) Catalogo dei Manoscritti Italiani che sotto la denominazione di Codici canonici italiani si conservano nella Biblioteca Bodleiana a Oxford, compilato dal Conte Alessandro Mortara (Oxf. 1864, 1 vol. en 4.º, 315 págs.)

I

Biblioteca Bodleiana.**I.—*Bold.* 65. *Papel mm.* 210 × 140, *ff.* 246, *s.* XV.**

Títulos y capitales desde el fol. 112 v en adelante, en letra encarnada: en la misma letra se hallan las pocas notas marginales que se encuentran en el manuscrito. La escritura es de dos manos distintas; encuadernación en pasta, recubierta de piel de color rojo débil y bien conservada: queda en blanco un folio al principio y otro al final y también los folios 29-31 v. Las abreviaturas suelen ser pequeñas, y la letra bien formada y con puntuación.

Este códice contiene la traducción en griego de las cuestiones 50-62 inclusive de la primera parte de la «Summa Theologica» de Sto. Tomás.

Incip. (f. 32) μετὰ δε τοῦτο θεωρητέον ἂν εἴη περὶ τῆς σωματικῆ καὶ ἁσωματῶν, καὶ πρῶτον...

Expl. (f. 175 v) al principio de la cuestión 63: πρῶτον εἰς το τῆς ἁμαρτίας κακόν, δυνατόν ἀγγελιοῖς εἶναι.

II.—*Bold.* 94. *Papel* 215 × 150 mm., *ff.* 189, *s.* XVI.

Escritura de varias manos, generalmente muy borrosa, llegando a veces a ser ilegible. Notas marginales frecuentes. Encuadernación en pasta, recubierta de piel un poco maltratada. Al fol. 161 se atribuye a Manuel Calecas lo siguiente:

Rub. (f. 161 a) περὶ τοῦ οτι προσήχου τὴν τὸν θεὸν σαρκωθῆναι.

Incip. πρῶτον οτι ἡ τοῦ θεοῦ σαρκosis...

Expl. (fol. 189 v) ὁ δε θῶμα μὴ παρὰδεχόμενος τοῦτο ὑπο τινος νοερας φύσεως κινεῖσθαι αὐτὰ αξιοι δυναμειως επαφη (1).

III.—*Bold.* 105. *Papel* 210 × 100 mm., *ff.* 412, *s.* XIV-XV.

Títulos y capitales en letra encarnada, como también algunas de las pocas notas marginales que se encuentran en el manuscrito. Seis folios en blanco al final y también los ff. 8-15 v. Encuadernación en pasta, recubierta ligeramente con piel bien conservada. Las abreviaturas son

(1) En el manuscrito no se cita a Calecas, ni Echard ni Conbefs mencionan alguna obra de él, con ese título. Coxe, al hacer la descripción del códice, se lo atribuye a un anónimo, pero en el índice de autores se lo atribuye a Calecas. Conf. Coxe. *Catalogus Codicum Graecorum*,.. ut supra.

también pequeñas; puntuación. Contiene las 49 primeras cuestiones de la «Summa Theologica» de Sto. Tomás, traducidas al griego.

Incip. προμεινον, ου των τελειοτερων μόνον προσήχει φρονιζειν τον της καθολου προισταμενον αληθειας αλλα...

Expl. (f. 412 v) και συμβεβηκης (1).

IV.—*Bodl. 267. Papel 310 × 135 mm., ff. 223, s. XV.*

Tres folios en blanco al principio sin paginación; hacia el medio del tercero hay esta nota: Thomas Noe Eques auratus et Serenissimi magnae Britanniae etc. regis apud Turcarum Imperatorem Orator, in gratitudinis suae erga Matrem Academ = perpetuum testimonium hunc librum quem ex Oriente secum adduxit, publicae Bibliothecae D. D. Anno Domini 1628. Este lugar del Oriente es, según se dice en una nota del f. 322 v, la isla de Calce.

Los cinco primeros folios tienen una gran entrada en el margen inferior, aunque no perjudica la escritura. Notas marginales son muy raras y cortas: al fol. 78 las capitales se hallan en letra encarnada, y no vuelven a aparecer en la misma tinta hasta el f. 237-252 v; los folios 253-254 v son de una mano distinta de la que precede; los ff. 255-260 v quedaron también en blanco, excepto que el f. 260 v contiene, en letra reciente, el principio del «Padre nuestro» en griego; encuaderuación en pasta, bien conservada. Contiene este códice la «Secunda Secundae» en griego.

Incip. (f. 1 a) Μετὰ τὴν καθόλου περὶ ἀρετων καὶ παθῶ καὶ τῶν εἰς τῇν ἡθικὴν ὕλην ἀνηκοντων επισκεψον.

(1) Quetif-Echard menciona dos códices coislinianos que contienen toda la primera parte de la «Summa Theologica» en griego, de los cuales, el uno (392, s. xiv) contiene las 43 primeras cuestiones, y el otro (289, s. xv) las restantes. Quetif-Echard «Scriptores Ordinis Praedicatorum» (París, 1719, V. I, p. 346, C. A.) Acerca del autor de la versión griega de la «Summa Theologica» véase entre otros, a Mr. Michael Rackl: «Die Griechische Übersetzung der Summae Theologiae des hl. Thomas von Aquin», en Byzantinische Zeitschrift. V. 24-25. 1923-25, p. 48-60, en donde se citan los códices que contiene dicha versión. Acerca del autor de la traducción de este códice de la Bodleiana, externamente considerado, hay motivos para atribuirselo a Gennadio, pues las condiciones externas del manuscrito son exactamente iguales a las del códice 28, 494, de la misma biblioteca en que se halla la traducción en griego de los dos opúsculos «De Ente et Essentia» y el «De Fallaciis ad quosdam nobiles artistas» de Santo Tomás, ciertamente hecha por dicho autor. Además los elogios que en el prólogo se tributan al Santo, y la manera de escribir el griego, favorecen esa opinión. No obstante, este prólogo no concuerda con el de la versión de Gennadio, citado por M. Jugie en Melanges Mandonnet. París, 1930. V. I, págs. 423-440.

El prólogo e índice de materias ocupan los ff. 1-8 v.

Expl. (f. 254 v) ἐξέστι χρήματα λαμβάνειν ὑπὲρ πράξεων πνευματικῶν ὄρεων πρωτῶν τῶν πνευματικῶν διδομένων (1).

Hasta la cuestión 64 inclusive están traducidos los artículos enteros, esto es, con preguntas y respuestas; desde la 64 en adelante, solamente el cuerpo del artículo.

En el mismo código se hallan también, en griego, los 47 primeros capítulos del libro tercero de la «Summa Contra Gentes» con un índice de los capítulos de los libros III^o y IV^o.

Rub. (f. 261) en letra posterior a la del manuscrito: Θῶμα του Ακουειως (sic) καθα Εθνικῶν βιβλιον Γου.

Incip. (f. 266 v) ὡς μέγας κύριος καὶ βασιλεὺς μέγας ἐπὶ πάντας τὸν θεόν ὅτι οὐκ ἀποστα.

Expl. (f. 322 v) ἐκείνης φύσεως ἔχουσιν, ὅπερ ἐστὶν αὐτῇ τῇ ἀληθείᾳ; Esta terminación corresponde al medio del capítulo 47^o.

El índice de los capítulos de los libros tercero y cuarto se halla al fol. 261 hasta el fol. 266.

Aunque no se cita el nombre del traductor, nos parece que esta traducción del tercer libro es parte de la traducción de la Suma entera hecha por Demetrio Cídones (2).

V.—*Bodl. 294. Papel 205 × 195 mm., pp. 673, s. XVI (3).*

Títulos y capitales en letra encarnada; escritura de diversas manos; quedan en blanco dos folios al principio y uno al final, aunque en aquéllos se hallan varias notas de escritura más reciente que la del manuscrito; notas marginales muy frecuentes y en su mayoría en letra encarnada; la letra inicial de la p. 609 lleva un dibujo, encuadernación en pasta, recubierta de piel de color negro y ya carcomida por varias par-

(1) Echard cita dos códices de la biblioteca Regia de París que contienen la «Secunda Secundae». Los dos llevan esta *Rub.*: τοῦ σοφωτατοῦ Θῶμα τοῦ ἀγγλικοῦ του παρὰ Λατινοῦ διδασκαλοῦ τῆς ἱέρης Θεολογίας, que probablemente también tenía el nuestro, pero que hoy se halla borrada debido al mal trato del primer folio. Conf. Echard, *ibid.*

(2) Sobre dicha traducción, conf. M. Rackl, Demetrios Kydones abs Verteidiger und Uebersetzer des heiligen Thomas von Aquin. Mainz 1915. Y también su artículo: Der Hl. Thomas von Aquin und das Trinitarische Grundgesetz in Byzantinischer Beleuchtung, en Xenia Thomistica. Roma. 1925, v. III^o, pp. 363-89. Según M. Rackl, la traducción griega de la Contra Gentiles se terminó el 24 de Diciembre de 1355. El Padre Laurent, no obstante, ha mostrado que fué un año antes. Conf. Echos d'Orient, XXVI (1927), pp. 357-358.

(3) El número de milímetros de la anchura del ms. varía algunas veces, coincidiendo con el cambio de letra; igualmente se enumeraron las páginas y no los folios,

tes; contiene este códice diez conclusiones teológicas de Fr. Francisco el Predicador contra Manuel el Gran Retórico, y la respuesta de este último.

Incíp. ταῦτα τὰ κεφάλαια καὶ δόγματα τῆς εὐσεβείας...

Expl. (p. 90) καὶ ποιησον τὸν ἄρτον τουτον.

A continuación se halla la réplica del Retórico.

Incíp. τὸ ἐπιστολιμαῖον σου πρὸς ἡμᾶς ἐλθὼν γραμμά...

Expl. (p. 106). λαχουσιν οἱ κατα τηριον. τέλος (1).

VI.—*Bodl. 28.494. Papel mm. 215 × 90, ff. 341, s. XV (2).*

Títulos y capitales en letra encarnada; escritura de varias manos; quedan en blanco un f. al final y los ff. 256 v-261 v, aunque estos últimos están paginados, sin que haya, sin embargo, interrupción del texto; las capitales iniciales de los ff. 226 v, 264 v, 265, 268, 268 v, 269 v y bastantes otras tienen dibujos, todos de color rojo intenso; entre los folios y la cubierta se hallan dos hojas de pergamino escritas en griego; encuadernación en pasta, recubierta de piel de color rojo, ya carcomida en algunos lugares; notas marginales frecuentes desde el f. 287, algunas de ellas en letra encarnada. Contiene este códice el opúsculo de «Ente et Essentia» de S. Tomás y el «De Fallaciis» del mismo o atribuido a él, traducidos al griego por Gennadio o Jorge Scholarios.

Incíp. ἐπεὶδὲ μικρὰ πλάνη ἐν τῇ ἀρχῇ μεγάλη ἐστὶν τῷ τελει.

Expl. (f. 310 v) το τέλος καὶ ἡ συμπληρῶσις γίνεται.

Incíp. ἐπεδὲ ἡ λογικὴ ἐπιστήμη ἐστὶ περὶ λόγου.

Expl. (f. 361 b) περὶ τῶν σοισματων. ἀκείτω (3).

VII.—*Bodl. 21.385. Papel 130 × 8 mm., 256 ff., s. XV.*

Un folio en blanco al principio y otro al final; escritura muy borrosa, llegando a veces—el f. 80 por ejemplo—a ser imposible su lectura;

(1) Más noticias sobre este manuscrito pueden verse en Echard quien cita las diez conclusiones enteras. El códice 3.377 de la Bodleiana contiene otra copia (del s. xvii) de las diez conclusiones de Fray Francisco y la respuesta de Manuel el Gran Retórico. Coincide exactamente con el 294 de la misma biblioteca; por eso nos abstenemos de hacer una descripción de él.

(2) Aunque siguiendo el orden numérico, al presente manuscrito no le corresponde este lugar, lo ponemos aquí, sin embargo, para que vayan todos los ms. griegos juntos.

(3) C. M. Jugie: Georges Scholarios et S. Thomas D' Aquin, en *Melanges Mandonnet*, París. 1930, v. I, pp. 423-440. Sobre la autenticidad del opúsculo «De Fallaciis ad quosdam nobiles artistas», Mgr. M. Grabmann la defiende en su obra: *Die echten Schriften des hl. Thomas von Aquin* (Münster 1920). Mandonnet, no obstante, le coloca entre los «à peine douteux». Conf. Les «Opuscules» de S. Thomas en *Revue Thomiste* 1927

los folios van enumerados de cinco en cinco; queban bastantes blancos que debían ser llenados por algunos comentarios de autores diferentes de los del texto; notas marginales, frecuentes desde el f. 242 v, en adelante; desde ese mismo folio, se hallan folios escritos en letra de diversos tamaños; el f. 169 se halla rasgado por la mitad; encuadernación en pasta recubierta con piel, bien conservada. Contiene la traducción al hebreo de la Ética a Nicómaco de Aristóteles, con fragmentos de los comentarios a ese libro de Averroes y Sto. Tomás. Los fragmentos de estos últimos son muy reducidos. La traducción fué hecha por J'hudah ben Abraham Abudram el 9 de Abh. 5204 = 1444. Los comentarios, que son los que nos interesan, comienzan al f. 242.

Sobre la traducción del texto, véase Ad. Nauber. *Latalogue of the Hebrew Mss. in the Bodleian library* Oxf. 1886. P. 879.

VIII.—*Bodl. 21.480. Pergamino. 155 × 105 mm., ff. 124, s. XV.*

Dos folios en blanco al principio y uno al final. En la primera portada del folio segundo hay un cuadro que representa el frontispicio de una sinagoga; en la parte superior se encuentra el Rey David con el arpa en la mano y asistido por dos ángeles; al margen derecho, Moisés con las tablas de la ley; al izquierdo, un pontífice con una cadena en las manos. En el medio hay este título:

(1) ספר הנפש הג לאביר הפילוסופס אריסטוטילס עם ביאור הנכבד אגדיאריי
esto es, el libro de «anima» del distinguido y sabio filósofo Aristóteles, con los comentarios de Egidio, traducidos por J'hudah ben Mosheh ben Daniel.

La paginación del manuscrito es también de cinco en cinco folios; notas marginales raras; encuadernación en pasta recubierta de piel bien conservada. Contiene los siguientes tratados: a) La traducción de los Comentarios de Egidio de Columna sobre el libro de Anima de Aristóteles.

Rub. (f. 1). Es la que acabamos de copiar.

Incip. (f. 1 v. b) אמר יהודה המשתק אמר אדיאריי

Expl. (f. 90 v). על המוין

Al f. 31 v. b, el traductor dejando el comentario de Egidio le cambia por el de Alberto Magno.

Incip. (f. 31 v. b) אמר ליהויה זה המאמר הפילוסופי

Expl. (f. 33 v. b) על מאמר הפילוספי

Desde el fol. 96 hasta el f. 121, se hallan 49 fragmentos de los comen-

(1) El mismo título se halla al fol. 1.º con algunas variantes que completan el sentido; v. gr.: en lugar de הג hay השלישי, etc.,

tarios sobre el mismo libro de Egidio, Alejandro de Hales, Alberto Magno, Sto. Tomás y Angel Camerino. Por lo que toca a los dominicos, comienza en el f. 99.

Al f. 102: *Rub.* la misma que el precedente.

Incip. המכס מטחר מת בלכנ

Expl. (f. 102 v. b) רסיסו לנחס

Al f. 103: *Rub.* la misma que en las anteriores.

Incip. מנה הכחמרים מהעסמים

Expl. (f. 103 v. b) תחר פמיוס תחר

Al f. (106 v. b) *Rub.* מאמר לחכם המופלג אלכידטוב

Incip. המכס כורח

Expl. (f. 107 v. b) סוה רסיסו כיתימ

Al f. 108, 108 v. b, se encuentran otros dos fragmentos de Sto. Tomás y Alberto respectivamente. Al f. (109 v. b), 111, 113, 117 v. b se hallan más fragmentos del primero (1).

IX.—*Bodl*, 23.721. Parte en pergamino y parte en papel: mm. 100 × 65 ff. 195, s. XV.

Tres folios en blanco al principio y dos al final: letra clara: encuadernación en pasta: la enumeración de folios como en los números precedentes. Contiene, según Neubauer, la traducción del comentario de Averroes sobre la Ética de Nichomacum de Aristóteles. Al principio y en el margen—según parece, al f. 40—se halla igualmente la traducción al hebreo del Comentario de Sto. Tomás sobre el mismo libro.

Neubauer, cita otros dos códices, 2079 y 2244, que contienen los mismos fragmentos en hebreo que los del código 21, 480 (2).

Todos ellos equivalen, por lo que se refiere a Sto. Tomás, a tres lecciones de su Comentario sobre el libro «De Anima» del Estagirita. Dichas lecciones parecen ser la 5.^a, 6.^a y 7.^a (3).

M. Steinschneider en su «Catalogus Librorum Hebraeorum in Bibliotheca Bodleiana» (Berlín 1852 60, un v. en 4.º, 3103 págs.), a la página 1383 dice: Thomas von Aquino in der jüdischen Literatur. Die VI und VII. Frage aus den Quaestiones Disputatas de Anima des Thomas von Aquino. Nach der hebraischen Uebersetzung des alí (sic) b. Xabillo.

(1) Una descripción más amplia del ms. en general, puede verse en Ad Neubauer: Catalogue of the Hebrew Manuscripts in the Bodleian library... Oxf. 1886, 2 vol. en 4.º, 1164.

(2) Neubauer, *ibid.* págs. 514 y 778.

(3) S. Thomae Aquinatis Doctoris Angelici O. P. in Aristotelis librum de Anima Commentarium. cura ac studio P. F. Angeli M. Pirota O. P. Taurini M.C.M.XXXV, p. 25, n. 55 y siguientes.

X.—D. 10. Bodl. Ms. Arm.: se halla la oración «*Creator ineffalis*» de Santo Tomás o atribuida a él, traducida al armenio (1).

XI.—Bodl. 482. Papel 150 × 110 mm. 10 ff. s. XIII.

Dos folios en blanco al principio y tres al final; títulos e iniciales en letra encarnada; las líneas de los cinco primeros folios van subrayadas con tinta encarnada; al f. 9 hay esta nota: iste liber pertinet ad Carthusienses prope Moguntiam: escritura a dos columnas y letra muy medida, y algo borrosa: encuadernación en pergamino; algunas notas marginales.

Rub. (f. 1) Thomae de decem preceptos.

Incip. Tria sunt homini necessaria ad salutem, etc.

Expl. (f. 9 b) non desiderabis uxorem proximi tui.

Explicit Summa fratris Thomae de Aquino de preceptis.

Como en la edición de Venecia. 1588, p. 95.

XII.—Bodl. 657. Pergamino 125 × 85 mm. 156 ff. s. XIV.

Títulos e iniciales en letra encarnada; dos folios en blanco al principio y tres al final; encuadernación en pasta: el códice es del mismo origen que el anterior: los folios están lineados: los ff. 17 y 104 tienen una pequeña entrada en el margen inferior, aunque la escritura queda intacta; la escritura de varias manos.

Contiene este manuscrito los siguientes tratados:

I. *Rub.* (f. 3) Fratribus de ordine predicatorum, frater qualiscumque ejusdem ordinis salutem —una mano posterior ha añadido entre las dos líneas, *salutem*—et extirpatis parvulos in fide et moribus instruere diligamus Libellus de instructione puerorum ad preces plurium fratrum ex doctrinis majorum et sanctorum auctoritatibus compilavi... (2).

Incip. Simon Johannes diliges me plus hiis? Pasce agnos meos. Pasce itaque, quia mihi.

Expl. (f. 16 v) Pro tamen quibus datum est scire melius detur, et velle dicere meliora. Explicit.

II. *Rub.* (f. 97) Sancti Thomae de Aquino, de officio Sacerdotum.

Incip. Quia sacerdotis officium circa tria principaliter versatur.

(1) Una descripción del códice, véase en «*Angelicum*». An. VI, 1929. Fasc. 1-2, por el P. Van den Oudenriju.

(2) En el códice no se menciona al autor de esa obrita, pero en un códice de la Biblioteca Canoniciiana, de aquí de la Bodleiana, que a su tiempo analizaremos, se le atribuye a Vicente de Beauvais, aunque no hemos visto ningún otro autor que se le atribuya.

Expl. (f. 111 v. b) tales faciat sacerdotes nostris temporibus quales descripti sunt. Qui cum Deo patre et spiritu sancto vivit et regnat deus per infinita secula seculorum amen. Explicit liber de officio sacerdotis editus a sancto fratre Thoma de Aquino ordinis fratrum predicatorum. Y al principio como título: Sanctus Thomas de Aquino qui fuit frater de ordine predicatorum composuit librum istum.

Como en la edición mencionada, p. 699.

XIII.—*Bodl. 670. Pergamino 115 × 70 mm. 262 ff. s. XIII.*

Letras capitales en azul y rojo intensos: escritura de varias manos; notas marginales frecuentes, aunque cortas; dos de ellas (en los ff. 1 y 147 v) están en inglés antiguo; la escritura, por lo que toca a la primera parte del manuscrito—hasta el f. 148—está bien formada, y muy clara y a dos columnas; encuadernación en pasta; en las tres hojas que quedan entre la cubierta y el primer folio, se halla un índice de materias y una tabla genealógica.

Contiene este códice, la Summa de Matrimonio y de Poenitentia de S. Raimundo.

Incip. (f. 1) Quoniam ut ait Jeronimus secunda post naufragium tabula est culpam simpliciter confiteri.

Expl. (f. 147 v. b) Et quae corrigenda vidit et addenda non invidenti animo sed benigno corrigat et emendet.

Entre la Summa de Matrimonio y la de Poenitentia, o sea, entre el tercer y cuarto libro de lo que hoy se llama Suma de S. Raimundo de Peñafort, queda una columna en blanco.

XIV.—*Bodl. 675. Pergamino 130 × 98 mm. 162 ff. s. XIII.*

Letras capitales en rojo, azul y algunas en verde; a dos columnas hasta el f. 100; las letras iniciales capitales de los ff. 1, 4 v, 5, 6 v, 8 v, 9 v, y bastantes otras, tienen ornamentaciones; escritura de varias manos, y hasta el f. 100, muy bien formada: el primer folio está maltratado por diversas partes, haciéndose a veces imposible su lectura: encuadernación en madera, carcomida por los bordes; entre la primera cubierta y el folio respectivo, debió haber algunos folios pues así lo indica el lugar: el copista debió ser Fr. Simón de Sumersete, según se deduce de una nota al final del manuscrito, o mejor dicho, de la primera parte, hasta el f. 100: dice la nota: Quicumque hunc librum legens, memor esto animae fratris Simonis de Sumersete.

Rub. (f. 1.º) en letra posterior a la del manuscrito: Summula Sancti Raymundi.

Incip. Quoniam ut ait Jeronimus, etc.

Expl. (f. 100 v. b) venite benedicti patris mei, percipite regnum amen.

Como se ve, este códice no contiene más que la Summa de Matrimonio, como originalmente la escribió S. Raimundo. Además, al final, de dicha Suma, después de las palabras «jumenta in stercore suo», se intercala esta palabra «epilogus» tanto en el texto como en una nota marginal, palabra que no se halla en los manuscritos impresos, ni en bastantes manuscritos que hemos visto (1).

XV.—*Bodl. 794. Pergamino 130 × 95 mm. ff. 48, s. XIV.*

Títulos e iniciales en general, en letra encarnada: escritura a dos columnas y de dos manos; la una desde el f. 1 hasta el f. 47 b, y la otra restante desde el f. 47, las líneas rayadas con tinta encarnada: notas marginales raras: encuadernación en pergamino.

Contiene este códice una oración al Smo. Sacramento, atribuida a Santo Tomás, pero que probablemente es de Juan Peckan (2).

Incip. (f. 47 b) Ave vivens hostia.

Expl. (f. 48) Da remunerator. Amen.

Explicit oratio de sacramento altaris sancti Thoma de Aquino.

XVI.—*Bodl. 811. Pergamino 180 × 130 mm. 76 ff. s. XIV.*

Un fol. en blanco al principio y otro al final: escritura a dos columnas; títulos y capitales en letra encarnada y azul con ornamentaciones generalmente; notas marginales pocas y breves; al f. 1 a se lee: iste liber est fratrum Carthusiensium prope Moguntiam: encuadernación en pasta.

Contiene el Compendium Theologiae veritatis, frecuentemente atribuido al Beato Alberto Magno, a Sto. Tomás, y también a S. Buenaventura, pero cuyo verdadero autor es Hugo Nipelin de Straburg (3).

Incip. (f. 1) Veritatis theologiae sublimitas...

Expl. (f. 76 v. b) recipit sine fine.

(1) Sobre esta cuestión, conf.: P. Amadeo Tectaert, O. M. C. «Summa de Matrimonio» Sancti Raymundi de Penyafort en *Jus Pontificium*, 1929, pp. 228 y 312.

S. Raimundo tuvo que comenzar a escribir su Summa de Matrimonio, según dicho autor, después de 1234.

(2) Con. A. Wilmart: La tradition littéraire et textuelle de «Adoro te devote» en *Recherches de Theologie ancienne et médiévale*, 1929. Wilmart cita un códice del British Museum, del s. xiv, que se lo atribuye a J. Peckann: los dos códices de aquí de la Bodleiana, del s. xiv, también, se lo atribuyen a Sto. Tomás.

(3) Conf. Pfeleger, Hugo von Straburg und das «Compendium theologiae veritatis» en *Zeitschrift für katholische Theologie* 1904 y M. Grabmann, *Studien ueber Ulrich von Strasburg. Leben und Persönlichkeit*.

Explicit Compendium theologiae veritatis.

XVII.—*Bodl. 820. Pergamino 150 × 110 mm. 126 ff. s. XIV.*

Un f. en blanco al principio y otro al final: quedan también en blanco dos ff. entre 38-39, sin paginación: títulos y capitales en letra encarnada: notas marginales desde el f. 39 en adelante; escritura de varias manos, y a dos columnas hasta el f. 78: encuadernación en pasta, bien conservada: al f. 2 al margen superior: iste est liber Carthusiensium prope Maguntiam.

Contiene este códice:

I. Un tratado sobre el Corazón, atribuido al B. Alberto.

Rub. (f. 30) Sermo fratris Alberti, et incipit de preparatione cordis.

Incip. De quo Malachie VI. Timentibus nomen meum, orietur sol justitiae.

Expl. (f. 32 v. b) hic dicit de fletu et alia (1).

XVIII.—*Bodl. 823. Pergamino mm. 145 × 100, ff. 198, s. XIV.*

Tres folios en blanco al principio y otros tres al final: títulos y capitales en letra encarnada, y desde el f. 140-150 v en azul también y con dibujos: la escritura es muy desigual y de bastantes manos, y desde el folio 82 hasta el f. 151 v a dos columnas: desde el f. 70 v, hasta el f. 140 hay una paginación distinta; el origen del manuscrito es el mismo que el del anterior desde el f. 141, pues lo restante procede parte de Francia y parte de Italia: encuadernación en pasta, bien conservada: la fecha de la escritura también es diversa: desde el f. 3 hasta el 82, es del siglo XIV; desde el f. 82 v, hasta el 151 v, del s. XIII; lo restante del siglo XV.

Contiene este códice:

I. El opúsculo de officio sacerdotis, atribuido a Sto. Tomás.

Rub. (f. 77) Incipit Summa de VII sacramentis per sanctum Thomam composita et dicitur officium sacerdotis.

Incip. Quia sacerdotis officium circa tria principaliter versatur.

Expl. (f. 82) tales faciat sacerdotibus nostris temporibus, quales descripti sunt, qui cum patre et filio et spiritu sancto vivunt et regnant per infinita secula seculorum amen.

Explicit pulcherrimus liber de officio sacerdotis et regimine ejus

(1) Este tratado no es más que un compendio muy reducido de la obra de Gerardo Leodiense, *De motu cordis*, impreso en Nápoles, cura fratris Ludovici de Aquino Neapolitano, 1605. Conf. Echard, ob. cit., p. 549.

completus per Johannem Archfelt de Esche, dyaconum avinonensis in die beati Jeronimi sub anno Domini M.C.C.C.XLIII (1).

II. Una exposición de la Oración Dominical por Henrico de Urimaria.

Rub. (f. 152) Incipit expositio orationis dominice concepta per Henricum de Urimaria sacre theologie professorem.

Incip. Sciendum est haec oratio dominica supra omnes orationes sanctas et sciendas habet triplicem excelemtiam.

Expl. (f. 157 b) et nobis per speculum et formam imitationis tradita cui est honor et gloria in secula seculorum amen.

Explicit expositio orationis dominicae (2).

III. *Rub.* (f. 157) Incipit expositio salutationis angelice secundum duplicem sensum literalem videlicet et mysticum.

Incip. Quia oratio dominica.

Expl. (f. 160 v. b) Qui est benedictus in secula seculorum amen.

Explicit expositio salutationis angelice secundum duplicem sensum literalem et mysticum.

XIX.—*Bodl.* 827. *Pergamino mm.* 180 × 130, *ff.* 115, *s.* XIV.

Dos folios en blanco al principio y uno al final: títulos y capitales en letra encarnada: escritura de dos manos, la una hasta el f. 110, y la otra lo restante: encuadernación en pasta, bien conservada: en el portfolio se lee: assumpta est Maria in celum.

Contiene este códice los Sermones de Sanctis del B. Jacobo de Vorágine.

Rub. (f. 1) Incipiunt Sermones Jacobi de Voragine de Sanctis.

Incip. De Sancto Andrea Apostolo. Simili pena servus cum domino est affectus.

Expl. (f. 114) de triplici corona qua coronata est—Sta. Catarina—a domino nostro Ihesu Christo, qui cum deo patre in unitate spiritus sancti vivit et regnat deus benedictus per infinita seculorum secula amen.

Expliciunt sermones fratris Jacobi de Vorágine (3).

XX.—*Bodl.* 835. *Pergamino* 170 × 120 mm. *ff.* 182, *s.* XIV.

Dos folios en blanco al principio y otros dos al final: títulos en letra encarnada; letras capitales en azul y rojo con dibujos; escritura a dos

(1) Mandonnet.

(2) Sobre J. Henricus de Urimaria, conf. Echard, ob. cit., p. 741. c. A. Allí sin embargo no se menciona ni esa obra, ni la siguiente.

(3) Los Sermones de Sanctis que Echard atribuye a Vorágine comienzan de otra manera que los de este códice. C. Echard, op. cit., p. 456, c. B.

columnas y muy bien formada; hay varias entradas por el margen inferior, pero ninguna de ellas perjudica la lectura: encuadernación en pasta, bien conservada: al f. 181 v. r se halla esta nota: Anno domini M.C.C. XC. IIII. juxta discreta virgo ordinis cisterciensis in monasterio Sancti spiritus aput (sic) alzeyam complevit hunc librum scribens eum ad petitionem Henrici presbiteri de Schirmischen. Laus sit deo. amen.

Incip. (f. 4) De adventu Domini; adventus domini quatuor septimanas agitur.

Expl. (f. 18 h. r) quod ipse nobis prestare dignetur qui vivit et regnat in secula seculorum amen.

Explicit Summa lumbardica. Laus sit xpiste quia liber explicit iste annus (1).

A la «Legenda» precede la narración del martirio de los diez mil mártires.

Incip. (f. 1) Temporibus adriani et anthonini imperatorum.

Sigue al f. 2 la «passio sancte Barbare virginis». Temporibus imperatoris maximiani.

XXI.—*Bodl. 847. Pergamino mm. 175 × 120, ff. 155, s. XIV.*

Capitales en letra encarnada: escritura de varias manos; notas marginales, algunas de ellas bastante grandes; el papel está rayado, desde el f. 33 hasta el 42 v y desde el 105 hasta el fin; encuadernación en pasta bien conservada.

Contiene este códice 98 sermones ya de tiempo ya de santos de Tomas de Walley.

Incip. (f. 53) Hora est jam nos de sompno surgere. Sciendum hoc exponitur de sompno culpe.

Expl. (f. 152 v. r) venturi regni. amen. Ego frater Tomas Waleys anglicus de ordine fratrum predicatorum, sacre theologie professor, premissa predicavi publice coram multis et in excusationem mei. Dictio et opinio que dicit animas Sanctorum ante resurrectionem non videre Deum facialiter est error manifestus, periculosus et scandalosus; utpote de cujus praedicatione jam quasi tota scandalizatur ecclesia Dei aut non. Si sic videtur quod debeam excusari quia urgente necessitate talia predicavi. Si non, paratus sum animo subire penam et a quocumque juxte impendatur. Como en la biblioteca de Tanner, p. 749.

Este parece ser el autógrafo de Waley, ya por lo que acabamos de transcribir, ya por las correcciones de palabras que hay en el texto, ya, finalmente, por las muchas notas aclaratorias esparcidas por todo el manuscrito.

XXII.—*Bodl. 860. Pergamino um. 210 × 150, 144 ff. s. XIV.*

Un folio en blanco al principio y otro al final; escritura a dos colum-

(1) Como en la edición de Colonia 1479,

nas y por lo referente al prólogo muy borrosa: letras capitales en azul y rojo con varios dibujos; algunas también están en verde: títulos igualmente en letra encarnada; van muchas palabras y a veces líneas enteras subrayadas con la misma tinta; el papel está rayado, pero las líneas son muy poco perceptibles: encuadernación en pasta, bien conservada: en el f. 142 se lee: consumatum fuit hoc opus in civitate Pysana anno domini M.C.C.C. XXXVIII de mense decembris tempore Sanctissimi Pape D. Benedicti duodecimi.

Contiene este códice la Summa de casibus conscientiae de Bartolomé de Santo Concordio.

Rub. (f. 2) Incipit Summa de casibus ad conscientiam compilata per fratrem Bartholomeum, ordinis fratrum praedicatorum de pisis.

Incip. Quoniam ut ait Gregorius...

Expl. (f. 142) et tunc est super invidia. Como en la edición de París, 1470.

Sigue un índice de nombres y una explicación de las figuras que contiene el manuscrito.

XXIII.—*Brvl.* 874. Pergamino mm. 200 × 135, 327 ff. s. XIV (1347)

Este manuscrito pertenecía a la iglesia de Santa María de Ebirbach.

Letras capitales en rojo y azul intensas: la primera letra del f. 1 y la última del f. 2, como también los bordes de estos mismos folios: la iluminación es francesa y el copista un tal Fr. Henricus de Stethin, según se dice en una nota al f. 194: Expliciunt tituli questionum hujus libri, que completi fuerunt in die Septem Fratrum anno Domini M.C.C.C. XLVII. Parisius per fratrem Henricum de Stethein in Alamania: exemplar tabule parum voluit presertim in cifris: credo quod post 100 pauce sint vere, sed sub centenario numero major pars est vera ut potet per se. Crede si vis. Quedan en blanco, dos folios al principio y tres al final; escritura a dos columnas y bien formada; encuadernación en pasta: la primera letra iluminada, con la miniatura de la Virgen presentando el niño Jesús a un joven dominico arrodillado ante ella.

Contiene este códice el comentario sobre el libro de la Sabiduría, de Roberto Holkot, O. P.

Incip. (f. 1) Dominus petra mea et robur meum.

Expl. (f. 189) ad quem nobis perducatur qui sine fine vivit et regnat. Explicit postilla sapientiae completa parisiis per fratrem henricum de Stethein anno domini millesimo ccc XLVII. In die sancte margarite virginis. Como en la edición de París, 1481 (1).

Oxford.

FR. EUSEBIO GÓMEZ, O. P.

(1) Quetif Echard cita varios códices y ediciones de esta obra. Echard, cf. cit. p. 630, c. A.

BOLETIN DE APOLOGETICA

No son muchos los libros que integran el presente boletín. Hay, sin embargo, entre ellos una variedad prodigiosa: Desde las obras trabajadas con paciencia benedictina, abundantes en pruebas históricas y filosóficas, hasta los libros escritos con premura, más faltos de razones que de buena intención; desde la exposición sencilla de la más pura ortodoxia hasta los desvaríos más exaltados del moderno método psicológico.

Como en el boletín anterior, lamentamos la casi total ausencia de obras españolas. Desde esa fecha, sólo una obra original ha llegado a nuestras manos, y una traducción. Y nada se habría perdido si esta última no se hubiese efectuado.

I

Tratados generales.

El año pasado se publicó la tercera edición, corregida y aumentada, de la notable obra—*De Religione revelata*—escrita por el jesuita Emil Dorsch (1). Como ninguna de las ediciones anteriores hemos visto reseñada en boletín alguno de apologética de esta revista, bien merece que nos ocupemos de la presente unos momentos.

A las tres grandes partes en que se divide la obra, precede una introducción a la teología. Toda ella está dedicada a las cuestiones doctrinales e históricas, tal como suelen estudiarse ordinariamente en los comienzos de la teología fundamental. El autor se inclina por la distinción *esencial* entre la apologética y la teología dogmática (No sabemos por qué no incluye la moral). A la prueba alegada por el P. Garrigou fundada en la necesidad de un tratado teológico de la revelación, puesto que parte de sus elementos han sido revelados (2), contesta con las siguientes palabras: «*Id quidem verum est*;

(1) Institutiones theologiae fundamentalis. Vol. I. *De religione revelata*, cum prolegomenis in S. Theologiam por Emil Dorsch, S. J. XVI-829 pág., en 8.º, 16 marcos. Felician Rauch. Innsbruck. 1930.

(2) *De revelatione*, 3.ª edic. Pág. 22 y siguientes,

sed ut tamquam revelata ex munere theologiae admittantur, fundamentalis qua talis integre munere suo functa sit oportet; et quae circa haec objecta qua revelata versatur, jam non est theologia fundamentalis (Página 48, nota 1). No compartimos la opinión del P. Dorsch. A nuestro juicio, la no distinción *esencial* entre la apologética y la teología fluye de la misma naturaleza de esta última ciencia.

Signe a la introducción la *primera parte*, dedicada toda ella al estudio de la religión en general. Extensamente va exponiendo y refutando las diversas teorías heterodoxas acerca de la existencia, noción y origen de la religión; terminando con un amplio estudio sobre la naturaleza de la religión, sus propiedades y división.

Las doctrinas relativas a la *revelación en general* ocupan toda la *segunda parte*. Una de las cuestiones más importantes de esta sección es la formulada en la siguiente pregunta: ¿Puede demostrar la razón humana, por sí misma, *a priori*, la existencia de un orden de misterios estrictamente sobrenaturales? El P. Dorsch se inclina por la parte negativa, enunciando y probando la siguiente conclusión: «*Existencia talium mysteriorum positive a priori non demonstratur, multo minus eorundem repugnantia a priori ostendi poterit... Hoc autem sicut ab apologeta requiritur, ita etiam pro ipso plane sufficit*» (317-318). Nos parece que el autor está en lo cierto. Cree y con razón que los argumentos aducidos por los defensores de la sentencia contraria no conducen más que a probar la existencia de misterios *sensu latiore*, resultando insuficientes para la demostración de la existencia de misterios *estrictamente* dichos o del orden sobrenatural *tal como la Iglesia lo propone*.

La exposición y examen—amplios y certeros—de los motivos de credibilidad cierran esta segunda parte. Echamos de menos una explicación de la virtud y del acto de la fe. Serviría para que los estudiantes se diesen cuenta más cabal de la textura y del valor de algunos criterios falsos o insuficientes.

Al estudio de la *religión revelada* está destinada la *tercera parte*. Siguiendo un orden ascendente, estudia el autor la revelación primitiva, la mosaica y la cristiana. Hubiéramos preferido el orden inverso. Se esclarecerían así mucho más las cuestiones; y no resultaría ilógico aducir el testimonio de Jesús para probar la autenticidad y el valor histórico de los libros del Antiguo Testamento.

La exposición y examen de las teorías acerca del origen del cristianismo y del valor histórico de sus fuentes ocupan los dos primeros capítulos de esta tercera parte. En el tercero se aducen los argumentos probatorios de la mesianidad de Jesús. El autor ha creído conveniente en las presentes circunstancias dedicar algunas páginas a demostrar la existencia histórica de Jesús. Sobre el testimonio de Josefo acerca del Salvador, escribe estas palabras: «*Certum tamen est testimonium ex integro spurium non esse; neque probabile esse videtur ullam ipsius textus corruptionem sive interpolationem factam esse*» (603).

En algunas de las razones aducidas para probar la mesianidad de Jesús hubiéramos visto complacidos más precisión y más nervio en la argumentación. En la prueba de la Resurrección, por ejemplo, creemos que debía ha-

berse sacado mucho más partido del testimonio de S. Pablo; tanto más cuanto que dicho testimonio es *apologeticamente* el argumento histórico más decisivo en favor del hecho de la resurrección de Jesús.

Sabido es que una de las objeciones más comúnmente alegadas en contra de la realización de las profecías mesiánicas en Jesucristo se funda en el incumplimiento de las mismas en su sentido completo: material y espiritual. Para solucionar tal dificultad, hay que penetrar en el espíritu del Antiguo Testamento y hacer ver—con textos de los mismos profetas—que el elemento esencial, perdurable, de las profecías mesiánicas era el espiritual. El material no era más que una envoltura que iba disminuyendo a medida que progresaba la Revelación. En una obra amplia, como la presente, no estaría de más que no sólo se dijese, sino que se probasen tales verdades.

Concede el autor que la doctrina de Jesús sacia plenamente las más sublimes aspiraciones del hombre. No cree, sin embargo, que tal hecho proporcione una certeza moral del origen divino del cristianismo. «*Videtur igitur, escribe, haec impletio aspirationum plane supponere, ut ipsa religio secura fide admittatur, idque eo magis, quo mirabiliora sunt, quae promittuntur; et in genere sublimiores istae res quae sublimioribus occurrunt aspirationibus non praecise eo sunt verae, quia ejusmodi aspirationibus satisfaciunt; sed potius viceversa satisfacere non possunt, nisi vere probata erant*» (742).

Como conclusión de toda la obra, señala el autor el valor del argumento apologético, condensando su doctrina en las siguientes palabras: «*Licet argumentatio apologetica quoad factum revelationis non praebeat evidentiam, ipsum tamen certum reddit*».

La parte apologética de la Iglesia es excluida de esta obra, reservándola para el tratado *de Ecclesia*. Reputamos ilógica tal manera de proceder.

Obra meritísima la del P. Dorsch: Por el método, por la doctrina, por la claridad y por la extensión con que desarrolla la mayor parte de los temas estudiados.

Muy semejante a la obra anterior, por la distribución de sus partes y el contenido de las mismas, es el libro del P. Dieckmann, titulado: *De Revelatione Christiana* (1).

Está dividida la obra en dos partes: I. Naturaleza de la revelación. II. El hecho de la revelación. Precede a ambas una larga introducción acerca de la esencia y propiedades de la teología fundamental, donde se sostienen, en orden a las relaciones entre la apologética y la teología, las mismas opiniones que en la obra anterior.

Sigue a la introducción la *primera parte* dividida en dos capítulos. Van desfilando pausadamente por el primero las diversas nociones de religión. De la noción histórica deduce los siguientes importantes corolarios: a) *Nulla gens absque religione vel athea*; b) *Idea monotheistica atque cultus unius*

(1) *De Revelatione christiana*, por Hermanus Dieckmann, S. J. XXIV-694 páginas en 8.º 20 marc. Herder. Freiburg im Breisgau. 1930.

Dei tamquam Entis supremi sunt universalia et primitiva; c) Formae religiosae inferiores non sunt primitivae sed adventiciae testimonia depravationis ideae primitivae. El segundo capítulo de esta primera parte está, todo él, dedicado al estudio de la naturaleza, división, necesidad de la revelación y criterios de la misma. Tratando de si puede demostrarse de un modo positivo la posibilidad de los misterios sobrenaturales, el autor se limita a exponer las sentencias de diversos autores. En lo relativo al milagro, encontramos algo pobre la discernibilidad del mismo, y echamos de menos algunas doctrinas agitadas en estos últimos años sobre el valor probativo del milagro.

Uno de los defectos que más llaman la atención en esta primera parte, es la falta del método escolástico y el exceso de erudición. Contribuyen ambas imperfecciones a la oscuridad de las ideas, haciendo muy pesado el seguimiento del raciocinio. Bien está la erudición; mas no olvidemos que la ciencia no está en saber lo que dijeron nuestros antepasados o lo que piensan nuestros contemporáneos, sino en hallar la verdad.

En la segunda parte de la obra se estudia, bajo el punto de vista histórico, el hecho de la revelación: *Jesucristo legado divino*. No hemos encontrado manual alguno de apologética donde se estudien los problemas que entraña el título de esta sección de una manera tan erudita, tan amplia y a veces tan certera, como lo ha hecho en el suyo el P. Dieckmann. No faltará quien encuentre algunas explicaciones rodeadas de excesivo aparato exegetico. No cede en descrédito del autor. Por lo mismo que la Sagrada Escritura se emplea en las mencionadas cuestiones como argumento histórico, cuanto más limpia y depurada vaya la prueba, tanto más resplandecerá la verdad.

Omite el autor la exposición de los motivos internos a nosotros mismos, los intrínsecos a la Religión y la parte apologética de la Iglesia.

Libro útil el presente. Por su amplia erudición, sobre todo.

II

Cuestiones concernientes a la primera parte de la Apologética.

a) *Necesidad de la revelación.*

Dejando a un lado—sin renegar de ellos—los argumentos apologéticos tradicionales, atento especialmente a mostrar la postura irracional del pensamiento moderno frente a la religión de Jesús, ha escrito Carmelo Ottaviano un ensayo de apologética del catolicismo sumamente original (1).

No creemos interpretar torcidamente el pensamiento del autor, resumiendo el contenido apologético de la obra en las siguientes proposiciones:

a) Hay una cosa fuera de duda en el mundo: la existencia del dolor, de la imperfección en sus múltiples manifestaciones.

b) Un deseo íntimo de perfección plena agita sin cesar la naturaleza ente-

(1) *Metafísica del concreto*. Saggi di una apologetica del cattolicesimo, por Carmelo Ottaviano. 312 pág. 16 lir. Signorelli. Roma, 1929.

ra. La materia tiende a pasar de forma a forma, porque anhela superar la barrera del espacio y del tiempo, encontrarse fuera de la mutación, quiere espiritualizarse. El hombre tiende—por la necesidad íntima de su naturaleza—a formar plenamente su *yo*, a realizar plenamente en sí el universal.

c) Hay, pues, una necesidad imperiosa de eliminar el dolor, la imperfección; lo exige la naturaleza. Mas he aquí que ella es absolutamente incapaz de realizarlo. Existe por consiguiente en la misma naturaleza de la criatura, simultáneamente, un *deber ser* y un *no poder ser*. De ahí surge lo *trágico de la vida, la irracionalidad del real, la fuente del dolor*.

ch) Se da el real objetivo, luego es falso el idealismo absoluto; no existe en el mundo la naturaleza o ser estable de que nos habla el positivismo.

d) Existe una serie de individuos, de seres imperfectos. Es preciso cancelar la serie, lo exige la misma naturaleza de los individuos. Ahora bien, el individuo no puede hacerlo, luego existe necesariamente un Ente que trascienda la serie, que lleve en sí la plenitud de *ser*, acto puro, sin mezcla de potencialidad: *Dios*.

e) Teniendo en cuenta lo enunciado en las proposiciones *b* y *c*, únicamente una acción divina, penetrando íntimamente la realidad, puede ser la causa eficiente—no formal—que saque a la naturaleza del espacio y del tiempo, la divinice, la haga naturaleza plena, acabando así con lo *trágico de la vida*. Este elemento divino, efecto, creado, se da realmente; nos lo dice la Revelación. Es la *Gracia*, don gratuito de Dios.

f) Por consiguiente, el ser es plenamente ser, se posee totalmente a sí mismo, cuando es sobrenaturalizado. Y como su misma naturaleza exige, postula para su plena perfección el sobrenatural, puede decirse, hay que decir: «*se l'essere è, il soprannaturale è*» (245).

g) Para que todo esto se lleve a cabo, «*deve essere un Dio che sia uomo a dar l'uomo all'uomo, e un uomo che sia Dio a superare l'uomo*» (248). Es decir, la Encarnación es postulada por la misma naturaleza, como postula el sobrenatural, puesto que sin la Encarnación no hubiese podido saciarse plenamente el deseo que íntimamente agita a la naturaleza entera. Por lo mismo, aun cuando el hombre no hubiese pecado, el misterio de la Encarnación se hubiese llevado a cabo.

h) Valiéndose de los principios expuestos, y equiparando el πνεῦμα ἅγιον de que nos habla S. Pablo a la gracia, proclama, como supremo criterio de verdad, la fe, explicando a continuación la naturaleza de la libertad, sus relaciones con la presciencia, la predestinación y la gracia. No se da verdadera ciencia—conocimiento íntimo del ser—sin la fe.

i) Con estos mismos principios pretende justificar diversos dogmas de la Iglesia, como los de la Sma. Trinidad, la infalibilidad pontificia, la Inmaculada Concepción.

Tal es, a nuestro entender, el resumen que de la mencionada obra puede hacerse bajo el punto de vista apologético.

¿Qué juicio merecen las doctrinas indicadas? Francamente no encontramos diferencia real entre ellas y la contenida en las siguientes palabras de Blon del: «*Il est impossible que l'ordre surnaturel ne soit pas puisque l'ordre*

naturel tout entier le garantit en l'exigeant» (1). No deben, pues, olvidarse las siguientes palabras de la Encíclica Pascendi: «*Non desiderari e catholicis hominibus, qui, quamvis immanentiae doctrinam ut doctrinam rejiciunt, ea tamen pro apologesi utuntur; idque adeo incauti faciunt, ut in natura humana non capacitatem solum et convenientiam videantur admittere ad ordinem supernaturalem... sed germanam verique nominis exigentiam»* (2).

No quisiéramos equivocarnos. Parece que el autor sostiene sobre el punto fundamental de su ensayo dos tesis diversas, a nuestro juicio, imposibles de conciliar. Escribe «*Per il peccato la realtà tutta è caduta nell' indefinito, cioè, nella successione inesauribile degli individui e quindi nella morte, nel dolore, nell' ignoranza e nel vizio»* (221). Luego aquello de que trata de librarse la naturaleza—argüimos—mediante la gracia, mediante la Encarnación, no es algo esencialmente intrínseco a la naturaleza del ser; es adventicio, fruto del pecado. Este es el raciocinio que inmediatamente formamos. Se dirá que todo eso lo llevaba consigo la naturaleza; mas Dios, por una gracia especial, suprimió todas estas miserias en el estado de justicia original. Muy bien, conformes. Mas en ese caso ¿cómo puede afirmarse que la naturaleza postula la Encarnación? ¿La exigiría también en el estado de justicia original? El autor sostiene que sí; independientemente del pecado original, Dios se hubiese encarnado, libremente, para saciar los íntimos anhelos de divinización que existen en los seres. Mas de su doctrina se deduce también lo contrario. Si la Encarnación es postulada para arrancar a la criatura de lo *indefinido*, de la *sucesión inextinguible*, y esto es el fruto del pecado ¿cómo podía existir semejante anhelo cuando aún no había pecado?

Otras apreciaciones sobre algunas doctrinas expuestas en la obra caen fuera del campo apologético. Tales son, entre otras, las referentes a la *lógica deductiva*, donde no son raras las imprecisiones y las inexactitudes. El autor no pierde ocasión de armonizar, con más o menos éxito, a Sto. Tomás con Escoto, Molina y algunos de los principales filósofos modernos.

Como nota interesante para la historia de la filosofía, permítasenos indicar la filiación esencialmente agustiniana que el autor señala a las doctrinas de Escoto Erigena (3).

No es obra de un día el presente ensayo de apologética; se trata de un libro muy trabajado, muy pensado. Lo abstruso de muchas de sus cuestiones, el estilo vivo, animado, a veces un tanto paradójico, en que está escrita, obligan al lector a fijar intensamente la atención en su lectura. Los fines del autor al escribir el presente ensayo no han podido ser más nobles ni más cristianos.

(1). *L' Action*, pág. 462.

(2) Denz. 2.103

(3) «*Solo così questo pensatore, che i maggiori storici della filosofia hanno sempre considerato come una figura solitaria, è interpretato storicamente»* (59). Asín Palacios sospecha su filiación con el sufismo heterodoxo. Véase *Abenmasarra y su escuela*. Pág. 118. Madrid, 1914.

b) *Racionabilidad de la fe.*

Una de las características de la apologética es la *movilidad*; el tener que hacer frente a los numerosos ataques que, desde los diversos campos del saber humano, dirigen los incrédulos contra la doctrina revelada. Ello exige en el apoloquista trabajo árduo, constante, entendimiento despierto, vigilante, conocedor de los diversos matices que en el rodar de los tiempos va adquiriendo la mentalidad heterodoxa.

El Dr. Sureda Blanes, conocedor del movimiento científico moderno, ha publicado una obra defendiendo la fe cristiana de sus actuales adversarios (8).

En tres partes divide la obra. Estudia en la *primera* la fe teológica en sentido ortodoxo y en sentido modernista; se ocupa en la *segunda* de la valoración criteriológica de nuestra fe, y en la *tercera*—la más extensa de la obra—expone y refuta los sistemas filosóficos que se oponen a la aceptación de las creencias cristianas. Termina la obra con un copioso índice bibliográfico.

¿Impresión que causa su lectura? La encontramos expresada en estas palabras del autor: «Necesidades o exigencias económicas me han impedido dar a este tratado la amplitud que merecía. *He tenido que contentarme con exponer los puntos capitales sobre la fe cristiana y defenderla ligeramente contra los ataques de sus contradictores y falsos expositores modernos*» (239).

Aun con estas observaciones—confesadas noblemente por el Dr. Sureda—su libro puede ser muy útil a las personas creyentes ilustradas que no hayan cursado cumplidamente la filosofía escolástica, y a todos aquellos que sientan en su alma la inquietud y el tormento de la duda. Unos y otros descubrirán en él la importancia que merece el estudio de la fe católica y un guía firme y seguro en el camino hacia la Luz y la Verdad.

III

Cuestiones concernientes a la segunda parte de la Apologética.

a) *Jesús, Mesías.*

Fruto de una de serie de conferencias dadas hace años a los jóvenes de un círculo católico es el presente trabajo del sacerdote italiano Ettore Orlandi (2).

La obra carece en realidad de contextura apologética. El autor se dirige a católicos convencidos, hablando siempre el lenguaje de la fe. El argumento es, en síntesis, la exposición de la historia sagrada, desde la creación del mundo hasta la muerte del apóstol S. Juan. Todo ello—esperanzas y realidades—agrupado en torno a una figura central. Jesús.

(1) *Sobre la racionabilidad de nuestra creencia.* (De la fe cristiana y de sus adversarios). Por Francisco Sureda Blanes. Un vol. de 16 por 22 cm., de 284 págs. En rústica 7 ptas; en tela 9,50. Luis Gili. Librería católica internacional. Córcega, 415, Barcelona. 1930.

(2) *Il fatto della Rivelazione. Conferenze.* Por Ettore Orlandi. 2 vol. 457, 415 págs. 20 lir. Bologna. Istituto Salesiano. 1928.

Fuera de algunos reparos que pueden hacerse a varias afirmaciones de las primeras conferencias—Antiguo Testamento—hay que reconocer en la obra un valor positivo, en cuanto destinada a la vulgarización de las doctrinas sagradas. Aparece este valor en la sencillez y unión de la exposición; en el no escaso caudal de conocimientos geográficos e históricos empleado en el desarrollo de algunos pasajes evangélicos y especialmente en la descripción de los viajes apostólicos.

No hemos leído obra alguna acerca de Jesucristo que haya dejado en el ánimo un sentimiento tan hondo de amargura y de tristeza, como el libro de Ludwig, titulado: *El Hijo del Hombre* (1). Nada se ha omitido en él para desprestigiar y ridiculizar la augusta figura del Hijo de Dios.

Sirve de preámbulo un largo capítulo, donde se describe, en estilo florido, lleno de animación y de vida, las preocupaciones y las ansias que conmovían y agitaban el espíritu de los hijos de Israel.

En los cinco capítulos siguientes explana el autor sus ideas acerca de Jesús.

Los principios de la obra están en evidente contradicción con el verdadero método histórico. Nada de milagros, dice el autor, nada de orden sobrenatural. A lo sumo, si se admiten, ha de ser interpretándolos siempre bajo el punto de vista natural. Es decir, negando su realidad. Ahora bien ¿es propio del historiador, *en cuanto tal*, juzgar de la posibilidad o imposibilidad del milagro, del orden sobrenatural? No. Tal juicio pertenece al filósofo. El historiador debe aceptar los hechos como los documentos históricos—examinados a través de una crítica severa e imparcial—se los presentan. Esa es su labor. Salir de ella es invadir la esfera de otro campo intelectual, del campo filosófico. Por lo mismo, rechazar *a priori, como historiador*, la posibilidad del milagro, no deja de ser un abuso intolerable.

No existen libros de la antigüedad que hayan sufrido arremetidas tan despiadadas de la crítica histórica como los Evangelios. Y no obstante, han permanecido incólumes. Cuando se los rechaza, no es por motivos históricos, sino por causas filosóficas, por la negación *apriorística* del orden sobrenatural. Posición evidentemente antirracional y anticientífica. Tal es la de Ludwig.

Falta también el mencionado autor a la verdad, al rebajar el valor histórico de los Evangelios, fundado en que sólo nos presentan informaciones confusas y a veces contradictorias. Todo estudiante, medianamente versado en Introducción al nuevo Testamento, puede contestar satisfactoriamente a estos reparos. No es igual *distinto* que *confuso*. Los evangelistas no pretendían escribir una vida detallada de Jesús. Cada uno se formó su plan, y en conformidad con él, agrupaba en torno a la persona de Jesús, algunos hechos y doctrinas de su vida, más en armonía con el fin que intentaba conseguir. De ahí la distinción en las narraciones.

Tampoco se hallan en los Evangelios contradicciones capitales que amino-

(1) *El Hijo del Hombre*. Vida de Jesús, por Emil Ludwig. Trad. por Ricardo Bae-
na. 313 pág. 7 ptas. Biblioteca Nueva. Lista, 66. Madrid, 1930.

ren su valor histórico. Se encuentran, sí, accidentales, sin mengua alguna de la realidad de los hechos. Para cerciorarse de ello basta leerlos atentamente y reflexionar sobre lo que acontece en la narración de un mismo hecho por diferentes personas. Todas convienen en el elemento fundamental, discrepan en circunstancias accidentales. Esto acontece en los Evangelios.

Con tan anárquicos principios puede imaginarse el lector cómo saldrá la Vida de Jesús. Ni a cien leguas le cuadra el nombre de historia. Su mejor y más adecuado rótulo sería: *Caricatura o parodia de la vida de Jesús*.

Ausencia de crítica, predominio de la imaginación con grave perjuicio de la historia, principios falsos, adoptados sin examen como verdades inconcusas, interpretaciones pueriles, insinuaciones malévolas, omisión de textos de capital importancia, abuso del método psicológico. Tales son las ideas que al lector juicioso y de corazón recto sugiere la lectura del libro de Ludwig.

La contraprueba más eficaz, la antítesis más rotunda de la obra de Ludwig son las Conferencias del celebrado Jesuita Pinard de la Boullaye (1). Profundo conocedor del método histórico, lo aplica con todas las exigencias de la crítica contemporánea al estudio de la figura veneranda de Jesús.

Después de demostrar en 1929—utilizando los métodos científicos más severos—que Jesús es un personaje histórico, que se presentó como Enviado de Dios, como Hijo de Dios, y que como tal fué reconocido por la primera generación cristiana, probó el mencionado orador en 1930 que Jesucristo es verdaderamente el Mesías anunciado por los profetas.

Las dos primeras conferencias no alegan propiamente prueba alguna positiva en favor de la mesianidad de Jesús. Ambas están dedicadas a realzar su figura, señalando los elementos distintivos de su magisterio: autoridad, piedad, bondad; y la independencia de su mensaje salvador frente a las doctrinas redentoras de los *Cristos* paganos.

Las restantes nos llevan—por tres caminos diferentes—a probar de una manera terminante y positiva la realidad de la misión sobrenatural de Jesús. Su testimonio, refrendado por el perfecto equilibrio de su vida moral y por el grado heroico de sus virtudes, es suficiente para legitimar la fe en la divinidad de su misión. Tal es el fin de la tercera conferencia. El cumplimiento de las profecías mesiánicas en la persona de Jesús—cuarta conferencia—viene a reforzar poderosamente el argumento anterior. La Resurrección, la prueba más contundente y definitiva de la mesianidad de Jesús, dió pie al orador para dos jugosas conferencias—quinta y sexta—donde demuestra abundantemente el hecho histórico de la resurrección del Salvador.

La verdadera crítica—la exigente e imparcial—puede sentirse orgullosa de la obra del P. Pinard. Dentro del marco estrecho de una conferencia, tan poco propicio para el desarrollo del método histórico, coloca en apretadas síntesis las partes más salientes del problema llenándolo de luz, examina imparcialmente las principales objeciones, escalonando al fin las pruebas con lógi-

(1) *Jesus Messie*, por el R. P. Pinard de la Boullaye. Edición definitiva de las conferencias de Notre Dame de 1930, con referencias a los documentos citados y notas críticas. Un vol. en 8.º 12 franc. (Edic. Spes, 17, Rue Soufflot, Paris V.º)

ca y maestría insuperables. Contribuye a realzar el valor de las conferencias la claridad y sencillez que dominan en todas ellas. No es la oratoria del P. Pí-nard oratoria de aluvión, que resbala por la superficie sin penetrar en lo interior; es mansa y tranquila como la llovizna que empapa la tierra.

¿Reparos bajo el punto de vista histórico? No tenemos ninguno que oponer. Los que pudieran hacerse—sintetizar a veces demasiado los argumentos—son inherentes a esta clase de obras, y por lo mismo hay siempre que contar con ellos. Bajo el punto de vista doctrinal, únicamente diremos que en una de las notas restringe un poco el concepto tomista de la inspiración.

IV

Asuntos varios.

No corresponde plenamente el contenido al título del libro de Enrico Castelli (1). Se anuncia como un ensayo de filosofía de la religión, y es un ensayo reducidísimo y sobre muy pocos puntos. Una de las verdades que más hace resaltar es la necesidad imprescindible de buscar la fe con la vida plena: con la inteligencia y con la voluntad. Muy bien. Nunca debemos olvidar que el cristianismo es verdad y vida.

En la cuestión primera, crítica, rapidísimamente, en la apologética tradicional el confundir el libre albedrío con la libertad. Afirma que la cuestión relativa a la omnipotencia divina no se esclareció hasta el siglo XVII, con el racionalismo francés. Nos parece que el autor conoce muy poco la doctrina de Santo Tomás; al menos bien lo disimula. Hablando del milagro sostiene que el conocimiento del mismo implica *necesariamente* la gracia. Con este motivo crítica, pero muy *suavemente*, la tesis contraria.

La segunda sección tiene por objeto el estudio de las nociones de *fe, conocimiento, voluntad, certeza*. Hubiéramos visto complacidos más precisión y exactitud en las ideas. No es raro tropezar con frases como las siguientes: *Voluntad no es otra cosa que razón práctica* (86); *un juicio puede ser entendido y no asentido* (87); *creencia = opinión = conocimiento dudoso* (87).

La tercera y última sección está dedicada, parte al determinismo científico y a la crítica filosófica, parte a la noción de superstición y a la crítica de la superstición religiosa. Censura el autor, y con razón, el desechar los medios naturales ante las necesidades de la vida, esperándolo todo del orden sobrenatural. Desearíamos, sin embargo, en dicha crítica, más claridad en las ideas y más precisión teológica. No es cierto que las prácticas mágicas sean un elemento en las religiones *primitivas*. La ciencia etnológica contemporánea, distinguiendo certeramente entre pueblos primitivos y pueblos salvajes, es diametralmente opuesta a tal afirmación. Los elementos mágicos en las creencias suponen una corrupción de la religión primitiva.

Termina la obra con un apéndice sobre el problema teológico en Bernardino Varisco.

Almagro.

FR. ANTONIO TRANCHO, O. P.

(2) *Filosofía e Apologética*. Saggi critici di Filosofia della Religione, por Enrico Castelli, 191 págs. en 8.º 12 lir. Signorelli, Roma, 1929.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

No hemos dejado de reconocer y ponderar en la crónica anterior la relativa paz y facilidad con que el 14 de abril se verificó en España el cambio de régimen político o sea el tránsito de la Monarquía a la República. Lo hemos calificado de *juego*, más o menos peligroso, y no renunciábamos a conceptuarlo de esa manera. Un exceso de audacia un tanto disciplinada de parte de los republicanos, secundados por *la masa* flotante, más o menos *organizada*, y un exceso de miramientos, de imprevisión y de condescendencia compasiva hacia esa misma masa movilizada, por parte de los monárquicos, quizá al reconocer, tardía e inútilmente, el gran pecado, el imperdonable pecado (en él llevan la penitencia) de haberla abandonado en todos sentidos, espiritual, económica y políticamente, después de tantos años de reclamaciones justísimas y reiterados avisos de los publicistas y hombres de acción de la llamada derecha, fué lo que produjo el resonante acontecimiento.

Dentro y fuera de España se agotaron los ditirambos en loor de la *sensatez*, del alto y sereno *espíritu ciudadano* y de la *educación política* del *pueblo español*, de este pueblo español tan vilipendiado, más que por cierta prensa extranjera, por estos mismos españoles, «valientes de ahora», durante los buenos años de la Dictadura, gracias a la cual se adquirió un cierto espíritu o hábito de disciplina, una cierta madurez de pensamiento, sin lo cual, de haberse producido el año 23 el cambio de régimen hubiera sido fatalmente catastrófico, dada la agudización de aquellos tres grandes problemas cada uno de los cuales era mortal para España: la *guerra de Marruecos*, atizada por los soviets, el *separatismo* a todo trance, sin fórmulas intermedias y de transacción excogitadas durante estos años de medicinal tratamiento, y el *Sindicalismo* anarquista y terrorista que de Cataluña se iba corriendo por toda España, y que, por propia confesión reciente resultó pulverizado por la Dictadura sin violencias ni derramamiento de sangre, con sólo mantener el principio de autoridad y dar a las masas obreras, principalmente de Cataluña, el sustitutivo del *Sindicalismo Libre*, exclusivamente económico y ardientemente obrerista. Magnífico y adecuado cauce había abierto a las justas y sensatas aspiraciones del verdadero obrerismo el inolvidable ministro del Trabajo señor Aunós, mediante la *Organización Corporativa Nacional* (Comités Pa-

ritarios) en todas las manifestaciones de la vida del Trabajo, para cimentar una verdadera y honda estructuración económica y social, cuya culminación habría de ser un mejor ordenamiento de la Política a base de una serie de *autonomías naturales* radicadas en intereses técnicamente clasificados y equitativamente distribuidos; pero las *clases conservadoras*, ciegamente egoístas, y ciertos extremismos ideológicos de izquierdas y derechas cerraron furiosamente contra aquella fundamental reforma, y las masas obreras, que se iban aclimatando a la nueva y originalísima institución según iban percibiendo sus beneficios en la medida de su estricta aplicación, al sentirse, una vez más, defraudadas, ante la oposición y resistencias ya indicadas, se *desbordaron*, rompiendo todo vínculo moral y social, y conservando, a duras penas, un delgado lazo de disciplina societaria y política, que los propios dirigentes, cual abnegados o asalariados domadores de fieras, se ven negros para mantenerla, como no sea a fuerza de arrojarles *carnaza*. ¡Pobre pueblo, que a este estado ha venido a parar, siendo bueno en el fondo y asistiéndole también en el fondo toda la razón, como con frase austera y ungida de tierno amor compasivo, reconoce el Papa Pío XI en su reciente y maravillosa encíclica *Quadragesimo anno*!

Y en ese desbordamiento estamos, cada día más torrencial, sin saber lo que quedará a flote o en su sitio, en medio de este hirviente oleaje. ¿A qué leyes ignotas y misteriosas obedecen las inquietudes y tempestades del Océano? A la categoría de cosas, movidas por leyes físicas de una complejidad tenebrosa, parecen reducidas las colectividades humanas, una vez roto el principio de Autoridad y desvanecido o perturbado el principio interior de la conciencia religiosa y moral, como parece haber ocurrido con este pueblo español que cada siglo nos trae una desconcertante sorpresa, no absoluta para todos. Sigue en pie el *enigma español* de que nos hablaba con inquieta admiración el año pasado el ilustre publicista alemán doctor Froberger. ¿Es España un país tan religioso o el más religioso, como se ha dicho y ponderado tantas veces? ¿Qué religión es la suya, aún dentro del Catolicismo, que parece ser la única religión positiva de nuestro pueblo, o cómo la entiende? ¿Es que España ha padecido una especie de *saturación* religiosa o teológica, como la de ciertos educandos en ciertos colegios religiosos, que provoca como por ley física una reacción contraria de arreligiosismo? ¿Es que todavía no se ha acertado con el método adecuado de la pedagogía religiosa o no se han sabido alumbrar las inmensas virtualidades de nuestra religión para la vida, sobre todo para la vida pública, supuesto que ésta marcha totalmente divorciada de aquélla y renegando contra ella?

LOS INCENDIOS.

Decimos esto a propósito de *las jornadas incendiarias* del mes de Mayo. Al mes justo de verificarse las elecciones municipales y proclamarse la República, en las condiciones de relativa paz y de más o menos estudiado y tímido civismo que hemos reconocido y ensalzado, se produce en España el *fenómeno revolucionario* del incendio de iglesias y conventos, como consecuencia, al parecer, del choque habido el domingo día 10 entre republicanos y monárquicos, con motivo de celebrarse una asamblea de estos últimos elementos para apro-

bar el reglamento y elegir el Comité directivo central de la *Agrupación Monárquica Independiente*, patrocinada con mucho entusiasmo por el gran periódico *A B C*, que las turbas pretendieron asaltar después de cometer otros desmanes. Se alteró la paz pública, se incendió y se destruyó por segunda vez el quiosco de *El Debate*, y por la noche las turbas invadían las calles y plazas céntricas en plan tumultuario, dando gritos subversivos y enarbolando carteles en que se pedían más severas sanciones contra toda posibilidad de *reacción monárquica*, convertida ahora en *mito* justificativo de las mayores audacias y furiosos radicalismos, la *disolución de la Guardia civil* y de las *Ordenes religiosas*, la *expropiación a todo trance* y hasta la caída del Gobierno, por lo menos de algún ministro, volviendo a repetirse el ¡Maura, no! de hace unos cuantos años.

Pero, nadie podía suponer que al siguiente día, ¡los lunes fatales!, a plena luz y bajo un sol radiante, empezase el incendio *ordenado* y sistemático de iglesias y conventos, dando principio por la iglesia y residencia de la Flor, de los Padres Jesuitas y continuando toda la tarde en aquella infame y horrorosa tarea hasta reducir a pavesas, sólo en Madrid, *nueve* edificios religiosos, entre los cuales hemos de destacar, el magnífico *Instituto Católico de Artes e Industrias*, sin igual en España y, acaso, en el Extranjero, del que era alma y vida el benemérito y bondadoso P. Pérez del Pulgar, con el cual dialogábamos tantas veces, conviniendo los dos en la gran *Obra social y sindical* que podía llevarse a cabo con los 6.000 obreros mecánicos, distinguidos discípulos suyos, esparcidos por toda España y otro buen número de ingenieros allí formados, una vez vencidos *los obstáculos tradicionales*, cuya absurda existencia lamentábamos amargamente viendo venir la tormenta que, al fin, estalló, arrasando algo más que dichos *obstáculos* (Algún tiempo después le visité y le ví, casi entre escombros y paredes renegridas, examinar sus últimos discípulos. Ambos en traje de seglares, signo de los días trágicos, contemplábamos, fuertemente conmovidos, aquellas ruinas materiales y morales. Casi con lágrimas en los ojos me decía: *aquí tiene V. derruido en pocas horas todo mi trabajo de veinte años...* ¿Qué iba a decirle yo, mirando a Barcelona y otros sitios de España?)

Y ardieron aquellos nueve edificios religiosos por los cuatro costados, entre ellos el grandioso *Colegio de Maravillas* de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que daban enseñanza a 1.100 alumnos, de los cuales recibían enseñanza *gratuita* 500, el de las Mercedarias con 300 educandas, de las cuales la mitad eran gratuitas y el de Religiosas de Chamartín con 200 alumnas, librándose el de los Padres Jesuitas de la misma barriada por una casualidad, aunque sufriendo desperfectos; y todo *a ciencia y paciencia de la Autoridad*, entre la furia y la algazara de esa parte de pueblo que se convierte en chusma o populacho y ante la curiosidad indiferente, diríamos complaciente, de la inmensidad de público que contemplaba aquel espectáculo dantesco.

Como obedeciendo a la misma *consigna ultrarrevolucionaria*, según pudo comprobarse plenamente por sucesos posteriores, el mismo día 11 se verificaron incendios y conatos de asalto en casi todas las capitales de Andalucía y Levante, en Málaga, Sevilla, Cádiz, Córdoba Murcia y Alicante, continuando los días sucesivos en otros sitios, hasta que el Gobierno de la naci-

te República se fué dando cuenta de que, so pena de desaparecer él y toda la nación ante el empuje de los antiguos revolucionarios, sus aliados, *insatisfechos*, tenía que emplear *los mismos procedimientos* que la odiada Dictadura contra la cual hicieron la revolución, o sea, *declaración de estado de guerra, represiones sangrientas, encarcelamientos, destierros*, y si no *previa censura*, suspensión de periódicos y severas conminaciones a la Prensa. Con la particularidad absurda y criminal de que, al tener que reprimir y castigar a los malhechores, alentados unos por la cínica o hipócrita complacencia con que se consintieron los primeros incendios, sin el menor asomo de defensa, como si se tratase de una de tantas *expansiones republicanas*, y alentados otros por sus propios instintos de recientes excarcelados con motivo del advenimiento de la República, se hacía lo propio con personalidades del régimen monárquico, como él ex presidente, general Berenguer, los ex ministros Galo Ponte y Cornejo, Luca de Tena y otros, y se suspendía por tiempo indefinido la publicación de *ABC* y *El Debate*, sin más título justificativo de tales castigos que el arbitrario de considerarles elementos *provocadores* de los revoltosos, ya habitualmente y por sistema desmandados, con y sin pretexto de ninguna clase. Con cuyo sistema, que sigue en pie, personas e instituciones, las más pacíficas, están en todo momento expuestas a los furores de las turbas, y España bien lejos de aquel *estado de derecho* que invocaban a toda hora los *abogados, intelectuales y ateneístas* que trajeron la República.

En resumidas cuentas: las *jornadas incendiarias* de la segunda República redujeron a cenizas, en *Málaga*, 27 conventos e iglesias y el palacio episcopal; en *Alicante*, 16; en *Cádiz*, 3 conventos, entre ellos el de Santo Domingo; en *Sevilla*, la residencia de los Padres Jesuitas y una iglesia en que fueron destruidas obras de arte de Montañés y Zurbarán; en *Córdoba*, un convento y el Humilladero de la Catedral; en *Granada*, dos conventos; en *Almería*, un convento y el reformatorio; en *Sauilicar*, un convento; en *Algeciras*, tres iglesias; en *Arcos de la Frontera*, un convento; en *La Línea*, una iglesia; en *San Fernando*, un convento; en *Murcia*, dos conventos y una preciosa iamen de Salzillo, etc.

Seguramente que en todas las revoluciones y conmociones populares de la post-guerra, incluyendo a Rusia, no se dió explosión tan rápida, tan violenta y tan específicamente antirreligiosa de odios vengativos, si no contra las personas (salvo los incalificables atropellos contra el Cardenal Primado y los Obispos de Vitoria y Málaga), al menos contra las cosas y las instituciones religiosas, como esta que acaba de producirse en España y sigue latente y amenazadora; fué una generalización de aquella *semana trágica* de Barcelona de hace veinte años...

Ya pudimos observar, y lo consignamos en la crónica anterior, que aquellos gritos estentóreos e iracundos con que durante dos días mortales las turbas de Madrid (y poco más o menos las de otras capitales) celebraron el triunfo de la República, eran sintomáticos y denunciaban como una acumulación oceánica de odios y rencores vengativos, exudación de muchas generaciones, tal vez de siglos, que tanteaban el punto más flaco para abrir cráter y lanzar el torrente de lava incendiaria que, al fin, explotó. Si al primer rugido de la fiera no siguió el zarpazo y la dentellada, no lo atribuyamos en manera algu-

na, después del breve tiempo transcurrido, a un progreso extraordinario e insospechado de la revolución española sobre todas las anteriores; fué, a nuestro juicio, una cierta timidez, un elementalísimo pudor que se apoderó de la masa movilizada al verse triunfante con tanta facilidad, sin la menor resistencia. Pero, cuando ésta empezó a dibujarse en la forma pacífica y ciudadana de *reacción monárquica*, que dejamos apuntada, y cuando el pueblo, en su mentalidad y lógica simplistas, encontraba que todavía con la República *no había cogido el cielo con las manos*, acaso por los entorpecimientos residuales de la Monarquía, el furor iconoclasta ya no tuvo freno y el pueblo español revolucionario de ahora dió un salto atrás, no de uno sino de muchos siglos. Salió a la calle, se encontró numeroso, bastante bien organizado y se vió fuerte, y no volverá fácilmente de la calle sin haber recogido su botín correspondiente. Es el toro desmandado que sólo, acaso, a fuerza de *trapo rojo y sonajero*, manejados por manos hábiles, habrá de ser reducido o vilmente asesinado para que no atropelle y acornee a las gentes. Y trapos rojos y sonajeros de todos tamaños es lo que se ve hoy culminar en la política española de la República. Todo para mantener en vilo y atraerse a ese niño-fiera que es el pueblo español de hoy lanzado al palenque revolucionario.

Pero, ¿qué ha ocurrido con el pueblo español? ¿qué ha pasado en el fondo del alma española?

LOS BAJOS FONDOS REVOLUCIONARIOS.

En la tarde del fatídico 11 de mayo recorría yo en compañía de D. Ramiro de Maeztu, el insigne publicista y maestro de periodistas, los lugares de los incendios. Abriéndonos paso por entre la apiñada multitud, nos acercábamos a las inmensas piras para observar y contemplar el espectáculo y los espectadores, lamentabilísimo aquél, pero mucho más lamentable el que ofrecían éstos, mirando las llamas devoradoras con un aire de fría, de impasible, de casi alegre curiosidad, como si se tratase de vanos fuegos de artificio. Confieso que esto último es lo que más y peor me impresionó. Diríase que lo aprobaban. Ni una frase suelta de lamento o de protesta se recogía, al pasar, de labios de aquellas muchedumbres que parecía habían perdido toda sensibilidad o la habían invertido. ¿Es que allí, en la Gran Vía, como en Cuatro Caminos, como en Chamartín, no había ninguna alma buena y piadosa? ¿En dónde estaban? ¿qué hacían?

De completo acuerdo en que la misión y el papel del cristiano, del *católico*, es más bien que combatir y destruir, *edificar; volver bien por mal, amar a los enemigos, ahogar el mal en la superabundancia del bien*. Por eso, la Iglesia, el clero y los fieles cuando obran por motivos religiosos o en nombre de ellos en lo que ahora se llama *Acción Católica*, estarán siempre en una *simpática inferioridad* respecto a sus contrarios, porque éstos en la agresión y en el combate apelan a todas las armas, empezando por la, acaso, más terrible y demoledora que es la de la CALUMNIA Y LA BURLA, y por fin, la agresión violenta. Desde este punto de vista, la actitud de la Iglesia española, del clero y de los fieles ha sido y continúa siendo admirable por la mansedumbre, la *no resistencia al mal* y la predisposición al martirio o al aniquilamiento silencioso de que se dió abundante muestra, bien aprovechada

por cierto por cierta Prensa o por ciertos desdichados escritores para pegar a mansalva. Todo, antes que el menor episodio, el menor brote, la menor intervención o autorización para lo que pudiera llamarse *guerra santa*; eso, nunca. Pudo haber circunstancias históricas que las *impusieron*, que atropellaron por todo; pero sería mejor que esas circunstancias no hubieran existido, y, desde luego, debemos esforzarnos bravamente para que esas circunstancias no vuelvan y no empañen la pureza de nuestros ideales y la limpidez de nuestras gestas arriscadamente espirituales y siempre generosas.

No olvidemos que, precisamente en estos mismos días, y en Italia, se están escribiendo, a nuestro juicio, las últimas páginas de la multiseccular *guerra de las investiduras*, para delimitar con exquisitez suma los campos de las dos Potestades.

Pero, es indudable, por eso mismo, que la *acción del católico* o la *Acción Católica*, tal como se va precisando, en manera alguna debe entorpecer la *acción variadísima del ciudadano* que, fuera de lo expresamente preceptuado o prohibido por la ética y la espiritualidad cristianas, puede y debe desenvolverse de un modo libérrimo, como el buen *deportista* enfrente de sus contrincentes, y en condiciones de una gran superioridad *creadora*, ya que no *crítica y demoledora*, porque la religión cristiana es una *energía sobrenatural* y la conciencia que la profesa honda y sinceramente es un venero inagotable de invencibles y triunfadoras actividades.

¿Cómo éstas no aparecieron, ciudadanamente, por ninguna parte? ¿cómo se extinguieron o no se acertó a articularlas debidamente? ¿cómo todavía siguen involucrándose lastimosamente las cosas, comprometiendo a la Iglesia, a las personas y entidades religiosas, con *manifestaciones, defensas y lemas* que debieran tener un carácter y un aspecto puramente ciudadanos, hablando de *cruzados y cruzadas* (como en Méjico se inventó la fea palabra de *cristeros*) y haciendo salir a plaza en plan de batalla, la *asociación piadosa* tal, la *cofradía* cual o la *hermandad* del escapulario x? ¿Cuándo aprenderemos, Dios mío, a distinguir de tiempos y lugares, para concordar derechos?

A la luz siniestra de aquellas inmensas hogueras que iban iluminando la noche y venciendo los focos de luz eléctrica, a gran distancia, íbamos Maeztu y yo registrando y escudriñando las páginas de nuestra historia pasada y contemporánea para darnos explicación del fenómeno que, aun viéndolo, no acertábamos a creer fuese una realidad. ¿Cómo pudo suceder esto? ¿En dónde está el Catolicismo español? Estaba ahí todo; en esas iglesias que ardían, en esos conventos y colegios que se derrumbaban, en aquellas estátuas, en aquellos letreros... Todo perdido. En cambio, el Catolicismo no había tomado asiento en el *altar vivo* del alma y del corazón de las turbas incendiarias y de aquellas multitudes que contemplaban y aplaudían la escena o la miraban con indiferencia.

Ramiro de Maeztu insistía en que una de las causas principales de lo que estábamos viendo, como el más agudo episodio de otro estado de cosas más general, era el divorcio, la distanciaci3n existente entre el Catolicismo y los *intelectuales*, literatos, publicistas, catedráticos, etc. Se ignoran mutuamente, no se entienden. Las letras españolas, antes tan impregnadas de cristianismo medular, derivado de sus grandes teólogos, son hoy, desde hace muchos años,

de las menos religiosas del mundo. Hay más cristianismo literario en la protestante Inglaterra. De lo que llamamos izquierda, tal vez Unamuno sea de los pocos, casi el único, a quien preocupa el problema religioso y cristiano, a su manera. No teniendo estos intelectuales la debida estimación y comprensión del Catolicismo, sin duda por falta de *teólogos adecuados* que se acerquen a ellos con espíritu de *missioneros de altura*, ¿cómo van a ser las generaciones juveniles aleccionadas por ellos, desde la cátedra, el libro y el periódico, año tras año?

Por otra parte, los colegiales que enviamos a la Universidad o al mundo, en grandes cantidades, se conoce que no van bien preparados para la lucha. La religión que se aprende y practica en el Colegio, si no va precedida y acompañada de la del hogar, no cala lo suficiente en el hondón de los espíritus; se queda en las exterioridades fáciles, que hasta llegan a provocar el hastío, y, sobre todo, no se la da a conocer por contraste, por la *no religión*, por las doctrinas y sistemas y aberraciones de toda índole que ruedan por la calle, que al ser expuestas tal como son y tal como la discreción pedagógica aconseja, en vez de ocultarlas y silenciarlas totalmente, provocan la *reacción interior*, se aprecia entonces el valor y la razón de ser de la religión para la vida, y cuando salen a ésta en el furor de la juventud, ya no quedarán sorprendidos y deslumbrados, como ahora sucede, con algunos nombres, más o menos prestigiosos, con algunos principios, sistemas y doctrinas, y hasta con algunos escándalos. Muchos de nuestros colegiales, recalcaba Maeztu, hoy ya maduros y perfectos revolucionarios, salieron del Colegio sin saber, y con prohibición de saber, lo que es el *liberalismo* y el *socialismo* reales y vivos, sin traducciones ni caprichosos resúmenes, sin armas para alternar, para defenderse o atacar en torno a esos grandes temas de la vida pública. Los catedráticos y los estudiantes han hecho la revolución, no sólo de forma, sino de fondo.

Bien; la han preparado; pero nunca hubieran conseguido la victoria ellos solos, porque son una minoría, más o menos selecta. El mayor abandono fué el de *la clase obrera*, la más numerosa en todas partes. Esa, durante los años de la Dictadura, permaneció relativamente sumisa, porque había un poco de autoridad y se proporcionaba *pan y trabajo* en abundancia, que se empeñaron en calificar de ruinoso.

Eso es todo, y el resto, hasta las últimas *entelequias* políticas y sociales, no son sino variaciones y alambicamientos sobre el mismo tema. Ya decíamos en la crónica anterior que en el fondo de toda revolución no había sino un *rebasamiento* o sobrante de individuos en las profesiones, en los oficios, en todas las categorías sociales, que ya no encuentran acomodo posible dentro de su *normal* funcionamiento, y quieren *romper moldes* o hacer desalojar a los que ocuparon u ocupan un puesto, más o menos cerrado y pingüe, en las funciones retribuidas del Estado y de la administración pública, o en el complicado y duro engranaje de la economía nacional. A lo primero, a lo que se llama *Política*, se lanzan los profesionales, más o menos auténticos, de lo que se llaman *carreras o artes liberales*, abogados, médicos, periodistas, atereístas, militares despechados o ambiciosos, etc.; a lo segundo, a lo que prosáica y literalmente se llama *reparto*, y, más o menos científica o literariamente, se designa *Socialismo, Comunismo y Anarquismo*, se lanzan las muchedumbres

proletarias, los pobres, los mendigos, los que, hundidos en las tragedias de la miseria física y moral, descienden a lo más hondo de las capas sociales en donde se revuelven, como en una gusanera, los maleantes de toda laya, los *amovales*, los matones, los rateros, toda la inmensa población del prostíbulo, de la taberna, de la casa de juego y de los infinitos antros de diversión y perversión, en donde se incuban, para servir de anuncio comercial, no mal retribuido, toda la Prensa pornográfica, libelática y ultrarradical con que se sigue envenenando y sobreexcitando al pobre pueblo hambriento y, sobre todo, a la inexperta juventud.

Insisto en esto, que no es una novedad en estas páginas, porque esto es *el hecho fundamental*, el principio y punto de partida para una explicación racional y sincera de los acontecimientos históricos que estamos viviendo y relatando, y, lo que más importa, para una rectificación fecunda de ulteriores conductas.

El hambre, el HAMBRE y la necesidad del ¡vivir!, necesidad física y necesidad espiritual, es lo que, *originariamente*, produce el trastorno, casi traumático, de la naturaleza humana en las multitudes y la que, en sucesivas y onduladas complejidades, da lugar a la mayor parte de los errores y morbosas fantasías políticas y sociales. Me resisto a admitir lo que parece creencia general; *que, directamente, se forjen en los cerebros a que aludimos esos extravíos ideológicos de orden social y religioso*. La misma monotonía con que se repiten periódicamente a través de las edades y de los pueblos más apartados, parece confirmar nuestro aserto. Su base es demasiado material y fisiológica.

UNA PÁGINA DE TÁCITO.

En vez de acumular citas, siquiera muy someras, de revoluciones anteriores y posteriores a la venida de Jesucristo, que nos haría excesivamente prolijos, vamos a reproducir una página serena y fría, como una estatua griega del historiador Tácito, que, a distancia de nosotros de casi *diecinueve siglos*, describe el *incendio de Roma*, y, al propio tiempo que atestigua la existencia histórica de Jesucristo, todavía hoy negada por espíritus insinceros y sectarios, da cuenta de *la primera gran calumnia* lanzada contra los cristianos por su primer gran perseguidor, y apunta la que bien pudiera ser causa de aquel incendio como la de éste que estamos comentando: *el robo y el saqueo*, y, por contera, *la calumnia* sobre las víctimas inocentes. Como hoy.

•Al fin, dice Tácito (*Anales*, lib. XV), ignorando igualmente lo que habían de huir y lo que habían de buscar, henchían las calles y se echaban por aquellos campos. Algunos, perdidos todos sus bienes y hasta el triste sustento de cada día, y otros por el dolor que les causaba el no haber podido librar de aquel furor a sus caras prendas, se dejaban alcanzar de las hambrientas llamas voluntariamente. *Ninguno se atrevía a remediar el fuego, habiendo por todas partes muchos que, no sólo prohibían con amenazas el apagarle, pero arrojaban públicamente tizones y otras cosas encendidas sobre las casas, diciendo a voces que no hacían aquello sin orden, o que fuese ello así, o que lo hiciesen para poder robar con mayor libertad*. •Hechas estas diligencias humanas, se acudió a las divinas con deseo de aplacar la ira de los dioses y purgarse del pecado que había sido causa de tan gran desdicha. Viéronse sobre esto los

libros Sibilinos, por cuyo consejo se hicieron procesiones a Vulcano, a Ceres y a Proserpina, y las matronas aplacaron con sacrificios a Juno, primero en el Capitolio y después en el mar cercano a la ciudad, y sacando de él agua, rociaron el templo y el simulacro de la diosa: las mujeres casadas, tendidas por devoción en el suelo del templo, velaron toda la noche. Mas ni con socorros humanos, donativos y liberalidades del príncipe, ni con las diligencias que se hacían para aplacar la ira de los dioses era posible borrar *la infamia de la opinión que se tenía de que el incendio había sido voluntario*. Y así, Nerón, *para divertir esta voz y descargarse, dió por culpados de él, y comenzó a castigar con exquisitos géneros de tormentos a unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comunmente cristianos*. El autor de este nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido justiciado por orden de Poncio Pilato, procurador de la Judea: y aunque por entonces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez a reverdecer, no solamente en Judea, origen de este mal, pero también en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las demás partes. Fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después por indicios de aquéllos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberles convencido de *general aborrecimiento al género humano*. Añadióse a la justicia que se hizo de éstos, la burla y escarnio con que se les daba la muerte. A unos vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; a otros ponían en cruces; a otros echaban sobre grandes rimeros de leña, a quien, en faltando el día, pegaban fuego para que, ardiendo con ellos sirviesen de alumbrar en las tinieblas de la noche. Había Nerón diputado para este espectáculo sus huertos, y él celebraba las fiestas Circenses: y allí, en hábito de cochero, se mezclaba unas veces con el vulgo a mirar el regocijo, otras se ponía a guiar su coche, como acostumbraba. Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, *movían con todo eso a compasión y lástima grande, como personas a quien se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sino para satisfacer a la crueldad de uno solo*.

¿Qué diferencia hay entre esto y aquello?

La identidad de la forma en que precipitan estas convulsiones que revuelven todos los fondos sociales y derivan hacia la *agresión religiosa*, se ve en las palabras que añade Tácito a continuación:

•En tanto, para sacar dineros fué necesario saquear a Italia, arruinar las provincias y pueblos confederados, y las ciudades llamadas libres. *Entraron también los dioses en el número de esta presa, despojándose en Roma los templos y sacando de ellos todo el oro que por triunfos y por votos se había ofrecido y consagrado en todas las edades del pueblo romano por prosperidad o por miedo; y en Asia y en Acaya, no sólo se arrebatában de los templos los dones ofrecidos a los dioses, sino hasta sus mismas estatuas, habiendo enviado a estas provincias a un liberto de César llamado Acrato, y a Segundo Carinate; Acrato, hombre acomodado y pronto para cualquier maldad; y Carinate, docto en letras griegas, aunque sólo en la lengua, sin vestir el ánimo de las buenas artes a que endereza aquella doctrina*. Dijose que Séneca, por librarse de la INFAMIA Y CARGO QUE SE LE HACIA DE ESTE SACRILEGIO, pidió licencia para retirarse a una heredad suya bien apartada, y que negándose, fingiéndose enfermo de la gota, no salió más de su aposento. Otros han escrito que por orden de Nerón le preparó el veneno un liberto del mismo Séneca llamado Cleónico, y que le evitó por aviso del mismo liberto o por su propio temor, a causa de haber dado en hacer una vida sencillísima, no comiendo otra cosa que frutas silvestres,

ni bebiendo sino cuando le apretaba la sed, y agua de fuente a quien él mismo viese correr».

También los incalificables *incendios de la República española* (a los que pueden y deben agregarse los atropellos, las injusticias, los encarcelamientos contra toda ley, perpetrados posteriormente, no obstante el *no pasa nada* que ahora se repite desde el Gobierno, con menos motivo que antes del 14 de abril) tuvieron sus Sénecas, más o menos sinceramente arrepentidos de su propia obra.

A los dos días de consumarse los incendios de Madrid, el 13 de mayo, publicaba *El Sol* estas palabras del diputado electo por Barcelona y nombrado embajador en el Quirinal, contestando a esta pregunta: «*¿Considera usted la jornada de ayer (la de los incendios) ventajosa para la República o desventajosa?*» El viejo republicano de toda su vida exclama:

«Con todo el dolor de mi alma la considero desventajosa. En cierto modo, esa jornada se opone absolutamente a la magnífica expansión del 12 de abril.» «Ningún Gobierno, y menos un Gobierno de ideal, puede permitir que la iniciativa gubernamental esté en las calles. El mayor enemigo de la democracia es la demagogia. Y la demagogia acaba siempre por la improvisación de los caudillajes pretorianos, que son las mayores vergüenzas políticas, y que infortunadamente parecen vinculados a la raza ibérica.» «España fué el 14 de abril la admiración del mundo. El pueblo aclamó su propia libertad, obtenida por sí mismo. Pero entonces quedaba otra prueba superior: la capacidad nacional para esa soberanía. ¿Hemos de creer que el pueblo español experimentó entonces, no la infusión milagrosa de unas lenguas de fuego de Pentecostés; no la Pascua granada de la libertad, sino una embriaguez repentina y pasajera, y que ha venido después una grosera inhabilidad de advenedizos, *nuevos ricos del Poder?*»

Y así sucedió. Y es que la *libertad*, alimento angélico de los intelectuales, ya *situados*, mejor o peor, requiere una *cuestión previa* para las multitudes a las que soliviantan y de las que se valen para hacer las revoluciones; la cuestión previa de la *cultura y la despesa*, sobre todo esta última, que es para el pueblo hambriento la auténtica traducción de la palabra *libertad*. Cultura y despesa totalmente independientes, para su adquisición, de las *formas de gobierno*, y que más bien precisan de un régimen transitoriamente dictatorial que imponga profundas reformas de carácter social, como las iniciadas por el Gobierno de Primo de Rivera. Los hechos lo están diciendo a voz en grito, por encima de toda la *retórica jurídica*.

Otros tres intelectuales, el Dr. Marañón, Ortega Gasset y Pérez de Ayala, rasgando sus vestiduras, escribían en un *Manifiesto* publicado también en *El Sol* del día 14:

«Unas cuantas ciudades de la República han sido vandalizadas por pequeñas turbas de incendiarios. En Madrid, Málaga, Alicante y Granada humean los edificios donde vivían gentes que, es cierto, han causado durante centurias daños enormes (?) a la nación española, pero que hoy, precisamente hoy, cuando ya no tienen el Poder público en la mano, son por completo inocuas.» «Quemar, pues, conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien

un fetichismo primitivo o criminal que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas.»

Aquellas «pequeñas turbas» son hoy, a los tres meses de República, legión temerosa que se manifiesta en constantes huelgas generales y parciales que brotan por todas partes, en nuevos incendios aislados, en numerosos asaltos y atentados contra las personas y la propiedad, en *nuevos partidos ultrarradicales* que *conspiran* en pro de la *República Social* (Comunismo, Anarcosindicalismo), por considerar esta República meramente *política*, que no les interesa a las muchedumbres hambrientas, en la horrorosa *crisis de paro* que ya se podía prever, al cesar el grandioso *Plan de Obras Públicas y Reformas Sociales* de Guadalhorce, Aunós y Calvo Sotelo, hasta el punto de que el Gobierno se ve obligado (no tanto como debiera, por contradecirse con su ideología y sus antecedentes próximos) a proceder exactamente como la Dictadura de Primo de Rivera, con la sola diferencia a favor de esta última, de que ahora se producen numerosas víctimas y corre la sangre, mientras que entonces sólo había frenos de austera disciplina.

Y ¿qué *ultrarradicalismos* son esos? Los *biológicos*, los pasionales y detonantes, que impresionan a las muchedumbres, halagan sus instintos y sirven de pretexto para nuevas banderas y nuevos y ambiciosos caudillajes. Pedestales para subir, irisaciones de hambre o ambición propias o ajenas.

El mismo 12 de mayo, cuando la atmósfera de Madrid estaba caldeada por el calor de los incendios, nada menos que un catedrático de Salamanca, don Wenceslao Roces y algunos otros, presentaban al Ateneo, otra vez convertido en barricada, la siguiente proposición:

«Actuación del Gobierno como *dictadura* provisional hasta la total *extirpación de los focos monárquicos*; substanciación sumaria de las responsabilidades; detención de los responsables y *secuestro de sus bienes*; *confiscación del patrimonio de los emigrados*; revisión de la obra de la dictadura ante Tribunales populares; disolución de la guardia civil y de la de seguridad y creación de milicias republicanas armadas; *inmediata separación de la Iglesia y del Estado*; *confiscación de los bienes de las comunidades religiosas*; *enseñanza laica*; nacionalización de las grandes propiedades; *exención de impuestos a los campesinos obreros*, y aplazamiento de la convocatoria de Cortes.»

El radicalísimo ministro de la Guerra y presidente del Ateneo, Sr. Azaña, se vió obligado a frenar y hacer de conservador, en medio del asombro de los ateneístas, logrando que la proposición fuese rechazada por 226 votos contra 116, aprobándose otra en que subsistían estos *significativos* extremos:

«Que se proceda inmediatamente a la apertura de un proceso contra D. Alfonso de Borbón para juzgarle de los numerosos delitos comunes que cometió en los últimos años de su reinado. Que se imprima al departamento de Gobernación una tendencia más radical. *Que se separen de sus cargos oficiales a las personas procedentes del campo de la Dictadura o del de la Monarquía, por no ofrecer suficientes garantías de fidelidad a la República.*»

Poco después se organizaba el *Partido de Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista*, cuyo *Manifiesto* publicado en *Nosotros* (23 de mayo) propugnaba:

•La disolución del Ejército monárquico y la formación inmediata de un Ejército revolucionario; la transformación radical de la guardia civil en una guardia cívica; la exigencia, ante un tribunal del pueblo, de las responsabilidades de todos los políticos, generales, especuladores y funcionarios responsables de las dictaduras y de la opresión y negocios de la monarquía; la nacionalización de las tierras, de los monopolios y del Banco de España; el control del comercio exterior; *la separación de la Iglesia y el Estado y la expulsión de las órdenes religiosas y la confiscación de todos sus bienes*; el reconocimiento inmediato, sin más trámites, de la autonomía regional, apoyando a los Gobiernos revolucionarios de las regiones; la sindicación de los trabajadores de la ciudad y del campo y de los funcionarios del Estado, y la participación de los Sindicatos en el control de las industrias..., la escuela laica, gratuita y única, etc. ».

Afán de atraerse a las muchedumbres indoctas y desgraciadas, manejando ante ellas el sonajero mayor. Esta agrupación, que recogía en caótica amalgama los extremismos de todos los sectores políticos y sociales, sabido es que preparaba, bajo la jefatura del extraviado aviador Franco, alma de la revolución anterior (al que la primera Dictadura hubo de mantener muy a raya) otra revolución violenta en víspera de las elecciones, tal vez para impedir las, tal vez para implantar las ideas (?) de su consorte el infortunado Galán.

Por cierto que en reciente carta que éste, hoy accidentado aviador revolucionario, dirige con sus colegas al Presidente del Gobierno provisional, le endilga un argumento que no tiene vuelta de hoja: *si el complot revolucionario denunciado por el ministro de la Gobernación fué cierto ¿cómo no están en la cárcel todos sus dirigentes? Y si no lo fué, ¿cómo un ministro tiene el descaro de calumniar, y en vísperas de elecciones?*

Sin mencionar las ideas *antirreligiosas* del Socialismo, Comunismo y Anarquismo, hoy enteramente desatados, porque su común origen y punto de partida doctrinal es el *marxismo*, absolutamente materialista, bien se ve que, en el momento actual de España, la unanimidad es completa en casi todos los sectores predominantes en la vida pública respecto a *la vida religiosa tal como venía actuando de puertas afuera*, incluso en el *Proyecto de Constitución* que acaba de publicarse, del que hablaremos luego. Parece haberse llegado a la fórmula clásica del Socialismo, ideada en el Congreso de Erfurt, como transacción entre el crudo *antiteologismo* del Anarquismo y el sentimiento religioso a que no querían renunciar del todo muchos obreros e intelectuales afiliados a la *segunda Internacional* que entonces se reconstruía: *la religión es asunto privado*.

¿PROBLEMA RELIGIOSO O PROBLEMA ECONÓMICO?

Sin embargo de todo esto, sigo creyendo que, en el fondo, en la entraña de la masa popular y de sus aledaños, ahora en cierto desbordamiento *iconoclasta*, el problema sangrante no es el religioso, sino el económico. Estoy muy lejos de creer, y lo he afirmado antes de ahora muchas veces, que España sea tan *católica*, *la más católica*, como infantil y obstina-

damente se ha cantado, y que se halle en condiciones de sostener a todo trance (se ha declarado tan sólo que *puede sostenerse*) el principio de *la unidad católica*. ¡Ojalá fuera verdad tanta belleza! Estamos obligados, y más en estas horas críticas, a decir la verdad cruda, aunque no sea bella.

El pueblo español, como todos los pueblos (el *alma naturalmente cristiana*, que decía Tertuliano), póngase, si se quiere, como el que más, *esconde* un gran fondo de religiosidad católica; pero ese fondo, verdaderamente *escondido*, está como atrofiado, perturbado, enfermo, dormido... *esperando la mano de nieve*, que diría Becker, que venga a hacerlo revivir. Yo no diré, como afirma, trémulo, un ingeniero amigo mío, católico práctico y fervoroso, que España ha agotado su gran capital religioso de algunos siglos fecundos, de cuyas únicas reservas, sin acrecentamiento, viene viviendo desde hace muchos años. No se agota nunca el capital religioso, porque su fuente principal es la gracia, y el océano de que se nutre es la providencia. En cierto momento de su asombrosa actividad política y pensadora, y con gran escándalo, dijo Cánovas del Castillo que «España era uno de los países menos religiosos». Somos los españoles muy exagerados en todo. Pero, ya en las postrimerías del siglo XVIII, *antes de la era liberal*, aquella alma buena, culta como pocas y clarividente como ninguna de su época, que se llamó D. Melchor Gaspar de Jovellanos, dijo estas palabras:

«La religión la vemos reducida a meras exterioridades y muy pagados de nuestras Cofradías apenas tenemos idea de la caridad fraternal. Confesamos todos los meses y permanecemos en los vicios toda nuestra vida. Somos cristianos en el nombre y peores que los gentiles en nuestras costumbres. Tememos más el oscuro calabozo de la Inquisición que el tremendo juicio de Jesucristo. Las fiestas de los toros son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio, y los talleres de nuestras costumbres políticas. ¿Quién dejará de concebir ideas sublimes de nuestros nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos?»

Sin negar que, desde los tiempos paganos de Epicuro y Lucrecio hay en muchos hombres, en las multitudes abandonadas a sí mismas, una propensión degenerada a burlarse de Dios y hasta de los dioses, contra las protestas de mentalidades tan puras y elevadas como Platón y Cicerón, y que esa actitud anímica subsiste a través del tiempo, yo creo que en las *jornadas incendiarias y profanadoras* de nuestra segunda República, las turbas, no tanto se movían por un sincero, espontáneo y directo odio religioso o antirreligioso, cuanto por el *apoderamiento directo o indirecto de los bienes materiales* de que carecen, por el *robo y saqueo* como en los días de Tácito. Descontada la insensibilidad moral y piadosa por la que muchos, como hemos visto, daban por buen día el que les traía un saco de arroz, un jamón o una manta, aún a costa de ver arder el colegio en que gratuitamente se educaban los hijos o los hermanitos de los incendiarios, yo insisto en creer que el móvil profundo, acaso inconsciente, por una serie borrosa de argumentación simplista, era y es, el ansia de un mejor *bienestar económico*. Quien haya aspirado de cerca, ahora y antes, la atmósfera que se desprende del mundo del trabajo, en que se desarrollan a diario tantas tragedias, grandes y chicas, se dará perfecta cuenta de la gran cantidad de odios que, con las lágrimas, se van destilando y acumu-

lando contra todo lo que es o supone *riqueza ajena* o *defensa de ella*, bajo cualquier *signo* que se presente, sobre todo, si es *lujosa y llamativa*.

Para las muchedumbres de hoy, de área muy extensa, la gran objeción contra la Iglesia y sus derivados, la que tienen a flor de labio, es la *supuesta riqueza* de la misma y la de que es *amparadora y defensora de los ricos* y *exculpadora* o no suficientemente flajeladora de las injusticias económicas que comete, consciente o inconscientemente, la burguesía plutocrática.

Y se da la monstruosa paradoja de que, siendo las dos grandes necesidades insatisfechas del pueblo, el *pan* y la *cultura* (en toda su extensión, religiosa, moral e intelectual), el furor y la saña se dirigen, especialmente, contra las instituciones religiosas de *beneficencia y enseñanza*. ¿Por qué? Porque, en cuanto a las obras de beneficencia, entienden que lo que se les da como *limosna* (siempre escasa y eventual, hay que reconocerlo), se les debe de *justicia*, como retribución del *trabajo* que ejercen o están dispuestos a ejercer. Y van más allá, sospechan que los encargados de practicar la beneficencia o administrarla, *se quedan* con la mayor o mejor parte de lo que reciben o agencian con ese fin. Y en cuanto a las instituciones *docentes*, tienen *incrustado* el prejuicio de que son predominantemente *negocios industriales* de pingües ganancias, en los que se educa con predilección a los hijos de los *ricos*, cuyas conciencias se *deforman*, puesto que, luego, cuando son *patronos* cumplen tan mal sus deberes para con los *obreros* y los pobres. Si hurgáis un poco en cualquiera de éstos, aún los buenos y que van a misa, pero haciendo estas indagaciones vestidos de seglar para que no sospechen que sois eclesiásticos o vecinos suyos, hallaréis *unánimemente*, esta profunda, vibrante y torva psicología, y os explicaréis los sorprendentes fenómenos sociales y callejeros de estos meses, sobre todo en las grandes poblaciones, en que una Prensa, de hecho industrializada y mercantilizada, maneja a diario esos y otros parecidos argumentos, ya con empaque filosófico y magistral, ya con el gracejo y la ironía, haciendo efectiva aquella frase de Mariano de Cavia de que «todo el que hace reír tiene razón.»

Esta es la verdad escueta, la realidad desnuda de ciertos ropajes que, con gravísimo daño, mantienen la ficción y la mentira.

No olvidemos tampoco que, en torno a aquellas divinas palabras de los *Hechos* (cap. IV, 32-35): «Y la multitud de los creyentes tenía un sólo corazón y una sola alma: y ninguno de ellos decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes. Y con gran fortaleza daban los Apóstoles testimonio de la Resurrección de Jesucristo nuestro Señor; y había mucha gracia en todos ellos. Y no había ninguno necesitado entre ellos. Porque cuantos poseían campos o casas, las vendían, y tralan el precio de lo que vendían, y lo ponían a los pies de los Apóstoles. Y se repartía a cada uno según lo que había menester», en torno, digo a estas imborrables palabras, al mismo tiempo que crecieron sublimes y puras instituciones de perfecta y ejemplar *vida común*, germinaron en todos los siglos sectas extraviadas, como los *valdenses*, *albigenses*, *husitas*, *hermanos moravos*, *anabaptistas*, etc., que las deformaban, y aún hoy mismo, al lado del monstruoso y sanguinario Comunismo ruso, existe una secta de titulado *Comunismo cristiano*, bastante extendida por Holanda, Ale-

mania y Francia, poseída de cierto furor religioso, que pretende a toda costa conciliar el Comunismo con el Cristianismo en su empeño de que *no haya pobres*.

Y, en efecto, son legión los pobres que quisieran *asegurar el pan de cada día*, en su amplia y elevada significación, sin renunciar a su, más o menos difuso y vago, Cristianismo. Esto lo observamos en España, calando en su alma, áspera como sus cordilleras, rica como sus posibilidades económicas explotadas.

Dos ejemplos rigurosamente históricos y de sucesos de estos mismos días que estamos comentando.

Sorprendidos por el fuego y cercados por la muchedumbre enfurecida los religiosos de una Comunidad, se refugiaron en los sótanos de la casa y se disponían a morir puestos en oración. Estando los religiosos en esta actitud, entra en el recinto uno de los incendiarios, garrote en mano, seguido de otros varios, con aire de agresividad. Pero, al tropezar con aquel espectáculo, viendo a aquellos hombres de rodillas, con el crucifijo en la mano y elevando al cielo sus plegarias, el incendiario se detiene y grita a sus compañeros: *Alto; hay que respetar las ideas; están rezando. Y, santiguándose, añade: Yo también soy cristiano.*

Y aquel incendiario fué desde ese momento el custodio y salvador de aquellos religiosos que, sin él, hubieran perecido abrasados o asfixiados. (Un testigo ocular de aquel primer incendio de Gijón, del mes de diciembre, me decía que algunos de aquellos desgraciados que tomaron parte en el delito, *se descubrían y santiguaban* al entrar en la iglesia que estaban profanando).

La casa religiosa en que vive el que esto relata, fué custodiada la noche del 13 al 14 de mayo, por tres jóvenes de la *guardia cívica*; uno, soldado de aviación, y los otros dos, obreros afiliados a la *Casa del Pueblo*, de la que dijeron que aquella misma noche estaba también amenazada de asalto por los comunistas. Se mostraron entusiastas republicanos y hasta un si es o no es *comunista*, pero de un Comunismo que respetase las personas y *no atacase a la Religión*; alguno de ellos, mostraba la estampa de la Virgen de su pueblo. Y otro, con una brutalidad que me perdonarán los lectores, en gracia a la veracidad histórica y a su inapreciable significación, decía: *Yo soy amigo y entusiasta de X; por él he estado en la cárcel hasta que se proclamó la República; pero esto de que porque su compañera sea de todos, todas las mujeres hayan de ser suyas, como sucede en Rusia, eso, no. A mi novia y a mis hermanas quiero que las respete todo el mundo.*

Fué aquel el primer rayo de luz, luz de incipiente y profunda *reacción* en la propia entraña del pueblo y en los medios más revolucionarios, en aquellos días tan trágicos y oscuros; reacción que se manifestó serena y austera en algunas poblaciones de Castilla, como Valladolid, Palencia, Burgos, etc., y más clamorosa y eficiente en las venerables montañas del Norte, Pamplona, Bilbao, etc., en defensa de la religión y los religiosos.

También podemos agregar a éstos el reciente caso ocurrido con el doctor Vallina, agitador de los agrarios de Andalucía. Este médico comunista o sindicalista (¿será un *caso patológico* o un vulgar reclamo de *clientela*, el que tantos médicos—no digamos abogados—se metan a curanderos sociales y po-

líticos?) pronunciaba un discurso en Alájar (Huelva) en medio de enorme concurrencia. Mientras el orador abogaba por el *reparto de las tierras* y otras reivindicaciones obreras, el público aplaudía frenéticamente; pero cuando empezó a atacar al clero, a las órdenes religiosas e insultar a la Virgen, cuyo monumento allí levantado había que derruir, el pueblo cambió repentinamente de actitud, hasta el punto de apoderarse de él y sumergirlo en una alberca propinándole el consiguiente remojón. Y esto en Andalucía, que hierve en indignación de parados y hambrientos y en fuego de pasión *socializadora*.

No es menos sintomática la actitud últimamente adoptada por el ya viejo e indiscutido caudillo de los *republicanos radicales*, D. Alejandro Lerroux, actual ministro de Estado, y antiguo inspirador y promotor de las agitaciones de Barcelona, singularmente de la *Semana trágica* de 1909, por su dominio sobre las masas obreras de entonces y por proclamas del tenor de aquella que se publicó en *La Rebeldía* de 1 de Septiembre de 1906 que decía: «*Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para civilizar la especie, penetrad en los Registros de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para que el fuego purifique la infame organización social, entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios para que el mundo tiemble ante sus jueces dispuestos .. No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares... El pueblo es esclavo de la Iglesia, vive triste, ignorante, hambriento, resignado, cobarde, embrutecido por el dogma y encadenado por el temor del infierno. Hay que destruir la Iglesia...*»

Ni se ha dicho antes, ni se dice ahora, ni se podrá decir en adelante más de lo que encierra esa arenga, plena de rotundidad, en punto a *radicalismo destructor*.

Pues bien; el Sr. Lerroux, a los sesenta y seis años de su edad y, justamente a los treinta y tres del comienzo de sus actuaciones revolucionarias en Barcelona (1898), como el rey bárbaro de la Historia, «*quema lo que adoró, y, si no adora, respeta y quiere que se respete lo que quemó*». Así se ha expresado en sus últimos y ruidosos discursos, especialmente en el concurridísimo de Barcelona del 21 de Junio, en el cual, enfrentándose con el ambiente ultrarrepblicano y ultrarradical, cuyos signos venimos anotando, dijo:

«Si yo, como viejo, ya pertenezco a esa congregación de creyentes en una espiritualidad superior, no necesitados de intermediarios entre Dios y su propia conciencia, reconozco que hay muchos que los necesitan, y que al tratar de interpretar la Naturaleza, buscan a Dios y se lo explican por las religiones. De éstas, la que reúne mayor número de adeptos es la católica. En mi casa se rinde culto al derecho ajeno, y raras veces se pone en ella sobre el tapete un problema religioso. No necesitamos imágenes en las paredes que nos recuerden a Dios; nos basta recordar a nuestros padres, que vinieron creyentes y se fueron al cementerio civil.

«Yo pido respeto a todos, para los que no creen y para los que creemos dentro de la ley. Hoy existe un Concordato; mañana puede existir una separación entre la Iglesia y el Estado (Aplausos). Pero, igual hoy que mañana, como respetamos las sociedades comunistas, las de los sindicalistas y anarquistas y carlistas, respetemos también el derecho de las asociaciones del clero o de carácter religioso mientras vivan

dentro de la ley (Grandes protestas). He dicho, y no me habéis entendido, *mientras vivan dentro de la ley* (Gran ovación).

Recogemos estas palabras, con todos sus errores, como un dato, como un hecho objetivo que hay que tener en cuenta. Ellas, como todas las anteriores del mismo tono, demuestran en este instante que *hay un gran fondo religioso en nuestra nación*, más o menos alterado; pero en la superficie que bulle y actúa por todos los ámbitos del país, hay una *irreligiosidad de expresión*, de pensamiento académico y no académico y hasta de obra, tangible, que no es lícito desconocer para oponer pronto y eficaz remedio, que es más grave y extensa de lo que se supone, y que, bajo algún aspecto, se halla en razón directa de la mejor o peor situación económica de los pueblos, y hasta de los individuos en particular.

Sin embargo, en esta *puja*, un tanto infantil (1), de ultraradicalismos que

(1) Como dato anecdótico de esa *puerilidad* aguda y *universal* de los que, jugando, se han encaramado en el Poder, y, haciendo mohines y arrumacos, tan pronto quieren como no quieren gobernarnos, prefiriendo el ruido del hemiciclo y el escaño del diputado franco-tirador a las serias responsabilidades del banco azul, vamos a copiar las siguientes líneas de *El Socialista* del 10 de Julio:

«Don José Salmerón fué al Congreso a coger sitio, y se encontró con que todos los sitios de la izquierda estaban ya tomados. No le quedaba, pues, otro remedio que acomodarse a ocupar un escaño detrás del banco azul.

—Pero, ¿cómo?—Se ha dicho el señor Salmerón.—¿Yo, *radical socialista*, hombre de izquierda, me voy a sentar a la derecha? No puede ser. ¡Esto es intolerable! Y con el ánimo soliviantado se fué a protestar ante el oficial mayor del Congreso, señor Gamoneda.

La cosa es seria, añade con sorna *El Socialista*, y tiene *la mayor trascendencia revolucionaria*. El señor Salmerón ha afirmado, y lo ha hecho seriamente, que ellos, *los radicales socialistas, son izquierda del Socialismo*.

¿De veras? (dice *El Socialista*, enarbolando los puñitos) ¿Y en qué consiste ese *izquierdismo* radical socialista para ser izquierda del Socialismo? ¡Como no sea en el tono altisonante de las palabras, en el gesto fiero o en la caótica disciplina de su partido! Porque en las ideas no lo es. *En las ideas no existe ningún izquierdismo a nuestra izquierda, ni siquiera los comunistas*. Y no digamos nada de los sindicalistas, que son un apéndice del radicalismo republicano. Los radicales socialistas no dejan de ser *un partido burgués, defensor de la propiedad privada, mientras nosotros aspiramos a transformar esta forma de propiedad en colectiva*».

Sirva esta última declaración para aquellos inconscientes que consideran hoy el Socialismo como un elemento *conservador* en frente del Comunismo, pues en el fondo son una misma cosa. Una cosa es esto y otra es no temer demasiado que se encargue del Poder, porque, así, y si las fuerzas sociales *despiertan*, se encontrarían con la horma de su zapato.

Cuando escribimos estas líneas, 12 de julio, el *Congreso extraordinario del Partido Socialista*, reunido el día 10 para dictaminar sobre el delicadísimo problema planteado y diversamente resuelto en todos los partidos socialistas del mundo, y señalar las directrices a que han de ajustarse los diputados socialistas en las Constituyentes, acordó por unanimidad, «que continúen en el Gobierno los ministros socialistas» hasta terminar el periodo constituyente y los compromisos contraídos en el periodo revolucionario, al rechazar la proposición que decía: «Que habiendo dado a la República

amenazan pulverizar los ya numerosos partidos políticos y sociales de la República, como parejamente sucedió en la Monarquía, es sumamente interesante y relativamente tranquilizador observar que cuando estos líderes y estas turbas de ahora salen vociferando los tópicos que ya conocemos, el Sr. Le-

cuanto tenía que darle en el Gobierno de ésta, declara que en lo sucesivo *no participará en el Poder mientras éste no se nos otorgue de una manera íntegra*.

Y por 10.607 votos contra 8.362 (por donde se ve que la totalidad de las fuerzas del *Partido Socialista* son 18.969 afiliados, cifra insignificante, aunque duplicada en este último año, si bien cuenta con la *masa obrera*, más o menos flotante, de la *Unión General de Trabajadores*, con unos 300.000 sindicados, ahora en furiosa lucha y competencia con la *Confederación Nacional del Trabajo* (Sindicatos Unicos), que se atribuye la cifra, algo fantástica, de *medio millón de asociados*) se acordó que «sólo en casos extremos de peligro de la República o de *reacción derechista*» puede el Partido aceptar la *participación ministerial*, pudiendo resolver en cada caso la fracción parlamentaria con la Comisión ejecutiva del Partido.

Por cuestión de matices o por otros motivos recónditos dialogaron muy vivamente los señores Besteiro y Prieto, y de labios del primero se cayeron estas inquietantes y significativas palabras que expresan la situación crítica de la República y de las fuerzas que la trajeron, ante la *biológica* aparición de los *nuevos y más avanzados revolucionarios* que suscitan infinidad de huelgas. «Verdaderamente, dijo Besteiro, hay el peligro de una dictadura republicana, que sería muy temible, pero ya he dicho antes que nosotros en el Poder, a la larga, o nos dejamos arrastrar por los elementos que abusan de nuestra bondad (los del Sindicato Unico y los comunistas, utilizados también por ciertos elementos políticos *insatisfechos*), o *tendremos que tener mano dura y ser dictadores* (cómo queda ahora plenamente justificada la buena Dictadura de Primo de Rivera y la actuación de los Sindicatos Libres). Y yo temo más una *dictadura socialista que una dictadura burguesa. De la segunda nos defenderíamos; de la primera nos mataríamos unos a otros*».

¡Qué confesión tan preciosa!

Sin embargo, ante la perspectiva de un Gobierno Lerroux, que por concentrar en torno suyo diversos grupos que suman 130 diputados (contra unos 120 que cuentan los socialistas), parece el indicado según las costumbres parlamentarias, *El Socialista* (12 de julio) dice: «En la posición política de don Alejandro Lerroux no hemos encontrado materia sustancial suficiente para hacernos cambiar nuestros recientes juicios, *francamente adversos a la contingencia de un Gobierno Lerroux*. Su fundamental *actitud de conservador* no ha sido desmentida, así como tampoco su *oscura complicidad a que en España supervivan los nefastos privilegios eclesiásticos*». «Lerroux es el gran viejo zorro de la burguesía republicana. Decadente y en crisis su sentido político, en ruinas sus antañonas gallardías radicales, *en los inicios de una nueva conversión a la secta católica*, fácil es prever lo que sucederá».

Lo probable parece ser que, ante el peligro comunista y anarco sindicalista, el primero partidario de la *abolición de la propiedad* para entregarla al Estado por procedimiento dictatorial, y el segundo partidario de la *abolición de la propiedad*, pero no para entregarla al Estado, que debe desaparecer, sino a la *comunidad sindical* (comunismo libertario), y ante la vacilación e imprevención del socialismo, partidario también de la *abolición de la propiedad* para entregarla al Estado, pero evolutiva y parlamentariamente, todas las fuerzas más o menos conservadoras, que no comulgan en los idearios indicados marxistas, se concentren en torno al citado político o a otro que reúna parecidas condiciones de mando.

rroux, el ex emperador del Paralelo, se halla ya *de vuelta* y en plan de recoger una Autoridad que al cabo de tres meses de nuevo régimen anda ya por los suelos, como en los meses y años anteriores a la Dictadura, por virtud del inextinguible *germen revolucionario*, que, en puridad o *impuridad*, no es sino afán de ocupar el Gobierno o participar de él, sea como sea, desde luego sobre las espaldas del *pueblo* al que se le llama *soberano*.

DOS GRANDES RECTIFICACIONES.

Séalo o no lo sea, de derecho, *de hecho* el llamado *soberano* se ha hecho dueño de la calle y de la vida pública, y no soltará fácilmente esta presa. La *retirada* de la plebe romana al monte *Aventino* hacia el año 495 antes de Jesucristo, y quince después de establecida la República, que tan decisivamente influyó en la historia e instituciones de Roma, pues para restituirse a la ciudad y al trabajo exigió el establecimiento de los *tribunos* (defensores del pueblo), el *derecho* de convocar asambleas y hacer plebiscitos para juzgar a los patricios y poner *veto* a las disposiciones del Senado, tiene en España, a la hora de ahora, una repetición solemne, sólo que a la inversa, con la entrada tumultuaria, más o menos disciplinada, de la plebe moderna en la Ciudad, y con la *retirada o huida* de las clases poseedoras y directoras en su más amplio sentido.

Desde que se introdujo en los diversos países el Socialismo marxista, y aún mucho antes, en España desde hace más de medio siglo, se está perfeccionando el gran aparato de defensa y ataque de la clase trabajadora, que es la *Asociación obrera*, el *Sindicato profesional*. Después de muchos angustiosos y multiseculares anhelos, de muchos ensayos, de muchos tanteos, de tremendos y dolorosos fracasos, el *aeroplano* rompió a volar en grande, y hoy es dueño del espacio infinito para cercar el mundo. Es ya una conquista definitiva. Tal es la Organización obrera. Quien ignore este hecho o no le dé el valor y alcance que le corresponde, está totalmente incapacitado para comprender la vida moderna y para influir en ella con el noble objeto de perfeccionarla. Yo no diré que la obra esté terminada, ni mucho menos. Puede ser perfectísimo el instrumento, y torpe o criminal la mano que ha de dirigirlo. Y esto es lo que en estos momentos nos está ocurriendo. Lo prueba esa especie de *miedo instintivo* que repentinamente se ha apoderado de los *dirigentes socialistas* respecto a la *ocupación del Poder*, postulado supremo de sus aspiraciones programáticas, hasta el punto de que algunos de los Ministros socialistas desean abandonar el Gobierno, recusan la formación de un próximo Gabinete exclusivamente suyo y no ocultan su disgusto por haber logrado un exagerado número de diputados que no esperaban ni deseaban. Es que la *Utopía*, que antes circulaba solamente por las regiones cerebrales y los irisados espacios imaginativos, ahora se presenta en forma descarnada de *problemas vivos y urgentísimos* cuya solución no estaba prevista por Carlos Marx, ni contenida en las fáciles recetas que se despachaban en los mítines y asambleas de oposición. Queda aún mucho que hacer para los que sostenemos la doctrina y el criterio de ponderación que dista tanto del *Individualismo* liberal y anarquizante, como del *Socialismo* más o menos soviético.

Aquella reiterada, obsesionante, invitación del gran vidente León XIII, *Id*

al pueblo, tema de toda su vida, no se recogió debidamente ni por unos ni por otros. Con amarga dulzura lo reprocha y recuerda ahora Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*. Ir al pueblo no es traerlo de aquí para allí, atiborrarlo de palabras nuevas con conceptos inexistentes, vagos y contradictorios, o meterlo en instituciones con nombres nuevos y pomposos, pero que en nada apreciable y substancial cambian y mejoran su penosa existencia económica, así individual como *familiar*.

El Estado, en adelante (y sus espantosas crisis políticas proceden de no haberlo tenido antes en cuenta), ha de variar por completo su mezquino concepto de *bien común* con que jugaban impunemente los tratadistas, los académicos y los políticos de gabinete.

El *bien común* no es la red de ferrocarriles, de carreteras, de puertos y de otras obras públicas que puede utilizar *todo el mundo*, ni el ejército, ni la marina, ni la policía que están para defender a todos, ni siquiera el *Tesoro público*, que está para cubrir los servicios de la nación y garantizar su crédito, que puede beneficiar a todos los ciudadanos. Esto es algo, pero no es lo principal. El *bien común*, que debe procurar el Estado sin tregua ni descanso, de manera directa o indirecta (de aquí los sistemas), pero *eficiente*, es el *bienestar de todos y cada uno de los ciudadanos*, dando a cada uno de éstos, y más cuando tiene ya constituida una *familia*, un valor sagrado y casi infinito, y pensando que, de no hacerlo así, es como si en un espléndido abastecimiento de aguas en una ciudad, las atenciones fuesen todas para levantar los grandes depósitos, y quedasen las cañerías distribuidoras de todas las casas sin tender o tendidas de modo defectuoso que no corriese el agua o corriese sólo para algunos privilegiados. Abandonar a un solo ciudadano, a una sola familia en la miseria, en que tantos accidentes pueden sepultarla, sin una posibilidad de organización que inmediata y automáticamente le aporte lo necesario y decoroso para vivir y desenvolverse, esto es un *crimen social* que no lo tolera ya la conciencia contemporánea ni lo sufren los interesados. Porque esta serie incontable de abandonos por años y lustros y siglos, no se desvanece como lo insignificante inanimado, sino que se va acumulando y multiplicando por generaciones sucesivas hasta constituir una muchedumbre muy superior a la dominadora y un poder más fuerte que el que malcumplió con sus deberes primordiales de proporcionar y asegurar *el pan de cada día* como *derecho primordial* contra el cual no puede prevalecer *ningún otro derecho*.

Este es el postulado fundamental de las sociedades contemporáneas y a él hay que ceñirse, so pena de incesantes revoluciones.

Y el órgano inmediato de esta función proveedora del patrimonio económico individual y familiar, es el *Sindicato profesional* con sus derivados. El constituye o ha de constituir la célula del Estado moderno, así como el individuo o la familia son la célula de la Sociedad, que son cosas muy distintas.

Y serán vanos todos los intentos de disciplinar el momento, e inútiles y contraproducentes todos los conatos *restauradores*, bajo cualquier *forma política* que se procuren y con toda la *fuerza* que les acompañen, si no cuentan con estos elementos *sindicales*, así de obreros y empleados como de *patronos*. Estos últimos, totalmente desconcertados, aún parece que no se han dado cuen-

ta de lo que pasa, y son, a no dudarlo, la gran reserva de la sociedad. ¿Se darán por avisados?

Y análogo criterio ha de adoptar, está adoptando, la Iglesia Católica, columna y luminar inconvencible en este mundo que parece derrumbarse. A continuación de la luminosa y providencial encíclica del 15 de mayo *Quadragesimo anno*, que tanto despeja el camino a las *reivindicaciones económicas* del proletariado puesto en pie, viene la encíclica del 29 de junio, no menos oportuna y providencial, sobre la *Acción Católica*, con la que, para desvanecer los recelos (expresados en violentas e injustificadísimas agresiones de última hora) del *Estado fascista* que sospechaba intentos de orden político y social detrás de dicha *Acción Católica*, reitera el Papa que la misión *exclusiva* de ésta es «llevar a las almas, a todas las almas, todos los tesoros de verdad y de bien, doctrinales y prácticos que El (J. C.) había traído al mundo»; que esto «se extiende a lo eterno, a lo celestial, a lo sobrenatural», y que a los que se inscriben en la *Acción Católica* se les obliga a «abstenerse de toda actividad política».

Es decir, que la Iglesia, ahora y en adelante, no ha de contentarse, al modo del Estado de corte antiguo, con abrir los templos y tocar la campana y celebrar solemnes funciones a las que *todos pueden* concurrir; ha de preocuparse ahincadamente de que todos y *cada uno* concurre *de hecho*; ha de inquietarse ante el fenómeno ya antiguo y reiterado de que al sinnúmero de misas que se celebran los domingos *los hombres no asisten*; ha de hacerse efectivo el *empadronamiento parroquial* y ha de practicarse la parábola del *Buen Pastor*, que deja un momento las 99 ovejas para buscar la *centésima* que se ha extraviado; ha de cuidarse, más aún que de levantar grandes y suntuosos templos y exhibirse en magníficas procesiones y vistosas paradas y pomposas oficialidades, en llevar el templo de la *cultura religiosa* y de la verdadera piedad ejemplar, fecunda en *manifestaciones de buenas obras*, que nadie nos ha de impedir, a los espíritus, a los corazones de todos y cada uno de los hombres allí en donde estén y como se pueda ir. No nos asustemos ni acobardemos si, renunciando de grado o por fuerza, a toda actividad exterior religioso-ciudadana, tenemos que *volver a unas ciertas Catacumbas*. ¡Qué fecundas en santos y en espiritualidad fueron aquellas primeras, antes de levantarse sobre ellas la mole gigantesca del Vaticano!

No olvidemos que la Religión es el *fundamento de la vida*, y los cimientos mientras son más profundos y *menos visibles* dan más solidez al edificio.

Y no nos alarmemos y lamentemos demasiado si nos prohíben toda otra enseñanza solemne y estrepitosa que no sea la de la Religión y Moral cristianas en toda su amplitud; que buena falta hace. Hay que empezar de nuevo, como si hasta ahora se hubiese hecho muy poca cosa.

LAS ELECCIONES.

Por si cupiera alguna duda acerca del total cambio experimentado en la vida pública española y del absoluto dominio que adquirió sobre ella la multitud *organizada*, bastaría fijarse en el resultado de las elecciones generales para *Cortes Constituyentes* celebradas el 28 de junio. Han de convencerse nuestros lectores de que esta revolución española es o va a ser la más profunda, en todos los

órdenes, que ha experimentado nuestra historia, y, acaso, la más avanzada de Europa después de la de Rusia. No nos hagamos ilusiones; no creamos que éste es uno de tantos *cambios políticos*, sin trascendencia, que se arregla con otro cambio y con *unos cuantos decididos*; tampoco es para echarse a temblar, como protestaba ya en su tiempo Balmes contra los que se asustaban demasiado del *liberalismo*; distingamos las minucias, los juegos de los hombres, de las cosas más fundamentales que se remueven y son las que señalan y producen los grandes progresos y variaciones de la Historia.

No faltaban quienes esperaban de estas elecciones generales alguna *reacción monárquica*, después de los tres meses escasos de experiencia republicana; a ese último *plebiscito* parecía apelar D. Alfonso XIII en el documento que dirigió al país al abandonar la corona.

No es que creamos en la verdad, en la sinceridad y en la justicia de este *sufragio universal inorgánico o caótico* en que se cifra toda la esencia del régimen que llaman democrático. La gran masa de la nación, los *cinco o seis millones* de electores que tiene el censo, ha dado pruebas ahora y antes de una gran *versatilidad*, equivalente a la *indiferencia*, en materia de formas y personalidades políticas; versatilidad procedente de una gran falta de *cultura ciudadana y organización profesional y corporativa*, y que, precisamente por eso, es un encanto para todos los *agitadores* de pasiones colectivas.

Publicada la *nueva ley electoral* para las Constituyentes el 4 de junio, en la que, entre otras modificaciones, se introducen la rebaja de la edad del elector a los veintitrés años, la elegibilidad de los sacerdotes y de las mujeres, y la elección por listas y en grandes circunscripciones provinciales, esta última disposición impide o dificulta enormemente la *compra de votos* con que había llegado ya a envilecerse el sufragio antes de la Dictadura. Quedó con esto, en gran parte, descuajado el antiguo *caciquismo*, más o menos plutocrático y monárquico, y en su lugar quedó entronizado el *caciquismo* de la *palabra sofisticada* y sin pudor, y el *castillete* de la agrupación socialista y el sindicato de la *Unión General de Trabajadores*.

Porque, el resultado apreciable de las elecciones no ha sido más que ese; *el triunfo rotundo de las organizaciones socialistas*, pasando sus diputados de *ocho o diez* en las últimas Cortes, a unos 130 (aún no tenemos datos definitivos de la clasificación de los 470 diputados de la Asamblea), constituyendo a no dudarlo el grupo más numeroso de entre los *veinte* restantes partidos que tienen representación en las Constituyentes, algunas de esas representaciones verdaderamente insignificantes. Esto mismo empujará fatalmente a los grupos afines a formar concentraciones, y tendremos copiada exactamente, como hace mucho hemos anunciado, la política parlamentaria francesa, incluso con idénticas denominaciones en los partidos principales: *Partido Socialista, Radical-Socialista* y *Radical*, con algunos grupos de *Derecha* y los específicamente defensores de los *Estatutos de Autonomía: catalanes, vascos, gallegos, etc., etc.*

Los títulos indican los idearios y sus gradaciones y los problemas agudos y culminantes en que está fijada la atención; el problema central es el económico-social. Todo lo que no sea abolir enteramente la *propiedad privada*, como propugnan del Socialismo para allá (Comunismo, Anarquismo), todo lo

demás, las reformas en ese sentido serán *radicales* hasta rozarse con aquel sistema. El Comunismo que presentó candidatos por varias provincias y peleó solo y contra todas las restantes fuerzas, aunque no sacó triunfante ningún diputado, llegó a obtener, según su órgano oficial, *Mundo Obrero* (4 de julio), 70.000 votos, y nos dice que cuenta con 6.000 afiliados cotizantes al Partido (cifra parecida a la que tenía el Partido Socialista hace bien pocos años).

En el *Manifiesto* que publica en el número del 10 de julio dice:

«La burguesía española, aliada a los grandes propietarios campesinos, al alto clero, a la nobleza y a los jefes del Ejército, ha procedido a la celebración de elecciones para diputados a las Cortes Constituyentes. La convocatoria de estas Cortes está inspirada en el propósito de contener el desarrollo de la revolución democrático-burguesa, de estabilizar el régimen actual y de dotarse de un nuevo instrumento de lucha contra las masas obreras y campesinas. Las capas actualmente directoras de la burguesía no llevan ninguna lucha seria contra los restos del feudalismo, contra los latifundios, contra la Iglesia, contra los monárquicos y sus fuerzas armadas; por el contrario, estas capas llevan conjuntamente con los jefes de la social-democracia y los líderes anarcosindicalistas una lucha contra los obreros y campesinos y los pueblos oprimidos de Cataluña, Vasconia y Galicia, para impedir el desenvolvimiento posterior de la revolución democrático-burguesa. Tal es la significación contrarrevolucionaria de la candidatura del bloque republicano-socialista».

Y añade: «La expropiación de los grandes terratenientes, la disolución de las órdenes religiosas, la confiscación de sus bienes, el desarme y disolución de la guardia civil, de seguridad y de la policía, etc., son su programa mínimo».

El triunfo del Socialismo, tanto como el fruto de una labor constante de *organización* de cincuenta años, es el resultado de un *abandono* de las fuerzas y elementos que están en posesión de *la verdad social*, pero muy lejos de su práctica y de la dinamicidad ponderada para haber hecho una *Organización análoga* a la que hoy es dueña de los destinos de España.

Aún hoy, después de las lecciones recibidas, en los temarios de las propagandas orales y escritas, no aparece al lado de la Religión, la Familia, la Patria, el Orden, el Trabajo y la Propiedad, el tema concreto y fundamentalísimo del *Sindicato profesional*, base imprescindible de toda actuación social y aún política. Esperamos una pronta y radical enmienda, prescindiendo de tópicos y modalidades ya naufragados.

El ejemplo maravilloso del país *vasco-navarro* en donde la práctica del *sufragio universal*, con todos sus defectos, ha sido respaldada por una red de Sindicatos profesionales y agrarios (Sindicatos Libres) que se ha mantenido firme en medio del vendaval revolucionario, y que, en torno a ellos y a los principios de *autonomía* y *Religión*, logró lo que nunca se había conseguido, la *unión de todos los católicos* y el triunfo de las mayorías, es un buen punto de partida para lo que debemos defender y reconquistar, cuidando muy mucho de no perder tiempo y gastar energías en balde aspirando a cosas circunstancialmente *imposibles*. Téngase muy en cuenta aquella sapientísima condición que Santo Tomás señala a las *leyes positivas* para que sean *buenas*: que sean *posibles*.

Y las *posibilidades* están hoy circunscritas en las fuerzas parlamentarias

constituyentes y en el *guión* que nos traza, como culminación del pensamiento público, mejor o peor condensado y expresado.

EL PROYECTO CONSTITUCIONAL. La prensa del 7 de julio dió a conocer el texto definitivo del *Anteproyecto de Constitución* elaborado por la *Comisión jurídica asesora*, nombrada por el Gobierno al efecto y presidida por el Sr. Ossorio y Gallardo. Días antes, sin duda para sondear la opinión, se había publicado el texto de la Subcomisión, que habría de corregir en definitiva el Pleno, como así lo hizo, y, a nuestro juicio, en sentido peyorativo. Es sumamente instructiva la comparación de ambos textos.

En general, no fué del todo mal recibido. La crítica más dura y destemplada salió de los *autonomistas catalanes*, por no afirmarse o declararse que España es una *República federal* (el texto dice que «España es una República democrática»), y los socialistas, porque no llega a la *socialización* que ellos defienden. Las derechas creyentes han censurado el absoluto *laicismo* del Estado.

La sorpresa mayor y más desconcertante la dió el Gobierno, al inhibirse de emitir su correspondiente dictamen sobre la misma, por no hallarse avenencia posible entre los Ministros. Lo que demuestra que, ni antes de la Revolución, ni en ella, ni después de ella, había en sus dirigentes una preparación seria, un pensamiento concreto y un anhelo positivo y sincero de salvar la Patria, al percibir sus verdaderos y objetivos dolores y recoger sus entrañables deseos. Prueba hasta la evidencia más desconsoladora que, ahora, como tantas otras veces, sólo hubo una *coincidencia negativa*, destructora de lo pasado, y algo muy *subjetivo...*, muy a la ventolera y al albur de la calle, en los insurgentes, con todos nuestros respetos.

Aquí, en este proceso de la elaboración constitucional, como en las enmiendas que propone el *sector socialista*, se observa este fenómeno, que el pensamiento o la norma al ser formulados en la serenidad de las pequeñas *selecciones*, desbordan sus contornos y se hacen más radicales al aproximarse a reuniones más numerosas y de mayor resonancia como vamos a ver. Nos interesa destacar en el proyecto constitucional lo relativo a la *cuestión religiosa*, la *enseñanza* y la *cuestión social*. Otros puntos los dejamos para crónicas sucesivas.

Respecto a la cuestión religiosa el anteproyecto dice:

«No existe religión de Estado. La Iglesia católica será considerada como Corporación de Derecho público. El mismo carácter podrán tener las demás confesiones religiosas cuando lo soliciten y, por su constitución y el número de sus miembros ofrezcan garantías de subsistencia» (Art. 3.º). «La libertad de conciencia y el derecho de profesar y practicar libremente cualquier religión, quedan garantizados en el territorio español, salvo el respeto debido a las exigencias de la moral pública. Todas las confesiones religiosas podrán ejercer sus cultos, privada y públicamente, sin más limitaciones que las impuestas por el orden público. Nadie podrá ser compelido a declarar oficialmente sus creencias religiosas, a no ser por motivos estadísticos. La condición religiosa no constituirá circunstancia modificativa de la personalidad civil, excepto lo dispuesto en el art. 54, apartado c, de esta Constitución.» (Art. 12).

Dentro de la tabla de los *derechos individuales* y al hablar del de asociación, el anteproyecto de la subcomisión decía:

«El Estado garantiza el derecho de asociación para fines religiosos. Las Asociaciones religiosas ordenarán autónomicamente su régimen interno, dentro de las leyes del Estado.» (Art. 22).

Todo esto ha sido suprimido en la redacción definitiva, quedando el artículo correspondiente en los siguientes términos, de una arbitraria elasticidad:

«Los españoles podrán asociarse libremente. Los fines de las asociaciones y los medios de atenderlos no podrán ser contrarios a las leyes. La libertad sindical queda reconocida» (Art. 23).

Aunque equiparada a cualquier otra secta religiosa, y sin ninguno de esos tan cacareados privilegios y apoyos (merced a los cuales decían y dicen nuestros adversarios que subsistía históricamente la Iglesia), ésta queda reconocida como una Corporación de Derecho público, al abrigo, pues, de toda persecución directa. No así las Ordenes religiosas, consideradas en buen derecho como instituciones similares y complementarias de aquélla, las cuales constitucionalmente quedan en el aire, a merced de cualquier disposición adjetiva o de la saña y antojo de cualquier agrupación política o capricho popular, como estamos palpando.

De no poder trasplantarse con todas sus características a otras tierras en que no se corran estos o semejantes peligros, y en vez de entregarse a un pesimismo paralizador o a un *mesianismo* fantástico, ¿no habrá llegado el momento de *empezar como de nuevo*, como hicieron los propios fundadores, de apretar filas en torno a la Iglesia jerarquizada y reconocida, de unificar más y más ambos cleros y a las corporaciones entre sí, adaptándose más y más a *una realidad superior* a nuestra voluntad, y de la que, al parecer, tan alejados, tan distanciados vivíamos en una mütua y desdichadísima incomprensión e insolaridad? El tema es de gran importancia y vitalidad, y lo brindo a la superior comprensión de muchos de nuestros lectores, sin perjuicio de que volvamos sobre él, porque, desgraciadamente no perderá actualidad.

Veamos ahora el caso típico de la posición socialista, muy preponderante en la Asamblea constituyente, respecto a la cuestión religiosa. La ponencia de la Comisión ejecutiva y del Comité Nacional del Partido Socialista decía estas relativamente moderadas palabras:

«6.ª Afirmar la independencia confesional del Estado, la libertad de todos los cultos y la imprescindible necesidad de que en el plazo más breve posible los fieles sostengan económicamente sus respectivas iglesias».

Ni una palabra más. Pues bien, la Ponencia nombrada por el Congreso extraordinario a que ya hemos hecho referencia, para dictaminar sobre la anterior, añade la siguiente coletilla:

«Sometimiento de las comunidades y órdenes religiosas al derecho político, civil del Estado».

Y en el curso de la discusión fué propuesto y aprobado el cambio de estas últimas palabras, por estas otras:

«Separación de la Iglesia y del Estado bajo normas restringidas y de control de éste sobre aquélla. Disolución de las órdenes religiosas y confiscación de todos sus bienes».

Respecto a *la enseñanza*, misión principalísima de la Iglesia y de sus instituciones cooperadoras, dice el proyecto de Constitución:

«El servicio de la cultura nacional es atribución esencial del Estado. La enseñanza primaria es gratuita y obligatoria. *El escolar tiene derecho a la enseñanza religiosa, pero el maestro no puede ser obligado a prestarla contra su conciencia.* (El anteproyecto de la Subcomisión decía: *El Estado se obliga a proporcionar enseñanza religiosa, que será voluntaria para los alumnos*)».

«La República legislará en el sentido de facilitar el acceso de todas las clases a las enseñanzas superiores, a fin de que no se halle condicionado más que por la actitud y la vocación. La libertad de la cátedra queda reconocida y garantizada en la Constitución.» (Art. 31).

«Al Estado corresponde exclusivamente expedir los títulos profesionales y establecer los requisitos para obtenerlos. Una ley de Instrucción pública determinará la edad escolar para los distintos grados, la duración de los períodos de escolaridad y el contenido mínimo de los planes de enseñanza».

«*Todo español podrá fundar y sostener establecimientos de enseñanza con arreglo a las leyes.* El personal docente de estos establecimientos deberá reunir las aptitudes que las leyes determinan» (Art. 32).

Esta inhibición del Estado en punto a enseñanza religiosa, que queda íntegra a la iniciativa privada, contribuirá a que *las familias* se preocupen más de la formación religiosa y moral de sus hijos y a que la Iglesia, en comunión más íntima con las que sean verdaderamente cristianas, despliegue con más celo, intensidad y métodos bien estudiados toda su divina actividad docente, más circunscrita a la inmensa materia religiosa y moral, y será la ocasión de restaurar y hacer revivir las grandes escuelas catedralicias, conventuales y parroquiales, de tan glorioso abolengo medioeval. ¡Qué confortadoras perspectivas!

Y si se logra esa tan anhelada elevación de *la cultura general* humanística, es indudable que, dado lo divino e incoercible de las *vocaciones religiosas*, los futuros alumnos y candidatos eclesiásticos, aunque en edad más proveya, han de facilitar extraordinariamente la parte económico-administrativa del clero, produciéndose, acaso, una más perfecta selección de inteligencias y caracteres. Dios siempre ha sacado más grandes bienes de los males que permite producirse en el mundo, ya como castigo, ya como estímulo para nuevos progresos.

En cuanto al *problema social*, el proyecto constitucional marca indudables avances y vence obstáculos que parecían infranqueables por la iniciativa privada, dada la resistencia, tantas veces lamentada y censurada de las clases excesivamente conservadoras que se ven ahora forzadas a *aceptar por la violencia* de tantas huelgas y atentados contra las propiedades y personas (ejem-

plaridad funesta y disolvente que están purgando), lo que *de grado e institucionalmente* proponíamos y hubiera sido doblemente beneficioso.

El sentido social de la propiedad o su *función social*, tantas veces invocada y propuesto, incluso por las encíclicas de los Papas, queda firmemente afirmado.

«El Estado protege el derecho de *propiedad individual y colectiva*. El contenido, los límites y la extensión de este derecho serán fijados por las leyes atendiendo a su función social. *No se impondrá la pena de confiscación de bienes*. La propiedad de toda clase de bienes podrá ser transformada jurídicamente mediante expropiación forzosa por causa de utilidad social, que la ley definirá, determinando asimismo la forma de indemnización. Con iguales requisitos la propiedad podrá ser *socializada*. (Artículo 28).

«El trabajo, en sus *diversas formas*, es un deber social y gozará de la especial protección de las leyes.» (Art. 29).

A continuación se promete toda la escala de *seguros sociales* para los diversos riesgos de los trabajadores, aspiración unánime de todos los hombres sociales.

LA ACCIÓN NACIONAL.

En medio de la ruina en que han caído tantas cosas, tantas instituciones, tantas agrupaciones y partidos, muchos de ellos artificiosos, como hemos denunciado, de lo que podemos ya calificar de *viejo régimen* en su más amplio sentido (no obstante el funesto empeño suicida de querer restaurar lo anterior a 1923), es consolador verse levantar con aires de juventud y de suave y creador optimismo la nueva organización de *Acción Nacional*, flor y culminación limpiísima de todas las fuerzas, tantas veces aludidas y ensalzadas aquí, que se han ido aglutinando en torno a *El Debate*, el gran diario, y más especialmente, en torno a su admirado y heroico, al par que humilde y paciente creador, D. Angel Herrera, y a la pléyade de jóvenes de gran valía que se han venido formando en los *Círculos de Estudio* y en su *Escuela de periodistas* y propagandistas.

¿Qué importa que en esta primera actuación suya, en período de confusión y de inmotivado pánico fugitivo de quienes estaban más obligados a cooperar a su *propia defensa* (casi inmerecida), no haya obtenido el número de diputados a las Constituyentes que se presentaron en tan buen plan de organización y de propaganda tan coaccionada por la furia revolucionaria y ultrarrevolucionaria?

La votación de Madrid, aún *abstenida* tanta cantidad de gentes, todavía no disciplinadas, fué consoladora y alentadora para próximas y, ahora, continuadas contiendas, si la masa conservadora despierta y no se hace digna de que sea desplazada y aniquilada totalmente. Faltó aquí lo que en todas partes: *la gran masa obrera*, en todas partes *la mayoría*; la cual sólo se organiza, se disciplina y se enardece por el *Sindicato profesional*, no de nombre sino de eficacia reivindicadora. Ahora se convencerá *El Debate* y toda su buena gente de aquel vacío enorme que veníamos lamentando desde hace tantos años y que con amargas contrariedades procurábamos llenar o estimular para que

se llenase cumplidamente. A medida que *El Debate* y sus elementos vayan abandonando ciertos *resabios*, verá cómo *Acción Nacional* se incrementa, constituida en *Central* de complejtsimas actividades paralelas, sin confundirse con la *Acción Católica*, toda religiosa y espiritual, como recalca el Papa y centenares de veces hemos advertido.

¿*Partido político*, que se cierre y constriña, como toda agrupación de esta índole, a determinadas *formas de Estado o de Gobierno*, a determinadas banderías y personalismos? Nunca. Así se dará la mano con aquella *aurea tradición política*, desgraciadamente atropellada, que se inicia e interrumpe en Balmes, se restaura al calor de las elevadas doctrinas de Sto. Tomás en el Padre Ceferino y D. Alejandro Pidal y Mon, en los últimos meses del Gobierno que siguió a la primera República, con el gran diario dirigido por este último *La España Católica*, cuyo primer número apareció el 6 de julio de 1874, para volver a ser sepultada entre el polvo de las desdichadas discusiones *político-religiosas* entre los diversos *partidos católicos* de triste recordación.

En ese primer número del inolvidable periódico va al frente una *carta* del Padre Ceferino González dirigida al Sr. Pidal, de la que entresacamos (y sirvan de homenaje al centenario de su nacimiento, que se celebra este año) unos párrafos que, por desgracia, no han perdido actualidad, aunque algo hemos progresado.

«Casi creo excusado decirle, escribe el P. Ceferino, que merece todas mis simpatías el pensamiento de una publicación dedicada exclusivamente a la defensa y propagación de la verdad católica, *con abstracción de toda política de partido, de toda política puramente humana e interesada*. Y digo esto, porque supongo que tendrá cabida en su periódico la política considerada en el terreno superior, y, por decirlo así, *impersonal* de la ciencia y de la religión, la política filosófico cristiana». «Creo también que *La España Católica*... viene a llenar en parte un gran vacío, viene a satisfacer una gran necesidad de la Religión católica en nuestra patria; *la necesidad de agrupar las fuerzas dispersas del Catolicismo bajo el punto de vista intelectual*. A solas unas veces, y en el seno de la amistad otras, he deplorado con frecuencia *la dispersión y fraccionamiento* de las fuerzas vivas que representan el movimiento intelectual de España, y la falta de una publicación que sirviera de centro común a esas fuerzas para la defensa de la Religión en todos los terrenos.

«A juzgar por su artículo programa, cuyas principales ideas Vd. me indica, *La España Católica* viene a llenar en parte este gran vacío y a satisfacer esta necesidad imperiosa; y digo *en parte*, porque en mi opinión no es tanto un periódico diario, como una buena revista, la publicación llamada a satisfacer esta gran necesidad».

Dios quiera que *Acción Nacional* y *El Debate* se atengan a esas altas y acertadas directrices que propugnaba el ilustre cardenal filósofo para la vida pública de España, y que, de haberse seguido a tiempo, no nos hubieran traído los acontecimientos a este estado tan lamentable bajo algunos conceptos. Y en cuanto a esa revista de elevada y general cultura, de amplio criterio, adaptada a las necesidades espirituales y mentales de hoy, sépase que es el gran anhelo del ilustre pensador y publicista D. Ramiro de Maeztu.

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, Julio de 1931.

ESTADOS UNIDOS

LA ENCÍCLICA DEL PAPA.—En su viaje de vuelta de los Estados Unidos a Europa el Maestro General de los Dominicos se encontró con un ministro protestante, el cual le dijo que si los católicos americanos observan fielmente las enseñanzas de su Religión, la Iglesia católica es la única que puede libertar a América de sus propios abusos y aberraciones. El ministro protestante se refería especialmente a la falta de educación religiosa y a la inmoralidad de costumbres reflejada en los divorcios, matrimonios mixtos, esterilización de los inhábiles, limitación de la natalidad o suicidio de la raza. Todos estos abusos y aberraciones recibieron el golpe de gracia recientemente cuando el Romano Pontífice publicó la Encíclica sobre el matrimonio cristiano. Es cosa del dominio público que en los Estados Unidos existen más divorcios y matrimonios mixtos que en ninguna otra nación del mundo, a excepción, claro está, de Rusia; y su número va en auge cada año. Son muchos los abogados y defensores del maltusianismo, del suicidio de la raza y del matrimonio de compañía. En varios Estados se han votado leyes autorizando la esterilización de aquellos individuos que por razón de su estado físico o mental se juzguen incapaces de procrear hijos física y moralmente hábiles para ganarse la vida. Varios comités de la «American Eugenics Society» se han declarado últimamente en favor de hacer obligatoria dicha esterilización, limitar la familia por medios prohibidos y de hacer más fácil el conseguir divorcios: lo que movió al Rev. Dr. John A. Ryan, Profesor de Teología Moral en la Universidad Católica de Washington, y Director del Departamento de la «National Catholic Welfare Conference», y miembro también de la «American Eugenics Society», a presentar su renuncia al secretario de dicha sociedad, y a no tomar parte alguna en sus resoluciones, protestando de este modo contra las citadas proposiciones que él considera abominables desde el punto de vista religioso, moral y social. Conducta que fué imitada por otro de los directores, Dr. Ray Lyman Wilbur, Ministro de Gobernación.

La Encíclica del Papa no podía haber venido en tiempo más a propósito, y en general, fué bien recibida por el elemento no católico. Un ministro protestante de Georgia, gran enemigo del Papado, y un tiempo corifeo del Ku Klux Klan, confesó que si el mundo había de volver a los ideales de la continencia, de la sujeción de las pasiones y del respeto al contrato matrimonial, el camino está maravillosamente señalado en dicha Encíclica.

SUICIDIO DEL PROTESTANTISMO. A raíz de la publicación de ese documento pontificio, y para quitarle parte del prestigio e influencia que iba adquiriendo, el Consejo Federal de las Iglesias de Cristo en América (The Federal Concil of the Churches of Christ in America), publicó una resolución infame, que algunos han llamado «el suicidio del Protestantismo», en el que se aprueba la limitación de la natalidad o el suicidio de la raza usando cautamente de preventivos. Dice entre otras cosas el informe protestante: «La posición señalada a la mujer en la Encíclica, que es la de obe-

diente sumisión de la esposa al esposo, como cabeza de la casa, es aborrecible al mundo occidental, y de una manera especial al mundo entero. La Encíclica trata de suavizar la posición, pero no lo hace con éxito. La casa del porvenir, podemos estar seguros, será cada vez más un compañerismo, una cooperación entre iguales. Por difícil que sea la consecución de tal unión, ella es justa, y abre nuevas posibilidades de una vida doméstica, estable y feliz. La sumisión de la esposa, que la Encíclica manda, viene del pasado, y es una prolongada sombra de la obscura realidad de aquellas formas de esclavitud que un tiempo fueron universales. El Vaticano se verá forzado al fin a contar con esta tendencia de la civilización y a reconocerla como fresca revelación del designio divino... «La inflexible posición tomada en la Encíclica contra la prevención de la generación, sean cuales fueren las circunstancias, fuera de la abstención, es evidentemente extrema y aún peligrosa». Y a renglón seguido, pasa a defender el uso de preventivos contra la generación en ciertas circunstancias, legalizando el onanismo conyugal. Todos éstos son aquellos que consideran un pecado horroroso el uso moderado de licores, cuyo uso está autorizado en la Biblia, y por otra parte no tienen empacho en aprobar un vicio expresamente reprobado en la Biblia y abiertamente opuesto a la santidad del matrimonio. «En teoría, dice la Revista Católica, mucha Biblia y sola la Biblia. En la práctica el solo juicio, la propia conciencia, aunque esté a merced de las pasiones, las tendencias del mundo, etc., antes que la Biblia. Así obran los racionalistas». El Consejo Federal de las Iglesias de Cristo en América, que representa 27 sectas con unos 22 millones de adeptos, nombró una comisión para estudiar el matrimonio y el hogar. De los 28 miembros, 22 se declararon por el cauto uso de preventivos contra la natalidad; sólo tres votaron en contra, y otros tres no votaron. Los luteranos protestaron contra las resoluciones de tan inícuo informe, las cuales son hábilmente combatidas por los católicos por medio de la prensa y desde el púlpito. Ultimamente se ha organizado en la Universidad católica de Fordham, Nueva York, una sociedad de médicos católicos, los cuales unánimemente condenaron el uso de preventivos contra la natalidad, como opuesto a los dictámenes de la medicina y las leyes de moralidad.

EL DIVORCIO.

«Cáncer espiritual de la nación» se puede muy bien llamar al divorcio, que cada año disuelve más de 200.000 hogares, y amenaza gangrenar la vida espiritual del país. En 1927, hubo 179.000 divorcios; y esa cifra se aumentó considerablemente durante los tres últimos años, debido a que las causas o motivos para pedir divorcio se han multiplicado considerablemente. Los abogados se hacen ricos, reportando una ganancia anual de más de cien millones de dólares que salen de los bolsillos de los malcontentos casados. Parece existir verdadera competencia entre los diferentes Estados de la Nación con relación al número de divorcios y al lucro que de ellos reportan. Reno, la capital de Nevada, es considerada la capital nacional del divocio. Recientemente el Estado de Nevada votó una ley exigiendo solamente noventa días de residencia para hacer aplicación del divorcio. Durante un año hubo un aumento de 2.000 divorcios, los que reportaron una ganancia de dos a tres millones de dólares. Arkansas e

Idaho, inspirados por el ejemplo de Nevada, adoptaron resoluciones equivalentes a las de Nevada; y éste respondió a sus rivales reduciendo el tiempo de residencia a seis semanas y modificando ciertas leyes, para hacer los divorcios más fáciles. No se sabe qué harán Arkansas e Idaho para colocar a Hot Springs y Boise a la par de Reno. Probablemente reducirán el tiempo de residencia a cuatro semanas.

Algunos, como la «Free Press» de Detroit, se expresan en estos términos: ¿«Llegaremos a ver divorcios concedidos por correo? Aun sin eso los divorcios en los Estados Unidos ya son más numerosos que los de otra cualquier Nación del mundo, excepto la Rusia Soviética». Y el «Evening News» de Albany comenta, que «si los otros Estados de la Unión entran en la competencia, habrá radios que anunciarán las ventajas y facilidades en los diversos Estados para conseguir el divorcio». Es digno de notarse que el número de divorcios es mucho menor en aquellos Estados en que predomina el catolicismo. Texas, Estado anticatólico y eminente protestante, como Nevada y Arkansas, tiene una proporción de un divorcio por seis matrimonios. ¿Dónde se ha de buscar el remedio para poner coto a este cáncer espiritual de la Nación? Solamente en la Iglesia Católica y sus divinas enseñanzas. Ya en 1912 escribía Taft: «El aumento de divorcios en este país refleja las leyes del mismo. No debemos permitir que el lazo matrimonial sea disuelto. Debemos tener una ley uniforme y general sobre esta materia que fortalezca y haga sagrado el lazo matrimonial». Con la diversidad y divergencia de leyes en los varios Estados, se dan miles de casos en los que un hombre puede tener una esposa legítima en un Estado y otra igualmente legítima en otro. Esto está bien ilustrado en el caso de los Haddocks, que se casaron en Nueva York. Al poco tiempo el marido abandonó a la mujer, y fué a residir a Connecticut, donde obtuvo el divorcio; y después se casó con otra mujer.

En un proceso formado por su primera mujer en Nueva York, la Corte de esta ciudad declaró que el divorcio conseguido en Connecticut era inválido y nulo por falta de jurisdicción, y por consiguiente, que la mujer de Nueva York era aún su legítima esposa.

Se llevó el caso a la Corte Suprema, la que dió una decisión en conformidad con la Corte de Nueva York. De esta manera, Haddock tenía una esposa legítima en Nueva York, mientras que en Connecticut no era ella su esposa legal, sino otra mujer. Si la pareja va a Nueva York, se les considera viviendo en adulterio; y si su esposa de Nueva York fuera a Connecticut a vivir con su esposo, éste sería acusado de bigamia.

LA ENSEÑANZA Y LA RELIGIÓN. Otro de los males de que sufre este país es la enseñanza completamente atea que se da a la juventud en las escuelas públicas; enseñanza que es la causa del aumento diario de la criminalidad tan grotesca que hace de este país el país por antonomasia del crimen. Hay más de ochenta millones que no tienen religión ninguna y cuyo único Dios es el omnipotente dólar. Muchos afiliados a las sectas protestantes están tocados de racionalismo y materialismo, sin excluir a los mismos ministros. Según un cuestionario mandado a los diferentes Seminarios protestantes del país, en el que se preguntaba por sus creencias en la exis-

tencia del infierno y en la divinidad de Jesucristo, la mayor parte contestaron negativamente. No es extraño, pues, que un ministro baptista haya dicho que Jesucristo había cometido dos grandes errores, a saber; dar a Pedro la supremacía de la Iglesia, y cambiar el agua en vino. «El Bureau de Publicaciones de Colombia University», publicó el año pasado el resultado de los exámenes sobre religión, tenidos entre 575 niños protestantes que asistían a la escuela del Domingo (Sunday School). El resultado es alarmante. Uno, respondiendo a la pregunta de quien es Dios, dijo: «Dios es un hombre muy guapo»; otro dijo: «Dios es una tontería». La mayor parte de los niños respondieron de manera parecida al primero. El ocho por ciento contestaron en el tono del segundo. Es cosa extraña cómo esos niños adquieren ideas tan erróneas y extramísticas sobre Dios.

En contraposición al ateísmo e indiferentismo religioso, la Iglesia católica, ya desde el establecimiento de los colonizadores, fundó escuelas parroquiales para atender a la educación religiosa de la juventud, escuelas que están hoy florecientes y son el baluarte de la religión en este país, considerándose la escuela aún más importante que la iglesia. De esto ya hemos escrito una crónica hace dos años, donde dimos a conocer a nuestros lectores el origen, desarrollo, organización y funcionamiento del sistema católico de educación.

NOTAS DE UN OBSERVADOR. El Maestro General de los Dominicos estudió a fondo y observó detenidamente este sistema; y en conferencia habida en Roma a su vuelta de los Estados Unidos declaró que «no hay otra organización tan fuerte en el mundo como la organización parroquial y el sistema de educación católica en los Estados Unidos». Algunas sectas protestantes se dan cuenta del gran bien que los católicos están haciendo en este sentido, manteniendo escuelas propias. Los Baptistas, en sesión tenida el año pasado en Nueva Orleans, dijeron que era su ambición e ideal el poder sostener un sistema de educación semejante al de los católicos, y que ese era el único medio de educar a la juventud.

Este sostenimiento de escuelas propias requiere grandes trabajos por parte del clero y penosos sacrificios monetarios por parte del pueblo católico, pues no sólo paga tasas al Estado para las escuelas públicas, sino que de su bolsillo sale también el dinero con que se levantan los grandes edificios de escuelas católicas con todas las comodidades y adelantos modernos. Añadase a esto el que la enseñanza en las escuelas públicas es libre; mientras que las escuelas católicas se ven obligadas a cargar un tanto por mes para pagar a las maestras y atender a los diversos gastos de una institución de este género. Debido a la formación dada a la juventud católica en esas escuelas, el catolicismo vive una vida robusta, lozana y floreciente; lo cual no se oculta al observador extranjero que estudia la cuestión a fondo y permanece en este país lo suficiente para darse cuenta de la situación. Permitásenos copiar lo que el Maestro General de la Orden Dominicana dijo en la conferencia arriba mencionada:

«Tal vez en ningún otro país del mundo haya tantas Comuniones, especialmente de hombres, como en los Estados Unidos. Los católicos americanos tienen la misma ordinaria manifestación de vida, el mismo amor a la libertad y democracia de su país, como la tienen sus paisanos; pero en materias pertene-

cientes a Religión son grandemente escrupulosos en cumplir estricta y fielmente el ritual, y son en gran manera leales y dóciles a los dictámenes de la autoridad eclesiástica. El genio de la civilización americana se manifiesta sobre manera en la asimilación de todas las razas unidas en el país por medio de la educación y de la enseñanza en una eficiente organización de escuelas.

En esta organización las escuelas católicas parroquiales no tienen que envidiar nada a nadie. Las asociaciones religiosas de seglares, entre ellas la Sociedad del Santo Nombre de Jesús, con más de dos millones y medio de miembros, son medios poderosos para conservar activa la vida religiosa en todas las clases.

Los colegios americanos forman a los estudiantes con abundantes aspiraciones espirituales, que se derraman después en toda la Nación americana. Hay en los Estados Unidos doce mil Hermanas Dominicas dedicadas a toda clase de trabajos apóstolicos, desde la enseñanza en las escuelas elementales, hasta la dirección de hospitales y el cuidado de los enfermos en sus propias casas. Mientras que la Nación americana parece totalmente absorbida en los intereses materiales, y aunque a primera vista la vida religiosa parezca estar dirigida hacia la vida activa, hay sin embargo muchos Conventos de Hermanas Dominicas y de otras Ordenes religiosas consagradas únicamente a la vida contemplativa. En un país que cuenta con veinte millones de fervorosos católicos se pueden abrigar esperanzas de progreso espiritual, aunque la mitad de la población total viva sin religión.

Ese catolicismo acendrado y práctico tiene su manifestación más genuína en el número extraordinario de comuniones tanto de hombres como de mujeres. Ultimamente hemos leído que sólo en la Universidad católica de Notre Dame ha habido durante la última Cuaresma más de setenta y dos mil comuniones de jóvenes de diez y ocho a veinticuatro años de edad. En todas las iglesias tanto urbanas como rurales existe un sistema de asociaciones o sociedades cuyos miembros se obligan a recibir la santa Comunión una vez al mes por lo menos; y es realmente impresionante ver a miles de hombres acercarse a la Sagrada Mesa. De las diversas manifestaciones de esa vida pletórica de catolicismo nos ocuparemos en crónicas posteriores.

KNUTE ROCKNE.

Hemos mencionado anteriormente la gran Universidad de Notre Dame, la Universidad más conocida en los Estados Unidos por sus grandiosos triunfos obtenidos en el campo de los sports, especialmente del foot-ball, y prototipo de la genuína educación religiosa. Ya que la Prensa del país, tanto católica como atea o indiferente, por espacio de tres semanas han venido tributando elogios encomiásticos a uno de sus más ilustres hijos, a quien la mano traicionera del hado tronchara el hilo de su existencia en el zenit de su brillante carrera, justo es que también nosotros le demos a conocer a nuestros lectores de España. Me refiero a Mr. Knute Rockne, Director de Athletics, y coach del gran team de football de Notre Dame, que fué horrorosamente mutilado y trágicamente muerto en un accidente de aeroplano en su viaje de Florida a California. Ha sido ésta una pérdida nacional; y como tal fué considerada por el Presidente Hoover en su telegrama de condolencia a la afligida esposa del finado. Ni al

Presidente de los Estados Unidos se le hubieran tributado homenajes más encomiásticos.

Rockne nació en Noruega en 1893; y a la edad de seis años vino a los Estados Unidos con su padre, el cual se estableció en Chicago, donde el joven Knute cursó High School. Después estudió en la Universidad de Notre Dame, en la que sobresalió como químico eminente. Pero su verdadera eminencia y renombre nacional fué en el campo de football. En 1918 fué nombrado coach principal del equipo de football de su Alma Mater. Desarrolló un sistema nuevo de juego, conocido con el nombre de «Rockne System», al que se atribuyen sus triunfos incomparables. Los equipos más famosos que formó fueron los del '24, '29 y '30, los que vencieron a las Universidades más poderosas del país, ganándose así el campeonato mundial de football; lo que hizo decir a cierto ignorante que el Papa había dado órdenes a Rockne de vencer a todas las Universidades protestantes. Rockne era luterano, hasta el año 1926 en que abrazó la Religión católica, movido por el buen ejemplo de los jóvenes estudiantes de Notre Dame y especialmente por la asiduidad y devoción con que los jugadores se acercaban a la Sagrada Comunión.

Rockne estaba tan preocupado una noche sobre el resultado de un juego que iba a tener lugar al día siguiente, que no podía conciliar el sueño. Por lo cual se levanta y baja a la galería del hotel, y allí se pone a pasear y a fumar. Era muy de mañana; y ve tres jóvenes de su equipo salir del hotel a toda marcha. Después de varios minutos salen otros tres. En esto Rockne se esconde en un lugar donde podía ver sin ser visto, y observa que todos los jóvenes salían del hotel muy devotos y compuestos. Movido de curiosidad, se acerca al último de ellos y le pregunta el significado de todo aquello; a lo que el joven contesta diciendo que iban a oír Misa y a comulgar. Hizo esto tan honda impresión en Rockne, que los siguió, y en la iglesia concibió un gran deseo de hacer lo mismo, y un día poder acercarse a la Mesa del Altar en compañía de sus queridos jóvenes. Lo que consiguió al año siguiente, siendo bautizado por el Obispo de Fort Wayne. Rockne era el formador de hombres y el ídolo de los jóvenes: una figura nacional y un fervoroso católico, a quien la muerte arrebató traicioneramente con el Rosario engarzado entre sus dedos.

FR. JOSÉ A. FERNÁNDEZ, O. P.

Hammond-Luisiana, Abril, 1931.

FILIPINAS

POCOS son los acontecimientos acaecidos durante los últimos meses que merezcan figurar en una crónica de interés general. Nos hemos, no obstante, decidido a emborronar algunas cuartillas con aquellos que nos han parecido tener por lo menos el mérito de su proximidad.

UN CONGRESO DE LEPRÓLOGOS. La Convención de leprólogos celebrada en Manila del 12 al 23 de Enero, es sin duda la nota científico-social más saliente de la temporada. Tomaron parte activa en ella médicos especialistas filipinos, japoneses, chinos, franceses, americanos e

ingleses, residentes estos últimos en alguna de sus colonias. Dada la frecuencia de esta enfermedad entre los orientales, la conveniencia y aun necesidad de esta clase de asambleas, está más que suficientemente justificada, y todos los esfuerzos encaminados a extirpar, o por lo menos reducir sus estragos, merecen el apoyo más eficaz y desinteresado tanto del individuo como de la sociedad. Salta a la vista que todo cuanto podamos decir de la Convención no podrá exceder los límites de una mera referencia, por carecer de los conocimientos que se requieren para emitir un juicio adecuado tanto sobre el método como sobre las resoluciones acordadas; podemos afirmar, sin embargo, que dada la competencia de los congresistas, sus trabajos han de contribuir poderosamente al más pronto hallazgo de una fórmula eficaz para contrarrestar tan terrible dolencia.

Las primeras sesiones se celebraron en Manila. Su labor se limitó casi exclusivamente a preparar el programa, organizar el personal en comités y subcomités, y distribuir los asuntos que requerían estudio especial entre los comités respectivos. Terminada esta previa tarea, los asambleístas abordaron de lleno el objeto que les había reunido, cual era dictaminar sobre los varios procedimientos seguidos en la cura de la lepra, y ofrecer nuevos métodos y sistemas, ya generales ya parciales, que por ventura no fueran todavía del dominio de los interesados. Para que las discusiones resultaran más prácticas, después de dos días de sesiones en la Capital, salieron en un viaje de inspección a las leproserías y lazaretos que el Gobierno tiene establecidos en diferentes lugares del Archipiélago.

EN CEBÚ, ZAMBOANGA.

El primer punto donde hicieron alto fué en la E ILO-ILO, ciudad de Cebú. Aquí cele

braron algunas sesiones, en las que tomaron parte los mismos enfermos, ayudando con sus declaraciones a dilucidar algunas dudas sobre el tratamiento de la lepra. Durante su visita a la leprosería más importante de la Isla, el Director de dicha institución demostró ante los congresistas, verificando sus ensayos en los mismos atacados, la aplicación de una nueva prueba para determinar las áreas sospechosas de lesiones en la piel, señalando medios originales de diagnosis para los niños, en quienes es casi imposible un completo examen. No fué ésta la única ocasión en que los ilustres visitantes pudieron experimentar la preparación y competencia de los doctores filipinos.

De Cebú los congresistas se trasladaron a Zamboanga, ciudad importante situada al sur del Archipiélago. Aquí reanudaron las sesiones, que resultaron altamente instructivas por los temas en ellas discutidos y los experimentos que se dieron a conocer. El Dr. N. E. Wayson de Honolulu expuso cómo se podía controlar la fiebre por medio de un aceite sulfuroso; el Dr. E. E. Neff, Superintendente del Hospital General de Figi, describió otro aceite nuevamente preparado, de suma eficacia para aliviar el dolor. Los problemas clínicos fueron plenamente discutidos por el Dr. J. Lowe, del hospital Diehpalli de la India. En general, si bien los miembros de la Convención admiten el valor y utilidad de ciertas drogas y aceites en el tratamiento de la lepra, todos sin embargo están acordes en dar más importancia a las medidas y sistemas generales de higiene, tales como el equilibrio en las dietas, normas irrepreensibles

de vida, higiene individual adecuada, etc., que a cualquier género de específicos. La extirpación de la lepra, afirman, no es un problema exclusivamente médico, sino que requiere la acción conjunta de factores económicos, sociales e individuales.

Terminada su estancia en Zamboanga, los delegados salieron en dirección a Ilo-Ilo, señalado como el siguiente punto de parada en el itinerario previamente trazado. Su actuación en Ilo-Ilo se limitó a visitar las leproserías de la Isla, reanudando su viaje a la isla de Culió, el lugar de más interés en toda la ruta, dados los fines de la Convención.

EN CULIÓN.

Por este motivo creemos justificada una pequeña digresión, para hacer un poco de historia y ofrecer algunos detalles informativos, casi necesarios, para la mejor inteligencia de esta etapa de la Asamblea. La isla de Culió fué destinada por el Gobierno americano para lugar de reclusión de los muchos leprosos que, por falta de locales adecuados, tenían que ser atendidos en los hospitales juntamente con los demás enfermos, o en las casas particulares. Durante el régimen español, los leprosos declarados eran recogidos y cuidados por instituciones caritativas y Ordenes Religiosas, distinguiéndose en esta benemérita labor los PP. Franciscanos, que mantenían varios lazaretos en distintos puntos de las Islas. Con el cambio de bandera, estas instituciones pasaron a manos del Gobierno insular, uno de cuyos primeros actos fué intensificar y organizar la campaña contra la lepra, empezando por aislar a los atacados en un lugar donde pudieran recibir tratamiento facultativo adecuado y la mejor atención material en conformidad con los recursos disponibles. En 1906 se trasladó a Culió la primera colonia, compuesta de unos 365 leprosos, bajo el cuidado de un médico y de algunas enfermeras, siendo acomodados en pequeñas casas construídas a este efecto, y alineadas con tanta regularidad, que daban a la colonia el aspecto de una pequeña ciudad. Tanto el personal técnico y administrativo como el número de enfermos ha ido creciendo poco a poco, llegando a 5.300 los leprosos que hoy reciben allí tratamiento científico, más perfecto quizá que en ninguna otra parte del mundo. La pequeña colonia se ha constituido en verdadera ciudad, contando con una administración perfectamente organizada: tiene alcalde, concejales, juez, notario público, etc. Por supuesto que la mayor parte de la atención se concentra en las clínicas y laboratorios, al frente de los cuales hay catorce médicos-especialistas, un farmacéutico, 24 enfermeras con grado, 13 Hermanas de la Caridad, y unas cien enfermeras (leprosas) que ayudan en todo lo que es compatible con su estado físico. Los enfermos gozan de relativa libertad social, y su vida cotidiana es en todo semejante a la de los ciudadanos de cualquiera otra población.

Hora es ya, pues, de que volvamos a nuestros congresistas, a quienes hemos abandonado en el momento de saltar a tierra en la isla que acabamos de describir a grandes rasgos. Su primera impresión fué de admiración, al ver los adelantos conseguidos, tanto en el estudio teórico de la enfermedad, como en la instalación de clínicas y laboratorios todos modernamente equipados. Satisfechas luego algunas exigencias sociales, reanudaron sus conferencias' encaminadas ya principalmente a completar el memorandum sobre los resul-

tados y conclusiones de la Convención que debían presentar a su regreso a Manila. En este documento se proponen los acuerdos aprobados en las diferentes sesiones plenarias después de oído el informe de los comités respectivos. Versan sobre la terminología, clasificación, tratamiento general y específico, determinación del progreso de la enfermedad, etc. De todos los puntos discutidos, el de la diagnosis se considera el más grave, por las consecuencias que puede acarrear, tanto a la salud pública, como a la posición social del individuo. En cuanto al tratamiento, la Convención se muestra muy conservadora en lo que se refiere al uso de drogas y medicamentos, y reconoce que este punto está todavía sujeto a opiniones contradictorias, y en el que la Dirección técnica de cada institución puede actuar en conformidad con sus teorías y experimentos.

ULTIMOS ACUERDOS.

Pocas son las conclusiones que, por no participar del carácter técnico de la Convención, pueden ofrecer algún interés al público no iniciado en los secretos de la Medicina. Una de ellas fué la de eliminar en todo y por todo el uso de la palabra *lepra*. Es indudable que todos cuantos agentes puedan cooperar al mejoramiento de la situación actual deben ser puestos en acción para conseguir ese fin. El agente psicológico es uno de los más poderosos y de los que pueden contribuir más eficazmente a la consecución de ciertos efectos subjetivos. Tal debió ser la persuasión de los congresistas, cuando determinaron por común acuerdo la supresión de las frases «caso de lepra», «exleproso», «leproso incipiente» y otras similares. Es un hecho que ciertas palabras producen una profunda impresión de horror; que más que la expresión de una enfermedad parecen una sentencia de degradación. El horror que esta enfermedad producía en los tiempos bíblicos ha desaparecido en gran parte, pero aún queda mucho que hacer en ese sentido. El mismo establecimiento de colonias leproseras en lugares aislados constituye una de las pruebas más patentes del prejuicio que se tiene todavía hacia la lepra. Los esfuerzos, pues, de la Convención por disipar el efecto que produce la sola mención de la palabra, son dignos de todo encomio. Es una preparación necesaria para crear un ambiente más humano en torno de las víctimas, y para restituir a los curados a la plenitud de sus derechos y a la estima general de la sociedad. Casos se dan de personas a quienes se les niega toda clase de empleos, sin otro crimen que el de haber sido un tiempo víctimas de la lepra. Punto es este de tan capital importancia para la sociedad como la cura misma de la lepra, y que tiende a resolver de alguna manera el problema de que venimos hablando.

Otro de los acuerdos de la Asamblea fué el de crear una asociación internacional para coordinar, por medio de una oficina central, la labor de todos cuantos se dedican al estudio y cura de la lepra. Y aunque el actual Congreso representa países y agencias diversas, se planea someter proposiciones acerca de esta asociación internacional a otros grupos científicos, pidiéndoles su cooperación, a fin de que la nueva asociación pueda abarcar todo el campo referente a la lepra. El plan de organización es semejante al de otros cuerpos científicos internacionales, y requerirá la división de los trabajos de administración en unidades geográficas, a fin de facilitar la labor. Además de los miem-

bro regular, que serán aquéllos dedicados activamente al tratamiento de la lepra, se intenta admitir como miembros asociados a todas las personas interesadas en el progreso de la labor contra dicha enfermedad.

Objeto secundario de esta asociación sería publicar una revista con el título «Revista Internacional de la Lepra». La necesidad de esta publicación se deja sentir grandemente, pues esta especialidad no puede ser atendida sino por publicaciones locales, y por consiguiente de una manera imperfecta. La Revista propuesta será de carácter estrictamente científico, y constituirá el órgano obligado para publicar los resultados de las investigaciones, observaciones y experimentos sobre nuevos métodos de tratamiento y cura de la lepra. Esta resolución fué tomada en la última sesión celebrada en Manila, en la que también se nombraron los miembros que habían de formar la Junta directiva de la nueva asociación. Una nota discordante vino a perturbar la armonía que había reinado durante la Convención. Entre los nombrados para constituir la Junta directiva no figura ningún filipino. La prensa local puso el grito en el cielo ante semejante rasgo de descortesía, siquiera aparente. Se dieron explicaciones, pero no satisficieron. ¿Fué porque no había de hecho ningún filipino que mereciera tal cargo? ¿Fué alguna mal encubierta estratagemma del prejuicio racial? Excusado es decir que un gran sector de la opinión se inclinó por esto último. Los asambleístas, sin embargo, no volvieron sobre sus pasos; y, terminado su cometido, se retiraron a sus respectivos países, mientras la prensa reiteraba sus lamentos por el supuesto agravio.

SITUACIÓN SOCIAL.

Sea porque el terreno no está todavía preparado, sea porque la nación protectora, la nación libre por antonomasia, guarda estricta vigilancia para prevenir la entrada de cualquier huésped sospechoso, es lo cierto que la ola de revolución y desasosiego general que ha invadido otros países, apenas si se ha dejado sentir en Filipinas hasta el presente. Se vive tranquilamente; el ambiente no está impregnado de amenazas como en otras partes; no existen conspiraciones contra el régimen, ni algaradas estudiantiles continuas, ni el Gobierno se ha visto en la necesidad de suspender la publicación de ningún periódico, como ha sucedido en Cuba. En una palabra, la vida, los negocios y la política en general marchan por sus cauces normales.

NUBES EN EL HORIZONTE.

Ultimamente, sin embargo, y a pesar de todas las apariencias de quietud, se han notado algunos síntomas de desasosiego, resultado de los cuales ha sido el que las autoridades se hayan puesto en guardia para cualquier eventualidad.

Así, por ejemplo, los moros de Mindanao, que permanecieron irreductibles durante la dominación española, repiten sus incursiones de tiempo en tiempo en las poblaciones pacíficas, causando muchos daños materiales, y desafiando a los mismos agentes del orden, algunos de los cuales han muerto en las refriegas.

En varias provincias de la Isla de Luzón se han registrado violentas protestas de parte de los colonos contra los dueños de grandes haciendas, llegando al extremo de tener que intervenir la fuerza pública para mantener el or-

den. Actualmente la provincia más rica del Archipiélago por su gran producción azucarera está afrontando una crisis sin precedentes, debido a una huelga general de los obreros de todas las centrales azucareras. Varias semanas lleva el conflicto pendiente, y todavía no se ha encontrado la fórmula de solución. Los obreros se han negado a volver al trabajo mientras los patronos no les otorguen todo lo que demandan. El departamento de Trabajo ha intervenido, pero no ha conseguido ningún resultado satisfactorio. La huelga sigue en pie, siendo la pesadilla del Gobierno, y causando enormes pérdidas a los intereses azucareros.

El síntoma más alarmante ocurrió en Tayug, pequeño pueblo de la provincia de Pangasinan situada en el centro-oeste de Luzón. El día 11 de Enero, a la una de la madrugada, una banda de «colorums», miembros de una sociedad semisecreta y semisalvaje, provistos de armas blancas y de fuego, entraron por sorpresa en el pueblo, asaltaron el cuartel, y mataron a dos oficiales de la Constabularia (Guardia Civil); sin perder tiempo se apoderaron de todas las armas y municiones que había en el cuartel, y se atrincheraron en la casa parroquial dispuestos a batirse y a defender sus posiciones. El Cura Párroco fué hecho prisionero, pero fué pronto puesto en libertad, no sin antes haberle obligado a que les sirviera el almuerzo. El Gobernador Militar de la provincia, tan pronto como tuvo noticia del suceso, ordenó una concentración de tropas, y pidió refuerzos a Manila y provincias cercanas. A las cuatro treinta ya habían llegado los refuerzos, y se procedió a un contraataque para desalojar a los insurrectos, los cuales se batieron hasta que se les terminaron las municiones, con un heroísmo digno de mejor causa. En la refriega cayeron muertos diez colorums (ocho hombres y dos mujeres), y los demás fueron hechos prisioneros y conducidos a la cabecera de provincia, donde fué incoado inmediatamente el proceso por sedición y asesinato. Divulgada la noticia, y casi antes de que el Ministro del Interior y el Director General de Seguridad se hicieran cargo de la situación, ya el público había lanzado su dictamen sobre las causas de la trágica algarada. Quién lo atribuía al sentimiento de venganza por agravios inferidos, quién al deseo de un reparto equitativo de tierras; unos al sueño vago de ver la bandera filipina ondeando única en las Islas, otros al propósito de ver a la Iglesia cismática Aglipayana ejerciendo su hegemonía espiritual sobre todo el Archipiélago; otros muchos, finalmente, creen percibir la fatídica mano de los rojos, cuya propaganda se ha filtrado a despecho de la vigilancia del Gobierno. En un informe sometido al Gobernador General por el Ministro del Interior, a base de una sumaria investigación de los hechos, se atribuye el trágico evento a causas puramente locales y de poca o ninguna importancia para el orden general. Quizá en el desenvolvimiento del proceso se revelen causas más graves. Por de pronto el Gobierno ha redoblado la vigilancia, y ha prohibido toda clase de manifestaciones de carácter comunista, así como también el izar banderas rojas en ninguna ocasión y bajo ningún pretexto.

UN HUÉSPED ILUSTRE.—SU MISIÓN.

La capital del Archipiélago se ha visto honrada con la visita de uno de los más significados representantes de la intelectualidad española, D. Camilo Barcia Trelles, catedrático de la Universidad de Valladolid, de reconocida autoridad tanto en España como en el extranjero en la ciencia del derecho internacional. La personalidad del insigne jurista será sin duda conocida ya de los lectores de LA CIENCIA TOMISTA; por eso nos abstenemos de reproducir datos biográficos. Su estancia en esta capital ha sido desgraciadamente más corta que lo que sus compatriotas hubieran deseado; la suma molestia que le causaba el calor de los trópicos fué una de las causas que aceleraron su partida. La gratísima impresión, sin embargo, que en todos ha dejado su trato sencillo y noble, su cultura sólida y exenta de pedantismo enciclopédico y su espíritu sinceramente patriota, no se nos olvidará jamás. Su venida a Filipinas, según los informes publicados por la prensa, se debe a las gestiones de la Asociación Ibero-Americana, sociedad dedicada al estrechamiento de relaciones entre los países de habla española. Filipinas, la última joya que se desprendió de la corona de Castilla, la más lejana y al mismo tiempo presa de poderosas y extrañas influencias, era sin duda la más necesitada de un embajador intelectual y de intercambios culturales con la civilización occidental. La elección no pudo ser más acertada. El Profesor Barcia reunía todas las cualidades para desempeñar tan elevada y honrosa misión: vasta cultura, facilidad verbal y un conocimiento pleno de los problemas internacionales. Al valor docente de esta misión hay que añadir su significación altamente patriótica. En Filipinas la educación imperante, a más de prescindir por completo de la lengua española, tiende a borrar de las mentes juveniles todo cuanto se relaciona con la obra de España en las Islas, con la significación de España en la civilización universal y con su glorioso historial en ambos hemisferios. Y esta lamentable omisión en la enseñanza de cuanto a España debe el mundo, y particularmente Filipinas, tiene sus fautores en los libros de texto y profesores oficiales de la nación soberana de las Islas. Su labor pro-patria es, pues, un servicio más que este grande hombre ha prestado a la España tradicional, tan calumniada y vilipendiada por muchos. Ha demostrado que en España también se lucha y se vence en el campo de las ideas, y se saben mantener las conquistas del pasado. Requerido por los periodistas para que diera su opinión sobre el orden político de España (a la sazón se tramitaba la crisis del Gobierno Berenguer), declinó prudentemente la invitación diciendo: «no he venido a hacer política ni a hablar de ella; aquí no soy más que un español». Si todos los españoles que residen fuera de España fueran de ese temple y de ese espíritu, tiempo ha que la España inquisitorial y obscurantista de la leyenda se hubiera trocado en una España culta, liberal y progresiva.

SUS CONFERENCIAS.

La Universidad del Gobierno, primero, y la de Sto. Tomás, después, fueron los centros seleccionados por el insigne profesor para dar sus conferencias (cinco en la primera y tres en la segunda), en las que abordó temas de palpitante actualidad y de interés especial para los filipinos, por estar íntimamente relacionados con la nación que rige sus destinos. Los límites de una crónica no permiten

reproducir ni aún sumariamente las brillantes y originales ideas desarrolladas en las conferencias. El *Pan-europeismo* fué el tema de la primera. La realización de este colosal proyecto reportaría inmensas ventajas al viejo continente que, si aún conserva el cetro del progreso, se debe a su gran vitalidad. El problema económico de Europa se resolvería con la nacionalización de la industria y de la agricultura, y la supresión, o al menos atenuación, de los nacionalismos exclusivistas. El Imperio Británico, declara en su segunda conferencia, es el primer obstáculo al Pan-europeismo, pues semejante agregado de colonias eminentemente agrícolas, establecería la competencia en la producción continental, contra el principio del Pan-europeismo de sostenerse Europa a sí misma. La doctrina de Monroe (tema de la tercera conferencia), no es nueva en la historia. Tiene un precedente en la legislación española del siglo xvi, cuando Carlos V promulgó una ley por la cual se obligaba España desde entonces y para siempre a respetar la integridad del continente americano, considerándole como un mundo nuevo e inalienable. Este altruismo ha dado origen a pueblos netamente americanos, étnica y psicológicamente distintos, no sólo de Europa sino de Norte América. En la cuarta y quinta conferencia discutió la Liga de Naciones y el Pacto Kellog. En cuanto a la primera, se limitó a exponer la evolución del pensamiento wilsoniano que tan lamentablemente descuidaba la doctrina de Monroe. En cuanto al pacto Kellog, dijo que la «proscripción de la guerra ofensiva», base del pacto, es completamente inútil, puesto que todo país beligerante se ampararía en el derecho de defensa.

Las tres conferencias en la Universidad de Santo Tomás versaron sobre el Maestro Fr. Francisco de Vitoria. Con el mismo sencillez y ameno lenguaje, y la profundidad de quien conoce plenamente el asunto, expuso sus enseñanzas sobre el derecho de gentes donde echó las bases del derecho internacional, adelantándose en casi un siglo al holandés Hugo Grocio, considerado hasta hace poco como el fundador del derecho internacional. Su vindicación a favor del Maestro Vitoria se debe a cuatro juristas, ninguno de los cuales es ni católico ni español, siendo esto el argumento más fuerte de su imparcialidad, hasta tal punto que ni los mismos compatriotas de Grocio se han atrevido a ponerlo en tela de juicio. Nos abstenemos de reproducir las ideas expuestas en estas conferencias, en la convicción de que este asunto es suficientemente conocido, casi familiar, a los lectores de LA CIENCIA TOMISTA, cuyas páginas han resucitado en nuestra patria las doctrinas y el prestigio del inmortal Maestro salmantino.

El público, poco numeroso el primer día, bien que selecto, se aumentó de tal manera en la segunda conferencia, que fué necesario buscar un local más amplio. Dispensábase siempre cariñosa acogida y prestábase respetuosa atención durante los sesenta minutos que invariablemente duraba la conferencia. Aunque formado en su mayor parte de estudiantes, no faltaban sin embargo representantes de todas las clases sociales, particularmente abogados y profesores. Fué objeto de numerosas invitaciones por parte de entidades corporativas, así como también de residentes españoles y de prominentes personalidades filipinas, dando en todas partes pruebas inequívocas de su cultura vasta a la vez que franca y comunicativa, y de su sincero patriotismo. En sentir de un

ilustre abogado filipino, Académico correspondiente de la Real Española, «la intelectualidad filipina ha quedado profundamente agradecida a la gentileza del Profesor Barcia, al dar esa serie de luminosas conferencias sobre temas trascendentales de Derecho Internacional. Son viejos tópicos, pero copioso el caudal de su doctrina y novísima su expresión. A esa noble generosidad del catedrático español debemos el que nuestros ánimos se hayan recreado con las rutilantes joyas de su pensamiento, delicadamente engarzadas en el primoroso idioma de Castilla. Bien haya el Profesor Barcia y su hermoso apostolado».

EL ADVENIMIENTO DE LA RE-
PÚBLICA VISTO A OCHO MIL MI-
LLAS DE DISTANCIA.

¿Qué pensarán en estos momentos los españoles de la península?; nos preguntábamos perplejos al ver desfilar a nuestra vista tan inesperados acontecimientos. ¿Qué pensarán

ahora los españoles que viven alejados de la patria?, preguntaría probablemente alguno que ya tiene idea de lo que es hallarse en esas circunstancias. No es tarea fácil contestar a esa pregunta; nos hemos decidido sin embargo a intentarlo en honor a los simpatizadores que no dudamos tendremos todavía en la península. Gracias al puntual servicio de las agencias telegráficas «Prensa Asociada» y «Prensa Unida» pudimos seguir paso a paso la caída de la monarquía. Por demás conocidas son las inexactitudes y exageraciones de que adolecen con frecuencia los informes de dichas agencias. Esto alentaba un poco nuestras esperanzas contemplando la posibilidad de alguna retractación. Pero al fin tuvimos que ceder a la fuerza de las noticias, a todas luces genuinas, que de todas partes se recibían, y admitir, mal de nuestro grado, que la República se había enseñoreado de España.

NUESTRAS IMPRESIONES AL DÍA. Día 12 de Abril.—«Los republicanos consiguen mayoría decisiva en las elecciones municipales» (Prensa Unida); fué la noticia que despertó la inquietud en todos los ánimos. Verdad que aún faltaban las elecciones de diputados, en las que los monárquicos podrían rehacerse y conjurar la caída del Rey; sin embargo, la crisis estaba planteada y las ansias de saber su desenvolvimiento crecían por momentos. Día 13.—«Los ministros de Estado, Justicia y Educación dimiten. Alcalá Zamora envía un ultimatum al Rey» (P. U.) La crisis se acentúa y corre parejas nuestra expectación. No se habla de otra cosa; se avecina el momento que ha de decidir la suerte futura de la Monarquía. ¿Qué hará Alfonso XIII? ¿abdicará o defenderá su corona a costa de una guerra civil? Día 14.—«Alfonso XIII abdica. Alcalá Zamora es reconocido presidente de un gobierno provisional republicano. Se proclama la república en toda España» (P. U.) La crisis se ha solucionado; de nada sirven las explicaciones. Parece todo un sueño; pero no lo es: la República es ya una realidad y no nos queda ya más remedio que reconocerlo, y calmar nuestra estupefacción dando rienda suelta a los comentarios sobre la actitud tomada por Alfonso XIII y las causas que a ello le han obligado. Día 15.—«La Reina Victoria sale de España por Irún. El Rey se embarca en Cartagena con rumbo desconocido, vitoreado por unos, fríamente despedido por otros» (P. U.)

Y en tanto ¿qué será de la Iglesia, y del clero, y de la enseñanza del ca-

tecismo en las escuelas? ¿Se repetirán los horrores del año 1909? Día 16.—«El Gobierno actúa enérgicamente para prevenir algaradas comunistas. Decide mantener la integridad de España frente a las demandas de los catalanistas» (P. U.) Aunque no del todo satisfactoria, esta actitud del Gobierno sirvió para calmar por lo menos en parte, nuestras ansiedades, considerando que mientras se conserve el orden y se respeten las instituciones, la forma de gobierno tiene que ceder, hoy como siempre, al empuje de las ideas reinantes, transformándose y renovándose como ellas. Día 17.—«El Gobierno se propone mantener el orden a toda costa. Respetará el Concordato, hasta que afianzada la República, se pueda proceder a su revisión» (P. U.) La obra está ya consumada; España es una República, la *Novísima República*, según nos anuncian los periódicos con letras de gran tamaño, para que se pueda leer sin necesidad de comprarlos. Y un cambio tan trascendental se ha realizado sin serias perturbaciones del orden, sin derramamiento de sangre, y hasta con un grado de frialdad por parte del pueblo casi inexplicable a los que tan lejos vivimos del teatro de operaciones. ¿Será esto un síntoma de que la República está llamada a perpetuarse, y de que no volveremos a ver otro monarca sentado en el trono de los Reyes Católicos?

IMPRESIONES LOCALES.

La prensa, tanto inglesa como española, se limitó por lo general a copiar las noticias transmitidas por las agencias telegráficas, sin discutir sus causas ni consecuencias. Los artículos de fondo que intentaron comentar la situación, simpatizaban con los republicanos, si bien lamentaban la suerte del destronado Rey, digno por otra parte de todo aprecio por su espíritu magnánimo y liberal. Ni faltaron los parabienes a los españoles por haber sacudido el yugo de la tiranía monárquica (aún quedaban reyes tiranos), y pasado a gozar, sin límites ni cortapisas, de todos los derechos, garantías y libertades democráticas, después de tantos años de rigurosa abstinencia (sic.)

La unión de los republicanos, en sentir de un periódico americano de la localidad, es puramente circunstancial, y es difícil prever qué será de España cuando se inicie la disgregación de esos elementos que necesariamente tiene que venir por fuerza de sus mismos principios. Por otra parte la actuación del pueblo español en el gobierno ha sido por lo general muy incompleta, puesto que los elementos puramente representativos no dominaban más que en una de las cámaras, siendo la otra compuesta casi exclusivamente por elementos de la corona. Ahora, de una manera súbita, el gobierno ha pasado enteramente a manos del pueblo. ¿Está España preparada para afrontar semejante situación y mantener dignamente las posiciones conquistadas?

El Director de la Biblioteca Nacional opina que la caída de la Monarquía se debe a las enseñanzas de la moderna filosofía política, tan enemiga de toda clase de privilegios, sobre todo si éstos son hereditarios. El hecho de que la transición se haya realizado con tanto orden debe atribuirse al tacto y prudencia de Alfonso, quien parece haber comprendido plenamente el espíritu de los tiempos.

El juicio más autorizado que apareció en la prensa fué, a nuestro modo de ver, el de D. Alberto Campos, director de la «Voz Española», órgano semiofi-

cial de la colonia española; dice en resumen: «No han sido los republicanos los que han triunfado, sino una coalición formada a última hora de todos los elementos radicales que antes estaban divididos y en pugna consigo mismos. Estos elementos son por lo general de tendencias anárquicas, y la mayor desgracia de España sería caer en manos de semejantes gobernantes que la habrían de conducir necesariamente a la ruina. Por otra parte los monárquicos parece haber ido a las elecciones con bastante despreocupación, debilitados por las consabidas desavenencias y antagonismos entre sus mismos candidatos, preparando de esa manera el terreno para la victoria de sus enemigos». Confesamos, sin embargo, que a estas latitudes y con tan pocas noticias nos parece casi temeraria cualquier tentativa de explicar tan inesperados acontecimientos.

Así se pensaba a raíz de los sucesos. No se extraña el lector si el tiempo ha desmentido algunos de estos pronósticos. Tenga presente que están escritos a ocho mil millas de distancia.

FR. C. PEDROSA, O. P.

Colegio de Letrán. Manila, Mayo, 1931.

GUATEMALA

SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA.—Con el noble ideal de fomentar el estudio de las grandezas patrias y las riquezas naturales, se fundó hace algunos años la sociedad que encabeza estas líneas, y una biblioteca aneja, y su revista trimestral, titulada: «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia». No hay que decir que se han hecho hermosos trabajos, y que los deseos de la Sociedad son bellos; pero parece que su influencia en la vida intelectual es muy poca; ya porque pocos son los guatemaltecos que se dan a estos estudios, ya porque la Sociedad no ha producido un trabajo que sea digno de su nombre; ya porque admite con suma facilidad a cualquiera en su corporación, y esto le resta mucho prestigio, porque no se puede tener como un honor el pertenecer a unas sociedades que no seleccionan bien el personal.

Uno de los trabajos que aparece con el nombre de la «Sociedad», es la publicación de la Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, escrita por el P. Fr. Francisco Ximénez, O. P. Es obra digna de que viese la luz pública por los muchos datos que aporta para nuestra historia patria: pero hubiéramos deseado un poquito más de cuidado en la corrección de pruebas, porque son muchas las faltas materiales de palabras, principalmente del latín, y hasta de frases que no hacen buen sentido. Como no está sacada del mismo original, sino de la traducción paleografiada, que varios años antes se había hecho, pues el original se ignora dónde pára, parece que hasta requería más cuidado la edición para que respondiera al título de los editores. Con todo hay que agradecer la buena voluntad de los que trabajaron en la publicación; su deseo era que no se perdiera la obra, aunque no saliera perfecta, y que pudieran subsanarse sus erratas en ediciones posteriores.

Las pocas noticias que del autor se dan en el prólogo, aunque sean tan in-

completas y algunas inexactas, han servido para mover la curiosidad de alguno a investigar más la vida del autor, y poder conocer que el prologuista sólo por alto leyó la obra, porque de otra manera hubiera hallado en ella muchas más noticias sobre el autor, y hubiera omitido otras, que revelan ligereza de juicio en su modo de pensar sobre este caso.

Después del P. Ximénez, proyecta la Sociedad reeditar la tan deseada Historia del P. Antonio Remesal, O. P., publicada por primera vez en Madrid el año 1619, y que hoy es tan buscada; y algunas otras historias, particularmente las de autores centroamericanos.

UN CUARTO CENTENARIO. Este año se cumple el cuarto centenario de la primera visita que el gran apóstol de las Indias, P. Fr. Bartolomé de las Casas, hizo a Guatemala, cuando iba de paso para Perú a comunicar a Pizarro y Almagro la Cédula que había alcanzado para que por ningún pretexto pudiesen hacer esclavos a los indios, sino que los considerasen como vasallos reales y libres, que respetasen sus bienes y haciendas, como si fueran moradores de Castilla.

La ciudad, al saber que habían llegado frailes al convento de Sto. Domingo, fundado dos años antes, y que carecía entonces de padres, se alegró sobremanera. Mas al tener noticias de que uno de los recién llegados era el P. las Casas, impertérrito fiscal de los conquistadores, se alteraron un poco, temiendo no trajese alguna Cédula... Pero cuando entendieron que iba de paso para el Perú, disimularon, y se consideraron honrados con tales huéspedes. Por su parte, el P. las Casas no les indicó nada sobre el fin de su viaje.

El P. las Casas es estimadísimo en Guatemala, ya por la misión nobilísima que desempeñó, ya por lo mucho que trabajó por nosotros, pues el último cariño que consagró a sus amadas Indias fué trasladar a esta capital la Audiencia de los confines. Así que el cuarto centenario de esta su visita, esperamos que sea, no su apoteosis, pero sí un estímulo para despertar más el afecto hacia este gran apóstol; para ver si nos es posible celebrar de una manera solemnísimamente su segunda venida, año 1535, el del triunfo más resonante de su vida, por la evangelización pacífica de la Tierra, la Guerra, Tezulotlán, denominada después de la Vera-Paz por Cédula de Carlos V, y que hoy comprende los Departamentos de la Alta y Baja Vera-Paz.

TRABAJANDO POR LA MORALIDAD DEL PUEBLO.

En todas partes es necesario trabajar por levantar la cultura moral de los pueblos; pero quizás en ninguna parte tanto como en

aquellas naciones que no tienen más que la enseñanza laica, donde oficialmente se prescinde de Dios, y se educa superficialmente a la juventud, ya porque, en general, la mayor parte de la ilustración es muy a la ligera, ya porque sin religión se forma una juventud orgullosa, que considerándose capacitada para todo, quiere meterse a reformadora, a dar consejos hasta a sus mismos maestros, a ser la directora del mundo.

Uno de los propósitos del actual Presidente es trabajar en este sentido. Pero, mientras no reforme las leyes, tocantes a la educación, y no tenga educadores dignos de tal nombre, serán vanas sus esperanzas. Sabemos que tiene

en proyecto el cerrar la Universidad por razones económicas, dejando solamente las Facultades; pero la razón principal es el considerar la Universidad como un centro de alborotadores. No es justo que la nación esté sacrificada, para producir tales fenómenos. La supresión de nuestro primer centro de cultura durará hasta que las circunstancias *económicas* lo permitan.

Es mucha la propaganda bolchevique que se envía a Guatemala. El Gobierno creo que trabajará por cortar toda esa correspondencia. Pero hay otra fuente muy abundante de corrupción, y son las muchas malas novelas que circulan. Apenas se lee otra cosa: hasta personas timoratas las leen bajo el pretexto de *que en ellas no encuentran nada malo*. Para remediar en parte la falta de buenas lecturas, los Padres Dominicos van a abrir una *Biblioteca popular* principalmente para la juventud; ya tienen preparado el local y un número suficiente de libros. También hay el deseo de formar una asociación de jóvenes, al estilo de la juventud católica de los estudiantes españoles; pero falta el hombre que se determine a emprender tan útil y necesaria obra.

LA CUESTIÓN ECONÓMICA. Guatemala está pasando por una crisis tremenda. El Pasivo de la Nación en 31 de Diciembre de 1930, era de 20.916.731,74 quetsales. El quetsal es el tipo de la moneda nacional, y equivale al dollar. Los esfuerzos del nuevo Presidente se encaminan particularmente a mejorar la hacienda, y a este fin ha hecho reformas importantes.

Muchas son las causas que influyeron para llegar al estado actual económico: la falta de buena administración, las comodidades inmoderadas que se han introducido, etc.; pero acaso la principal sea la depreciación del café, porque este artículo es el que más ingresos produce. Careciendo nosotros de casi toda clase de industrias, casi todo lo que de lujo se usa aquí y el material de trabajo vienen de fuera; y así los gastos no corresponden a los ingresos, y la nación va a la ruina, y el comercio por lo mismo está en una depreciación lamentable. Por eso no nos queda más remedio que levantar el café, o ver cómo cambiamos de producción. Para tratar de lo primero, van a tener todos los productores de café un Congreso en S. Pablo, Brasil, por mayo del presente año, asistiendo de aquí dos representantes.

LA INSTRUCCIÓN. Mucho nos falta todavía para que el pueblo guatemalteco sea un pueblo culto, pues los pueblos de indios están muy atrasados. Sería necesario emprender una verdadera campaña en favor de la cultura, obligando a todos los de lengua indígena a aprender el castellano, estableciendo en los pueblos más importantes buenas escuelas, con buenos maestros, e imponiendo la asistencia obligatoria a todos los niños y niñas de 6 hasta 13 o más años. Pero acaso muchos no hacen esto por pensar tener así a los indios más sujetos. Aunque si les han de educar al estilo moderno, sin Dios, ni verdadero amor a la patria, más vale quizás que los dejen en su nativa ignorancia.

Es una lástima ver a los jóvenes leyendo, estudiando por obligación textos imbuidos por las ideas de filósofos pesimistas y por toda clase de malos escritores. Da hasta vergüenza que el Gobierno no tome parte en el asunto, po-

niendo libros de verdadera educación en las manos de los niños y no dejándolos al capricho de cualquier profesor. Ni aún el Gobierno debiera imponer su texto sin acuerdo con los hombres de ilustración y sano criterio.

! LA CAÍDA DE CHACÓN.

El 12 de diciembre último, como a las once de la mañana, se comenzó a rumorear que

el Presidente de la República estaba gravemente enfermo; que tenía una fuerte hemiplegia, y que era fácil que de un momento a otro tuviera un fatal desenlace. Inmediatamente comenzaron los comentarios.

Como a las cuatro de la tarde, salió el *Bando* nombrando Presidente de la República al segundo Designado, Licdo. Baudilio Palma. Inmediatamente la Prensa dió cuenta de este trascendental suceso; y además del nombramiento del Presidente interino, Licdo. Palma, insertaba en sus columnas los dictámenes de los médicos, que declaraban incapacitado para realizar cualquier trabajo intelectual a D. Lázaro Chacón, Presidente de la República.

El nuevo Presidente, que conocía la gravedad de la situación, pidió el apoyo de los Jefes militares, y parece que todos le reconocieron y le ofrecieron su ayuda.

La subida de Palma, no agradó a los liberales, porque temían que volviera a aparecer el partido conservador. Luego se repartió una hoja volante firmada por algunos de aquéllos, que venía a ser un reto al nuevo Presidente y como una declaración de rebeldía.

DERROCAN A PALMA.

El 16 del mismo mes, como a las cuatro de la tarde, se oyen los primeros disparos, y se

ve a la gente que corre gritando ¡revolución! ¡revolución!. Era el jefe del castillo de Matamores, que con asentimiento de otros jefes de la capital se había levantado en armas, y trataba de tomar la casa Presidencial y la primera Demarcación de la policía.

Imposible decir las muertes que hubo, así de militares, como de policías y otras personas, porque no han dado listas, y han procurado ocultarlo. Debieron de ser numerosas, porque el tiroteo duró más de media hora, e hicieron uso de ametralladoras. Pero lo que más indignó a la población fué que en el corazón de la ciudad, en el sitio de mayor concurrencia, cual es la Plaza de Armas, a una hora tan impropia como las cuatro de la tarde, sin preceder un aviso ni un toque de alarma, se envolviera a la gente pacífica en el tiroteo. Muchos que tranquilos pasaban o que estaban sentados tomando el fresco, pagaron con sus vidas.

Los alzados entraron en la Casa Presidencial, y Palma con alguno de los suyos tuvo tiempo para refugiarse en una Legación. La intervención del cuerpo diplomático hizo que se suspendieran las hostilidades. En consecuencia, Palma se vió forzado a renunciar, y la Asamblea, en la mañana del 17, poco después de las once, le aceptaba la renuncia y encargaba de la Presidencia de la República al general ciudadano Manuel Orellana C., mientras durase la enfermedad de Lázaro Chacón.

ORELLANA DIMITIÉ.

Por pacto con los Estados Unidos no puede ser reconocido como Presidente ningún jefe de movimiento revolucionario. Siendo Orellana el que encabezó el movimiento del día 16, era natural que el Gobierno de Washington no le reconociera, y con él todos los demás Gobiernos. Y en efecto, sabemos que no le reconocieron ni aún los Gobiernos centroamericanos. Como consecuencia, Orellana tuvo que abandonar la Presidencia. En vista de lo cual, y para poner las cosas en orden, se acordó que renunciara el general Chacón a la Presidencia, y que los ciudadanos Baudilio Palma y Luis Chacón, renunciaran también a los cargos de segundo y tercer Designado (al primer Designado lo mataron el día 16, y de Orellana no se acordaron para nada).

EL LCDO. REINA ANDRADE,
PRESIDENTE INTERINO.

Convocada la Asamblea a sesiones extraordinarias, después de admitir las renunciaciones presentadas, nombró como primer Designado el 1 de enero del presente año, al Lcdo. José M. Reina Andrade, que inmediatamente se hizo cargo de la Presidencia interina de la República, previo acuerdo de ir pronto a las elecciones presidenciales, con el fin de que en la fecha correspondiente, 15 de marzo, comenzara su período el nuevo Presidente.

A los pocos días convoca a elecciones para las fechas 6, 7 y 8 de febrero, no sin protesta de alguna parte de los ciudadanos, que veían en la rapidez de estos actos una especie de imposición por no darles suficiente tiempo de preparación para la lucha.

JORGE UBICO, PRESIDENTE DE
GUATEMALA.

Sin oposición fué elegido Presidente el general Jorge Ubico, para el periodo de 1931 a 1937.

Desde un principio declaró que aceptaba su designación para Presidente, sin compromiso de ninguna clase con su partido; que él tomaría los hombres para su Gobierno de donde le pareciera; que olvidaría las cosas pasadas; y que su lema sería trabajar por el bien de la Patria. El día 14 de febrero tomaba posesión de la Presidencia. Fué un día fastuoso, pocas veces o nunca visto en Guatemala. El día 15 de marzo comenzaba su período presidencial.

ACTOS DEL NUEVO PRESIDENTE. Como uno de sus propósitos es la limpieza en los asuntos administrativos, antes de tomar posesión hizo inventario de sus bienes, para que puedan comprobar al final de su período si ha desempeñado honradamente su cargo. Ahora parece que trata de exigir a los empleados públicos que hagan también inventario de sus bienes, para poder proceder con rectitud en caso de alguna acusación.

Para algunos de los cargos importantes ha llamado hombres del partido opuesto o por lo menos de ideas políticas contrarias, persuadido de que serían los únicos que los podrían desempeñar con la satisfacción que él deseaba. Y aunque ha sido por esto criticado, según cuentan, por sus partidarios, él les ha hecho presente, que ninguno de los suyos podría desempeñar esos puestos en iguales o parecidas condiciones.

La primera huelga que tuvo que solucionar fué la de los obreros que llaman de la *Pedreira*, que hacía algún tiempo estaban sin trabajar, porque habían rebajado el sueldo a todos los empleados y trabajadores. Viendo que los directores de la huelga no querían entrar en justo arreglo, convocó a todos los operarios y ofreció garantías de protección a todos los que desearan volver al trabajo, amenazando con la cárcel a todos los que les impidieran trabajar. ¡Santo remedio! Los obreros que estaban deseando dar fin a la huelga, se sometieron a las condiciones nada honrosas que se les exigía, y así se volvió a restablecer la paz.

Lo de los estudiantes.—Cada año, el día de la Virgen de los Dolores, publican un periódico con el título *No nos tientes*, en que a veces sacan a cuento cosas indebidas de familias y personas honorables. Este año parece que había algo de eso proyectado. Les avisaron que tendrían el permiso, con la condición de presentar antes el periódico a la censura. Pero como ellos no quisieron obedecer, la policía les recogió toda la tirada y hasta los fotograbados. También solían sacar en ese día unos carros alegóricos. Y temiendo que adolecieran del mismo mal o peligro que el periódico, les comunicaron que se los permitirían si no atentaban nada contra la moral, y antes sometían los letreos a censura. Pero como tampoco se avenían a esto, les fueron prohibidas sus carrozas. La manifestación que intentaron hacer la disolvieron inmediatamente, y algunos de los manifestantes fueron encarcelados, con lo cual quedaron enteramente frustrados sus propósitos.

La prensa nacional no ha hablado nada de estos sucesos. Sólo ha reproducido la noticia escueta redactada por el Ministerio de Gobernación, que en una nota les indicaba además la razón de haberse prohibido el *No nos tientes*. Parece es voluntad del Presidente el que la Prensa se abstenga de dar noticia de sus actos o disposiciones, y mucho menos de comentarlas, para poder obrar con más libertad y asentar la mano cuando convenga, sin que se levante clamoreo; y quizás también para evitar que los descontentos tomen ocasión de cualquier cosa para zaherirlo. Disposición que parecerá un poco injusta a los que no piensan más que en criticar las disposiciones gubernamentales, sean buenas o malas; y a los voceadores de la libertad de la Prensa, amigos de decir lo que les viene en real gana, sin atender más que a su capricho.

Dada la buena disposición del Presidente y el deseo de trabajar por la prosperidad y moralidad de nuestro país, creemos que dentro de poco nos levantaremos económicamente, que la moralidad pública mejorará, y que la Iglesia gozará de algo más de libertad que con los anteriores Gobiernos, pues tenemos atisbos de las buenas intenciones del nuevo Presidente sobre este particular.

A. C. SUÁREZ.

Centro. Guatemala, Abril 1931.

BIBLIOGRAFIA

R. P. Mtro. Fr. Alonso de ZAMORA. **Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada.** Edición de Parra León Hermanos en homenaje al Libertador Simón Bolívar, con motivo del centésimo aniversario de su muerte. *Prólogo* del Doctor Caracciolo PARRA, Vicerrector de la Universidad Central de Venezuela y Director de la Escuela de Filosofía. *Notas ilustrativas* del mismo y del R. P. Lector Fr. Andrés MESANZA, miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Historia. Un volumen de 32 por 24 cms., 12 hojas y 559 páginas. Caracas. Parra León Hermanos. 1930.

Venida de lejanas tierras, nos ha sorprendido gratamente la visita de esta Historia del diligente cronista dominicano, publicada hace más de dos siglos y reeditada ahora con todo esmero por los Hermanos Parra de León. Con muy buen acuerdo, se ha querido poner al día la obra del antiguo escritor colombiano, ilustrándola con notas, en tal profusión y variedad, que hacen de este libro un instrumento de trabajo de excelente calidad. Los nuevos pueblos de América procuran escribir su historia conforme a las exigencias de la crítica, comenzando por abrir anchos cimientos que sirvan de base a futuras construcciones. La del Nuevo Reino de Granada interesa a Venezuela, por haber dependido de aquel virreinato gran parte del territorio venezolano durante el tiempo de la Colonia.

Tanto el prólogo como las notas que acompañan al texto, merecen nuestro incondicional aplauso por la oportunidad y cordura con que en ello se ha procedido, por la competencia de sus autores, criterio imparcial y deseo sincero de contribuir a esclarecer la verdad histórica. La falta de medios de información, de que el prologuista se lamenta, y la prisa en la confección de estos escolios, para no detener el curso de la publicación, dejan aún lagunas importantes, que sin gran trabajo pudieran haberse llenado, añadiendo nuevos quilates a la obra del P. Zamora. En los tres volúmenes de *Historiadores del convento de San Esteban de Salamanca*, por ejemplo, hubieran encontrado los editores un arsenal abundante de informaciones acerca de misioneros y prelados que van desfilando por los cuatro primeros libros del historiador colombiano.

Tomadas en conjunto, las notas (unas 323 del Sr. Caracciolo Parra y 238 del P. Mesanza) suman tanto como el texto. Algunas son muy extensas y de excepcional valor, como por ejemplo las dos referentes al episcopado del P. Tomás Ortiz, que zanján en forma definitiva el embrollo que sobre su episcopado había en los historiadores antiguos y modernos.

En las citas hubiéramos deseado alguna mayor precisión, o por lo menos que al señalar en el prólogo las fuentes, se consignasen los datos bibliográficos que hoy se

exige en esta clase de estudios, por haber enseñado la experiencia su positiva utilidad.

En la reproducción del texto, se ha conservado demasiado escrupulosamente *lo material* del mismo, como la ortografía y las referencias o citas, que estarían mejor en notas al margen, en lugar de ir con tipo grueso como enunciados dentro de la caja de impresión. *Ne quid nimis!*

Rara vez se encuentran en las notas esos términos y giros americanistas, que a los que vivimos en la antigua metrópoli tanto nos desagradan, a pesar de la carta de naturaleza que van obteniendo con el uso, por su origen bastardo o por haber suplantado subrepticamente a vocablos clásicos. Todavía se ha deslizado alguno, como *constancia*, de «constar», por *testimonio*, *intocado* por *intacto*, *tesoneramente* en vez de *con tesón*.

Felicitamos sinceramente a los autores de esta obra y al impresor de la misma, por el acierto y diligencia con que han sabido llevar a cabo una empresa de trascendencia para la historia de los pueblos hispanoamericanos.

FR. V. B. DE H.

Manuel de Diplomatie française et pontificale.—*Diplomatique générale avec un album de 54 planches en phototypie*, por A. de BOÜARD, Profesor de la «Ecole des Chartes». En 8.º, 400 págs. y un fascículo de 50 páginas con la transcripción de las láminas. París. A. Picard, 82. Rue Bonaparte. 1929. Precio, 150 frs.

En este *Manual* intenta Bouard poner en orden y sintetizar las enseñanzas fundamentales que se derivan del cúmulo de material diplomático publicado hasta el presente. Armonizando la concisión con la utilidad, selecciona aquellos elementos que interesan inmediatamente a la crítica histórica. «He procurado—escribe él en el prólogo—extraer y presentar en forma sistemática todo lo que hay de asimilable en los resultados de investigaciones, frecuentemente abstrusas».

Este volumen, primero de los tres de que constará la obra, contiene las nociones preliminares, el estudio del génesis e historial de las actas o diplomas y de sus caracteres externos e internos, dedicando el último capítulo a los signos y modos de validación. En otros dos volúmenes se analizarán más en particular las actas públicas y privadas, que forman las dos categorías en que pueden clasificarse los diplomas.

La exposición es clara y ordenada, accesible a los iniciados, y al propio tiempo útil a los profesionales por la cantidad extraordinaria de referencias bibliográficas que se incluye en las notas.

La colección de láminas en fototipia que acompaña a la obra, facilita en gran manera la aplicación práctica de los principios y reglas que se exponen en el texto.

Este primer volumen, a pesar de la preferencia que en él se da a las actas o escrituras de origen francés, por su carácter general puede sernos de provecho a los españoles, que carecemos de un tratado moderno y adecuado para los estudios diplomáticos.

FR. V. B. DE H.

Geografía de la Argentina, por Franz KUHN. Págs. 202, con 24 ilustraciones. Editorial «Labor». Ayala, 49 dpo. Madrid, 1930.

Perogrullada es notar los aristocráticos arreos tipográficos con que la editorial «Labor» alhaja sus ediciones. En «Geografía de la Argentina» brillan la exposición metódica, exuberante de datos, armoniosa en el desarrollo y limpia de lirismos. Dice el autor: «Pero España mantiene otras relaciones imponderables con la República Ar-

gentina: la vinculación íntima en toda la vida espiritual. La mentalidad argentina está impregnada por el «hispanismo», que amalgamado con la propia esencia americana ha dado origen a la cultura «ibero-americana». La existencia de esas relaciones de raza, lengua y cultura impone también como un deber moral al público español el de conocer el país ibero-americano más importante, de saber algo de su naturaleza, de sus habitantes, y de formarse una idea sobre el régimen económico-político de la grande y próspera República a la que corresponde la hegemonía material e ideal entre todos los Estados de la América española. Contribuir a tal conocimiento, facilitar tal orientación dentro del alcance de un manual poco voluminoso, es la finalidad que la casa editora y el autor han tenido en cuenta al publicar el presente libro» (190). Doy fe que lo han conseguido.

FR. A. CARRIÓN.

Macé y la enseñanza obligatoria, por G. COMPAYRÉ. *Horacio Mann y la Escuela pública en los Estados Unidos*. Traducción y adaptación por L. GUTIÉRREZ DEL ARROYO. Págs. 144 y 169. Pr. 5 ptas. cada tomo. Ediciones de «La Lectura». Espasa-Calpe, Apart. 547. Madrid, 1931.

Desarrollándose en el primer libro el relato de la actividad desplegada por Macé, iniciador e implantador de la escuela francesa laica, obligatoria y gratuita, la honradez y objetividad históricas piden de consuno que se hable a la par de la campaña que contra ese funesto método docente sostuvieron los católicos Lammenais, Lacordaire, Didón, Monsabré, Dupanloup, Segur, Ozanam, Montalembert, que propugnaban la escuela obligatoria y gratuita, pero no la querían laica ni neutra, puesto que, excluyendo de la Escuela la enseñanza de la Religión, fácilmente concluirían los niños que las ideas religiosas, inculcadas por sus padres y por los sacerdotes, son anticientíficas e indignas de vivirlas fuera del hogar. Aun con lo más elemental de la enseñanza escolar forzosamente se rozan puntos religiosos y de ellos ha de tratarse resolviéndolos en pro o en contra de la Religión. «La escuela laica—decía a los maestros en 1909 Dequaire Grobel, Inspector de Instrucción pública—es una máquina de guerra contra el catolicismo... La escuela laica tiene por objeto formar librepensadores, es un molde donde se mete el hijo de un cristiano y se saca un renegado».

«Iriamos demasiado lejos—escribe Compayré—si atribuyésemos a Macé el mérito de haber inventado nuevos métodos pedagógicos» (40). Y en verdad, es un hábil copista y coloreador del método docente preconizado por Rousseau, Herbert Spencer, Pestalozzi, Fenelón y la señora de Maintenón.

La estilística y el léxico castellanos salen con las manos en la cabeza en esta traducción, en la que, como en tantos otros escritos y conversaciones, el adjetivo «pequeño» lleva camino de acabar herodianamente con la alindada tropa de nuestros diminutivos. El traductor, catedrático de la Normal de Albacete, cierra ferozmente contra el magisterio español con esta frase, que pide a voz en cuello la suspensión de empleo y sueldo: «Así es de doloroso para cualquier español consciente el saber que la mitad, aproximadamente, de sus compatriotas son analfabetos» (131).

«Mann—confiesa su biógrafo—no puede ser considerado como un pedagogo teórico, filósofo o científico. En sus escritos no hay huella alguna de un espíritu especulativo; en toda su obra se le ve dedicado a lo práctico o útil». (153). «Buscó un plan o esquema con que pudiese laborar en la educación y reforma moral, y no encontrando ninguno que le sirviera en la filosofía y teología corrientes, adoptó las amplias, pero especiosas promesas de Gall y sus discípulos. Aquí está también el secreto de la aceptación de la frenología como esquema de metafísica y de su inclinación a la fisiología para la psicología» (154).

Con la escuela laica francesa está emparentada la ideada por Mann, que mereció

cierta fama en el mundillo de la organización escolar, y que siendo miembro de la confesión unitaria norteamericana, admitía la Revelación, pero no todos sus dogmas. Esto marca el rumbo de sus teorías pedagógicas. En el Congreso de los Colegios de Ohio (1865) Mann hizo que se votase esto: «Los alumnos de una Institución deben cooperar a su gobierno y contribuir a mantener en él el orden» (141). ¡Cómo atrasan los progresistas españoles!

FR. A. CARRIÓN.

Sto. Domingo de Guzmán, Fundador de la Orden de Predicadores, de la Milicia de Jesucristo y del Smo. Rosario, por el P. Paulino ALVAREZ, O. P. Págs. 83. Pr. 1,50 ptas. en rúst. y 2,50 en tela.—**Vida de Sta. Rosa de Lima, Dominica**, con una pequeña novena a la Santa, por el P. Paulino ALVAREZ, O. P. Págs. 73. Pr. 1 pta. en rúst. y 1,50 en tela.—**Sta. Rosa de Lima**, por el P. Leonardo ANSEN, O. P. 2.^a edición. Págs. 598 con grabados. Pr. 6,50 en rúst. y 8 en tela. Editorial de «El Santísimo Rosario». Apart. 1. Vergara (Guipúzcoa).

La editorial «El Santísimo Rosario» regala la vista de sus lectores con obras excelentes por su contenido y por el empaque tipográfico, como estas que han caído en estas notas críticas. Como obras de propaganda presenta el P. Paulino Alvarez, uno de los escritores españoles de pluma más fecunda e incansable, sus biografías sintéticas, y en libros de esa clase no es corriente exigir que se señalen distributivos et concrete las fuentes de todos los hechos que mete en ellos: gozando tranquila fama de inteligente, discreto y veraz, por tal hay que admitirle, mientras no cercenen sus prestigios datos contrarios irrecusables.

Orean las páginas vivaces de ambos libros vientos de la epopeya dominicana; alumbrenlas ráfagas de emoción cordial y entusiasta y exhalan deleite y provecho. La sinceridad engarza la cadena de una erudición sobria, pero lo suficiente fundamentada para acallar exigencias hipercríticas.

La nueva edición de «Sta. Rosa de Lima»—y la Santa haga que venga pronto—seguramente vendrá remozada con los nuevos datos alumbrados en los archivos y poniendo a los episodios admirables más copia de fechas. Así acrecería el valor intrínseco de esta vida portentosa y atrayente, tejida con los testimonios de los confesores, directores y familiares de la Santa peruana, cuyos dichos revalorizan la narración y la tornan más veraz y enfervorizadora.

El pormenorizado relato de la vida sobrenatural que vivió la primera flor de santidad del Nuevo Mundo, parecería de poco mérito, si tal calificativo cupiera en el ejercicio y crecimiento de las virtudes; pero revela muy a las claras que el Señor, como parafrasea el P. Cáceres, cumple en sus escogidos el dicho del Salmista: «Traerte han en palmitas. Te llevarán en volandillas. No te dejarán poner los pies en el suelo; para que no tropieces, para que no te lastimes, hará de manera que no te pongas a peligro de dar de ojos». Leyendo la vida de Rosa de Lima se pegan a los labios aquellas palabras que no se caían de los suyos: «Poned cuidado en ayudarme, pues sois absoluto Señor de la misericordia. Apresurad mi remedio, pues van creciendo muy apriesa mis daños con la tardanza de vuestro socorro». El fuego celestial que ardía indeficiente en el corazón de la Santa, prenda en el de los lectores luz de fe, consuelos y alientos de esperanza y deleite y poder de amor sobrenatural y divino.

FR. A. CARRIÓN.

Dr. Eloy MONTERO GUTIÉRREZ.—**El Matrimonio y las Causas Matrimoniales.** (2.^a edición). 506 págs. en 8.^o Librería de Victoriano Suárez. Preciados, 48. Madrid. 1930.

Forma parte el presente volumen de las *Instituciones de Derecho Canónico* que para los estudiantes de las universidades civiles compuso el docto Profesor de la Central.

La materia va distribuída en tres partes. La primera contiene algunas nociones generales sobre el matrimonio, los derechos que respecto de él competen a la Iglesia y al Estado, con un resumen muy instructivo acerca del *matrimonio civil*, su historia y estado actual en las principales naciones; y por último una exposición sucinta de los cánones concernientes al matrimonio, según se encuentran en el L. III del Código Canónico.

La segunda se ocupa de los procesos matrimoniales, regulados por el L. IV (cc. 1960-1992).

La tercera, que el autor llama *Parte especial*, tiene por objeto el *matrimonio rato y no consumado*, y en ella expone la doctrina canónica, y luego inserta las *Instrucciones* emanadas de la Sda. Congr. de Sacramentos los años 1923 y 1929.

Es tan abundante la literatura jurídica, relativa al matrimonio, así anterior como posterior al Código Canónico, que resulta sumamente difícil escribir sobre él con originalidad, teniendo los autores que navegar entre dos escollos con inminente peligro de chocar contra uno de ellos.

En efecto, algunos son pródigos en citas, siquiera se trate de cosas vulgares y ordinarias que todos tienen que decir, y casi de la misma forma. Otros, tal vez por evadir dicho escollo, dan en el otro, más reprehensible, de transcribir párrafos y más párrafos de obras ya publicadas, sin tomarse la molestia de indicar de dónde los toman, viniendo a resultar de ahí que para muchos lectores pasa como original lo que en realidad de verdad es un simple plagio. Lamentamos tener que decir que el libro que reseñamos adolece de este último defecto, pues en él se encuentran bastantes cosas tomadas literal o casi literalmente de las obras de Wernz (*Jus Matrimoniale*) y de Viscont (*De matrimonio rato et non consummato*), advirtiendo que no se trata de nociones generales y comunes, de esas que pudieran contarse entre los bienes del dominio público; sin que, por otra parte, la traducción en lengua vulgar sea título suficiente para venderlas como propias.

Nos abstenemos de transcribir párrafos en confirmación de nuestro aserto, por no alargar demasiado esta nota bibliográfica y por no creerlo necesario. Si alguno pusiera en tela de juicio nuestra aseveración, no tiene más que confrontar esta obra con las mencionadas y se convencerá.

Es en verdad molesto para el encargado de hacer una reseña tropezar con estas cosas y tener que advertir de ellas al público, pero el silencio en tales casos, no por ser más cómodo y expedito es menos culpable y reprehensible. El público tiene derecho a que no se le engañe.

FR. S. A.

Dom Alfonso M.^a GUBIANAS, O. S. B.—**Nociones Elementales de Liturgia.** XVII-863 págs. en 4.^o Rafael Casulleras, librero-editor. Clarís, 15. Barcelona. 1930.

Bien conocidos son de todos el esmero y fruto con que los preclaros hijos de S. Benito cultivan los estudios litúrgicos. Mas si alguna prueba fuera menester, la ofrece el presente *Manual*, en el que bajo los epígrafes generales de *plegaria litúrgica tiempo y lugar de su celebración y actos* que la integran, se expone con claridad y maestría cuanto de más importante se encierra en el Misal, Breviario, Martirologio, Pontifical

y Ritual Romanos, Ceremonial de Obispos y disposiciones de la Sda. Congregación de Ritos. Excederíamos los límites de esta reseña si quisiéramos entrar en detalles. Baste, pues, con decir que no dudamos en recomendarlo como libro de texto para los Seminarios y centros de estudios de los Institutos religiosos que siguen el rito romano.

FR. S. A.

El Nuevo Testamento de N. S. Jesucristo, publicado con divisiones lógicas y notas por el P. Carmelo BALLESTER NIETO, C. M. Barcelona. Librería-Casa Editorial Rafael Casulleras, Claris 15. 1929. Pr. 5 ptas. en tela.

Bien venida sea esta nueva edición del N. Testamento, que sin duda contribuirá a difundir tan santa lectura. Tres cosas hemos de advertir en ella. El texto castellano, que es el de Torres Amat bien conocido. Las notas del P. C. Ballester, que están muy lejos de formar un comentario; pero que todavía ayudan a la recta inteligencia del texto. La edición de bolsillo de tipo hermoso, distribución del texto correcta, con epígrafes en caracteres claros para cada sección, y en el margen indicaciones más detalladas del contenido del texto. Va también ilustrado con dos mapas. A esto se agrega la economía del precio.

FR. A. C.

Origine et Evolution de la Religion. Les Theories et les Faits par le P. W. SCHMIDT, traduit de l' allemand por A. LEMONNYER, O. P. Págs. 360, en 8.º Bernard Grasset. Rue des Saint-Peres, París (VI.º)

El autor de la obra es bien conocido por sus estudios de Etnología, y esto es la primera recomendación del libro que ofrecemos a nuestros lectores. El tema es por demás atrayente, el origen y la evolución de la religión, estudiados, no a la luz de la teología o de la filosofía, sino de la ciencia positiva, de los hechos que la Etnología nos ofrece. Al problema propuesto se habían dado múltiples soluciones, todas calçadas en el principio evolucionista. El autor expone estas soluciones para venir a la que constituye la tesis de su libro. Contra las teorías evolucionistas, de tendencia más o menos materialista se levantó Andren Lang, defendiendo la tesis de que en los pueblos primitivos se conserva la idea y el culto de un *Sér Supremo*, único, creador o hacedor del mundo, proveedor del mismo, autor de la ley moral, etc., aunque estas ideas y el culto de este Sér Supremo se hallen oscurecidos por una extravagante mitología, por prácticas mágicas, etc. Esta tesis fué de nuevo estudiada y confirmada por el padre W. Schmidt, y aunque recibida al principio con indiferencia, ha venido en los últimos decenios a obtener carta de ciudadanía entre los cultivadores de la Etnología y de la Historia de las religiones.

El P. Schmidt la desarrolla ahora según el *método histórico cultural* aplicado a la civilización de los primitivos. La tesis defendida con los documentos etnológicos es de sumo interés, así para el estudio de la historia de las religiones, como de la apologetica. Gracias sean dadas también al traductor por haberla puesto al alcance de muchos lectores, que no podrían aprovecharse del original alemán.

FR. A. COLUNGA.

Dominicans in Early Florida by the very Rev. V. F. O' Daniel O. P. S. T. M. Litt. D. New York. The United States Catholic Historical Society. 1930. Págs. VIII-230, en 4.º

Por muchos motivos sentimos grande satisfacción en presentar a nuestros lectores esta serie de biografías de los primitivos misioneros de la Florida, escritas e impresas

en los Estados Unidos. Es un hecho bien conocido que la gloriosa epopeya de la evangelización americana está sin escribir y por eso nos alegramos de esta contribución prestada por el dominico norteamericano. Su criterio nos lo declara el prólogo. Otro hecho de los que hacen época en la historia del mundo es la parte de las Ordenes Religiosas en la civilización de los aborígenes de la América Española. Aunque los Dominicos no hayan sido los primeros en acudir a América, figuran sin embargo entre los primeros en la instrucción y cristianización de los Indios. Sobre todo se distinguieron en la defensa y protección de los indígenas. A juicio del autor los esfuerzos de los Dominicos por esta causa forman uno de los más brillantes capítulos en los anales cristianos. No es necesario discutir la dureza de los Españoles hacia los Indios. Baste decir que los enemigos de la Iglesia han ido más allá de lo justo. Por fortuna la reacción ha comenzado ya; pero debemos esperar que no se vaya al otro extremo, porque la verdad tal vez se halla en el medio. Los aborígenes de la América Latina vivieron mucho mejor bajo el poder de los Españoles, que los de los actuales Estados Unidos bajo el poder de los conquistadores ingleses. Con todo no hemos de negar que, como siempre ocurre en semejantes casos, se haya procedido con injustificada crueldad contra los naturales de las regiones que están al S. de nosotros. A esta ruinosa opresión se opusieron los Hermanos Predicadores. Creemos una verdad palmaria que el hecho de que haya tantos Indios en las varias repúblicas hispano-americanas, es en no pequeña parte, debido al esfuerzo de los hijos de Sto. Domingo por proteger a los débiles e incivilizados antepasados de la raza. Y no necesitamos decir más en honor de aquellos valientes misioneros, desde el punto de vista de la caridad, la benevolencia y la filantropía.

A la luz de estos principios nos relata la bibliografía de unos veinticuatro misioneros a la cabeza de los cuales figura el venerable P. Fr. Antonio de Montesinos, iniciador de la primera misión dominicana que salió de Salamanca y de España. Mil plácemes al P. O' Daniel por su obra y por el espíritu que la informa.

FR. A. COLUNGA.

Konfessionskunde. *Ein Handbuch der christlichen Kirchen und Sektenkunde der Gegenwart* von D. Konrad ALGERMISSEN, Leiter des apologetischen Dezernats an der Zentrale des Volksvereins für das katholische Deutschland. (Zugleich vierte, vollständig neu gearbeitete Auflage von «Christliche Sekten und Kirche Christi». 1930. Verlag Joseph Giesel, Hannover, 1. S. Págs. XVI-848 en 4.º Pr. 12 y 13 mk.

La literatura protestante sobre la unidad de la Iglesia es hoy muy rica; esta obra de un doctor católico la viene a aumentar, y el autor la dedica cortesmente a todas las almas nobles que trabajan en la grande obra de la unión de la Cristiandad. El plan de la obra es amplio y bien concebido, y en radical oposición con el criterio protestante, sobre todo el que hoy prevalece en este movimiento unitario. Después de dos capítulos introductorios sobre la Iglesia y las sectas, comienza por exponer la naturaleza y la doctrina de la Iglesia Católica. Es un compendio de Teología, en cuya aceptación consiste la unidad católica. Una segunda sección contiene las sectas que en los tiempos modernos se han separado de la Iglesia Católica, exponiendo su origen, desarrollo, doctrina, extensión, etc. Son éstos, el catolicismo alemán del s. xix dominado por el racionalismo, la iglesia checo-eslovaca, el aglipeyismo de Filipinas, los viejos católicos y otras sectas o tentativas de secta de menor cuantía. En la misma forma consagra una tercera parte a la Iglesia ortodoxa, a sus iglesias nacionales y a las sectas de ellas derivadas. La cuarta parte dedica al Protestantismo, primero de la Europa Continental, luego de Inglaterra y después de América, exponiendo las vicisitudes de su historia, sus divisiones, sus uniones, sus doctrinas, etc. La quinta y última parte trata de los esfuerzos que se han hecho y se hacen hoy para lograr la unidad de la Iglesia.

La obra está notablemente documentada y es de sumo interés para conocer una parte tan importante de la Historia Eclesiástica y no fácil de estudio para los católicos por la escasez de nuestra literatura sobre muchas de esas sectas. Es también muy importante para apreciar el actual movimiento hacia la unidad, pues nos muestra el verdadero estado de las iglesias y sectas separadas de Roma y la posibilidad de su unión, atendida su doctrina actual y su historia pasada, y nos hace apreciar mejor la unidad de la Iglesia Católica.

FR. A. COLUNGA.

MAX PRIBILLA, S. J. — **Um Kirchliche Einheit.** *Stockolm, Lausanne. Rom.* Geschichtlich-theologisch Darstellung der neueren Einigungsbestrebungen (Veröffentlichung des Katholischen Akademikerverbandes) gr. 4.^o XII-332. Freiburg im Breisgau. 1925. Herder. Prec. 8,50 y 10 mk.

Los que tengan noticias del actual movimiento ecuménico hacia la unidad en las iglesias separadas, comprenderán la oportunidad y la significación de esta obra. En 1925, después de largos trabajos de preparación, se reunió en Estokolmo la *Conferencia Universal Cristiana por la Vida y la Acción*; dos años más tarde se juntó otra semejante en Lausanne para discutir los problemas propiamente religiosos, la fe y la constitución de la Iglesia, con la mira de procurar la unión de todas las iglesias en la universal y católica Iglesia de Cristo. El Sumo Pontífice Pío XI contestó a las reiteradas invitaciones, que en una y otra forma le fueron hechas de tomar parte en dichas asambleas con la encíclica «*Mortalium animos*», en que expone el concepto católico de la Iglesia y de su unidad, bien distinto del que inspira a los promotores del movimiento ecumenista y prohíbe a los católicos tomar parte en el mismo. La obra del P. PriBILLA responde bien al punto de vista católico de este movimiento, exponiendo en su obra la acción de las Conferencias de Estokolmo y Lausanne y los principios directores que en ellas imperan, y luego la actitud de Roma y sus fundamentos, el concepto de unidad en la fe y en la acción según la doctrina católica. La obra está muy bien documentada, gracias a la muchedumbre de obras oficiales y privadas que sobre la materia llevan publicadas los protestantes.

FR. A. COLUNGA.

The Stockolm Conference 1925. Being official report of the Universal Christian Conference on Life and Work, held in Stockolm, August 19-30, 1925, edited by G. K. A. Bell, Dean of Canterbury. Oxford University Press. London, Humphrey Milford. 1926. Págs. XVI-791, en 4.^o Pr. 12,6 sh.

Los actos de esta asamblea en que se han reunido representantes de casi todas las confesiones cristianas, excepto la Iglesia Católica, para discutir los actuales problemas de orden económico, social, internacional y religioso, que afectan al mundo, y darles una solución conforme con los principios del Evangelio, han sido publicados en varias lenguas. La presente en lengua inglesa contiene cuanto se necesita para conocer los orígenes de la Conferencia, su preparación, su desarrollo y sus resultados inmediatos. Es la verdad oficial acerca de la Conferencia; esta es toda la verdad histórica, es ciertamente la verdad sustancial. En otro lugar de esta revista estudiamos la Conferencia de Estokolmo y su significación en el movimiento ecuménico moderno y tomando por base nuestras informaciones el presente libro.

FR. A. COLUNGA.

Compendium Historiae Ordinis Praedicatorum. Scripsit Angelus MARÍA WALZ, O. P., S. T. D., Archivarius, Professor apud «Angelicum» de Urbe. Romae. Librería Herder. 1930. Págs. XIV-664, en 4.º

Hemos de comenzar felicitando al P. A. Walz, porque al fin haya llegado a darnos lo que todos deseaban, un compendio de historia de la Orden, bien planeado y apto para dar a quien lo estudie una idea de la historia de la Orden de Sto. Domingo y de su desarrollo. Es lo más que se puede exigir de un manual. En aumentar la riqueza de información y la precisión de cada uno de los capítulos de la Historia toca a todos trabajar, por que cada día salga la obra más perfecta. No es posible pedir a un solo hombre que abarque en todos sus detalles la historia toda la Orden, de sus provincias y de cada uno de los religiosos o sucesos que forma la historia, ligada frecuentemente a la historia política, militar, cultural de cada nación. No dudamos que los eruditos de cada provincia echarán de menos muchas cosas, que a ellos les atañen, que no estén de acuerdo con el autor en cosas que tocan a la historia general de la Orden; sin duda será él quien primero reconozca estas deficiencias y se hallará en disposición de ir las poco a poco corrigiendo, si para ello le asiste el favor y ayuda de todos los que en diversos modos estamos obligados a favorecerle. Por esto no nos detenemos a señalar defectos en particular, antes reiteramos nuestra felicitación, esperando que pueda repetirse las ediciones cada día más perfectas.

FR. A. COLUNGA.

El Estatismo y la Educación nacional en los países civilizados. Estudio crítico comparado, por el P. Teodoro RODRÍGUEZ, O. S. A. V. III. Páginas 574. Pr. 7 ptas. Imprenta del Real Monasterio de El Escorial. 1931.

Que el Señor conserve tan recias y animosas las fuerzas espirituales y corporales del veterano P. Rodríguez, y que en los trabajos, cuyos lizos tiene puestos en el telar pedagógico, no se le vaya de la memoria el que las manos femeninas, hasta anillargas y pintadas, de muchos varones de hogaño sostienen libros voluminosos si en papel pluma llevan impresas ideas esponjosas y fluviales.

Sobre el breve relato de la legislación escolar en los países civilizados, pasea el autor una mirada atenta, sagaz, ávida, escudriñadora, mirada de especialista que registra hasta el tuétano de las cuestiones, «demostrando lo digno de elogio o de censura, y haciendo notar los puntos de coincidencia y discrepancia de unas legislaciones con otras». Diríase que un diablillo psicológico mete la sonda en el meollo del Estado docente, lo desmenuza y, con el análisis a la vista, la pluma del autor, quien, «totos nervos contendere statuit», corre con la agilidad del perito, que, si en ocasiones se desborda frente a los desmanes del Estatismo docente, no se acobarda como novel contrabandista en presencia de veterano carabiniro. «Como el libro tiene fines doctrinales y no históricos, confiesa el P. Rodríguez, aprovechamos todas las ocasiones para la siembra de ideas». La siembra está hecha; quiera el Señor que fructifique.

Se mete corazón en la vida oyendo la voz serena, recia, clara, masculina del teólogo-pedagogo discutiendo, y no al aire, con principios jurídicos respectivos lo que se trata de resolver con ideologías frenéticas, neurasténicas, cucas o eviradas. Contra los pseudocientíficos o sofísticos, que vegetan en las ramas de la cultura, échese mano de los principios jurídicos de cada rama, y a mal dar, queda expedito el recurso preconizado por los escolásticos «contra principia negantes».

Bien hayan los teólogos que, como el P. Rodríguez, transfunden la sangre arterial de la Teología en los problemas contemporáneos, volviéndola a los carriles por donde la llevaban los teólogos salmantinos del siglo XVI. Y da pena y mueve a compasión ver a otros teólogos emparedados en sus torres de marfil, gastando los ojos

sobre libros de antaño, emballenando sus cerebros con términos y sapiencias, sin asomar la investigación al mundo actual, ni abrir los oídos de la curiosidad al rumor oceánico de las ideas que pasan con ímpetus de renovación, con las algareras aclamaciones de juventud revolucionaria. Poco o nada saben de las alegrías del inquieto vivir presente. De cuando en cuando la llamarada de una alegría otoñal y romántica les calienta los huesos, les hace perder su circunspección y serenidad habituales y les pica el corazón como una pimienta, descuartizando los errores de Berengario o mesando a David de Dinant sus barbas, ya repeladas de un tirón por el pacato y parsimonioso Fr. Tomás de Aquino. ¿No perderán esos tales «el sudor y el aceite»? Contemplando su proceder, se despierta el ansia de aplicarles estas palabras de Báñez, enderezadas a los murmuradores de la Teología escolástica: «Téngolos por semejantes a los galgos camastrones y pasicortos, que no pudiendo ir a los alcances de la liebre veloz, ladran con furia contra los que se les adelantan siguiendo la caza.

FR. A. CARRIÓN.

Historia de la Literatura Argentina, por C. AYALA DUARTE. Edit. Sur-América. Caracas. 1930. Págs. 195, 16 × 23 cm.

Con maestros tan madurados y sazonados como Menéndez Pelayo, P. Blanco García, Bello y Valera no ha sido obra de romanos para el Sr. Ayala Duarte, dominador de la historia argentina, escribir la Historia de su Literatura. Pero, sí lo ha sido encerrarla en 195 páginas por las que desfilan modelos de composiciones literarias, noticias y críticas de autores, unos que se mantienen en pie por su propio esfuerzo y hacen senda, otros Prometeos de baratillo, Sísifos del ideal literario y tenaces galeotes de la pluma, que pululan en todas las democracias alborotadas y turbulentas.

¿Qué influencia tuvo en las letras rioplatenses el santanderino Fernando de Velarde, poeta de inmensa reputación y dilatado magisterio en la América española, y cuyos versos se aprendían de carretilla y recitaban a coros los miembros de la «Bohemia literaria»? Ricardo Palma le apellida «Gran Capitán de la Bohemia limeña» y es creíble que por él se dejaran influir los literatos argentinos cuando emigraban por tandas.

Mal se avienen escribir en castellano y pensar a la francesa, teutona, británica, etcétera. Mejor suerte hubiese corrido la Literatura en la Argentina, si dejando las trochas y veredas extranjeras, hubiera ido por el camino real de los ideales indígenas y de la raza, conservando amorosamente las tradiciones históricas, jardines de selección para la Ciencia y las Artes y para la generosa, fecunda y dinámica voluntad de vivir la propia vida sin vasallajes a modas y novelorías extrañas.

Nueva y más abundante cosecha de laureles espera al Sr. Ayala Duarte, si en las escuelas de la Argentina se graba el epigrama que en las de España pedía Ganivet, calcando a S. Agustín, se escribiera: «Noli foras ire: in interiore Hispaniae habitat veritas»...

FR. A. CARRIÓN.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana. Apéndice: T. I, A. Bech; págs. VIII-1450. T. II, Bed-Ceq; págs. 1428. Espasa-Calpe. Ríos Rosas, 24. Madrid.

Con la gallardía de los vencedores en buena lid toca la editorial Espasa-Calpe la meta de su monumental Enciclopedia, libro de información y consulta en las bibliotecas nacionales y extranjeras. Recogen los tomos del apéndice rectificaciones, omisiones, adelantos y descubrimientos, prodigándose, con la liberalidad típica de esta editorial bien afamada, fotograbados, mapas, planos, láminas en colores...

Presupuesto el contenido de este linaje de obras, su juicio certero demanda al crítico omnisciencia, y, pues, lejos estoy de ella, salvo el compromiso de juez notando que tropecé con artículos inmejorables, notables, bien trabajados; con otros medianos, y con los que pecan por exceso de alabanzas y por falta de objetividad. Si fuera factible, rogaría a la Dirección que examinara detenidamente los trabajos del Apéndice para que no se cuelen juicios en pugna con la realidad. Y antes de señalar el fundamento de la anterior petición, manifiesto mi extrañeza de que se haya omitido la bibliografía de Bronw Scott (James), uno de los hispanófilos más serios, autoridad suprema en Derecho Internacional, cuya paternidad atribuye a Fr. Francisco de Victoria, de cuya Asociación es socio y cofundador Camilo Barcia Trelles.

Santiago Alba y Bonifaz será todo lo que dice el biógrafo, pero dejó en el tintero su censurado proceder con Basilio Paraíso; en la crisis del *papelito*; en el Ministerio Nacional; en el proyecto de beneficios extraordinarios, y en el sonrojante rescate de los prisioneros de Alhucemas. De no haber perseguido, con la complicidad de unos magistrados complacientes y la de los jefes socialistas de Bilbao, a Oscar Pérez Solís, el Comunismo español no hubiera llegado tan pronta y orgánicamente a la pujanza que tuvo.

¿Cómo se ha omitido en la biografía de Benedicto XV el hecho significativo de que durante su pontificado las naciones representadas en el Vaticano pasaran de 14 a 26, y el de la estatua—única existente en Constantinopla—que le costearon y erigieron las religiones acatólicas que vivían en el Imperio turco?

De Blasco Ibáñez se habla en tono apologético tan agudo y sostenido, que requiere un toque con sordina. Dejaré su malhadada actuación en la política española; pero es imposible pasar por alto aquel infame folleto contra España, publicado en 1921, en el que, entre otras infamias, se estampó esta: «El país de Don Quijote se ha convertido en el de Sancho Panza: glotón, cobarde, servil, grotesco, incapaz de ninguna idea que exista más allá de los bordes de su pesebre». Del episodio de la colonización en la Argentina quedaron cien familias valencianas engañadas y abandonadas en la miseria, más un proceso en que se condena a Blasco en rebeldía y por estafa.

Levantó, sí, figura en el campo de la Novela escribiendo cuadros de costumbres levantinas, especialmente valencianas, y rebajó su talla de novelista cediendo a la manía senil de pergeñar libros voluminosos y en serie, como los autos de Ford. En Francia era poco conocido y se le tenía por un medianejo discípulo de Zola. Y por la prensa rodó, con estruendo de artillería, lo poco que le pertenece en *Sónnica*, *La catedral*, *Sangre y Arena* y *La Maja desnuda*.

FR. A. CARRIÓN.

La Conversión de la Magdalena, por MALÓN DE CHAIDE. Edición, prólogo y notas del P. F. GARCÍA, Agustino. Ts. I y II. Págs. 291 y 292. Pr. 5 pesetas cada tomo.—**Cartas filológicas**, por FRANCISCO CASCALES. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano. T. I. Págs. 268. Pr. 5 pesetas. Edit. Espasa-Calpe. Apart. 547. Madrid. 1930.

El prologuista y anotador de «La conversión de la Magdalena» escribe como lo demandan las circunstancias: en presa de centenario. En la parte biográfica nos quedamos a medias mieles. Tan interesante como resultará la actuación universitaria de Malón, poeta muy estimable y con alientos para escalar las cumbres del Parnaso si no hubiera dejado enmohecer la lira que le cupo en suerte. El entendimiento, más que el corazón, dió aires de vida a este libro, que, si es modelo de la lexicografía y estilística castellanas, no pertenece a los diestros sondeadores de los misterios psicológicos, ni a los expendedores de la conmoción y ternura del alma.

Aquellos «hoscos pedagogos y retardatarios summulistas», a que alude el P. García,

escribían en latín porque era lengua científica internacional, no por enemiga ni menosprecio al idioma vernáculo, que aliquando manejaban con soltura y gallardía. Por estos claustros santistefanianos pasean las sombras de los PP. Lope Barrientos, Juan López, Pablo de León, Melchor Cano, Domingo de Soto, Juan Gallo, Antonio de Cáceres, Hernando del Castillo y de aquel Fr. Alonso Gutiérrez, algunos de cuyos «sermones en suma, escritos de mi letra», dice Fr. Luis de León que tenía en sus cartapacios (Doc. ined., X, 239).

Salgan a luz las lecturas de Sagrada Escritura, dadas por Malón en diferentes universidades, y tendremos el génesis y desarrollo de «La conversión de la Magdalena», en cuya composición diárase entran trozos de sermones, ateniéndonos a estas frases del autor: «...quiero pedir licencia para no guardar en este tratado o sermón el estilo acostumbrado del predicar...» (81). «Y así pretendo despedirme en este mi sermón de las leyes y preceptos que dan los más acertados predicadores...» (82); las últimas líneas del Prólogo están cortadas al talle del final de los exordios.

Además, el tono altisonante y grandilocuo de muchos párrafos pertenece por derecho y de hecho a la oratoria y no a la didáctica, ni aun en su forma expositiva. Y si en un sermón es difícilillo sostener el tono de la elocuencia opulenta y rozagante, mucho más cuesta arriba resulta ese empeño en un libro, y de ahí las caídas estilísticas de Malón, faltas que excusan y perdonan el sano delirio y noble afán de hacer gala y mostrar la opulencia y fastuosidad del idioma castellano. Malón y el autor de la «Pícara Justina», pecaron de prodigalidad y se perdieron en vagabundeos lastimosos de palabras, frases y notas de erudición.

De la frase «Aristóteles escribió con tanta obscuridad como si no escribiera» (69), mal sale «la hosca antipatía» de Malón al Peripato. Tres líneas más abajo dice Malón: «...y así escribieron los más graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo [de] enigmas y figuras», y en la página 71 estampó: «Y Platón, Aristóteles, Pitágoras, y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano, porque lo digamos así, de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían y hablaban de ello»...

Si se tratara de otro escritor menos abastado que Fr. Luis de León, daban pie para colgarle el sambenito de plagiatario estas palabras de Malón de Chaide: «...en cuyo principio (del Libro tercero de las Nombres de Dios) hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo había escrito a este mismo propósito» (67), el de escribir en castellano. Verosímil es que, conversando ambos agustinos en el convento salmantino, se entrometiera en las conversaciones ese tema, y como Fr. Luis era muy dado a recoger en sus cartapacios las ideas que solicitaban su atención y reflexión, cátese explicado el misterio a que alude Malón de Chaide.

Y porque esta nota ha crecido tanto, vuélvansen al tintero ciertos reparillos con que apostillé algunas notas de la presente edición.

—Francisco Cascales, el Pinciano y González de Salas son para Menéndez Pelayo «la luminosa triada de nuestros preceptistas del buen siglo». Esto basta para aplaudir a la editorial Espasa-Calpe que nos da las diez «Cartas Filológicas», las que, al decir de su autor, son un minero de «letras humanas, varia erudición, explicaciones de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres y muchas sentencias exquisitas», pero algunas de ellas ateadas por las menguadas ideas de los falsos Cronicones forjados por Román de la Higuera y por un airecillo volteriano tratando del androgynismo de los ángeles embajadores en la tierra.

Bien están las notas históricas intercaladas por el prologuista, que se ha mostrado avaro en las indicaciones lexicográficas, hoy tan indispensables, ya que corremos la desgracia de que haya muy pocos lectores capaces de aprovechar las luces, flores, gala y rodeos en el decir castellano.

Voy a permitirme anotar algunas equivocaciones en que estimo ha caído el señ^{or}

García Soriano, o no ha subsanado en la presente edición. No hay tal árbol *teja* (61); es tejo; *escapo* no es equivalente de escape; es una errata (106); «como son las historias, las repúblicas del mundo» (111), pide esta puntuación: como son las historias [de] las repúblicas del mundo; «...que la mala colocación de las palabras cause [n] confusión, se ve claro...» (193), sobra la *n*; *angelicáis* (83), forma de angelizar, es sublimar el pensamiento humano hasta hacerlo angélico, dándole pureza, intuición, sutileza, claridad; significando, como quiere el prologuista, extasiar o arrobar, resulta una redundancia innecesaria, puesto que Cascales pone a seguida «transportáis mi pensamiento»; los ejemplos aducidos en la nota (20), página 111, demuestran que ahí *divertirse*, vale tanto como tener varias ocupaciones; la nota (10) de la página 144 es un dislate: Cascales se inclina a la opinión de Cayetano, «aunque dicen santos», esto es, aunque hay santos que dicen; «rematar la plana» (189), vale por morir, rematar una ocupación, sin que tenga que ver ahí nada «la plana mayor del ejército».

FR. A. CARRIÓN.

Conferencias sobre la Vida Religiosa, por monseñor Juan BOURCHANY, Obispo Titular de Hadrumeta, auxiliar del Emmo. Card. Maurín, arzobispo de Lyon. Versión de la segunda edición francesa, por Angel Carbonel, Pbro. (Biblioteca del Orador XXVI). Un tomo en 8.º, de 265 págs., a 4,50 ptas. en rústica y 6,50 en tela. Eugenio Subirana, Editor Pontificio. Puer-taferrisa, 14. Barcelona, 1930.

El amor que Mons. Burchany siente por la vida religiosa le hizo componer estas instructivas y bien pensadas Conferencias. No es este uno de tantos libros como se editan para darse a conocer el escritor; es un libro cuya lectura es útil y provechosa para los religiosos de uno y otro sexo, no menos que para los directores o predicadores. No debe faltar este libro en ninguna comunidad religiosa especialmente de mujeres.

E. G. F.

Geografía de México, por el Prof. Jesús GALINDO VILLA. Volumen 275 de la *Colección Labor* (Sección VII). Geografía. Biblioteca de Innovación Cultural. Un tomo de 223 págs., con 58 figuras, 16 láminas y 2 mapas en color.

Aunque no tuviera este libro otro atractivo que el de sus cualidades exteriores; esmerada impresión, hermoso papel, nitidez de tipos y volumen cómodo para su fácil manejo, ya se haría recomendable, y las cinco pesetas que cuesta no nos parecerían del todo perdidas. Pero este libro a estas cualidades exteriores, une lo que es de más estima en libros que no se compran para adornar estantes; contiene valiosas enseñanzas, está muy bien escrito y se lee con utilidad y gusto.

El Sr. Galindo luce sus profundos y variados conocimientos geográficos y con la Geografía relacionados, con amor comunicativo. Habla con entusiasmo de su patria, de su hermoso cielo, de su fértil tierra, de sus ricas minas, de sus insuperables pozos de petróleo, etc.

Para la madre España, para sus valientes y atrevidos conquistadores, para sus incansables misioneros y para sus prudentes y paternales virreyes tiene continuas alabanzas.

E. G. F.

Le Vrai Visage de Saint Alphonse de Liguori. De ses portraits a son portrait, par le R. P. Charles KEUSCH, C. SS. R. 1 vol. 16 × 25, 110 páginas, orné de 18 planches hors-texte et de 20 in-texte, 30 frs. Bloud et Gay, rue Garancière, 3. Paris (VI). 1931.

Con motivo del centenario que se acerca (1732-1932) de la fundación de la Congregación de los Redentoristas se propone el autor del presente libro publicar, bajo el título genérico de «Le Vrai Visage de Saint Alphonse» una serie de estudios de carácter iconográfico, psicológico e histórico sobre el santo Doctor. El presente, subtítulo «de sus retratos a su retrato», es una introducción al gran estudio. Los retratos que desfilan ante los ojos del lector en el presente estudio son variados en demasía y hasta se contradicen. Esta contradicción que se advierte en el curso histórico de la iconografía de San Alfonso exige una revisión, de la cual salga el verdadero retrato. Esta delicada labor es precisamente la que ha realizado con admirable sentido artístico y crítico el P. Keusch. A continuación de un hermoso prefacio en el que se derraman hermosos pensamientos sobre la belleza, desarrolla su asunto en cuatro substanciosos capítulos: el retrato del santo, los retratos, reconstrucción de la verdad, algunas tentativas. Las descripciones de los biógrafos contemporáneos, la mascarilla mortuoria, sobre todo, y otros muchos elementos los utiliza el autor con discreción y maestría. Luego de hacer un llamamiento a los amigos del arte y a sus hermanos, termina su estudio con un apéndice en el que se ponen una serie de notas sobre las ilustraciones del texto. La presentación material del libro es de un gusto exquisito por la belleza de los tipos y la bondad y hermosura del color del papel. El P. Keusch ha realizado una labor apologética admirable a favor de su santo Fundador. Ya no tenemos a ese San Alfonso de Liguori angustiado, decrepito, escrupuloso y giboso que corre ordinariamente por las estampas y muchos cuadros; el retrato de San Liguori que, gracias al estudio del P. Keusch, tenemos es un trasunto, un reflejo, aunque pálido, del espíritu del Santo. Ahora tenemos un San Alfonso de Liguori de mirar sereno y bondadoso, airoso y erguido, y todo su porte vestido de gallardía y donosura encantadoras. Añádase ese esplendor divino, esa luminosidad sobrenatural indescriptible, hermosa y hechicera, que da a todas las facciones del rostro y a todos los movimientos del cuerpo la vida sobrenatural y divina del alma en los momentos en que vivifica y actualiza todo su ser, y se tendrá el retrato histórico de San Alfonso de Liguori.

FR. J. HEREDIA.

Commentarium Lovaniense in Codicem Juris Canonici. Vol. I. Tomus II. *A Van Hove. De Legibus Ecclesiasticis.* XVIII-381 págs., en 4.º, 40 francos. Mechliniae-Romae. H. Dessain. 1930.

Dos años hace que dimos noticia a nuestros lectores del proyecto que la Universidad de Lovaina comenzaba a realizar, publicando el primer tomo del *Comentario al Código Canónico*.

Tenemos el gusto de ofrecerles hoy la reseña del segundo tomo, debido a la misma autorizada pluma que el primero. Contiene una amplia, profunda, erudita y concienzuda exposición de los primeros 24 cánones del Código, fruto de vasta lectura y reposada meditación, donde con gran dominio de la materia, después de la correspondiente reseña histórica, analiza el contenido de los cánones, enjuiciando las diferentes opiniones y sentencias que acerca de la materia en ellos contenida se han vertido, completando la exposición con cuanto de aceptable y digno de ser tenido en cuenta se halla en las obras de derecho civil y filosofía del derecho.

Entre las cosas que reputamos dignas de especial mención y elogio, señalamos lo

relativo a la potestad de la Iglesia tocante a los actos internos, el capítulo sobre la *interpretación de la ley* y el correspondiente al *antiguo derecho consuetudinario*, referente al can. 5, con cuyas últimas líneas vamos a cerrar esta reseña. «Fatendum tamen est plures consuetudines contra ius non magno negotio auferri posse, quas tamen Ordinarii tolerant, hac forsitan ratione moti, illas consuetudines non esse Codice suppressas, dum tamen simpliciter tolerantur».

FR. S. A.

P. Matthaeus CONTE A CORONATA, O. M. C.—*Institutiones Juris Canonici ad usum utriusque cleri et scholarum*. Volumen II. *De Rebus*. 520 págs. en 4.º, 25 liras. Taurini (Italia). Marietti MCMXXXI.

A su debido tiempo hemos dado cuenta, en esta misma sección, de otras publicaciones del P. Coronata.

No hay para qué repetir las indicaciones generales que hicimos al reseñar el primer volumen de estas *Institutiones*. Será bien advertir que el autor no cumplió la palabra de ocuparse en este segundo volumen de los tres restantes libros del Código, y merece aplauso, porque de otro modo, o había de resultar por demás abultado, o reducir en demasía el contenido. Lo que sí nos ha sorprendido, y en forma poco grata, por cierto, fué la determinación del autor de hacer caso omiso de los sacramentos, remitiendo a la teología moral y pastoral. Permítanos que le manifestemos nuestra disconformidad, al mismo tiempo que le rogamos supla semejante deficiencia—por tal la tenemos—en ediciones posteriores, que no dudamos ha de alcanzar. Más fácilmente le hubiéramos perdonado que pasara por alto lo concerniente a *De locis et temporibus sacris*, cuyo comentario había ya publicado.

En cuanto al método de exposición seguido en este volumen, ténganse por reproducidos aquí los elogios que al primero tributamos, y que pueden ver nuestros lectores en el núm. CXIII, págs. 280-281 de esta revista.

Ojalá que el volumen restante no se haga esperar mucho tiempo.

FR. S. A.

Le «Deo Gratias» d' un Tout Petit: Auguste Magne (1920-29), por Y. d' Jsué. 96 págs., con 28 grabados, 5 francos. P. Lethielleux, editor. París. En España: Librería Herder. Balmes, 22. Barcelona.

Llama la atención en esta biografía de un niño de ocho años el oír, expresado ya por un «párvulo» de comunión frecuente, el agradecimiento para con Dios N. S. en medio de los dolores y padecimientos, siendo este, de ordinario, fruto de piedad madura y experimentada. Este grito de «Gracias, Dios mío», brota de su corazón en lo más acerbo de su padecer, y su última palabra en la tierra da principio a su «Deo Gracias» eterno. Este rasgo personal de Augusto Magne explica el título de estas páginas, y asimismo el de la inscripción entallada en la cruz que cobija su tumba.

No deja de tener, por otra parte, como los demás niños, numerosos defectos, pero con el valimiento de Santa Teresita de Lisieux, su amiga predilecta, combate esforzadamente cuanto pueda retrasar su primera Comunión, sale vencedor de la lucha y se hace el amigo, auxiliador y ejemplar de sus tiernos coetáneos a quienes este libro enseñará el secreto de su victoria.

FR. M. REVERTECAT.

LIBROS RECIBIDOS

- HENTRICH (Dr. W., S. I.)—*Gregor von Valencia*. Josef Habbel. Regensburg, 1930.
- ALGERMISSEN (Dr. K.)—*Konfessionskunde*. Joseph Giesel. Hannover, 1 S. 1930. Páginas XVI-848. 13 Rm.
- MARMIÓN (Dom C., O. S. B.)—*Sponsa Verbi*. Conferencias espirituales. Trad. de Don. R. G. monje de Monserrat. Rm. Monasterio de Monserrat, 1930. Págs. 156. Precio 2,50 ptas.
- JORET (Fr. D., O. P.)—*L' enfance spirituelle*. Desclée et Cie. Rue S. Sulpice, 30. París VI, 1930.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ (Dr. J., Pbro.)—*Algunos testimonios históricos sobre la misa «pro populo», antes del Concilio de Trento*. Camagüey (Cuba), 1931.
- GUERRINI (P. F. M.^a, O. P.)—*Esposizione e documentazione storica del culto tributato lungo il corso dei secoli al B. Alberto Magno, Vescovo e confessore dell' Ordine Domenicano*. II Suplemento. Collegio Angelico. Via S. Vitale, 15. Roma V.
- SÓFOCLES.—*Tragedias. Antígona-Traquínias-Electra*. B. de clásicos griegos y latinos. T. II. Págs. 235 en 8.º Pr. 8 ptas. Voluntad, 1930.
- CONTI (A.)—*Un aspecto de la crisis triguera*. El límite ecológico del cultivo del trigo en la R. Argentina. Sarmiento, 779. Buenos Aires. 1930.
- MORA-DÍAZ (Fr. F., O. P.)—*Los fundadores de la civilización colombiana*. Conferencia. Bogotá. 1929.
- DERISI (N. O.)—*La constitución esencial del sacrificio de la Misa*. Imp. «Guadalupe». Buenos Aires. Mansilla, 3865. 1930. Págs. 208.
- BLÁZQUEZ (A.)—*Lucha por la verdad*. Calzada romana de Astorga a Pamplona. Real, 26. La Coruña. 1930.
- MENÉNDEZ REIGADA (Ilmo. P. A., O. P.)—*La libertad de pensamiento o la ciencia del bien y del mal*. Carta pastoral. Imp. y lib. Curbelo. La Laguna. 1931.
- PULIDO FERNÁNDEZ (Dr. A.)—*Biografía del Excmo. Sr. D. José Maluquer y Salvador*. Sobrinos de M. Minuesa. Miguel Servet, 13. Madrid. 1931. Págs. LXIV en 4.º
- TILLMAN (Dr. F.)—*Das Johannesevangelium, übersetzt und erklärt* (Die heilige Schrift des Neuen Testaments. Band III). 4.^a edic. Págs. XII-364 en 4.º Pr. 11,60 Rk. en rúst. y 14,30 encuad. P. Hanstein. 1931.
- BOUARD (A. de).—*Manuel de Diplomatie française et pontificale*. I Diplomatie générale avec un album de 54 planches en phototypie et un fascicule de transcriptio-

ns de 50 págs. Págs. 400 in 8.º Pr. 150 fr. broché et 162 relié demitoile. Auguste Picard. Rue Bonnaparte, 82. París VI. 1930.

De la editorial Aubanel frères. Place St. Pierre, 7. Avignon:

HENRY (R. P.).—Les deux grandes dates de l' Histoire. 1930. Págs. 52. Pr. 2,60 fr.

VIGNEAUX (Ab. P. J.).—*Comment diriger une Retrait de Communion solennelle*. 1930. Páginas 32. Pr. 1,50 fr.

KANTERS (Ch. G.).—*Le Cœur de Jésus dans le littérature chrétienne des douze premiers siècles*. 1930. Págs. 206. Pr. 12 fr.

De la editorial P. Lethielleux. De venta en España: Librería Herder. Balmes, 22. Barcelona.

ISNÉ (Y. de).—*Le «Deo gratias» d' un «Tout petit»*.—Págs. 96 in 8.º, 24 illustrations. Pr. 5,85 fr.

RAMBAUD (P. J. D., O. P.).—*Grandes figures de Prêcheurs*. Págs. 196 in 8.º Pr. 13 fr.

MIGNON (Dr. H.).—*Education psychologique de l' Enfance*.

MAIERE (Ab. E.).—*Ruhis d' Orient*. Une noeliste de Banlieue 1930.

MÉZARD (P., O. P.).—*Méditations tirées des oeuvres de S. Thomas d' Aquin, distribuées pour tous les jours de l' Année*. 1930.

ROUZIO (L.).—*Le Christ Roi*. Pr. 10,75 fr.

O. THOUVIGNON (P.).—*L' ame féminine*. Essai Psychologique Págs. 245 in 8.º Pr. 16 fr.

TOUBLAN (L.).—*La troisième étape de la Vie Spirituelle ou Vie unitive*. Págs. 128 in 8.º Pr. 8,75 fr.

De la editorial Aschendorff. Münster in Westfalia:

GRABMANN (Dr. M.).—*Die werke des Hl. Thomas von Aquin*. 1931. Págs. XV-372. Precio 19,40 Rm.

LINDNER (P. B., E. S. A.).—*Die Erkenntnislehre des Thomas von Strassburgr*. 1930. Precio 7,80 Rm.

SCHNEIDER (Dr. W.).—*Die Quaestiones disputatae de veritate des Thomas von Aquin ihrer philosophiegeschichtlichen Beziehung zu Augustinus*. 1930. Pr. 5,20 rm.

GRABMAN (M.).—*Quaestio de Universalis secundum viam et doctrinam G. de Ockham*. 1930. Pr. 0,95 rm.

DIEKAMP (Dr. F. von).—*Katholische Dogmatik nach Grundsätzen des heiligen Thomas*. 1930. Págs. X-585. Pr. 13,70 rm.

SCHREIBER (Dr. G.).—*Joseph Mausbach*. Sein Wirken für Kirche und Staat. 1931. Páginas 32. Pr. 90 Pfg.

De la editorial Gabriel Beauchesne. Rue Rennes, 117. París VI.

JOLIVET (R.).—*A la recherche de Dieu*. Notes critiques sur la Theodicée de M. E. Le Roy. 1931.

COMBAU (Dr. M.).—*S. Augustin exégète du quatrième Evangélie*. Págs. X-421 in 8.º cav. Pr. 50 fr. 1931.

FLEURY (E.).—*S. Grégoire de Nazianze et son temps*. 1930.

D' ALES (A.).—*De Verbo Incarnato*. 1930. Págs. 489. Pr. 45 fr.

POUQUET (L.), ET KLEIM (J.).—*Archives de Philosophie*. V, VII: *Philosophie et Science*. V, VIII: *Supplément Bibliographique*. 1930.

OBISPADO DE SALAMANCA

Imprimatur:

† FRANCISCUS, Episcopus Salmantinus.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado